

LO QUE NUNCA  
IMAGINÉ



VIRGINIA V.B.

Copyright © 2020 VIRGINIA V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, marzo 2020.

Título Original: Lo que nunca imaginé.

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación: EDICIONES K.



LO QUE NUNCA IMAGINÉ



VIRGINIA V. B.

# ÍNDICE

CITA

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

*Nunca imaginé que podría amar tan intensamente hasta que tú apareciste. Cambiaste mis  
noches y días y mi filosofía de vida. Despertaste en mí muchas pasiones y aumentaste mis ganas  
de vivir, sonreír, luchar y agradecer.  
Leo Pavoni.*

*Arizona Graham*



*Hoy sería el día. El día de la ley del talión: ojo por ojo y diente por diente. Seguro que te preguntarás por qué, ¿me equivoco? Te lo diré: por la promesa hecha a mi madre en su lecho de muerte. Confesó algo que trastocó mi existencia. Y a pesar de nuestras diferencias, que eran muchas, prometí vengarme del hombre que le había hecho tanto daño: Anthony Brooks. ¿Que cómo iba a conseguirlo? Pues haciéndome con su tesoro máspreciado: Mountain Brooks, un pueblo pequeño situado en algún punto entre Nashville y Knoxville. Un pueblo que sería mío en cuestión de horas y que destruiría convirtiéndolo en un polígono industrial.*

*Sencillo, ¿verdad? Eso creía.*

*No conté con que ese puñetero pueblo tuviera un sheriff que trastocaría todos mis planes.*

*¡Maldito vaquerucho de tres al cuarto!*

*Maverick Jackson*



*Debí haberme tomado en serio al condenado viejo cuando me informó de que Mountain Brooks saldría a subasta. Había soltado la bomba y ahora me tocaría a mí lidiar con el resultado, como siempre. Mi vida entera estaba aquí, los momentos más felices y los más amargos. La nueva dueña, una urbanita con ínfulas de grandeza, no entendería nuestra forma de vivir. Por su bien esperaba que sus intenciones fueran buenas. Este lugar era mi vida y los habitantes de Mountain Brooks mi familia, la única que tenía aparte de mi hija y el viejo. Pelearía con uñas y dientes si hacía falta para que nada cambiara.*

*Sencillo, ¿verdad? Eso creía.*

*No conté con que a esa chica de ciudad le faltara un tornillo.*

*¡Maldita loca del demonio!*

## CAPÍTULO 1



### *Arizona*

Siempre había imaginado que cuando llegara este día me sentiría diferente; que los nervios y, puede que la ansiedad, no me dejarían dormir al estar tan cerca de cumplir esa promesa hecha a mi madre en su lecho de muerte, dieciocho meses atrás. No fue así, he dormido como un lirón. Como un bendito bebé recién alimentado y con el pañal limpio. Fue apoyar la cabeza en la almohada y quedarme grogui hasta que sonó la alarma del despertador. Señal de que, a pesar de lo que estaba a punto de hacer, mi conciencia estaba totalmente tranquila y de acuerdo con esa decisión que no me había costado nada tomar. Hoy sería el día. El día en que empezaría a hacer justicia por mi cuenta. El día de la ley del talión: ojo por ojo y diente por diente.

Me desperecé con languidez, miré hacia la ventana y no me extrañó comprobar que aún era noche cerrada al otro lado del cristal. Aparté las mantas de la cama a un lado y salí de ella frotándome la cara y los brazos. Casi estábamos en primavera, pero, aunque ya era más leve, seguía notándose ese frío que se negaba a abandonarnos, sobre todo por las mañanas, al amanecer. Descorrí las cortinas del todo y sonreí al comprobar que seguía lloviendo con gracia. Me encantaban los días grises y la lluvia.

Me encantaban el otoño y el invierno, odiaba el verano y, la primavera, ni fu ni fa. Prefería ponerme un jersey grueso de lana que una camiseta de tirantes; rodear el cuello con una buena bufanda, a ponerme unas gafas de sol y un sombrero de paja. Por eso me gustaba tanto vivir aquí, en Nashville, porque la mayoría de los días llovía y el cielo estaba parcialmente nublado todo el año. Y por eso odiaba los veranos, porque eran tremendamente calurosos y bochornosos. El yin y el yang de mi ciudad preferida del mundo.

Entré en el vestidor y me puse la ropa de estar por casa: unas mallas negras, una camiseta amplia y una sudadera; me recogí el pelo en una cola de caballo desordenada y salí de la habitación sin haberme lavado la cara siquiera. Fui directa a la cocina, donde lo primero que hice fue prepararme un café solo, bien cargado, muy caliente y sin azúcar.

Lo bebí como siempre hacía, sentada a la mesa, con los ojos cerrados durante los tres primeros sorbos, degustando el amargo sabor que se deslizaba por mi garganta, con tranquilidad. Ya tendría el resto del día para beberme con prisa los que vinieran detrás.

Oí que el teléfono móvil sonaba en alguna parte y ni me molesté en saber quién osaba llamarme tan temprano. Todo aquel que me conocía, sabía que nunca miraba el maldito aparato hasta estar a pleno rendimiento, a eso de las ocho de la mañana y, seguramente, en mi oficina, mi segunda casa. No me daba vergüenza reconocer que era una adicta al trabajo, un hecho que a mi madre siempre la trajo loca y una de las razones por las que ella y yo no nos llevábamos muy bien que digamos.



Pretendió por todos los medios que fuera su viva imagen: la típica mujer florero. Siempre dispuesta para su marido, dedicada al cuidado del hogar y el jardín; dispuesta a organizar galas benéficas y siempre impecable, de punta en blanco.

La apariencia era lo más importante para ella, y fingir que todo iba de perlas, también. Por eso fui su mayor decepción, algo que me recordaba con asiduidad, mirándome de pies a cabeza y con el gesto torcido en una mueca escalofriante. Siempre con una crítica en los labios, una pulla o algún reproche. «No sé por qué te empeñas en trabajar, Arizona», solía decirme. «Busca un hombre que tenga dinero, mucho dinero, enamóralo y cástate con él, luego dedícate a vivir cómodamente», cada vez que pronunciaba estas palabras me daban ganas de vomitar. «¿Quién va a fijarse en ti con lo gorda que estás? Deberías de ponerte a dieta y hacer ejercicio. Los hombres quieren mujeres despampanantes, de las que poder presumir, que usen una talla de ropa normal, no una cuarenta y seis, que es la que usas tú», estas eran las que más dolían; las que hacían que me preguntara si ella era realmente mi madre y si me quería. Por desgracia sí era mi madre, en cuanto a lo de querer..., bueno, seguía sin tenerlo muy claro, la verdad.

Inspiré hondo y chasquéé la lengua.

Afortunadamente, nunca dejé que sus malintencionadas palabras me calaran lo suficientemente hondo como para conseguir sus propósitos. Cuanto más se empeñaba ella en destruir mi autoestima y ningunear mis aspiraciones, más esfuerzo le ponía yo a conseguir mis metas.

Hice todo lo que para ella eran despropósitos como mujer: estudié una carrera, fundé mi propia empresa y seguí siendo una mujer de talla cuarenta y seis porque me daba la gana. No pensaba cambiar mi aspecto por un hombre que sólo me viera como un adorno en su vida. El que me quisiera tendría que hacerlo tal cual era: tetas grandes, culo grande y caderas voluminosas. Punto. Puede que a ojos del sexo masculino y de la sociedad en la que vivía yo no fuera perfecta, pero sí que lo era para mí, y eso era lo que importaba. Prefería mil veces estar sola y ser independiente, que tener una vida como la que había tenido mi madre. A la pobre mujer no le había servido de nada tanta perfección y tanta sumisión.

Ahora me constaba que nunca había sido realmente feliz, que tenía una gran espina clavada en el corazón, enquistada y supurando, desde hacía casi cuarenta años. Una espina llamada Anthony Brooks, un hombre que había sido muy poderoso en el estado de Tennessee y que, al parecer, estaba en la ruina. Un hombre que, a pesar de todas las diferencias que yo tenía con mi madre, pagaría todo el daño que le había ocasionado a ella y a mí. A ella, por abandonarla y dejarla tirada cuando más le necesitó; y a mí, por hacer que a ojos de Elaine Graham, mi madre, yo fuera la culpable de su desgracia.

Sonreí con inquina.

Anthony Brooks subastaba hoy parte de sus posesiones, entre las que se incluía uno de sus bienes más preciados, no por su valor económico, sino por el sentimental: Mountain Brooks. Un pueblo pequeño situado en algún punto entre Nashville y la ciudad de Knoxville. El pueblo en el que él se había criado y que había adquirido años más tarde, cuando su fortuna empezaba a florecer, para después dejarlo abandonado a su suerte; algo que yo no lograba comprender; sobre todo, sabiendo a ciencia cierta lo que Mountain Brooks significaba para él.

Mi propósito era hacerme con ese pueblo y darle donde más le dolía, su corazón.

Desde que mi madre me contó su historia, pocos días antes de fallecer, puse a mis abogados tras los pasos de ese hombre, hasta saber toda su vida y descubrir sus debilidades. En cuanto escuché lo de la subasta, supe lo que tenía que hacer.

Llevaba más de un año esperando la oportunidad de llevarlo a cabo y ésta había llegado, por fin. Ese pueblo sería mío en cuestión de horas y nadie me iba a quitar la satisfacción de

regodearme delante de sus narices. Porque lo haría, me plantaría delante de él y me mofaría al hacerle saber que su tesoro máspreciado ahora estaba en mi poder y que lo iba a destruir convirtiéndolo en un polígono industrial. Vendería cada porción de tierra a todo aquel que estuviera interesado en adquirirla, sin sentir ni una pizca de remordimiento. Igual que él.

Sólo de imaginar su cara me llenaba de euforia y de poder.

«Cuidado, Arizona, empiezas a parecerme a tu madre...»

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal y me puse en pie. Me acerqué al fregadero y tiré el resto del café, que ya estaba frío, por el desagüe. Metí la taza en el lavavajillas y fui directa a la ducha.

Iba siendo hora de ponerse en plan y dejarse de perder el tiempo.

Me di una ducha rápida y me puse la ropa preparada la noche anterior: unos pantalones negros de cintura alta y una camisa de estampados de plumas doradas y fondo negro. Peiné mi larga melena en una trenza de lado y me maquillé un poco. Cogí los dosieres que necesitaría hoy, de mi despacho, y por último me calcé en la entrada, tras ponerme el abrigo y anudarme un pañuelo al cuello y coger un paraguas del armario, que abrí en cuanto puse un pie en la calle. Caminé a paso ligero por la acera, no eran ni las ocho de la mañana y las notas musicales de una canción country, triste y melancólica, ya se oía desde algún rincón. Era lo que tenía vivir en el centro de la ciudad, en Broadway, el epicentro de bares, restaurantes y todo aquello que tuviera que ver con el country; no era nada raro escuchar ese estilo de música a cualquier hora del día.

Sonreí al recordar aquella vez que llegué a casa con una guitarra colgada al hombro y le dije a mi madre que quería ser cantante y dedicarme a recorrer el mundo. Casi se muere del susto. No era cierto, claro, sólo lo dije por fastidiarla y hacerla pasar un mal rato.

Bill, el portero del edificio donde se encontraban las oficinas de Graham Social Events, mi empresa, abrió la puerta en cuanto vio que me acercaba.

—Buenos días, señorita Graham.

—Buenos días, Bill.

Subí en el ascensor hasta el décimo sexto piso y fui directa a mi despacho, donde Janeth, mi mano derecha en los negocios y mejor amiga, me esperaba sentada en el sofá con cara de preocupación.

—Buenos días, Jane, ¿pasa algo?

Dejé mis cosas en el perchero y me giré al no obtener respuesta.

—¿Por qué me miras así?

Hizo una mueca, entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Has dormido bien?

—Como un lirón—respondí.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, gracias.

Saqué el dossier del maletín y lo dejé sobre la mesa.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿No hay nervios, ni ansiedad, ni nada por el estilo?

Se levantó sólo para volver a sentarse en la silla que había frente a mi mesa.

—¿A qué viene tanta preocupación?

Puso los ojos en blanco y luego los clavó en los míos.

—Ari, en una hora dará comienzo la puñetera subasta y, a riesgo de que te enfades, tengo que volver a preguntarte si estás segura de querer seguir adelante con todo esto.

—Por supuesto que quiero seguir adelante.

—¿Por qué? Ya sé que no tienes la obligación de darme una explicación, pero no lo entiendo. Tienes treinta y nueve años, una empresa que funciona a las mil maravillas, de hecho, te encargas de organizar gran parte de los eventos sociales de todo el estado, ¿para qué diablos quieres un pueblo que ni siquiera aparece en el mapa? Y no me digas que para ir a relajarte y descansar, porque ambas sabemos que eres una mujer de asfalto, de estrés y de caos.

Crucé las manos sobre la mesa.

—Creía que ya te había contado mis motivos...

—Pues vuelve a hacerlo—me interrumpió—, porque sigo sin tenerlo muy claro.

—Ya sabes lo que ese hombre le hizo a mi madre, Jane...

—Pero eso fue hace un montón de años, Arizona—me interrumpió de nuevo—. Además, Anthony Brooks vive recluido en Brentwood y está en las últimas. Todo esto no tiene sentido.

—Lo tiene para mí.

—¿Por qué, si Elaine nunca hizo nada? ¿Por qué este afán de vengarte de un hombre al que ni siquiera conoces por algo que hizo en el pasado?

—Porque fui yo quien pagó las consecuencias de sus actos.

—No puedes estar segura de eso, las dos sabemos de sobra cómo era tu madre contigo, no sé qué tiene que ver una cosa con la otra.

—Tiene mucho que ver.

—Ilumíname, por favor.

Cerré los ojos y solté con fuerza el aire de mis pulmones. Verbalizar las cinco palabras que tenía en la punta de la lengua me costaba un triunfo.

Tardé una eternidad en responder.

Me aclaré la garganta antes de hacerlo.

—Janeth..., Anthony Brooks es mi padre.

El golpe que se dio contra la mesa, tras caerse de la silla, fue de órdago.

## CAPÍTULO 2



### *Maverick*

Debí haberme tomado en serio al condenado viejo cuando me informó de que Mountain Brooks saldría a subasta. Pensé que me estaba tomando el pelo, o que había bebido más de la cuenta; pero no, el muy cabrón estaba dispuesto a hacerlo a toda costa. Ojalá pudiera entender lo que le pasaba a ese hombre por la cabeza. Lo conocía prácticamente de toda la vida y, a pesar de los años, treinta y ocho para ser exactos, y de la relación que nos unía, siempre acababa sorprendiéndome con alguna de sus chaladuras. Debía de aburrirse mucho en su reclusión del mundo, porque no me lo explicaba. Había soltado la bomba y ahora me tocaría a mí lidiar con el resultado, como siempre.

—¡Lizzy! —grité—. ¡Vas a perder el autobús!

—¡Ya voy papá!

Metí el almuerzo de mi hija en una bolsa de papel, me puse la cazadora y me dispuse a esperarla al pie de la escalera.

—Por el amor de Dios, Lizzy, ¿quieres darte prisa?

Todas las mañanas era lo mismo, se levantaba con el tiempo pegado al culo y luego tocaba correr.

—¡Lizzy!

—¡Que ya voy!

Oí sus pasos apresurados en el piso de arriba y sonreí.

Lizzy era la luz de mis ojos, mi amor más incondicional. Supe que sería así desde el mismo instante que vi su carita en aquella habitación de hospital, en Kingston.

«Ojalá hubiera sido también así para su madre...»

—¿Te has lavado los dientes? —pregunté al verla bajar las escaleras.

—Claro.

—¿Y la cara?

Su respuesta fue poner los ojos en blanco, un gesto muy característico suyo.

La ayudé a ponerse la ropa de abrigo y le tendí la bolsa de papel para que la metiera en la mochila.

—¿Qué ha sido esta vez? —indagué, saliendo por la puerta tras ella.

—Un libro nuevo que me prestó mi amiga Caroline. Está super chulo, papá, deberías leerlo.

Nos subimos a la camioneta.

—¿Es sobre vampiros y licántropos?

—Más o menos.

—Me lo imaginaba...

—¿Me dejarás ir este sábado al cumpleaños de Leila? Es en el cine del centro comercial, van a ir todos mis compañeros de clase. Bueno, todos no, con alguno de ellos no se lleva bien.

—Ya veremos.

—Por favor, papi, déjame ir... Si tienes que trabajar puede llevarme la madre de Caroline, ya sabes que no le importa.

—¿Qué película vais a ver?

—Muñeco diabólico.

—Lizzy, esa película es para mayores.

—Tengo casi catorce años, papá, y ya sabes que yo nunca tengo miedo.

—Hablaré con la madre de Caroline, pero luego no me pidas que te acompañe al baño o te deje la luz del pasillo encendida, ¿entendido?

—Entendido—masculló, apeándose de la camioneta a toda prisa.

Me quedé allí hasta que el autobús se puso en marcha.

Lizzy estudiaba en el instituto de Kingston, la ciudad más cercana al pueblo. Por desgracia, aquí en Mountain Brooks no teníamos un colegio, ni siquiera una pequeña escuela; por eso nuestros niños, que no eran muchos, cada día hacían un trayecto de unos cuarenta y cinco minutos para poder estudiar. Pero no siempre fue así. Antes el pueblo era otra cosa, tenía más vida, más color; seguía siendo pequeño, pero había más o menos de todo; no necesitábamos trasladarnos a ningún lugar para hacer lo más cotidiano de la vida: ir al médico, hacer compras, tener una cita de la que no querías que nadie supiera...

Aparqué la camioneta frente al “Anny’s”, el único bar que nos quedaba, y en el que se podía tomar un café cojonudo; por no hablar de la comida de la señora Mary Anne, cocinera y propietaria del establecimiento.

Una mujer de sesenta años que había nacido aquí y aquí seguía, al pie del cañón, negándose a abandonar sus raíces, no como habían hecho muchos otros; que en cuanto al viejo le dio la tarambana de abandonarlo todo y dejarnos a nuestra suerte, se largaron. No los culpaba, cada uno era libre de hacer lo que le diera la gana, evidentemente.

Las campanillas que colgaban de la puerta tintinearón en cuanto la abrí.

—Buenos días, sheriff—me saludó la mujer con una sonrisa.

—Buenos días, Anne.

—¿Lo de siempre?

—Claro.

Lo de ser sheriff no era algo que entrara en mis planes, pero cuando el viejo me llamó un día a su despacho y me lo propuso, me pareció buena idea. Postular al cargo, por el condado de Knox, no fue complicado. Pasé los exámenes de preparación física, mental y de desarrollo de educación general, con unas calificaciones excelentes. Habían pasado quince años desde entonces y aquí estaba. Hasta el momento era la máxima autoridad de Mountain Brooks.

—¿Puedo hacerte una pregunta, sheriff?

Anne dejó mi desayuno sobre la barra y me miró preocupada.

—Dispara.

Vertí dos cucharadas de azúcar en el café y removí con parsimonia.

—¿Es cierto que el viejo subasta nuestro pueblo?

Me quemé la lengua con el primer sorbo del líquido negro.

No me extrañaba nada que el rumor ya se hubiera propagado de casa en casa. Aquí todo funcionaba así. Todos sabíamos la vida de todos. Los chismes corrían como la pólvora. No sólo éramos vecinos, éramos mucho más. Éramos familia. Una familia de alrededor de trescientas

personas. Cuidábamos los unos de los otros con una lealtad inquebrantable.

—Sí, Anne, es cierto. El viejo me llamó ayer y me lo advirtió.

—¡Maldito vejestorio! —bramó—. ¿Cuándo?

—Hoy.

—Eso no es bueno, ¿verdad?

—Quién sabe, Anne..., quién sabe.

Entró en la cocina meneando la cabeza y supe lo que vendría a continuación: correría la voz a través del teléfono. Devoré los huevos con jamón y las tostadas en un tiempo récord y me bebí el resto del café. Se me presentaba una mañana ajetreada y tenía que estar listo para la horda de visitas y preguntas.

Dejé un billete sobre la barra y me despedí.

—¡Eh, Maverick! ¿Es cierto? —gritó Rob, asomándose a la ventana.

Era el panadero del pueblo. Heredó ese oficio de su madre que, al fallecer, había dejado el pequeño establecimiento a nombre de su hijo. Tenía treinta y dos años y salía con una joven de la ciudad.

—Sí, Rob, es cierto.

—¿Qué podemos hacer?

Me encogí de hombros.

—Esperar.

—Avisa cuando tengas noticias.

—Lo haré.

Tuve que contestar las mismas preguntas diez veces antes de entrar en la pequeña oficina que habían dispuesto para mí, al final de la calle. Una construcción de una sola planta, con dos habitaciones, una de ellas el calabozo, y un aseo.

Acababa de encender las luces cuando el teléfono comenzó a sonar insistentemente. Durante dos horas, respondí con paciencia a todo aquel que no se pudo acercar en persona a preguntar por la noticia del día. Poca cosa pude explicar al respecto, ya que yo tampoco tenía ni puta idea de lo que iba a acontecer a partir de hoy.

Entendía a la perfección la preocupación generada en todos los vecinos. Este era su pueblo. Su vida entera estaba aquí. Se habían quedado cuando todo parecía hundirse, aunando fuerzas por mantener el pueblo en pie.

Y ahora...

¿Qué pasaría ahora con todos nosotros?

«Ojalá lo supiera...»

Recuerdo cuando llegué al pueblo por primera vez; tenía cinco años y estaba enfadado con mis padres por haberme obligado a irme de casa de los abuelos; los quería tanto que, dejarlos en Alabama, me supuso un gran sufrimiento.

Mi madre tuvo que explicarme muchas veces que mi padre había recibido una oferta de trabajo muy buena de un señor muy importante y que por fin tendríamos dinero para comprarnos una casa; una que fuera nuestra y no tuviéramos que compartir con nadie. A mí aquello me daba igual. ¿Para qué queríamos una casa si ya vivíamos con los abuelos? Como niño que era, me importaba una mierda el dinero. Yo sólo quería quedarme con ellos, nada más. Nos instalamos en Eniale Farm, la granja que Anthony Brooks poseía a las afueras del pueblo. Mi padre sería el capataz y se encargaría de que el proyecto que el viejo tenía en mente saliera adelante. No lo hizo. No porque mi progenitor hiciera mal su trabajo, sino porque, de la noche a la mañana, el viejo abandonó dicho proyecto; aun así, seguimos viviendo en la granja y ocupándonos de las cosas del señor

Brooks. Con quince años perdí a mis padres en un accidente de coche y, en lugar de enviarme de vuelta a Alabama, se ocupó de mí. A los veintidós años, me cedió una porción de terreno que colindaba con la granja y, poco a poco, fui construyendo mi hogar, a la vez que me ocupaba de los caballos del viejo. Con veintiséis conocí a Lindsay y antes de cumplir los veintiocho me casé con ella; Lizzy nació pocos meses después de ocupar mi cargo como sheriff del pueblo; su madre nos abandonó un año más tarde y nunca volvimos a saber de ella.

Llevaba viviendo en Mountain Brooks treinta y ocho años.

Mi vida entera estaba aquí, los momentos más felices y los más amargos. Todo. Pensar que todo estaba a punto de cambiar, me daba escalofríos. Sí, yo también tenía miedo de lo que fuera a suceder de hoy en adelante. Maldita fuera, no concebía nuestras vidas en otro lugar que no fuera este.

Resoplé con fuerza.

«Menuda situación en la que nos has puesto, viejo...»

Antes de marcharme, dejé aviso de dónde estaría por si surgía algo, y me subí a la camioneta. Conduje hasta casa y luego crucé a pie el prado que limitaba mi propiedad con la granja del viejo, donde hacía un montón de años que no vivía nadie.

Descorrí el cerrojo de las cuadras y entré. Caballero y Dama asomaron los hocicos casi al instante. Eran una pareja de caballos preciosos, de raza cruzada entre Tennessee walker y Pura sangre, que pertenecían a Brooks y de los cuales yo me hacía cargo.

—Hola—susurré con mimo.

Saludé a ambos besando el hueco entre sus orejas. Abrí las puertas, dejándolos salir, y los guie al picadero que había en la parte trasera de las cuadras. Me senté en el suelo y dejé que se desfogaran durante una hora. Una hora en la que me negué a pensar en nada que no fuera disfrutar del espectáculo y la cena que haría, para mí y para Lizzy, más tarde.

Lo que tuviera que pasar, que pasase.

De vuelta en las cuadras, me dediqué con esmero a ellos, cepillándolos, desenredando sus colas y limpiándoles los ollares.

Cambié el heno de sus cubículos, les puse agua fresca y llené los comederos de heno. Esto, lo que estaba haciendo ahora, me relajaba y me ayudaba a mantenerme tranquilo. Me ayudaba a evadirme, a no comerme la calabaza. Siempre había sido así. Cada vez que en mi vida surgía un problema, las cuadras y los caballos me alejaban de él por un tiempo determinado. Tiempo que me servía para ver las cosas desde otra perspectiva y tratar de encontrar una solución. Hoy ni siquiera lo intenté. Me duché nada más llegar a casa, me cambié de ropa y fui a buscar a Lizzy a la parada del autobús.

—¿Qué tal te ha ido hoy? —pregunté, dándole un beso.

—Bien, como siempre—respondió con suficiencia—. El próximo lunes tengo examen de geografía e historia. ¿Has hablado ya con la madre de Caroline sobre el sábado?

—No, no la he visto.

—Pues llámala, papá.

—Lo haré después.

—¿Qué has hecho tú?

«Volverme tarumba con la puta subasta».

—Lo de siempre, ya sabes..., papeleo, llamadas telefónicas y esas cosas. ¿Tienes muchos deberes?

—Solo mate y francés.

Una vez en casa, mientras ella hacía las tareas del instituto, me dispuse a hacer la cena.

Acababa de poner la sartén al fuego, cuando sonó el teléfono fijo.  
Sentí una punzada en el estómago antes de descolgar.  
—Maverick Jackson—dije.  
Cerré los ojos y me pasé la mano por la cara, prestando atención.  
Ya estaba hecho, el pueblo había sido subastado.  
Ya no pertenecía a Anthony Brooks.  
Su nueva dueña era una tal Arizona Graham.  
¡Mierda!



## CAPÍTULO 3



### *Arizona*

Me deshice de Janeth tras comprobar que el golpe que se dio no era de importancia, que no había ni dientes ni huesos rotos; sí que le saldría un cardenal en el brazo y puede que, en la barbilla, pero nada más, afortunadamente. El shock de lo que acababa de decirle la dejó momentáneamente sin habla, algo que, para qué vamos a engañarnos, lo agradecí en el alma. Lo mismo me había pasado a mí meses atrás cuando mi madre me soltó la bomba, enchufada a una máquina. Creo que fue la primera vez en mi vida que mi boca perdió la conexión con el cerebro. Tengo el vago recuerdo de boquear como un pez fuera del agua y del temblor de mis manos y piernas. Tenía un montón de preguntas en la cabeza, pero se negaban a salir de allí y, para cuando conseguí reaccionar, mi madre estaba profundamente dormida y ya nunca más despertó; se fue apagando poco a poco hasta que hubo que sedarla por completo.

Y mis preguntas seguían sin respuestas.

«Pero estaba dispuesta a encontrarlas...»

Me zambullí de lleno en el presupuesto de “Nashville Boat Show”, una feria que tenía lugar cada año en el salón náutico de la ciudad en un par de semanas y de la que Graham Social Events se hacía cargo por primera vez. Tenía el listón muy alto y debía superarlo. Para empezar, habíamos cambiado la fecha y, en lugar de hacerla en enero, como era la costumbre, decidimos trasladarla a marzo; en ella se ofrecía una amplia gama de barcos y yates de lujo, así como embarcaciones pequeñas de recreo. Nos encargaríamos del cáterin, la música y los regalos que se darían como recordatorio del evento. Tenía muchas ideas originales y el presupuesto demasiado ajustado para realizarlas, como siempre pasaba con estas cosas; querían una fiesta fastuosa, pero les costaba soltar el dinero.

«Tacaños...»

Hice llamadas a proveedores, a representantes musicales y hablé con recursos humanos para que me enviaran una lista de las personas que teníamos disponibles en nuestra base de datos; necesitaba contratar personal extra para los servicios del evento y el tiempo volaba.

Me puse en contacto con las quince personas más cualificadas de la lista y acordé una entrevista con ellas a la tarde siguiente. Para cuando terminé, la mañana había pasado sin que me diera cuenta y sin tomarme un respiro. Antes de que me diera tiempo a decirle a mi secretaria que me trajera un café, Jane entró por la puerta de mi despacho con una bolsa del restaurante de enfrente.

—¿Comemos? He comprado ensalada y quesadillas de beicon, tus preferidas.

—Claro. ¿Cómo estás? ¿Te duele la cara? ¿El brazo?

Torció el gesto, sacó los envases de cartón de la bolsa y lo dispuso todo en la mesa de reuniones.

—Sí, estoy un poco dolorida, pero ya me tomé un ibuprofeno y me di una crema para golpes que encontré en el botiquín. Menudo guantazo me pegué, menos mal que no me rompí los dientes o la nariz, me hubiera dado un síncope.

Se me escapó la risa al recordar el momento porrazo.

—No tiene gracia, Arizona.

Carraspeé.

—Tienes razón, lo siento.

Los labios se me curvaron hacia arriba sin poder evitarlo.

—Está bien, ríete todo lo que quieras—masculló, resignada y molesta.

No lo hice, por supuesto.

Aguanté como una campeona.

Me senté a la mesa, abrí el sobre de salsa de yogur y lo vertí en la ensalada, relamiéndome.

Los primeros diez minutos comimos en silencio, mirándonos de tanto en tanto. Conocía suficientemente bien a mi amiga como para saber que estaba deseando abrir la boca y acribillarme a preguntas. Tosió un par de veces, llamando mi atención, sin embargo, permaneció con la boca cerrada. Iba lista si pensaba que la alentaría a torturarme con uno de sus interrogatorios sin fin, debería de saberlo.

—Arizona... —susurró.

—Dime.

Sus ojos escudriñaron mi cara, pensativa.

Janeth y yo éramos amigas desde la infancia. Nuestra historia era la típica, nuestros padres eran socios y amigos y, por consiguiente, nosotras también. Tenía dos años menos que yo, pero eso no fue impedimento para que nos hiciéramos inseparables desde la escuela infantil. Ambas teníamos un máster en protocolo empresarial, protocolo oficial y organización de eventos. Ella era mi mano derecha y yo la suya. Confidentes desde que teníamos uso de razón. Más que una amiga, era mi hermana.

Y estaba molesta conmigo, lo notaba en el rictus de su cara.

Se pasó una mano por el pelo, sin apartar la mirada.

—¿Tú y yo somos amigas? —soltó de repente.

—Sabes que sí—respondí, sabiendo por donde iba.

—¿Nos lo contamos todo?

—Sí, siempre.

—¿Estás segura?

—Janeth...

—Si estás segura entonces explícame por qué te guardaste este aspecto tan importante de tu vida durante tanto tiempo, porque no lo entiendo.

Suspiré, sintiéndome como una porquería.

—Quise decírtelo, te lo juro, pero no sabía cómo hacerlo.

Primero, porque debía asimilarlo, imagínate cómo me sentí cuando mi madre me lo dijo. No daba crédito, Jane, mi vida se tambaleó en cuestión de segundos, ¿entiendes? —cogí aire por la nariz—. Y segundo..., porque me daba vergüenza.

—¿Vergüenza? Joder Arizona, que soy yo, Janeth, tu mejor amiga, tu confidente.

—¿Tienes idea de lo que significa descubrir que tu madre, esa mujer tan condenadamente

perfecta, siempre sin salirse del guion, y que te hizo la vida imposible, se casó con un hombre embarazado de otro? ¿Que Colton Graham, al que yo creí mi padre biológico, no lo es?

—No, no tengo ni la menor idea, porque no me lo dijiste. Te quedaste callada y te comiste todo ese trauma tú sola, Arizona. ¡Tú sola! Prometimos estar siempre la una para la otra en lo bueno y en lo malo, te hubiera ayudado a asimilarlo.

Cerré los ojos y suspiré.

—Lo sé, tienes razón, debí contártelo en cuanto me enteré.

No me habrías dejado sola con mis pensamientos y mis dudas. Por favor, no te cabrees conmigo, lo siento.

—Estoy cabreada, por supuesto que lo estoy, pero ya sabes que se me pasará en cuestión de minutos. Aunque llevo toda la mañana echando humo por tu cupa, que lo sepas. Y le debes una copa a mi secretaria, con la que pagué parte de mi malhumor.

Sonreí.

—Hecho.

Ella era así, siempre lo había sido. Se enfadaba, despotricaba, te soltaba lo que fuera a la cara y luego no guardaba ningún rencor. Janeth era una mujer increíble y yo tenía la gran suerte de tenerla en mi vida.

—¿Una quesadilla? —ofreció, extendiendo la mano.

Cogí una y le di un bocado, estaba deliciosa.

—¿Crees que Colton sabía que tu madre estaba embarazada de otro tipo cuando se casó con ella?

Mastiqué, tragué y bebí un sorbo de agua.

—No lo creo, en mi partida de nacimiento aparece como padre biológico.

—Pudo ser una manera de adoptarte sin que el gran secreto de Elaine saliera a la luz, ¿no?

—Quizá..., aunque tengo mis dudas.

—¿Por qué?

—Porque ahora que sé la historia, empiezo a pensar que mi padre no se fue a vivir a California hace cinco años porque tuviera un problema de salud. A ver..., que había desavenencias entre ellos estaba claro, apenas intercambiaban un par de palabras cuando se cruzaban, y eso en las pocas ocasiones en las que yo iba a casa. Lo que me extrañaba era que pareció olvidarse de nosotras. Ni llamadas, ni mensajes. Nada. Puedo entender que lo hiciera de mi madre, pero de mí, ¿su hija? No, Jane, te apuesto lo que quieres a que mi padre no lo sabía.

—¿Alguna vez lo llamaste tú?

—Sí. Al principio hablábamos de vez en cuando, luego estaba demasiado ocupado para mí. Mi madre siempre lo disculpó, incluso fingía que pasaba temporadas con él en California para que sus amistades no supieran que, en realidad, estaban separados, que mi padre la había dejado. Pero esto último ya lo sabías, lo hablamos infinidad de veces.

—Sí. ¿Crees que se fue porque se enteró de la verdad?

—Sinceramente, Janeth, a estas alturas ya no sé qué creer ni qué pensar.

—Te comprendo.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa, insegura.

—Suéltalo—mascullé.

—¿Por qué la venganza? ¿Por qué Mountain Brooks?

Inspiré hondo.

—La venganza pues..., porque mi madre pagó conmigo su odio hacia Anthony Brooks por dejarla tirada y preñada. Lo tengo claro, mi madre me odiaba a mí tanto como a él. Por eso las

humillaciones, los reproches... —me encogí de hombros—. Y Mountain Brooks porque es el tesoro máspreciado de ese... ¿Sabes que compró la granja de mis abuelos y los hizo trabajar para él como sirvientes? Como si el muy desgraciado no tuviera bastante con el daño que le hizo a mi madre.

—Dios, menudo hijo de puta. Siempre tuvo fama de ser un cabronazo. No obstante, tú nunca fuiste una mujer vengativa, ni fría, ni impasible... Me da miedo que hayas cambiado tanto. No te pega ser así.

—Las circunstancias son las que me hacen ser así. Necesito ser así, Jane, quiero hacerle daño a ese hombre. Darle donde más le duela.

—Espero que toda esta situación no te pase factura, amiga, lo espero de todo corazón.

—Permanecerás a mi lado, ¿verdad?

—Siempre, no lo dudes. ¿Qué vas a hacer más tarde?

—¿Salimos a celebrar que serás la flamante dueña de un pueblo perdido de la mano de Dios?

Sonreí, sardónica.

—No, antes iré a casa de Anthony Brooks y me regodearé de la victoria. Cuando la tenga, claro.

—La tendrás.

Y efectivamente, la tuve. Recibí la llamada confirmándolo unas horas después del almuerzo con Janeth, cuando estaba a punto de irme a casa. Por primera vez desde que había empezado con esta locura, sentí un cosquilleo en la boca del estómago. No sabía si era bueno o malo, pero lo sentí.

Mi amiga tenía razón, había cambiado, convirtiéndome en una mujer desapasionada, fría y vengativa y, al contrario que ella, yo no tenía ningún miedo.

Me sentía segura y convencida de que este era un derecho que me correspondía y, como tal, lo iba a ejercer sin compasión.

Fui a casa, cogí las llaves del coche y volví a salir por la puerta. Introduje en el GPS la dirección que tenía de Anthony Brooks en Brentwood y en cuestión de quince minutos me planté allí, frente a un edificio imponente que me dejó con la boca abierta.

«¿Pero este hombre no estaba en la ruina?»

No supe el tiempo que permanecí tras el volante, pero comenzaba a oscurecer cuando me decidí a bajar del coche. Crucé la carretera sin mirar apenas, consiguiendo varios bocinazos y algún impropio por parte de los conductores. Me dio igual. Traspasé las puertas de cristal con la respiración agitada y el corazón atronándose en el pecho. Estaba nerviosa, aun así, seguí adelante.

Mis zapatos repiquetearon contra el suelo de mármol con cada paso que daba.

Nadie frenó mi camino hacia el ascensor, algo que me extrañó bastante, ya que un edificio como este debía de contar, con al menos, un portero. Subí al ascensor y presioné el botón del ático.

En el ascensor, conseguí ralentizar los latidos del corazón, respirando hondo. Cuando golpeé la puerta de ese hombre, lo hice con toda la seguridad del mundo.

Abrió una sirvienta, que sonrió al verme.

—El señor Brooks la espera—dijo.

«¿Me esperaba? No, no lo creía».

—Disculpe...

—Sígame, por favor.

Me guio por un pasillo amplio, immaculado, hasta un despacho con las puertas cerradas a cal y

canto. Llamó un par de veces con los nudillos y luego abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Su visita, señor Brooks—anunció.

Un hombre alto y fornido, apoyado en un bastón, me observaba con atención. Llevaba un traje de corte clásico de tres piezas, impoluto y probablemente hecho a medida. Un hombre que, para nada, tenía el aspecto de estar enfermo, en las últimas y arruinado. Un hombre que me miraba con unos ojos exactamente iguales a los míos: rasgados, de pestañas tupidas y de color marrón oscuro. No era eso en lo único que nos parecíamos.

Se me cortó la respiración.

«Madre mía, soy igual que él...»

«¿Cómo no iba a odiarme mi madre si soy su vivo retrato?»

«Dios mío...»

## CAPÍTULO 4



### *Arizona*

Lo observé durante tanto tiempo que, cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo me ruboricé y me sentí avergonzada. El hombre que estaba frente a mí y sonreía de medio lado era mi padre, ¡mi padre! La persona que había destruido las ilusiones de mi madre y convertido mi existencia en un infierno; por no hablar de los daños colaterales sufridos por el resto de la familia. Algo que no me entraba en la cabeza porque, si no quiso apechugar con la paternidad y dejó a mi madre en la estacada, ¿a qué fin vino comprar la granja de los abuelos y humillarlos como lo hizo? ¿Por qué renegó de mí? El sabor amargo de la rabia me empapó la lengua y la garganta. No sabía qué me enfurecía más: verlo ahí, como si nada, o que realmente no se estuviera muriendo, como aseguraban todos los informes que tenía archivados en el ordenador.

Su carraspeo me sacó del trance en el que me encontraba y parpadeé varias veces.

—Adelante, bienvenida.

Su voz: profunda, ronca y calmada, me erizó el vello de los brazos, poniéndome la piel de gallina.

«No has venido hasta aquí para hacer el ridículo, Arizona».

Erguí los hombros y alcé la barbilla, desafiante.

—¿Puedo saber por qué esperaba mi visita, señor Brooks? —exclamé, caminando en su dirección.

Pasos cortos, pero seguros, sin apartar los ojos de los suyos.

—Llamémoslo intuición.

Apoyé las manos en las caderas y ladeé la cabeza.

—No parece que se esté muriendo... —dije para hacerle daño.

—Y, sin embargo, es lo que todo el mundo hace desde el momento en que nace, morir. Es lo único que sabemos que va a pasar con certeza en nuestra vida, ¿no crees, Arizona?

—Así que sabe quién soy, ¿eh?

Su mirada intensa, directa a mis pupilas, me dejó clavada en el sitio.

Asintió.

—Eres mi hija.

Esa afirmación tan tajante me enervó, enfureciéndome.

¿Su hija? ¿Con qué derecho se creía para formular esas dos palabras?

—No, no lo soy, mi padre es Colton Graham.

Sonrió con suficiencia.

—No obstante, ambos sabemos que es mi sangre la que corre por tus venas, ¿verdad, querida?  
¿Un café, o prefieres algo más fuerte?

Apreté los puños a mis costados.

—Esta no es una visita de cortesía, señor Brooks. He venido hasta aquí para decirle personalmente algo que imagino que ya sabrá, que su tesoro máspreciado está ahora en mi poder y pienso vender al mejor postor cada parcela de tierra de Mountain Brooks.

Rescindiré los contratos de alquiler de sus habitantes, derribaré las viviendas y serán grandes empresas las que ocupen su lugar. Destruiré ese pueblo que tanto ama piedra a piedra, ¿me oye?

—Perfectamente—respondió, impasible—. Adelante, hazlo si eso te hace sentir bien. Aunque antes de que lleves a cabo tu particular venganza contra mí, dejando en la calle y sin trabajo a esas personas, te aconsejo que leas la letra pequeña de tu reciente adquisición.

—¿Letra pequeña? ¿De qué demonios habla?

Se desabrochó la chaqueta del traje, se sentó en un sillón orejero, junto a la chimenea, y chasqueó la lengua.

—Oh..., ¿tus abogados no te lo han dicho?

El estómago me dio un vuelco.

—¿Decirme qué?

Suspiró, teatralmente.

—Que tu venganza tendrá que esperar.

La bilis me subió a la garganta.

—¿Cómo dice? —mascullé, con los dientes apretados.

—Digo que, antes de presentarte aquí como la gran vengadora de Elaine Graham, debiste informarte primero y leer la letra pequeña de lo que adquirieron en tu nombre. Habla con esa panda de inútiles que tienes como abogados y que ellos te expliquen.

Apartó la mirada y abrió el periódico que tenía sobre la mesita del café.

—¿Eso es todo? ¿Va a dejarme así?

Esperé a que dijera algo más durante unos minutos que se me hicieron eternos.

No lo hizo.

Me daban ganas de acercarme a él y zarandearlo hasta que me diera una maldita explicación; en cambio, giré sobre mis talones y, con toda la dignidad del mundo, a pesar de que tenía la sensación de haber quedado como el culo, caminé hacia la puerta.

—Arizona... —lo miré por encima del hombro—, la historia que te contó tu madre tiene dos versiones. Debiste escuchar ambas antes de juzgar y sentenciar.

¿Por qué todo lo que salía de la boca de ese hombre sonaba a amenaza velada?

Cerré la puerta tras de mí, con demasiada fuerza, y salí de aquella casa.

Al llegar al coche me temblaba todo el cuerpo. Como pude, abrí la puerta y me senté, apoyando la cabeza en el volante. Apreté el estómago con una mano al sentir náuseas. Inspiré y espiré, tratando de calmarme. ¿Qué había pasado allí arriba? ¿De qué letra pequeña hablaba? ¿Por qué tenía la impresión de haber caído en una trampa? ¿Acababa de convertirme en el cazador cazado?

Todo indicaba que sí...

Golpeé el volante con las manos, una y otra vez, haciéndome daño. Me dio igual, necesitaba sacar fuera toda la rabia contenida golpeando algo, hasta desahogarme. Contuve las ganas de llorar, respiré hondo y busqué el botellín de agua que siempre llevaba en el coche. Bebí a sorbos pequeños, cerré el botellín y saqué el teléfono del bolsillo.

—Janeth—dije, en cuanto descolgó—, ve a la oficina, llegaré en quince minutos.

—¿Qué ha pasado?

—Reunión urgente.

Corté la llamada y marqué al bufete de abogados.

—Anderson—mascullé—, os quiero a todos en mi despacho en quince minutos, con el dossier de la subasta y el archivo del señor Brooks.

Salí zumbando del aparcamiento y cogí la interestatal sesenta y cinco. Si ese hombre creía que me iba a quedar de brazos cruzados, a lo que fuera que hubiera tramado, iba listo. Yo no era una persona que se quedara sentada a verlas venir, ni me achicaba ante las adversidades; al contrario, cuanto más difícil se me presentaba algo, más me crecía y me empeñaba en conseguirlo. Que se lo preguntaran a mi madre, ella lo sabía bien.

«Está muerta...»

Le di las llaves del coche a Bill, en la puerta, y corrí al ascensor, sin tiempo que perder.

Janeth y los cuatro abogados ya me esperaban en mi despacho, sentados a la mesa ovalada de las reuniones.

Taladré a estos últimos con la mirada.

—¿Qué ocurre, señorita Graham? —Anderson era el dueño del bufete y el que llevaba la voz cantante.

Apoyé las manos en la mesa, rabiosa.

—¿Quién hizo las investigaciones que pedí sobre el señor Anthony Brooks, Anderson?

—Fue Clifford, un detective que trabaja asiduamente con nosotros. Es de nuestra más absoluta confianza.

—Pues llámelo y que venga inmediatamente.

Carraspeó.

—Verá, señorita Graham, Clifford...

—¡Llámelo de una puñetera vez!

—Ari...

Janeth se puso en pie y, cogiéndome del brazo, me apartó de la mesa.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Pasa que Anthony Brooks me ha tomado el pelo, Jane.

—¿De qué hablas?

—¡Ese hombre no está en la ruina, y te puedo asegurar que tampoco está en las últimas!

—Por favor, cálmate, ¿quieres?

—¿Que me calme? Joder, Jane, estoy que me llevan los malditos demonios.

—Ya lo veo, sólo dices palabrotas cuando estás realmente cabreada.

Se acercó al mueble bar del fondo y sirvió dos dedos de bourbon, sin hielo.

—Ten, bebe.

—Sabes que odio ese licor.

—Hazme caso, te calmará.

El primer sorbo me hizo toser, quemaba.

El segundo me anestesió un poco la garganta.

Y el tercero..., el tercero me hizo pedirle a Jane que me echara dos dedos más.

—¿Mejor?

Asentí, llevándome la mano a la sien.

—Ahora cuéntame lo sucedido.

Mientras Anderson y los demás trataban de ponerse en contacto con ese detective, al que parecía habérselo tragado la tierra, me senté con mi amiga en el sofá y le relaté mi corta visita a Anthony Brooks.



—Arizona, ¿no puede ser que hayas sacado conclusiones precipitadas porque estabas nerviosa? Que viva en un ático de lujo no significa que no esté arruinado, recuerda que fue muy poderoso, tiene varios inmuebles propios, como es lógico.

—Tampoco es ningún moribundo, Janeth.

—En cuanto a eso..., bueno, a veces la procesión va por dentro. Ya sabes qué quiero decir, puede que su enfermedad todavía no se aprecie a simple vista.

Negué con la cabeza.

—No, esto me huele mal..., aquí hay gato encerrado.

—Señorita Graham...

Alcé los ojos hacia Anderson, que me miraba con cara circunspecta.

—No hemos podido comunicarnos con Clifford, puede que haya viajado a Atlanta, su madre no está pasando por un buen momento y dijo que debía pasar tiempo con ella.

—Ya, qué conveniente.

—¿Disculpe?

—Me urge hablar con ese hombre, Anderson.

—Quizá yo pueda ayudarla.

Volvimos a la mesa y nos sentamos.

—¿Tiene su bufete a ese tal Clifford en nómina?

—No, señorita Graham, él es un detective freelance, ya sabe, trabaja por su cuenta. Nosotros solo contratamos sus servicios cuando un cliente lo requiere, nada más.

Torcí el gesto.

—Me lo imaginaba...

—No sé cuál es el problema con él, pero le puedo asegurar que sus trabajos siempre son impecables y de gran utilidad. Lo conozco desde hace muchos años y le puedo jurar, con el corazón en la mano, que nunca, jamás, ha tenido problema alguno con nadie.

—Está bien. Por favor, cuando dé con él que se ponga en contacto conmigo, ya le digo que es de suma importancia que hablemos.

—Por supuesto, señorita Graham.

—Ahora quiero que me hable de la subasta: dónde fue, cómo, y todas esas cosas. Ah, y quiero ver la lista de todo lo que se subastaba.

Abrió una carpeta de cartón marrón y dispuso sobre la mesa varios papeles.

—Como ya sabe, la subasta era privada y tuvimos que firmar un contrato de participación, que el subastador debe dar de paso, evidentemente. Se realizó en una pequeña galería de Brentwood, a puertas cerradas. Sólo los pujadores aceptados podíamos estar presentes—carraspeó—. Aquí tiene la lista de los productos: varios coches, una colección de jarrones de porcelana china, un par de cuadros de un famoso pintor y Mountain Brooks—volvió a carraspear, algo que me ponía mala—. La puja de este último fue bastante reñida, a pesar de la cláusula a cumplir obligatoriamente por el adquirente.

«Ahí estaba la encerrona...»

—¿En algún momento tuvo la impresión de que la subasta fuera amañada? —indagué, con la vista clavada en él.

Carraspeó un par de veces más.

—¿A qué viene tanto carraspeo, Anderson, acaso está nervioso o pretende ponerme nerviosa a mí?

—Verá, señorita Graham, el caso es que esa cláusula obliga al adquirente a mudarse al pueblo durante seis meses antes de que se ponga a su nombre.

»Me explico, por norma general, el pujador que ofrece la cantidad más alta recibe la notificación del inmueble treinta días después de la subasta, vía correo electrónico. En este caso, al tratarse de un pueblo habitado y, por expreso deseo del subastador, dado el significado sentimental que el pueblo tiene para él, esa notificación no le llegará a usted hasta que haya permanecido allí los seis meses. Y tampoco podrá vender, ni regalar nada que pertenezca al pueblo hasta pasado un año.

«¿Qué?!»

El corazón me golpeó la caja torácica con fuerza.

Esto no tenía ni pies ni cabeza.

—Por favor, dígame que esto es una broma y estoy siendo objeto de una cámara oculta.

Negó con la cabeza.

—Pero ¿esto es legal? —preguntó Janeth.

—Me temo que sí.

Me pasé las manos por la cara, desesperada.

La vista se me nubló, me mareé. Me puse en pie y caminé de un lado a otro, muerta de rabia. Si tuviera a ese hombre delante lo estrangularía con mis propias manos.

—¿No puede echarse atrás? —exclamó mi amiga, asustada.

—¿Puedo? —inquirí yo a la desesperada.

—Lo siento, si lo hace, el pueblo volverá inmediatamente a manos de Brooks y tendrá que pagar el doble de lo que pujó.

—¡Maldita sea, Anderson! ¿Por qué no me advirtió de esta cláusula antes de pujar?

—Discúlpeme, señorita Graham, pero usted nos advirtió que no se nos ocurriera salir de la subasta sin Mountain Brooks, que hiciéramos hasta lo imposible. Y eso hicimos, supusimos que, si tan interesada estaba en adquirir ese pueblo, dicha cláusula no sería un obstáculo. Sólo seguimos sus instrucciones al pie de la letra.

«¡Oh, Dios mío...! ¡Oh, Dios mío...!» «¿De verdad tenía que mudarme durante seis meses a un pueblo que ni siquiera salía en Google?» Empecé a hiperventilar sin control.

Todo daba vueltas a mi alrededor a una velocidad vertiginosa.

Y me desplomé sin remedio.

## CAPÍTULO 5



### *Maverick*

Estaba a punto de amanecer y yo seguía sin poder cerrar los ojos.

La incertidumbre de qué pasaría ahora no me dejaba hacerlo. No paraba de dar vueltas a uno y otro lado, sin encontrar una postura cómoda; como si el relleno del puto colchón estuviera hecho de chinchetas puntiagudas y afiladas. Me puse boca arriba y llevé el brazo por encima de mi cabeza, apoyando la mano en la frente, desesperado. ¿Qué interés podría tener esa mujer en el

pueblo?

¿Qué iba a hacer con él? Investigando sobre ella en internet, encontré la página web de su empresa: Graham Social Events. Era organizadora de eventos de todo tipo y, al parecer, no le iba nada mal en el sector. ¿Querría expandirse? Qué idiotez, si ese fuera el caso no lo haría en el culo del mundo y en un pueblo que tenía la ciudad más próxima a cuarenta y cinco minutos.

«Puede que solamente quiera construirse una casa como lugar de descanso y esas cosas...»

«¿Y si quiere venderlo para...?» Meneé la cabeza espantando ese pensamiento. Lo reconocía, estaba siendo bastante pesimista poniéndome en lo peor.

Decir que me sentía más perdido que una aguja en un maldito pajar era quedarse corto. Y, pensar en decirle a Lizzy que cabía la posibilidad de que tuviéramos que mudarnos pronto, me angustiaba de una manera brutal.

Mountain Brooks era un pueblo de apenas trescientos habitantes, donde la gran mayoría vivía del cultivo de sus granjas y de la crianza de ganado a pequeña escala.

Parte de las cosechas se vendían en los mercados de las grandes ciudades colindantes y, las crías de ganado: vacas, toros y caballos, principalmente, se exportaban a ranchos y empresas cárnicas.

Contaba con una pequeña tienda de ultramarinos en la que, la mayoría de las veces, no encontrabas lo que necesitabas y tenías que esperar a que Holly, la dueña de ésta enviara a su marido a la ciudad y lo trajera, si no te corría demasiada prisa, claro, si no tenías que desplazarte tú mismo.

No teníamos una clínica ni nada parecido, un médico del hospital de Kingston venía dos veces a la semana, martes y viernes, a pasar consulta; si por casualidad había un caso de urgencia o grave, por norma general era yo el que me encargaba de utilizar mi camioneta como ambulancia y trasladarlo al hospital.

No había restaurantes, ni cines, ni bares, lo que significaba que nuestro lugar de ocio se limitaba al Anny's. Aquí se respiraba paz, no vivíamos con prisa, al contrario, solíamos tomarnos las cosas con calma, sin estresarnos. En la época de pesca, algunos quedábamos en la orilla del río Tennessee temprano y pescábamos truchas que luego asábamos a la parrilla y comíamos acompañadas con ensalada de col, patatas, empanadas y verduras, que las mujeres solían preparar; luego, alguien se ponía la guitarra al hombro y rasgaba sus cuerdas para deleitarnos, versionando canciones de afamados grupos de música country o blues. Solíamos terminar el día alrededor de una hoguera, contando leyendas cheroqui o creek, aquellos nativos que en mil quinientos cuarenta poblaban el Estado de Tennessee y que habían pasado de generación en generación. Así era nuestra vida y no queríamos que ningún forastero, en este caso forastera, viniera a cambiárnosla. Una urbanita como ella, nacida y criada en la gran ciudad, no entendería nuestra forma de vivir, aquí no pintaría nada de nada.

Resoplé, cansado.

Harto de estar acostado sin poder dormir me levanté, me puse unos tejanos, la camisa de franela de cuadros azules y negros, y me calcé las botas. Antes de bajar y prepararme un café, entré al baño, vacié la vejiga y me lavé cara y manos. Sin hacer ruido, para no despertar a Lizzy, bajé las escaleras, me adentré en la cocina y dispuse los ingredientes para más tarde hacer el desayuno; me serví el café que quedaba del día anterior y lo calenté en el microondas.

Odiaba hacer eso, pero no iba a tirarlo. Empezaba a clarear el día cuando cogí mi Stetson del perchero y me lo calé en la cabeza, antes de cerrar la puerta tras de mí. Respiré hondo. El cielo estaba despejado, para variar, y hacía un frío de cojones.

Me abroché la cazadora hasta el cuello y soplé sobre las manos, frotándomelas. Iluminado por

el tenue resplandor de la luna llena, que aún se dejaba ver en el cielo, y acompañado por el ulular de un búho y el sonido de grillos y cigarras, me dirigí a las cuadras.

Caballero emitió un quedo relincho cuando escuchó mis pasos y sonreí sabiendo a ciencia cierta que estaría asomado en su cubículo esperando mi llegada, como así fue.

—Buenos días, chico—saludé, acariciando su hocico y apoyando la frente en la suya—, ¿te apetece dar un paseo? —susurré.

Cabeceó, entendiéndome, y volví a sonreír.

Abrí su puerta y, mientras él salía todo ufano, me acerqué y descolgué la silla de montar, pero me arrepentí y volví a dejarla en el sitio, montaría a pelo. Lo que sí le puse fueron las bridas, que ajusté sin que protestara. No me extrañó que en ningún momento

Dama se hiciera notar, era una yegua espléndida, de color champán y con las crines y la cola rubias, preciosa, pero bastante perezosa antes de que saliera el sol.

—No como tú, ¿eh, chico? —dije, palmeando la grupa de mi querido amigo.

Salimos con paso lento de las cuadras y, una vez fuera, monté de un salto sobre él, azuzándolo un poco con el talón para que iniciara un ligero trote. En cuanto nos alejamos un poco de la granja, pasamos del trote al galope, como si el animal supiera que eso era precisamente lo que necesitaba: galopar y que el frío aire del amanecer espantara mis miedos y dudas, mis demonios. Recorrimos veloces el bosque, zigzagueando entre los árboles, saltando algunas ramas caídas durante el invierno, hasta llegar a la orilla del río, donde desmonté y lo dejé un poco a sus anchas. Me senté al pie de un árbol, con la espalda apoyada en el tronco, y arranqué una brizna de hierba que me llevé a la boca; una fea costumbre arraigada en mí desde que tenía uso de razón. Mientras el caballo se relajaba, yo me dediqué a cerrar los ojos y ralentizar la respiración, agitada por la carrera que nos acabábamos de pegar.

Se vislumbraban los primeros rayos de sol cuando decidí que era hora de regresar.

—Vamos, chico, volvamos a casa.

Acababa de salir de la ducha cuando sonó la alarma de Lizzy, eran las siete.

La oí refunfuñar y reí, a mi hija le pasaba exactamente lo mismo que a Dama, ambas odiaban madrugar.

Me puse ropa limpia y toqué su puerta con los nudillos.

—Hora de levantarse—grité a la madera.

Encendí la radio y escuché las noticias mientras hacía el desayuno y lo iba dejando sobre la mesa de madera, que ocupaba parte de la pared. No había terminado de servirlo cuando mi hija se sentó a la mesa, ya vestida y peinada.

La miré incrédulo.

—¿Qué? —masculló, achicando los ojos.

Me acerqué serio y le puse la mano en la frente.

—¿Se puede saber qué haces, papá?

—No tienes fiebre...

—Claro que no, no estoy enferma.

—Entonces ¿qué haces sentada ya a la mesa a las siete y media de la mañana? —pregunté, socarrón.

—¡Ja! Muy gracioso.

Le di un beso en la mejilla y le hice un gesto con la mano para que cogiera su cola cao del microondas.

—¿No leíste anoche?

—Sí, pero terminé el libro y me dormí.

—¿Te gustó?

—Ajá, pero me quedé con las ganas de saber más.

—¿Y eso?

—Porque al parecer forma parte de una trilogía y Caroline no me lo dijo, de lo contrario no lo hubiera leído.

—¿Por qué? —pregunté, llevando el tenedor a la boca.

Puso los ojos en blanco.

—Obvio, papá, porque no me gusta quedarme a medias.

—¿Tienes preparada la mochila con la ropa de deporte? Porque hoy tienes educación física.

—Sí.

—¿Metiste también las zapatillas?

—Claro.

—¿Y la toalla para...?

—Papá...

Alcé las manos, rindiéndome.

—Vale, vale, usted perdone, señorita.

—Ya no soy una niña, ¿vale? No necesitas andar detrás de mí, sé lo que tengo que hacer y sabes que soy muy responsable.

—Sólo trataba de asegurarme de que no te olvidaras nada, Lizzy. Y que sepas que para mí seguirás siendo una niña, aunque tengas cincuenta años.

Resopló en respuesta.

El corazón se me encogió un poco. Bueno, un mucho, en realidad. Ella tenía razón, ya no era una niña, crecía a pasos agigantados e iba de cabeza hacia la adolescencia; una edad en que las hormonas se disparaban por doquier y era demasiado complicada.

Bebió lo que le quedaba de cola cao y se limpió con la servilleta.

—Ve a lavarte la cara y los dientes.

—Papá..., ¿no has escuchado nada de lo que acabo de decir?

Me encogí de hombros.

—Lo siento, cariño, es la costumbre.

Meneé la cabeza, resignado, en cuanto me quedé solo en la cocina.

«La que me espera con esta sabionda...»

Elisabeth Jackson Murray era físicamente igual que yo: rubia, ojos azules y piernas largas. En lo demás era clavadita a su madre: extrovertida, dicharachera, contestona, simpática...

Todas esas cualidades fueron las que hicieron que me enamorara de Lindsay casi desde el mismo día en que la conocí; también era preciosa, por qué decir lo contrario si era la verdad. Era una chica de ciudad que no dudó en dejarlo todo para venirse a vivir al campo y formar una familia conmigo. Tuvimos muy buenos momentos, fuimos felices; sin embargo, lo único que venía a mi mente, las escasas veces que ésta la evocaba, era aquella mañana que, bajando las escaleras, me encontré con sus maletas en la puerta.

«Me marchó», dijo. «Esta vida no es para mí, lo siento».

Cuando quise reaccionar su coche se alejaba de la granja.

Sobre la encimera de la cocina encontré los papeles de divorcio firmados, donde me cedía la custodia de mi hija al cien por cien y me pedía que, por favor, no la buscara, que respetara su decisión.

Así lo hice. El amor que sentía por ella se esfumó con la misma rapidez que había llegado.

Triste, pero era la puta realidad.

—¡Papá, ya estoy lista!

Cogí el almuerzo de mi hija y salí tras ella de casa.

Recorrimos los tres kilómetros de distancia al pueblo hablando de chorradas y la dejé en la parada del autobús con su amiga Caroline.

Pasé de largo el Anny's y fui directo a la oficina, donde lo primero que hice fue llamar al viejo.

—Buenos días, muchacho, ¿va todo bien?

—Todo lo bien que se puede estar sabiendo que el pueblo está en manos de una desconocida, ¿te has vuelto loco o qué demonios te pasa?

—Tranquilo, Maverick, relájate.

—¿Que me relaje? ¡Un cuerno! ¿Por qué has hecho esta gilipollez, hombre?

—Tengo mis motivos.

—Que son...

—Personales.

Levanté la mirada al techo.

—Esa respuesta no me vale, Anthony, inténtalo de nuevo, ¿quieres?

—No voy a darte ninguna explicación, hijo, es lo que hay. Lo que sí voy a decirte es que no debes preocuparte de nada, al menos por ahora. Iré dándote instrucciones poco a poco.

—¿Instrucciones para qué?

—Para que Arizona Graham se sienta como en su casa.

—Anthony...

—Por el momento, convoca una asamblea y tranquiliza a los habitantes del pueblo.

—¿Y qué cojones les digo?

—Que no tienen nada que temer.

—Sabes que eso no será suficiente, me acosarán a preguntas para las cuales estoy sin respuesta.

—Todo a su debido tiempo. Por favor, haz lo que te digo. Que tengas un buen día, sheriff—se guaseó el muy cabrón.

«Sí, como si eso fuera posible, viejo chalado».

Hice lo que me ordenó y convoqué una asamblea vecinal para esta misma tarde.

Eso no me libró de tener visitas durante parte de la mañana, interrogándome, queriendo saber, volviéndome loco.

Cuando por fin hablé con todos ellos, les dije lo único que sabía: la nueva dueña de Mountain Brooks era una empresaria de éxito que residía en Nashville y se llamaba Arizona Graham.

Para lo demás había que esperar.

Aunque esa espera nos pareciera eterna.

## CAPÍTULO 6



### *Arizona*

Tardé dos días en asimilar que ese ser al que detestaba, ahora más si cabía, me la había jugado. Sí, estaba completamente convencida. No me quitaba nadie de la cabeza, que Anthony Brooks, de alguna manera, se enteró de que lo estaba investigando e inició su propia triquiñuela; y caí, caí como una pardilla; caí como un ratón atraído por el olor de un trozo de queso colocado en una trampa. Qué astuto fue el condenado con las cláusulas de la maldita subasta.

Cada vez que pensaba en ellas, me hervía la sangre. Y qué ilusa e inocente fui yo, que me creí que podría derribar al todopoderoso Brooks y hundirlo más en esa miseria en la que supuestamente estaba. Qué atrevido por mi parte comenzar a saborear el dulce sabor de la venganza, cuando él sabía que me tenía donde quería. El regocijo que debió sentir cuando entré en su despacho dispuesta a pisotearlo sin saber que era la suela de su zapato la que estaba sobre mi cabeza. Debí imaginar que no se quedaría de brazos cruzados viendo cómo le quitaba Mountain Brooks de las manos. Había sido todo demasiado fácil y no lo vi, juro que no lo vi venir. Confié en los datos de investigación y creí a pies juntillas lo que había escrito el detective Clifford: que estaba en la ruina y en las últimas. Menuda mentira más gorda me había tragado. Me dejé llevar por el odio e hice las cosas movida por el rencor, cuando todo el mundo sabe que las venganzas son platos que se sirven fríos. Por eso ahora estaba donde estaba, en una situación que me obligaba a trasladarme a un pueblucho de porquería durante seis meses; obligada a tratar con paletos sin civilizar. Exasperada, me llevé la mano a la frente y, sin querer, presioné el chichón que tenía en ésta; el que me hice al desplomarme en mi despacho tras la genial noticia que me dieron mis abogados.

«¡Inútiles, no servían para nada!»

Ahora sólo podía hacer dos cosas: agachar la cabeza y dejar que Brooks se quedara con su asqueroso pueblo y se llevase un dineral con él; o, encajar el golpe, levantar la frente, y hacer las maletas.

Ya dije en más de una ocasión que no era de las que se rendía a las primeras de cambio. Siempre me gustó remar contra corriente y demostrar que era capaz de llegar a buen puerto.

Me di una ducha larga, me sequé y me vestí.

Hacía dos días que me había encerrado en mi casa a cal y canto, sin ver ni hablar con nadie, pensando, analizando... Era hora de coger el toro por los cuernos y lanzarme al ruedo. Salí de casa con paso firme y, con el mismo paso, recorrí la calle, espalda recta y mirada al frente. Como un sargento decidido a enfrentarse a su adversario, a su enemigo; sin miedo y con templanza.

Puede que Anthony Brooks hubiera ganado una batalla, pero eso no significaba que se hubiera acabado la guerra. Una guerra que yo empecé y que yo terminaría, alzándome con la victoria final, que era lo que realmente importaba.

—Buenos días, señorita Graham, me alegro de verla.

—Buenos días, Bill, muchas gracias.

Una vez en mi despacho, convoqué dos reuniones: una con Janeth y otra con el resto de mis empleados, incluidos los abogados.

Encendí el ordenador y abrí los archivos de los proyectos más relevantes y les eché un vistazo con detenimiento. Exceptuando el evento de Nashville Boat Show, en el que me veía obligada a estar presente, del resto podría hacerme cargo sin problema desde cualquier parte del mundo. Anderson me había dejado claro que, una vez que firmara el contrato y aceptara las cláusulas, no podía ausentarme del pueblo más de dos días seguidos; lo que limitaba un poco mi manera de trabajar.

Podría con eso y con mucho más.

Janeth entró como un vendaval en el despacho, asustándome.

—¿Cómo te encuentras? Estos dos días me has tenido en un sinvivir, preocupada. ¿Has tomado una decisión? Puedo ayudarte con el dinero, sabes que lo mío es tuyo, ¿verdad?

La miré con cariño, hablaba rápido y casi sin respirar.

—Gracias Jane, pero sabes que eso no será necesario. Cuento con la herencia de mis abuelos y, gracias a Dios, el negocio nos va muy bien, tengo más dinero del que puedo gastar. Siéntate, por favor.

—Esa mirada tuya me asusta, Arizona, dime que no estás pensando en aceptar toda esa mierda, te lo ruego.

Busqué sus ojos con los míos.

—Me conoces mejor que nadie en el mundo, Jane, eres mi mejor amiga, la hermana que nunca tuve... ¿Crees que sería yo misma si hiciera eso? ¿Rendirme?

Sus hombros se hundieron y tragó saliva.

—No, claro que no serías tú, pero estarías haciendo lo correcto.

—¿De veras lo piensas?

—Puedes olvidarte de todo esto, Arizona, esta guerra es absurda.

—Lo sé, y bastante surrealista todo lo que la rodea, no obstante..., ¿no te has preguntado qué interés puede tener Anthony Brooks en que yo acepte sus reglas? Sabemos qué me motivó a mí a hacer todo esto, pero ¿y a él? ¿Por qué quiere que me traslade al pueblo? ¿Qué intenciones tiene con ello?

—No, no me paré a hacerme preguntas, estaba demasiado preocupada por ti, así que no, no tengo ni idea.

—Yo tampoco, Jane, pero pienso descubrirlo.

Me miró sin parpadear.

—Vas a aceptar y marcharte.

Asentí, con pesar.

—Debo hacerlo. Quiero hacerlo. No permitiré que se salga con la suya.

Resopló.

—¿Por qué eres tan cabezota? Entiendo que estés dolida y todo eso, pero llevarlo a ese extremo raya la locura, Arizona, te lo estás tomando todo demasiado a pecho y ¿para qué? No puedes ausentarte durante seis meses y aparcar tu vida a un lado. Tienes una empresa que dirigir, por el amor de Dios.



Apoyé los codos en la mesa y suspiré.

—Puedo hacerlo desde allí, además cuento con tu ayuda y sabes que confío plenamente en ti.

—Diga lo que diga no va a hacerte cambiar de opinión, ¿verdad? Estás decidida.

—Lo estoy.

—Has cambiado y no me gusta, ya te lo dije. No me gusta en la mujer que se está convirtiendo mi amiga. Echo de menos a la Arizona de antes, la divertida, la que no se comía la cabeza por nada y no se complicaba la vida con gilipolleces que ya no tenían sentido.

La comprendía, de verdad que sí. Sin embargo, hacía dieciocho meses que mi vida había dado un giro, poniéndolo todo patas arriba y eso me había cambiado. Estaba resentida con la vida, con mi madre, con ese hombre... Nunca me faltó nada material, siempre obtuve lo que quise, excepto el amor de una familia. Lo único que en realidad me hacía falta y que nunca me dieron. Puede que por eso nunca me haya molestado en tener una pareja formal, casarme y tener hijos.

—Todo pasa por algún motivo, Janeth—murmuré.

—¿Y cuál es?

—Aún no lo sé.

Guardamos silencio durante unos minutos, cada una perdida en sus pensamientos.

—¿Cómo crees que se habrán tomado los habitantes de Mountain Brooks la noticia de la subasta del pueblo y todo eso?

—Ni lo sé, ni me importa—aseguré, tajante—. Ellos no son mi problema.

—En realidad sí lo son, ahora eres la dueña de su pueblo y puede que se hagan preguntas, que tengan miedo.

—¿Me ves preocupada por eso?

—¡Maldita sea, Arizona! Esas personas tienen una vida, familia, sueños... Y tú estás dispuesta a destrozar todas esas cosas con tal de conseguir lo que quieres. Te desconozco, no tienes escrúpulos y eso me duele. Me duele profundamente.

—Janeth...

—Lo siento, eres mi amiga y te quiero, pero no estoy de acuerdo con lo que vas a hacer. Te pido por favor que recapacites, porque arruinar las vidas de esas personas será un cargo que lles en tu conciencia hasta que te mueras.

Me erguí en la silla, tensa.

—Janeth, dijiste que me apoyarías...

—He cambiado de idea.

Su respuesta me hizo daño.

—Creí que eras mi amiga y que siempre estarías a mi lado.

Se puso en pie y me taladró con sus ojos azules.

—Lo soy, pero no pienso formar parte de esto.

—Y yo que iba a pedirte que me acompañaras... —la tenté.

—A mí no se me ha perdido nada en Mountain Brooks.

Giró sobre sus talones y salió del despacho dejándome con la palabra en la boca.

De la rabia que me dio, tiré la agenda contra la pared, haciéndola añicos. No me esperaba esto por parte de Janeth; que me dejara tirada en el momento que más la necesitaba me sorprendió y me dolió; pero no me hizo recular, ni mucho menos pararme a pensar si ella tenía razón y yo sólo estaba dejándome llevar por la ceguera que me provocaba mi afán de venganza. En nuestra amistad acababa de abrirse una brecha que nos separaba, lo tenía claro. Yo no iba a dar mi brazo a torcer y ella tampoco.

«Pues que así fuera».

Recogí las hojas desperdigadas por el suelo y seguí con el orden del día. Después del almuerzo, me reuní con mis empleados y los abogados. Janeth evitó en todo momento el contacto visual conmigo y la sentí más lejos que nunca. Con el estómago encogido y la voz algo atenazada, les expliqué que por motivos personales debía ausentarme de la empresa durante un tiempo; que Jane se quedaría al frente y que yo haría mi trabajo desde la distancia. No había ningún motivo de preocupación, todo estaba controlado.

«Eso esperaba...»

En cuanto me quedé a solas con los abogados, firmé y acepté las cláusulas impuestas por el señor Brooks tras la subasta, sintiendo que estaba haciendo lo correcto, sin un ápice de duda, sin temblarme el pulso. Guardé la copia en una carpeta de cartón, que metí en el bolso. A las cinco en punto apagué la luz de mi despacho y salí de él sin mirar atrás. La puerta de Jane estaba cerrada y la pasé de largo, sin despedirme siquiera.

Ella lo había querido así y así lo tenía.

Punto.

Hice las maletas al llegar a casa y lo dejé todo preparado en el recibidor. Me marcharía a la mañana siguiente, no había tiempo que perder. Cuanto antes me fuera, antes volvería.

Apagué el despertador antes de que sonara, eran las cinco y media de la madrugada y estaba un pelín nerviosa, lo reconocía. No saber qué iba a encontrarme una vez llegara a Mountain Brooks, me removía las tripas. Me duché, me vestí y desayuné. Antes de salir de casa, repasé las indicaciones que venían adjuntadas en el dossier de la subasta, para llegar a mi destino.

Una vez allí, debía recoger las llaves de la granja, donde iba a instalarme, en la oficina del sheriff. Recorrí una última vez mi casa, pedí que me trajeran el coche hasta la entrada, y luego salí cerrando la puerta tras de mí.

Acababa de meter mis cosas en el maletero, cuando sentí un carraspeo a mi espalda. Me giré sobresaltada y el corazón me dio un brinco al ver a Janeth.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con más dureza de la que pretendía.

—Me voy contigo.

Casi sonreí.

Me contuve por los pelos.

—¿Y ese cambio de opinión? No estarás convirtiéndote en una veleta, ¿no?

—Seré tu conciencia al menos durante cuatro días, luego te dejaré sola a tu suerte.

—Me parece bien.

Tiró su bolsa de viaje en el asiento de atrás y ocupó el lugar del copiloto.

Antes de ponernos en marcha la miré y murmuré.

—Gracias, Janeth, esto significa mucho para mí.

—No me las des aún, pienso ser un grano en el culo.

—Lo sé, aun así, gracias.

La primera hora de viaje fue un poco tensa, apenas nos dirigimos la palabra; en la segunda, nos enfrascamos en la planificación de la boda de un deportista de élite, compartiendo ideas. Nos quedaban cuarenta minutos de viaje cuando el coche empezó a hacer cosas raras. Se paró del todo, dejándonos tiradas, a tres kilómetros de la entrada al pueblo.

—Menuda putada—exclamó Jane, bajándose del coche—. ¿Y ahora?

La seguí.

—Tendremos que hacer el resto del trayecto a pie, digo yo.

—¿Con esos zapatos? —me señaló—. Dios, Ari, vienes vestida como si fueras a participar en la semana de la moda en Nueva York.

—Así es como visto yo y lo sabes.

—Pues nena, siento decirte que aquí tus modelitos y zapatos de diseño van a sobrar.

—No digas tonterías.

Se rio con ganas.

—Ya lo verás, ya.

Cogí el bolso y me puse las gafas de sol.

—¿Vamos?

No llevábamos caminando ni dos kilómetros cuando empecé a cojear, los zapatos me estaban destrozando los pies, literalmente.

Me quejé.

Protesté.

Y de repente, Jane me dio un fuerte manotazo en el brazo, frenándome.

—¡Santa madre de Dios! ¿Estás viendo lo mismo que yo?

Su mirada estaba clavada al frente.

La seguí con la mía.

—¡Madre mía! —balbuceé.

—¿No es la cosa más hermosa que has visto en tu vida?

—Ya lo creo, es imponente.

—Joder, está para comérselo.

Fruncí el ceño.

—¿Comérselo? —giré la cabeza y la miré—. ¿De qué narices estás hablando?

—Del hombre que viene hacia nosotras, ¿y tú?

—Del caballo.

Era un ejemplar precioso, de color negro, brillante.

Impresionante.

Espectacular.

Al igual que el hombre que lo montaba.

«Janeth tenía razón, estaba para comérselo».

## CAPÍTULO 7



### *Maverick*

Estaba limpiando la carretera de ramas caídas, junto a algunos hombres, cuando recibí el aviso de Sahale, mi ayudante en la oficina del sheriff.

Sahale: «Dos mujeres, solas y caminando, van hacia vosotros».

Yo: «Recibido».

Sahale: «¿Quieres que haga algo?»

Yo: «Ya me ocupo yo. Gracias».

Todos dejaron de hacer su trabajo y se volvieron a mirarme; supongo que debí de refunfuñar en voz alta y esperaban una explicación.

—Forasteras—farfullé.

—¿Mujeres?

Asentí.

Se pusieron tensos.

—Voy a echar un vistazo, seguid con esto. Volveré enseguida.

Cogí las riendas de Caballero y monté sobre él con un solo movimiento. No lo espoleé, dejé que fuera a su paso; un paso tranquilo, como si estuviéramos dando un paseo y no controlando quién se acercaba; aunque eso ya lo intuía. El viejo me había llamado la tarde anterior, dando instrucciones. Arizona Graham estaría al caer y yo debía de ocuparme de darle las llaves, facilitarle lo necesario para su comodidad y ser amable con ella. Lo llevaba claro, de sobra sabía que yo no era un puto lameculos. Sí, no conocía a la mujer en cuestión y la prejuizgaba, tenía recelos con su visita y, joder, todo era demasiado misterioso: la subasta, las instrucciones del viejo... Todo. No, no me fiaba ni de mi sombra, como para hacerlo de una desconocida que acababa de hacerse en una subasta con mi mundo particular.

Las vi de lejos, se notaba a leguas que eran de ciudad, sobre todo una: la señorita Graham. Supe que era ella porque, evidentemente, vi fotografías suyas cuando la busqué en internet, no porque fuera adivino, ya me gustaría.

Sólo con mirar sus pies, uno se daba cuenta que estaba fuera de su hábitat; con esos zapatos caminando por las callejuelas del pueblo, no tardarían en tener que amputarle ambos pies. ¿A quién cojones se le ocurría ponerse eso para venir aquí? ¡Menuda tortura!

Si le sumábamos la falda de tubo, la chaqueta y la camisa elegante..., apaga y vámonos. ¿Había mencionado el abrigo de pieles? No, claro que no. ¡Ridícula! Una de dos, o era su primera excursión a un pueblo, o una esnob con aires de grandeza. Al menos la otra había tenido el sentido común de ponerse botas, pantalones y una sudadera.

Me acerqué un poco más sin que repararan en nuestra presencia. Ella parecía protestar,

discutir. Hacía aspavientos con las manos con energía y cojeaba de las dos piernas. Normal, esos zapatos debían estar haciendo papilla sus delicados pies urbanitas.

La otra, miraba al cielo, meneaba la cabeza y trataba de disimular una sonrisa; sólo por ese gesto ya me cayó bien y también sonreí, a mi pesar. De repente me vio, dio un manotazo a su quejica acompañante y ambas se detuvieron de golpe, observándome con atención. Demasiada atención, diría yo. Me puse algo nervioso por ese escrutinio tan directo, tan poco disimulado. Vale, yo estaba haciendo lo mismo, pero ellas no se habían dado cuenta, enfrascadas como iban en lo que fuera.

—Señoras... —saludé, tocando con dos dedos el ala de mi sombrero—, ¿se han perdido?

Pasé la vista de una a otra, sin darles a entender que sabía quiénes eran, dándome cuenta de que los ojos de Arizona Graham no me veían a mí, sino a Caballero. Lo admiraba a él.

—Eres hermoso—musitó, acercándose con la mano extendida hacia el caballo.

—Gracias por el cumplido—exclamé.

Sonrió con suficiencia y sus ojos fueron directos a mí; unos ojos rasgados, oscuros, intensos..., bonitos. Muy bonitos, de hecho.

Su mano acarició la testuz de Caballero con delicadeza, sin dejar de mirarme.

—Sabe de sobra que no lo decía por usted—dijo.

Su voz era firme, clara, con un deje ronco, sensual.

Me removí en la silla, algo inquieto.

—¿Vive en Mountain Brooks? —preguntó.

Asentí.

—Supongo que entonces conocerá al sheriff, ¿me equivoco?

—En absoluto.

—Bien, pues entonces dígame dónde puedo encontrarlo, me urge verlo.

—¿Por qué?

—Eso a usted no le importa.

Chasqué la lengua, definitivamente era una esnob con aires de grandeza.

—Ya veo... En ese caso, que tengan buen día.

Moví las riendas e hice girar a Caballero para marcharme.

—¿Falta mucho para que lleguemos al pueblo? —gritó.

No respondí.

Antes de alejarme llegué a alcanzar lo que la otra mujer le decía:

—Eres una maleducada, Arizona, ni siquiera te has presentado.

—A ese vaquerucho de tres al cuarto no le importa quién soy o dejo de ser.

—Ay amiga, mal empiezas...

Sí, mal empezaba, su arrogancia no iba a servirle de nada aquí, al contrario.

Llegué junto a los hombres, que ya tenían el tractor de Jo hasta los topes y esperaban instrucciones.

Envié un mensaje a Sahale:

Yo: «No las pierdas de vista».

—¿Y las mujeres? —indagó Riley—. ¿Dónde están?

—Vienen ahí.

—¿Se han perdido?

—No, una de ellas es Arizona Graham y viene a instalarse en la granja del viejo, bueno ahora su granja, supongo. Os preguntará por el sheriff en cuanto os vea, decidle que está ocupado.

—Pero tú eres el sheriff, Maverick.

—Hasta ahí llego, Jo.

—¿Entonces?

—Digamos que nuestro primer encuentro no ha sido de mi agrado y me apetece hacer esperar a su majestad.

—Tendrás problemas por eso...

Me encogí de hombros, me daba igual.

—Llevad todo eso a la carpintería de Jack y lo que no le sirva lo tiráis al vertedero.

Me despedí con un gesto de cabeza y azucé a Caballero para que se pusiera en movimiento.

No, el primer encuentro con esa mujer no había sido de mi agrado, no soportaba a las personas que se creían más que los demás. Y estaba claro que ella venía con demasiados humos. Esa manera de levantar la barbilla para dirigirse a mí... Podía ser guapa y todo lo que quisiera, pero conmigo lo llevaba claro. Acababa de tropezarse con una gran piedra en el camino; una que no iba a permitir que lo trataran como si fuera una mierda pinchada en un palo.

La voz de que ella estaba aquí en el pueblo se corrió como la pólvora. Apostaría mi culo de «vaquerucho de tres al cuarto», de que el mismo Jo fue el encargado de que así fuera. Para cuando ella hizo su aparición en el pueblo, sudando a mares y con los pies en carne viva, yo estaba sentado en la barra del Anny's tomándome una birra, esperando, tan tranquilo.

La puerta se abrió y los murmullos de los allí presentes se apagaron ipso facto.

Anne me hizo un gesto con la cabeza y asentí.

—¡Eh, tú! —masculló con desdén.

—Arizona, por favor...

Sentí dos golpes contundentes en el hombro.

—Te estoy hablando a ti.

Me giré lentamente, me acodé en la barra y la miré de pies a cabeza.

A pesar de su apariencia desaliñada, con el pelo pegado a la frente, la chaqueta colgando de su antebrazo y las gafas de sol empañadas, tenía que reconocer que seguía teniendo un porte regio y altivo. Estaba claro que esta mujer iba a ser un hueso duro de roer. Afortunadamente, yo era un perro con una buena dentadura.

—¿A mí? —me señalé.

—Sí, a ti.

—Por favor, Arizona...

—Cierra el pico, Janeth.

—Tú misma.

La otra mujer me miró con preocupación y reculó.

—¿En qué puedo ayudarte, encanto?

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación no responder cuando te hacen una pregunta?

Sonreí de medio lado.

—¿Y a ti nadie te dijo que no debes dirigirte así a las personas, aunque estas sean vaqueruchos de tres al cuarto?

Se llevó las manos a las caderas, unas caderas pronunciadas, y me taladró con la mirada.

—¿Tienes idea de con quién estás hablando?

—Ni lo sé ni me importa, ¿no fue eso lo que dijiste antes?

—Mira, estoy cansada y los pies me están matando, literal...

—Ah, entonces... ¿no eres así de antipática y prepotente normalmente? —la interrumpí.

Todos nos observaban, expectantes, en silencio.

Su mirada pasó por encima de mi hombro, hacia Margaret, la chica que ayudaba a Anne en el

Grill.

—Ponme un café solo, bien cargado. ¿Tú qué quieres, Jane?

—Marcharme de aquí, estás haciendo el ridículo—musitó bajo, para que los demás no la oyeran.

—Tonterías... El café lo quiero ahora, muévete.

Margaret ni se inmutó.

—¿A qué estás esperando? —le increpó.

Me crucé de brazos.

—Está esperando a que pronuncie las palabras mágicas.

—¿Palabras mágicas?

—Sí, ya sabe, esas que la gente educada pronuncia cuando quiere que alguien haga algo por ellas..., ¿no sabe cuáles son?

Se escucharon algunas risas, incluida la de su amiga, que se tapó la boca para disimularla.

—Seguro que su amiga sí sabe de qué hablo—insistí.

—Por favor—musitó ésta en su oído.

—¿Qué?

Se miraron durante unos segundos, hasta que ella pareció entender.

Resopló, poniendo los ojos en blanco, igual que hacía mi hija.

—Por favor, ¿puedes ponerme un café solo bien cargado? —dijo sin perder la dignidad.

—Eso está mucho mejor, ¿verdad, Maggie?

Maggie se rio con ganas, se dio la vuelta y se dispuso a preparar el café.

—Quiero hablar con el sheriff. Ahora. —exigió.

Todos los pares de ojos se dirigieron a mí, algo de lo que su amiga se percató.

Le guiñé un ojo.

—¿Nadie va a decirme dónde puedo encontrarlo?

Chasquéé la lengua, para fastidiarla.

—Me temo que está ocupado.

—¿Tardará mucho en estar disponible?

Me levanté, dejé unas monedas sobre la barra y me puse el sombrero.

—Su oficina está al final de la calle, el edificio bajo. Seguro que puede sacar unos minutos de su tiempo para atenderla.

—¿Es que aquí sólo habla usted, los demás son mudos?

—No, no lo son. Lo que pasa es que, cuando llega un forastero que no es bienvenido, es la autoridad quien se encarga de tratar con él... o ella.

Su cabeza se movió a cámara lenta y me fulminó con esos ojos almendrados suyos.

Extendí la mano hacia su amiga, que trataba de no echarse a reír.

—Maverick Jackson—me presenté.

—Janeth Harris, encantada de conocerlo, sheriff.

—Lo mismo digo—miré por encima de mi hombro—. Que disfrute del café, señorita Graham, estaré esperándola en mi oficina.

La palabra cretino fue lo último que escuché antes de salir por la puerta soltando una carcajada.

Había sido divertido tomarle el pelo a la pija de ciudad que, al parecer, se creía el ombligo del mundo. Sí, muy divertido, para qué engañarnos. Sin embargo, lidiar con ella sería un suplicio, y encima la tendría instalada en la granja del viejo. ¿Qué mierda había hecho mal en la vida para merecer esto?

Entré en la oficina y llamé al culpable de que me encontrara en esta situación. No hablamos durante mucho tiempo, el suficiente para decirle que la mujer que acababa de llegar era insufrible, maleducada, prepotente y altiva; que como no fuera un poco más humilde, aquí lo iba a tener crudo y que, ni de coña, me iba a tener postrado a sus pies besando el suelo que pisaba.

Me pidió que le diera tiempo, que verse obligada, a mudarse a un lugar desconocido, con gente desconocida, no era plato de buen gusto para nadie; que recordara cómo me sentí yo cuando mis padres me trajeron aquí por primera vez. No había comparación posible, yo era un niño y me trajeron a la fuerza. Ella era una adulta que había tomado su propia decisión con un fin. ¿Cuál? No tenía la menor idea, pero estaba seguro de que el viejo sí.

Cuando ella entró en mi oficina, lo hizo con aires de suficiencia, a pesar de su cojera.

Se plantó frente a mi mesa y apoyó las manos en ésta.

—Soy Arizona Graham, dueña de Mountain Brooks y ahora estás a mis órdenes, sheriff, harás todo lo que te pida mostrándome el respeto que merezco. Ahora dame las llaves de mi granja y ocúpate de que alguien vaya a recoger mi coche y lo traiga aquí.

Solté una sonora carcajada, ante tanta demostración de poder, y me puse a su altura.

Cara a cara, con los dientes apretados.

—Primero, señorita Graham, el respeto aquí hay que ganárselo y usted no me parece una persona que esté dispuesta a hacerlo. Segundo, yo no estoy a sus órdenes, sino a las del Estado, que para eso paga mi sueldo. Y tercero, si necesita ayuda con su coche y demás, pídale con educación, de lo contrario no la obtendrá. Aquí tiene sus llaves—las solté sobre la mesa con chulería—, la granja está a tres kilómetros en esa dirección—señalé con el dedo—. Búsquese la vida y cierre la puerta al salir.

Y lo hizo, con un fuerte portazo, haciendo temblar los cristales de las ventanas.



## CAPÍTULO 8



### *Arizona*

La distancia que separaba el pueblo de la granja eran tres kilómetros; tres kilómetros de una carretera llena de baches, barro y algún que otro charco; tres kilómetros que hice andando, con los pies destrozados, porque nadie en el maldito pueblo quiso llevarnos hasta allí, y eso que ofrecí dinero a cambio de ello. No hubo suerte.

Todos me miraban como si les debiera algo, montones de ojos clavados en mi persona, acribillándome. Los había por todas partes, en las ventanas, en los quicios de las puertas, en las aceras... Sus miradas frías y especulativas me ponían el vello de punta y hacían que sintiera algo raro en la boca del estómago; como cuando veía una película de terror y el miedo a que alguien me saltara encima de repente y me atacara se hiciera realidad.

Aún sentía escalofríos al pensar en ello.

Suspiré y miré al techo de la habitación.

Vale, lo admitía, la única culpable de que se mostraran así conmigo era yo, que había sido grosera, altiva y prepotente. Janeth tenía razón, todo hubiera sido diferente si en lugar de llegar mostrando mi lado defensivo, el que estaba acostumbrada a enseñar para parecer fuerte y no vulnerable, ese que llegué a desarrollar gracias a mi madre, lo hubiera hecho con humildad y sencillez. Sin embargo, hacía tanto tiempo que no mostraba ese lado de mí, que incluso dudaba de que existiera. Fueron tantos los años que dediqué a perfeccionarlo, para que las humillaciones de Elaine Graham no me hicieran daño y me hundieran, que ya lo tenía demasiado arraigado en mi día a día. Así era Arizona Graham. Así era yo para bien o para mal, y dudaba mucho que fuera capaz de volver a ser esa otra persona que mi amiga conoció un día y que tanto echaba de menos.

Cambié de postura, poniéndome de lado y cerré los ojos.

Por primera vez en mi vida no podía dormir. Había demasiado silencio. Un silencio que me provocaba ansiedad, cuando se suponía que debía de ser todo lo contrario. No me gustaba en absoluto; prefería mil veces el ruido, el caos, el estrés...

Me sentía fuera de lugar, este no era mi sitio.

Me faltaban los sonidos de las bocinas de los coches, las sirenas de ambulancias y policía, los acordes de las canciones a todo trapo, el bullicio de las calles... No estaba a gusto, no me sentía cómoda, sin ninguna duda esto no era para mí. Acabaría volviéndome loca con tanta nada a mi alrededor, tan alejada de la civilización; porque si algo tenía claro, era que no me iban a ver el pelo en el puñetero pueblo de las narices. Pasaría los seis meses estipulados aquí encerrada, sin relacionarme con nadie. Ni me interesaba ni quería. Además, los habitantes de Mountain Brooks

ya me odiaban, así que, si no nos veíamos, todos tan contentos.

Los ojos se me anegaron en lágrimas.

Iba a ser un infierno.

Me removí inquieta al pensar en mi coche, abandonado a su suerte a unos cuantos kilómetros de aquí, en una cuneta; con mis cosas en el maletero: ropa, calzado, el portátil, los dosieres de los proyectos... Todo. El corazón me dio un vuelco. ¿Y si me lo robaban? Maldita fuera, no había caído en eso... Y ahora era demasiado tarde para ir a buscarlo y encima no podía hacerlo andando, no hasta que mis pobres pies se recuperaran un poco.

Volví a ponerme bocarriba.

—Arizona, por favor, deja de moverte y duérmete de una puta vez.

Giré la cabeza hacia mi amiga, que me daba la espalda.

—No puedo—musité.

—Será tu conciencia, supongo.

—No, es por el coche, alguien puede robarlo y... Jane...

—No quiero hablar contigo, duérmete y déjame en paz.

Suspiré.

—Vale.

Seguía cabreada conmigo y con razón, para no variar. La había hecho pasar vergüenza y humillación con mi comportamiento y no me lo perdonaría así como así.

Para colmo, al llegar a la granja tuvo que ponerse a adecantar un poco la casa sin que pudiera ayudarla; no toda, porque es muy grande; sólo la habitación que estábamos ocupando, uno de los baños, para que pudiéramos darnos una ducha y parte de la cocina.

Y me curó los pies, metiéndolos primero en agua caliente y jabón, y poniéndome unas tiritas que sacó de su mochila después. Lo hizo todo sin rechistar, mirándome mal cada vez que yo protestaba por todo, y aguantándose las ganas de darme una buena patada en mi culo arrogante.

Mientras ella se ocupaba de todo, incluso de buscar en los armarios algo de ropa que nos pudiéramos poner, yo blasfemaba como un camionero y pensaba en mi venganza. Lo sabía, no merecía tener una amiga como ella, que me quería y se preocupaba por mí.

Y estaba arrepentida. Arrepentida de no haberme parado a pensar en ella y en cómo la hice sentir.

Dejé que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas, en silencio; algo que no me permitía hacer, porque era un signo de debilidad.

Y yo no era débil.

Me desperté de golpe, desorientada, con dolor de cabeza. Janeth no estaba en su lado de la cama y me incorporé, recordando donde me encontraba. Cogí el teléfono de la mesilla de noche, eran las ocho de la mañana. Estiré los brazos por encima de la cabeza, haciendo que todos los huesos me crujieran por el movimiento, y aparté las sábanas a un lado. Miré con cara de asco la ropa que llevaba puesta: una camisa de franela horrible, que me cubría hasta las rodillas, y unos calcetines de lana, gruesos, que a saber de quién eran. Toda la ropa olía a algún producto antipolillas, incluidas las sábanas y las mantas. Un olor que me repugnaba, la verdad. Los pies protestaron en cuanto los apoyé en el suelo y di unos pocos pasos. El dolor no era tan intenso como el de ayer, era más llevadero, gracias a Dios.

—¡Janeth! —llamé.

Nada.

Salí al pasillo y me asomé por encima de la barandilla de madera.

—Janeth, ¿estás ahí?

¿Dónde se habría metido esta mujer?

Bajé las escaleras, esquivando un par de escalones que estaban rotos, y miré a mi alrededor, maravillándome. El día anterior, en mi estado de enajenación mental, ni siquiera me había parado a ver nada de lo que me rodeaba. Había mirado, sí, pero, en realidad, no había visto nada, la ira me cegaba.

Y ahora mi ira se había evaporado y mis ojos se llenaban de regocijo al contemplar lo que tenían ante ellos: un recibidor rectangular, amplio, con vigas de madera en el techo y ventanales enormes que flanqueaban la puerta principal y por las que entraba la luz a raudales; un mueble de pared a pared, con figuras hechas de barro, pintadas a mano; un perchero de pie, una lámpara sucia, pero preciosa, y un armario empotrado; dos puertas cerradas y un pasillo cubierto con una alfombra raída y vieja.

Sonreí, sintiéndome mejor. Enfilé el pasillo y abrí la única puerta que había al fondo de éste. Se me agrandaron los ojos y la boca. La cocina era una estancia enorme, abierta, llena de encanto. Todas las paredes estaban cubiertas por muebles de madera pura, con vetas algo más oscuras; en el centro, una isla cuadrada, con cajoneras en la misma madera y sillas marrones; por encima de mi cabeza, un techo alto del que pendían dos lámparas grandes con forma de campana; frente a mí, una ventana de tres hojas, con marcos de madera oscura y un prado infinito.

—Madre mía, esto es precioso—murmuré.

—¿Verdad que sí?

Me giré sobresaltada y asentí al ver a Janeth.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Explorando tu granja.

Traía la cara colorada por el frío.

—¿Y?

—Esto es enorme, Arizona, una puta pasada. En la parte de atrás hay cuadras, un gallinero y montones de árboles frutales. De hecho, venía a por un cuenco para coger unos huevos, no sé tú, pero yo estoy muerta de hambre—abrió y cerró puertas hasta dar con lo que buscaba—. Todo está sucio y algo abandonado, nada que no pueda solucionarse. Tendremos que echar un vistazo concienzudamente y anotar los desperfectos que vayamos encontrando para arreglarlos. Puede que necesites ayuda.

Su excitación era contagiosa.

Mis tripas rugieron.

—Sí, yo también tengo hambre. Pero no tenemos aceite ni nada, Jane, sería mejor...

—¿Prefieres ir al pueblo? —me interrumpió—. No nos vendría mal un buen café, la verdad.

Negué con la cabeza.

—Nada de confraternizar con el enemigo.

Me taladró con la mirada.

—Tú eres el enemigo aquí, Ari, no ellos.

De nuevo tenía razón, el único enemigo que había aquí era yo, para los habitantes del pueblo y para mí misma. Pujé en una subasta por Mountain Brooks con el único propósito de destruirlo y hacer daño, sin pensar en nada más que en eso.

—De acuerdo, lo reconozco, yo soy el enemigo, aun así, no pienso acercarme al centro del pueblo ni muerta.

—¿Vas a pasarte seis meses encerrada aquí? Perdona bonita, pero no me lo creo.

—Según tú hay mucho que hacer y eso me mantendrá ocupada y entretenida.

—Eres insufrible y una idiota.

—Me odian, Jane.

—No, no te odian, sólo se muestran cautos, están preocupados, intranquilos. Y ayer diste un espectáculo lamentable y bochornoso. Fuiste maleducada, arrogante y estúpida, con el sheriff y la gente que estaba en el bar. Sin embargo, tu coche está aparcado ahí fuera, Arizona, y no creo que él solito haya venido hasta aquí.

—¿Mi coche está aquí? ¿Lo dices en serio?

Corrí hasta la puerta, la abrí de par en par y me eché a llorar de felicidad al ver mi coche. Busqué las llaves en el bolso y salí sin importarme que estuviera descalza y sólo llevara puesta una horrible camisa. Abrí el maletero y fui sacando mis cosas y llevándolas al interior de la casa.

—Podías acercarte hasta allí y dar las gracias, ¿no te parece?

—Ni lo sueñes—exclamé.

—¿No?

—No.

—Está bien, tú misma, me largo de aquí.

—¿Qué?

La seguí a la cocina mientras despotricaba contra mí y dejaba el cuenco en su lugar de malos modos. Volvió al recibidor y cogió su mochila del perchero, poniéndosela a la espalda.

Me planté en la puerta con los brazos extendidos.

—No puedes marcharte y dejarme sola, Janeth.

Se cruzó de brazos.

—Sí que puedo, apártate.

—No.

—O te apartas tú o te aparto yo de una patada en el culo.

—Patéame el culo si quieres, pero por favor, no te vayas, te lo ruego.

—Me quedaré hasta el domingo con una condición.

—¿Cuál?

—Que cambies de actitud, dejes de ser tan beligerante con todo el mundo y me acompañes al pueblo a desayunar y de paso a dar las gracias, a quien sea, por haber traído tu coche a la puerta de casa.

—Pero tengo los pies destrozados y no...

—Entonces me marcho.

—No, no, tú ganas. Tú ganas, ¿vale?

—¿Seguro?

Resoplé.

—Sí, deja que suba mis cosas arriba y me vista.

—Ya estás tardando.

—¡Te odio!

—Ya me lo agradecerás...

Bajé media hora más tarde con un nudo en el estómago. Sólo de pensar en cómo iba a mirarme toda esa gente cuando me vieran aparecer otra vez por allí..., uff, me ponía cardíaca.

—¡Janeth, estoy lista! —exclamé.

Al no obtener respuesta, abrí la puerta imaginando que me estaría esperando fuera. Y sí, fuera estaba, pero no sola, sino acompañada. Muy bien acompañada, por cierto. Me palpitó el corazón con fuerza. Aún no estaba preparada para tenerlo cara a cara..., fui tan grosera ayer con él que, para qué engañarnos, me sentía bastante avergonzada. Me quedé ahí, parada, sin saber qué hacer, si recular y esconderme, o salir y darle las gracias, suponiendo que fuera él el que había traído el

coche, claro.

Entonces alzó la cabeza y me vio.

Se llevó la mano al sombrero, saludándome.

«Vaya por Dios, además de ser guapo a rabiar, tenía una sonrisa preciosa...»

## CAPÍTULO 9



### *Maverick*

Mientras me tomaba un café donde Anny's, tras dejar a Lizzy en la parada del autobús, recordé algo que siempre me decía el viejo cuando era adolescente: «nunca juzgues a nadie a la ligera, no sabes qué historia carga a sus espaldas». Arizona Graham había tenido un comportamiento deplorable a su llegada, ayer, a Mountain Brooks y, lo fácil para todos, suponía, había sido tacharla de déspota, arrogante y maleducada. Jamás me había encontrado con una persona que tuviera tanta rapidez para sacarme de mis casillas; yo, que era un tipo tranquilo, al que poco le gustaba levantar la voz, llegué a ponerme a su altura comportándome más o menos igual.

No estaba orgulloso, para nada, de esa salida de tono mía; no estaba orgulloso de haber dejado que fueran caminando hasta la granja; y tampoco estaba orgulloso de haberla llamado zorra un millón de veces en mi cabeza.

«¿Sólo zorra? ¡Ja!»

Ninguno de por aquí conocíamos a esa mujer de nada. Hasta hacía unos días, ni siquiera habíamos oído hablar de ella. Para nosotros no existía. Sin conocerla, sin saber cuáles eran sus pretensiones con el pueblo, su propósito para pujar por él en una subasta, la juzgué por su forma altiva de mirarme y su seguridad al hablar. Dejé que mis prejuicios sobre ella llevaran la voz cantante y temía haber hecho que los demás sintieran lo mismo que yo, obligándolos a mostrarse cautos, poniéndose a la defensiva. Puede que yo mismo hubiera provocado que ella mostrara los dientes al darle la espalda en la carretera e irme sin responder a una simple pregunta. Fui orgulloso y también un poco prepotente.

«¿Sólo un poco? ¡Claro!»

Me arrepentí de todo ello al llegar a casa y hacer examen de conciencia y, como rectificar era de sabios, volví al pueblo a medianoche y remolqué su coche hasta la granja con mi camioneta.

Estaba dispuesto a darle una segunda oportunidad y esperaba de corazón que la aprovechara.

—Anne, por favor, prepárame dos cafés para llevar y un par de bollos.

La mujer me miró suspicaz y meneó la cabeza.

—¿Vas a llevarles el desayuno?

—Esa es mi intención, sí.

Apoyó las manos en la barra.

—¿Por qué? Después de lo de ayer no creo que se lo merezca, al menos ella.

Me encogí de hombros.

—Puede ser, no obstante, prefiero darle el beneficio de la duda.

—No me gusta esa mujer, sheriff, su mirada estaba cargada de odio y rabia.

—¿Y de qué estaban cargadas las nuestras, Anne? —no respondió—. Mira, puede que me esté

equivocando, no lo sé, sin embargo, esa mujer está aquí, parte de lo que hay a nuestro alrededor es suyo, le pertenece. Tanto ella como nosotros debemos hacer el esfuerzo por conocernos y llevarnos bien. De lo contrario, puede que la empujemos a hacer una locura, como por ejemplo, vender todo lo que tiene al mejor postor y dejarnos con el culo al aire.

—¿Lo haces por interés entonces?

—No, lo hago porque creo que es lo correcto. Ayer yo tampoco tuve un comportamiento ejemplar que digamos y quiero disculparme.

—El sheriff tiene razón, Anne, en ningún momento nos mostramos amigables con esa mujer, al contrario—dijo Maggie—. Puede que se comportara así porque tenía un mal día y estuviera nerviosa. Yo lo estaría si se me hubiera estropeado el coche y mis pies estuvieran destrozados de caminar esos kilómetros con unos zapatos con un tacón de doce centímetros. Además, todos sabemos que la granja lleva desocupada unos cuantos años y allí no hay nada que llevarse a la boca.

—Pues que sea ella la que mueva ese culo gordo y no...

—Anne—la interrumpí—, no vayas por ahí, no te pega.

—Me da igual, creo que estás cometiendo un error al mostrarte tan indulgente con ella, eres demasiado bueno, Maverick Jackson. Esa mujer traerá problemas, ya lo verás.

Su desdén me sorprendió.

—Ya te lo dije, Anne, no la conocemos.

—Y yo no pienso hacerlo, me niego. No la quiero aquí.

Giró sobre sus talones y se metió en la cocina, dejándome pasmado.

—¿Me preparas tú el café y los bollos, Maggie?

—Claro.

Conocía a Mary Anne de toda la vida y nunca la había oído hablar así. Era una buena mujer, una luchadora. Los rumores decían que había estado prometida, pero lo cierto era que nunca se había casado, no tenía familia. Se llevaba bien con todo el mundo y era muy apreciada entre los vecinos, siempre dispuesta a echar una mano. Por eso me extrañaba que hablara con tanto desdén de alguien a quien acababa de conocer.

Cogí el pedido de la barra, dejé un billete sobre ésta y me despedí. Diez minutos después, aparcaba la camioneta detrás del coche de Arizona Graham, y no sabía por qué, pero estaba algo nervioso. Suponía que temía la reacción de esa mujer al verme aquí, en su propiedad, sin ser invitado.

—¡Buenos días, sheriff!

Su amiga, o lo que fuera, no tenía ni idea, venía en dirección al coche. Sonreía de oreja a oreja, parecía muy feliz. Era una mujer muy guapa, pelirroja, de tez blanca, no muy alta y con unas curvas impresionantes, para qué mentir.

Me bajé del coche.

—Buenos días, ¿Janeth?

—Sí, sheriff, pero puede llamarme Jane.

—Si vamos a tutearnos, entonces lo justo es que me llames Maverick.

—De acuerdo.

—¿Qué tal? ¿Habéis pasado buena noche?

Se encogió de hombros.

—Más o menos, todo está bastante sucio y tuvimos que limpiar un poco.

Me sentí culpable.

—Y nos costó trabajo encontrar la llave del agua y el contador de la luz. La verdad que fue un

poco caótico, pero bueno, nada que no pudiéramos solucionar.

—Lo siento, debí encargarme a alguien del pueblo que adecentara un poco la casa y trajera algunos víveres, pero no sabía a ciencia cierta cuando iba a venir la señorita Graham. Y después de lo de ayer..., bueno, qué quieres que te diga.

—Sí, te entiendo.

Sentí que alguien nos observaba y alcé la cabeza.

Arizona Graham, en el quicio de la puerta, parecía dudar si salir o no. Llevé dos dedos al ala del sombrero y sonreí.

Me miraba tan fijamente que, sin saber cómo, me sentí atrapado por esa mirada, por esos ojos rasgados y marrones que ni parpadeaban.

Carraspeé, para aclararme la voz.

—Buenos días—saludé, intranquilo.

—Hola.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó con paso seguro.

El nudo de mi estómago se intensificó.

«Joder, ¿me sentía intimidado por ella?»

—¿Qué hace aquí, sheriff? ¿A qué ha venido?

Que su voz sonara tan firme y clara, cuando a la mía le daba por temblar, me jodió un poco.

Por no hablar de ese tono arrogante.

—Quería comprobar por mí mismo que estaban bien.

—No sería necesario si, como le pedí, nos hubiera traído hasta aquí.

Me envaré.

—¿Lo pidió? Más bien lo exigió, y no con buenos modales precisamente.

Nuestras miradas se retaron durante unos segundos.

Se cruzó de brazos y levantó la barbilla.

—¿Quiere que hablemos de modales, sheriff?

—Arizona, por favor... —musitó su amiga.

Elevé la mirada al cielo e inhalé hondo.

Me rasqué la nuca con nerviosismo.

—Mire, señorita Graham, esto no va a funcionar si ambos no ponemos de nuestra parte, ¿de acuerdo? Creo que los dos nos equivocamos ayer, digamos que, por lo que fuera, no empezamos con buen pie. No soy una persona rencorosa y he venido en son de paz, ¿vale? De hecho he traído una ofrenda—me acerqué al coche y saqué la bolsa de papel con el desayuno—. ¿Lo ve?, café y bollos, y si le parece bien, me gustaría echarle un vistazo más tarde a su coche a ver si puedo arreglarlo.

—¿Has traído el desayuno? Oh, Maverick, podría besarte por esto—Jane abrió la bolsa y escudriñó su interior—. ¡Dios, huele de maravilla! Muchas gracias.

Le sonreí y le guiñé un ojo.

Ella nos contemplaba impasible, sin una pizca de arrepentimiento por lo sucedido el día anterior, ni por nada.

—¿Tú no tienes nada que decir, Arizona?

—¿Maverick? ¿Le has llamado Maverick? ¿Ya os tuteáis y todo, Jane?

—Tú también puedes hacerlo, si quieres, por mí no hay ningún problema—murmuré.

—No quiero, sheriff—remarcó la última palabra con énfasis—. Agradezco que haya traído mi coche, el desayuno y su preocupación, pero confianzas las justas, ¿estamos?

—Entendido.



Me subí al coche, di marcha atrás y me fui.

Anne tenía razón, esta mujer no merecía ningún gesto amable por nuestra parte.

Regresé al pueblo y me encerré en la oficina a rellenar papeleo. Hablé por teléfono con el juzgado de Knoxville; me había llegado la notificación de un juicio al que debía asistir y era mi obligación ponerme en contacto con ellos; dos meses atrás detuve a un tipo por conducción temeraria, iba borracho y fumado, y ahora tenía que ir a declarar. También hablé con Shahale, al parecer tenía la impresión de que unos cazadores furtivos rondaban nuestro bosque y andaba tras la pista. Siempre había algún gilipollas que se salta la normativa, qué le íbamos a hacer. Envié algunos correos electrónicos e ignoré a propósito las llamadas del viejo; seguro que quería saber cómo le iba a ella aquí, si estaba bien instalada y todo eso y, la verdad, no me sentía con ánimos de hablar con él.

Estaba a punto de salir a comer algo, cuando la puerta de la oficina se abrió y entró la señorita Graham, sola.

Me erguí en la silla, sorprendido.

—¿Puedo ayudarla en algo? —indagué.

Se pasó la mano por el pelo, sin mirarme.

—Sheriff... —titubeó.

—¿Sí, señorita Graham?

Resopló.

—Quería disculparme por lo de esta mañana y también por lo de ayer, he sido una grosera con usted y lo siento. Acepto su ofrenda de paz y el ofrecimiento a revisar mi coche, si aún sigue en pie, claro—dijo de carrerilla.

Sonreí para mis adentros, con regocijo.

Al parecer, alguien le había leído la cartilla.

Me puse en pie, rodeé la mesa y me acerqué a ella.

—¿Está segura?

Asintió.

—¿De verdad? —insistí, por tocarle las narices.

—Sí.

—¿Lo dice en serio?

Apretó los dientes.

—¿Acepta mis disculpas o no? Dígamelo para que pueda irme.

Sonreí abiertamente y sus ojos fueron directos ahí, a mi boca, provocándome una punzada en el vientre.

Extendí la mano.

—Acepto sus disculpas, señorita Graham, y estaré encantado de echarle un vistazo a su coche.

—Gracias.

Un cosquilleo recorrió mi mano al estrechar la suya, y ambos levantamos la mirada hacia el otro, a la vez.

«¿Ella también lo había sentido?»

Interesante...

Permanecimos así unos minutos, sin hablar, perdidos en nuestras miradas.

Janeth eligió ese momento para asomar la cabeza por el hueco de la puerta, sobresaltándonos.

—¿Ya habéis fumado la pipa de la paz?

Nos soltamos con demasiada rapidez.

Ella se ruborizó levemente y yo me rasqué la nuca.

—Sí—dijo ella.

—Todo arreglado—respondí yo.

—¡Bien! Entonces podemos seguir con nuestras tareas, Arizona. Por cierto, Maverick, ¿serías tan amable de decirnos dónde podemos comprar algunas cosas que necesitamos?

—Por supuesto.

Salí con ellas a la calle y, desde allí mismo, les indiqué donde estaba la tienda de ultramarinos.

—Os atenderá Holly, es una mujer mayor, de pelo cano, muy amable, aunque un poco cotilla. Decidle que vais de mi parte.

Contemplé cómo se iban y luego cerré la puerta de la oficina con llave, sintiendo que había hecho lo correcto y que podía ser que no todo estuviera perdido.

Mucho más tarde, cuando Lizzy ya estaba acostada durmiendo, con un frío que pelaba, salí al porche con una cerveza en la mano. Me senté en la mecedora. Me impulsé con la espalda, adelante y atrás, acompañado del chirrido de la madera. El cielo estaba cuajado de estrellas y la luna brillaba en cuarto menguante.

Le di un trago a la cerveza y me miré la mano, esa en la que había sentido la pequeña descarga eléctrica al contacto con su piel, y luego clavé la vista al frente, hacia la casa grande.

«¿Qué te ha traído aquí, Arizona Graham?»

«¿Cuál es la historia que guardas en tu maleta?»

## CAPÍTULO 10



### *Arizona*

No sé por qué, pero siempre imaginé que Mountain Brooks sería un pueblo cochambroso, cuatro casas, unos pocos vecinos y algo de ganado. Si ni siquiera aparecía en Google, por el amor de Dios.

¿Cómo iba yo a pensar que al llegar aquí me encontraría con un pueblo tan pintoresco? No me había fijado en él a mi llegada, ya se sabía que en aquel momento mis condiciones no eran las adecuadas para apreciar cualquier otra cosa que no fueran miradas inquisitivas y gestos torcidos y de odio. La mala leche no me dejó ver más allá de mis narices, estaba claro y lo reconocía, solía ser bastante sincera, al menos conmigo misma; y sobre todo, cuando estaba acostada y repasaba mentalmente los acontecimientos del día, como era el caso.

Meneé la cabeza en la oscuridad.

«Menudo día el de hoy...»

Janeth había amenazado con marcharse si no prometía dejar de declarar la guerra a diestro y siniestro. Lo prometí, evidentemente, me aterraba quedarme sola en este lugar.

Necesitaba que alguien de mi más absoluta confianza, alguien que sí me conocía de verdad, alguien como mi mejor amiga, me acompañara y me apoyara, aunque sólo fuera durante unos días; hasta que estuviera instalada y supiera qué pasos dar, por dónde tirar.

Juro que mi intención era cumplir esa promesa, siempre y cuando no se metieran conmigo, claro; sin embargo, fue ver al sheriff ahí, frente a la casa, dirigiéndome esa sonrisa tan bonita que, los cables se me cruzaron sin ningún motivo aparente.

Era un tío guapo a rabiar, alto, debía rondar el metro noventa, con un cuerpo alucinante, perfecto; el color de su pelo no era rubio, ni castaño, era un término medio, un poco más largo de lo habitual; y llevaba barba, arreglada, que le daba un aspecto de tipo rudo que cortaba la respiración; pero lo que más me llamaba la atención de él, eran sus ojos, azul claro, intensos, preciosos.

Cuando me miraba o me sonreía, hacía que me sintiera rara, quizás un poco vulnerable, como si pudiera ver lo que había en mi interior, asustándome.

No me gustaba. No me gustaba, para nada, sentirme así.

Lo odiaba. Supongo que por eso se me cruzaron los cables y volví a ser grosera y borde con él. Agradecía sus gestos de buen samaritano pero, sinceramente, ni los quería ni los necesitaba. No, no era una desagradecida, simplemente pensaba en el futuro. Puede que ellos, los habitantes del

pueblo no fueran mis enemigos, pero yo sí era el de todos ellos. Vine aquí con un propósito, de nada me serviría estrechar lazos, hacer amistades y todo eso, si dentro de unos meses iba a hacerles daño a conciencia. Prefería guardar las distancias, mantenerme en mi sitio, que creyeran que era la bruja del lugar, me daba igual.

Era mejor así para todos.

Para ellos y para mí.

En cambio, Janeth, mi querida y buena amiga Janeth, pensaba todo lo contrario. Ella quería que me relacionara, que me diera a conocer. Estaba claro que, por mucho que me explicara, no entendía mi postura. Su presencia aquí era positiva para mí, pero también negativa. Me obligaba a hacer cosas que no quería, como por ejemplo, ir al pueblo y pedirle perdón al sheriff por mi comportamiento. Qué mal rato pasé, Dios mío. Creo que nunca me había latido tan fuerte el corazón ni me había sentido tan abochornada. Allí, delante de él, recé para que se abriera una grieta en el suelo y me engullera, pero aquí estaba, vivita y coleando; y ruborizándome cada vez que recordaba el cosquilleo que recorrió mi espina dorsal cuando estreché su mano, firme y cálida. Por no hablar de cómo me enredé en su mirada, intensa..., sus ojos me atraparon sin remedio.

Fue una sensación tan incómoda...

Un ruido, procedente del exterior, captó mi atención. Miré a Jane, que a mi lado dormía como una bendita; qué suerte tenía, la condenada.

Me incorporé, alerta. Nada.

Puede que hubiera sido el viento, o algún animal, yo qué sabía, no estaba acostumbrada al campo. Entonces volví a escucharlo, claramente: el chirrido de una puerta al abrirse y luego el golpe de ésta al volver a cerrarse. El corazón me golpeó el esternón y me subió a la garganta. Salí de la cama, temblándome las piernas. Me acerqué a una de las ventanas con sigilo y atisé el exterior. Una luz tenue y una sombra en el interior del establo. Reculé hacia atrás, acojonada.

«¡Madre mía! ¡Madre mía!»

Me apresuré a despertar a mi amiga.

—Jane, despierta—la zarandeé—, hay alguien ahí fuera—dije en susurros, asustada.

La tía no movió ni las pestañas.

Lo intenté de nuevo.

Y un par de veces más.

—¡Janeth, que te despiertes leches!

Balbució algo incoherente, cambió de postura y siguió roncando.

Sabía por experiencia que, si estaba dormida profundamente, como así parecía ser, no lograría despertarla, a no ser que le echara un cubo de agua por la cabeza. Y pasaba de perder el tiempo buscando un cubo, llenándolo de agua y subiendo aquí para tirárselo encima, la verdad. Y tampoco sería capaz de acostarme de nuevo como si nada. Había un intruso en mi granja, en mi establo, haciendo a saber qué. Tenía que pasar a la acción ya mismo.

En cuestión de minutos estaba frente a la puerta del establo, tiritando de frío y de miedo. Necesitaba un arma, no podía entrar ahí con las manos vacías. Miré a mi alrededor, estaba demasiado oscuro y tenía un miedo terrible, me castañeban los dientes. Vi un palo grande, largo, de unos diez centímetros de diámetro, pegado a la pared. Lo cogí sin dudar. Con mucho cuidado de no hacer ruido y alertar al intruso, abrí la puerta poco a poco y me colé dentro. La luz que advertí desde la ventana era demasiado tenue y no se veía con claridad. Percibí un movimiento en uno de los cubículos.

Contuve la respiración. Di unos cuantos pasos más, pegándome a la pared. Cogí aire por la

nariz y asomé la cabeza por el hueco de la puerta. Había un hombre agachado junto a un caballo. Sentí que el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Volví a mirar. El hombre estiró un brazo y cogió algo del suelo. Reculé de nuevo y cerré los ojos.

Inspiré y espiré, armándome de valor.

«¡No lo pienses y hazlo!»

Y no lo pensé, levanté el palo en el aire y entré en el cubículo con un grito de guerra.

Se volvió de repente, sobresaltado.

—¿Qué cojones...?

Dejé caer el palo una y otra vez sobre su cuerpo, con saña, gritando improperios y amenazas.

—¡Joder! —protestó e intentó levantarse.

No lo dejé, seguí golpeando.

—¡Para! —gritó.

Trató de quitarme el palo de las manos, sin conseguirlo.

Entonces sentí un golpe en el tobillo y me caí al suelo, de espaldas. Pataleé al ver que iba a sentarse a horcajadas sobre mí.

Forcejamos, furiosos. Hasta que sus manos se enroscaron en mis puños con fuerza, separándome los brazos y dijo:

—¡Me cago en la puta, Arizona, me estás haciendo daño!

Me quedé paralizada.

¿Me había llamado por mi nombre?

Pegó su torso a mi pecho, acercando su cara. Muy muy cerca. Ambos teníamos la respiración agitada. El pulso acelerado.

Resollábamos. Fue al encontrarme con sus ojos cuando sí quise que realmente me tragara la tierra y desearé desaparecer para siempre.

—¿Sheriff? —conseguí decir.

—Sí, el mismo que viste y calza.

Sus ojos pasaron a mi boca y de nuevo a mis ojos.

Me cosquilleó la piel y me removí, inquieta.

—¿Qué...? ¿Qué...? —tartamudeé.

—Casi me matas, al menos de un susto, ¿eres consciente de eso?

Su aliento cálido me golpeó los labios.

Tragué saliva.

—Estás en mi propiedad, pensé que eras un ladrón, sólo defendía lo que es mío.

—Los caballos no son tuyos...

—Pero el establo sí. ¿Qué coño haces aquí?

«¿Por qué hablábamos en susurros?»

Se incorporó, alzándose con él.

—Dama está preñada y vine a comprobar cómo estaba. Cuando se aproxima tormenta se pone nerviosa, suelo pasar un rato con ella.

—No hay tormenta.

—Aún.

Me limpié el pantalón del pijama con las manos.

—¿Por qué guardas tus caballos aquí?

—No son mis caballos, yo sólo me ocupo de ellos, como del resto de la granja.

—¿Y de quién son?

—Del viejo—lo miré sin comprender—. Por aquí todos llamamos así a Brooks—explicó.

Asentí.

—Entonces..., ¿vienes desde el pueblo para tranquilizarla porque va a haber tormenta? —  
inquirí, sorprendida.

—No, no vengo desde el pueblo, vivo aquí.

«¿Qué!?»

—¿Cómo que vives aquí? ¿Aquí dónde? —me alteré.

Sonrió de medio lado.

—Ven—me cogió de la mano—, te lo enseñaré.

Salimos del establo, me guio por un camino estrecho e hizo un gesto con la cabeza, al frente.

—Vivo ahí—señaló con el dedo—, ahora no puedes ver mi casa bien porque está muy oscuro,  
pero sí, somos vecinos.

Me quedé pasmada.

«¿Vecinos?»

Eso no me gustaba un pelo y torcí el gesto.

—Veo que no te entusiasma mucho la idea de tenerme como vecino...

Me solté de su mano y marqué las distancias.

—Pues no, la verdad.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no.

—Menuda respuesta.

—Es la única que voy a darte.

Soltó una carcajada, ronca, sexy.

«Oh, señor...»

Di media vuelta y desanduve mis pasos.

—Pues no te queda otra que aguantarte, supongo—dijo tras de mí.

—Si no hay más remedio...

Me acompañó hasta la escalera del porche.

—Siento haberte dado una paliza—murmuré.

—Mi espalda y mi cabeza también lo sienten, créeme.

—¿Te he hecho mucho daño?

—Nah, me saldrá algún moretón que otro y me dolerá la cabeza y la espalda y el antebrazo...

Sonrió de nuevo, cortándome el aliento.

—Te juro que pensé que eras un ladrón, no lo hice a propósito—exclamé, avergonzada.

—Lo sé, y, a pesar de haberme llevado una buena tunda, me alegra saber que eres capaz de  
defenderte.

Un relámpago cruzó el cielo, iluminándolo por completo.

Ambos miramos hacia arriba.

—La tormenta—dije.

—Sí, ya casi la tenemos encima. Será mejor que vuelva con mi Dama. Intentaré no molestar  
cuando me acerque por aquí a ver a los animales—asentí—. Por cierto, no soy un vaquero.

—¿Cómo dices?

—Ya sabes..., ayer dijiste que era un vaquerucho de tres al cuarto. No soy vaquero, no tengo  
rancho ni caballos, sólo un Stetson y unas botas viejas.

Me guiñó el ojo.

«¡Jesús...!»

—Vale—acerté a decir, subiendo las escaleras.

Me giré en la puerta.

—Nos vemos, Arizona Graham.

Sonreí.

—Nos vemos, Maverick Jackson.

Cerré la puerta tras de mí y apoyé la espalda en ésta con un suspiro hondo.

«¡Santa madre de Dios, Arizona, casi matas al sheriff!»

Sacudí la cabeza con ímpetu.

Encendí la luz del pasillo, fui a la cocina y cogí un vaso de agua. Las manos seguían temblándome ligeramente. Bebí a sorbos pequeños, conmocionada aún por lo que acababa de pasar. Volvió a iluminarse el cielo y el sonido de un trueno me asustó. De golpe empezó a llover, como si se hubiera abierto una compuerta en el cielo o algo así. La lluvia caía con fuerza, golpeando en los cristales.

Me gustaba la lluvia. Me gustaba mucho. Apoyé los codos en la isla de la cocina y me quedé absorta, contemplando el deslizamiento de las gotas por los cristales; el bamboleo de las ramas de los árboles por el viento...

«¡Menudos porrazos le había dado al sheriff!»

Me temblaron los hombros, escondí la cara entre las manos y reí. Reí a mandíbula batiente por lo absurdo de la situación, de todo en realidad. Y seguía riéndome cuando más tarde subí las escaleras.

También cuando me metí en la cama y me tapé, aunque intenté contener las carcajadas cubriendo la cabeza con la almohada, sin conseguirlo.

«Pudo haber sido una tragedia de las gordas...»

La risa me ahogaba.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jane, somnolienta—. ¿Estás llorando?

Pegué un brinco.

—Sí, pero de risa, acabo de darle una paliza al sheriff con un palo, casi me lo cargo.

—Claro bonita, claro, hale, sigue soñando.

Soñando no, pero pensando en él sí.

## CAPÍTULO 11



### *Arizona*

Hacía dos días que Jane se había marchado de Mountain Brooks, dejándome sola. Me sentía triste, pero, a la vez, también aliviada.

Triste, porque ya no tendría con quien hablar y desahogarme; aliviada, porque ya no tendría que ir al pueblo cada dos por tres y fingir que no me importaba; ahora podría estar a mis anchas, hacer lo que me diera la gana, discutir y ser borde si me apetecía y, todo ello, sin el temor a que mi amiga me taladrara con la mirada y me regañara como si fuera una niña pequeña. Vale, sí, estaba más aliviada que triste, lo reconocía sin ningún tipo de remordimientos. Janeth, a la que quería con toda mi alma, podía ser un gran grano en el culo si se lo proponía, algo que ya sabía y que había comprobado en carne propia estos últimos cuatro días.

Digamos que, hasta la fecha, era la única que se atrevía a ponerme en mi sitio; la que me cantaba las cuarenta sin ponerse colorada ni despeinarse. Por supuesto que me hubiera encantado que se quedara más tiempo, no obstante, teníamos demasiado trabajo en la empresa y alguien tenía que ocuparse de que todo fuera sobre la seda allí; sí, yo podría hacer mi parte desde aquí sin ningún problema, siempre y cuando consiguiera que me instalaran de una vez el teléfono fijo e internet, claro, de lo contrario iba de culo y sin frenos.

«Más tarde llamaré de nuevo a la compañía telefónica y les meteré prisa».

Dejé la taza vacía en el fregadero, me acerqué a la ventana y esperé.

Había descubierto, de casualidad, porque aún no conseguía dormir del todo bien, que el sheriff se colaba en mi propiedad todos los días a la seis de la madrugada.

Entraba en el establo y salía poco después con Caballero, montando sobre él y espoleándolo hasta perderse entre los árboles del bosque que colindaba con la granja, sin saber que yo estaba tras una cortina observándolo.

Era un hombre magnífico al que evitaba como a la peste.

No habíamos vuelto a estar frente a frente desde hacía dos noches, cuando le aticé con un palo creyendo que era un ladrón y lo dejé magullado y, al parecer, con una pequeña brecha en la frente que llevaba cubierta con un apósito infantil. ¿Que por qué lo sabía?

Pues..., porque a la mañana siguiente del “incidente”, cuando vino a echarle un vistazo a mi coche y Jane lo vio, entró como un vendaval en la habitación, me señaló con el dedo, haciéndome retroceder hasta una de las paredes y blasfemó antes de gritarme:

—¿Has sido tú, ¿verdad?!

—¿A qué te refieres exactamente? —respondí, con las manos en alto.



—Vamos..., no disimules, Arizona, sabes perfectamente de qué hablo. Lo que dijiste anoche era cierto y le diste una paliza a ese pobre hombre.

Desvié la vista a cualquier otra parte que no fueran los ojos de mi amiga, sintiéndome peor que la noche anterior.

—Fue sin querer, Janeth, pensé que nos estaba robando.

—¡Por el amor de Dios! ¿Has visto cómo le has dejado? —negué con la cabeza—. Tiene moratones en los brazos, una brecha en la frente y el pómulo magullado e hinchado. ¿Te volviste loca o qué mierda te pasó?

—Traté de despertarte, marmota, pero ni te inmutaste.

Estaba asustada, aterrada, las dos aquí solas... No lo pensé, ¿vale? Simplemente actué, nada más.

—¡Joder, casi lo matas! —me increpó, furibunda.

—¡Pero no lo hice! Todo quedó en un susto, gracias a Dios.

Me senté en la cama, pasándome las manos por la cara.

—Dime al menos que te disculpaste con él.

Resoplé.

—Por supuesto que lo hice, ¿por quién me tomas?

—¿De verdad estás haciéndome esa pregunta?

—¿Él te dijo...?

Se sentó a mi lado.

—No. Cuando le pregunté qué le había pasado dijo que se había caído del caballo. Entonces me acordé de lo que contaste anoche y... ¡Joder, Arizona!

Trató de convencerme de que saliera y lo invitara a un café, pero me negué sin reconocer que me moría de vergüenza ver a la luz del día cómo me había ensañado con él.

Y seguía sin atreverme a mirarle a la cara, pero no sólo por lo ocurrido, sino por cómo me hizo sentir después cuando...

Vi aparecer su sombra por entre los árboles y moví un poco la cortina. Aún era noche cerrada y no pude verlo bien hasta que estaba cerca del porche. A pesar del frío que debía hacer fuera a esta hora, caminaba erguido, enfundado en una cazadora forrada de borreguillo y con su Stetson bien calado en la cabeza; las manos metidas en los bolsillos del pantalón vaquero y los labios fruncidos.

De repente miró a la ventana y sonrió de medio lado, como si supiera que lo observaba embobada. Pero eso era imposible, ¿verdad? ¿Cómo iba a saberlo si tenía todas las luces apagadas?

«¿Y qué me dices de la cortina un poco descorrida y del vaho en el cristal, idiota?»

¡Mierda!

«¿Debía saludarlo?»

No lo hice, seguí donde estaba hasta que se perdió en el interior del establo. Luego subí a darme una ducha, a vestirme y recoger la habitación. Una habitación preciosa y amplia que Jane y yo habíamos limpiado a conciencia, sobre todo la madera que recubría las paredes, el techo y el suelo. El cabecero de la cama, que debía medir un metro cincuenta y era de forja antigua y estaba desconchado en algunas partes, sería lo primero de la lista de tareas a realizar que tacharía. También habíamos lavado toda la ropa de cama que había en el armario, para quitarle el olor de producto antipolillas y a polvo.

Saqué la lista del cajón de la mesita y resoplé, iban a ser seis meses la mar de entretenidos y ocupados. Al menos pasarían volando y no tendría tiempo de relacionarme con la gente de por

aquí, algo que también evitaría a toda costa ahora que Jane se había marchado.

Repasé la lista varias veces, priorizando algunas cosas y dejando para más adelante otras; como por ejemplo, subir al tejado y arreglar la gotera que habíamos descubierto en una de las habitaciones al explorar la casa de cabo a rabo porque, como llovía a mares, no encontramos nada mejor que hacer. Hoy por fin luciría el sol, al menos así lo presagiaba el cielo cuajado aún de estrellas y que empezaba a clarear con las luces del alba.

Me miré al espejo, uno de cuerpo entero que había junto a un tocador antiquísimo, que me encantaba, y suspiré: traje de falda y chaqueta de Donna Karan, camisa de seda de Armani y zapatos de finísimo tacón de Oscar de la Renta. Estaba claro que lo primero era lo primero, ir a Kingston y cambiar mi atuendo de ciudad por algo más indicado para el campo; no me quedaba otra, así vestida en una granja parecía ridícula, como bien apostilló mi querida amiga en su momento.

«Solo serán seis meses, Arizona, luego podrás volver a ese mundo que tanto adoras...»

Con este último pensamiento salí de casa.

No eran las ocho de la mañana y ya recorría los anchos pasillos de Walmart, los grandes almacenes que todo el mundo conocía y que estaban abiertos veinticuatro horas al día. Para cuando dieron las doce del mediodía, ya tenía el maletero del coche repleto de bolsas con pantalones, camisas, jerséis, alguna sudadera, un par de anoraks y calzado en condiciones que no martirizara mis pies. Comí una ensalada y un bocadillo aquí mismo, acompañado de un montón de refresco de cola, y busqué en Google un concesionario de compraventa de coches de segunda mano. Sí, también iba a cambiar eso, de lo contrario mi precioso Volvo de ciudad se resentiría y me dejaría antes de lo pensado, algo que lamentaría sin duda.

Atardecía cuando regresé a la granja ataviada con mi nuevo estilo y en mi preciosa pick up de color gris metalizado. Sonreí satisfecha aparcando delante de la casa, había sido un día fructífero y demasiado largo. Odiaba ir de compras, no me gustaba nada tener que andar probando ropa y todo eso. Para mí era mucho más cómodo comprarlo por internet directamente a los diseñadores, pero bueno, por un día tampoco pasaba nada.

Me remangué hasta el codo las mangas de mi flamante jersey de lana y me dispuse a vaciar la camioneta, que venía hasta los topes de cosas, no sólo de ropa y calzado.

Ya que estaba en la ciudad, había aprovechado para comprar víveres, barniz para la barandilla de la escalera, clavos, un martillo, macetas, tierra ecológica, abono... en fin, muchas cosas que iba a necesitar para cumplir con parte de las tareas de la lista que guardaba en el bolsillo. Hasta había encargado el cristal que había que reemplazar en una de las ventanas del gran salón.

No tenía ni idea de si aquí en el pueblo había cristalería o no, la verdad fuera dicha, pero tampoco me importaba gran cosa, para qué mentir.

—¡Hola!

Me giré sobresaltada.

Una niña, con el pelo rubio oscuro, trenzado sobre sus hombros y sonriente, me miraba curiosa.

—¿Quién eres? —exclamé, demasiado ruda.

—Me llamo Lizzy.

—¿Tus padres nunca te han dicho que no hables con desconocidos?

—Sí, claro, papá me lo repite constantemente, pero tú no eres una desconocida, eres Arizona Graham y ahora vives aquí porque eras la dueña del pueblo.

«Vaya..., menuda sabelotodo».

La miré con más interés.

—¿Eso también te lo dijo tu padre?

—Ajá, y me pidió que no te molestara, pero...

—Entonces, ¿qué haces aquí? —dije brusca.

Se ruborizó y encogió los hombros.

—Vine a dar de comer a las gallinas, siempre lo hago cuando termino de hacer los deberes. Al verte pensé que podrías necesitar ayuda con eso—señaló la camioneta.

Achiné los ojos y los clavé en ella.

—¿Me viste desde el gallinero? ¿Y cómo lo hiciste?

Se puso nerviosa.

—No, estaba cotilleando un poco, quería conocerte. Lo siento.

Se dio media vuelta, rodeó la casa y la perdí de vista.

Acababa de hablarle como mi madre lo hacía conmigo, con intimidación.

Automáticamente escuché en mi cabeza la voz de Jane diciéndome que acababa de ser borde con una niña y que me estaba convirtiendo en una bruja en toda regla. Me dio igual. Sin embargo, no pude evitar seguirla. La vi dentro del gallinero, esparciendo granos de maíz mientras murmuraba para sí, regañándose.

—Lo siento—dije asustándola—, no estoy acostumbrada a hablar con niñas...

—No soy una niña—me interrumpió molesta—, tengo casi catorce años.

Sonreí para mis adentros.

—Usted perdone, señorita.

Me miró de reojo, sin decir nada, y cogió unos cuantos huevos que depositó en un cesto de mimbre.

—¿Por qué te encargas tú de las gallinas? ¿Vives por aquí?

Porque no tenía ni idea de que la granja estuviera a disposición de todo el mundo, la verdad.

Vi que ponía los ojos en blanco.

—Yo no soy todo el mundo, soy Lizzy, ya te lo dije. Vivo con mi padre en aquella casa y nos ocupamos de los animales porque el abuelo vive muy lejos y no puede hacerlo.

«Un momento...»

«¿Qué?!»

El estómago me dio un vuelco.

¿Era la hija del sheriff y nieta de quien yo creía? Porque no había que ser muy inteligente para atar cabos. Si Maverick Jackson vivía en esa casa, y él se ocupaba de los animales de la granja y de todo lo del viejo, como llamaban a Anthony Brooks por aquí, pues... ¡Ay, mierda! A ver si el sheriff iba a ser mi hermanastro y yo babeando por él... ¿Era eso posible? ¿No decían las investigaciones que Brooks no tenía familia? ¿Y si el detective mintió también en eso? Porque en lo demás lo había hecho.

Un silbido cortó el aire, llamando mi atención.

—Es mi padre, tengo que irme.

—¡Espera!

—No puedo, lo siento. Nos vemos otro día.

Me quedé aquí plantada, con tremendas ganas de interrogar a esa niña y que me sacara de dudas.

«Así que el sheriff estaba casado...»

Entonces..., ¿por qué me miraba de esa forma cuando me veía?

«Mantente en tus trece y no socialices con nadie. ¡Con nadie!»

## CAPÍTULO 12



### *Maverick*

Tras recibir el mensaje de Sahale me puse en movimiento con rapidez; si él decía que era urgente, entonces es que lo era. Conduje hasta la granja, dejé la camioneta en el acceso de entrada y corrí a las cuadras; ensillé a Caballero con premura y monté sobre él de un salto, espoleándolo sin tiempo que perder. Lo hice todo tan rápido, que ni cuenta me di de que Arizona Graham se había quedado parada en el porche al verme. Con el viento de cara me interné en el bosque. Hacía un frío de cojones y el maldito viento no ayudaba, al contrario, estaba tan congelado que dolía hasta respirar. Caballero iba a tope, exhalando nubes de vapor por los ollares, ágil, rápido, potente. Me incliné hacia adelante, para no darme con una rama baja en la cabeza, y lo animé a acelerar.

—Vamos, chico, ya estamos cerca.

Salté un par de obstáculos: una piedra y un tocón de roble, viejo y seco, y seguimos cabalgando como si nada, siguiendo las coordenadas e indicaciones que mi ayudante me había dado a través del teléfono móvil. Seguro que esto tenía que ver con esos cazadores furtivos que andaban por ahí; empezaban a tocarme demasiado los cojones y estaba a punto de perder la paciencia. Tiré de las riendas de Caballero al ver la montura de Sahale junto a un árbol, con la respiración agitada y cabeceando.

Desmonté de un brinco y miré a mi alrededor, escudriñando entre los árboles, sin ver nada. Cerré los ojos e inspiré hondo, ralentizando la respiración, prestando atención a los sonidos: el agua del río, el movimiento de las hojas, el chasquido de una rama al partirse... Abrí los ojos de golpe y giré la cabeza en la dirección de ese último ruido y lo seguí con precaución. Unos cincuenta metros más allá, encontré a Sahale acuclillado, con las manos extendidas, absorto en algo, concentrado.

Lo observé en silencio.

Sahale era un mestizo, de madre cheroqui y padre americano. Orgullosa de sus raíces y su cultura. Era un hacha buscando y siguiendo pistas, sus ojos, sagaces, lo veían todo antes que nadie. Era cauto, minucioso, serio y parco en palabras, siempre directo al grano.

Silencioso como nadie, aparecía y desaparecía sin que te dieras cuenta. Su aspecto llamaba la atención. Las mujeres del pueblo decían que era guapo, atractivo, que su mata de pelo, largo y negro era el sueño de cualquiera; por no hablar del color tostado de su piel, sus ojos rasgados y oscuros y el cuerpo atlético. Supongo que esos comentarios nos dejaban al resto de los hombres a la altura del betún, pero reconocía que tenían razón. Pocas eran las veces que lo había visto reírse y relacionarse con los habitantes del pueblo. Era un solitario, un halcón, leal a más no poder. Pondría mi vida en sus manos sin dudarle ni un segundo.

Esperé a que se levantara para preguntar:

—¿Qué has encontrado?

—Trampas para ciervos. En la subida.

—Lo cazadores...

Asintió.

—Han estado por aquí hace unas tres horas.

—¿Cómo lo sabes?

—Hicieron fuego.

—Pero está apagado.

—Aún puedo sentir su tibieza. Por eso calculo esas horas.

Así que eso era lo que estaba haciendo ahí acucillado con las manos extendidas, con los ojos cerrados...

—¿Latas de cerveza, algún envoltorio? ¿Algo que tuviera huellas que pudiéramos llevar a analizar?

—No.

—¿Cuántos? —indagué.

—Cuatro. Sus huellas vienen del este y vuelven al mismo punto.

—Imagino que ahí tendrían un vehículo, ¿no?

—Sí, pienso lo mismo que tú.

—Por un momento pensé que los tenías, Sahale. Tu mensaje me alteró y me puso nervioso, dijiste que era urgente.

—Y lo es.

Me pasó los prismáticos que llevaba colgados al cuello y me indicó con el dedo la dirección en la que debía mirar.

Contuve el aliento.

—Joder, estamos muy cerca de la granja y de mi casa. Si sus rifles son potentes, que no lo dudo, podrían... —me detuve y lo miré, preocupado.

—Esa era la urgencia.

—Hay que encontrar a esos cabrones.

—Vigilaré la zona este.

—¿Has quitado las trampas?

Sonrió de medio lado.

—No. Por eso sé que volverán.

—Bien.

Volví a echar un vistazo con los prismáticos a la zona y la vi. Arizona, con un pañuelo que cubría su cabeza, guantes y la ropa hecha un desastre, arrastraba algo por las escaleras, con esfuerzo.

—¿Qué coño estará haciendo esta mujer?

—Limpieza.

—¿Limpieza?

—Sí. Saca cosas de la casa. Las apila en el patio.

—¿Has estado vigilándola?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué? —inquirí.

—Está sola.

—Créeme, sabe defenderse de puta madre.

—Lo sé. No te caíste del caballo.

Me reí.

—No, no lo hice.

—Va a prenderles fuego—indicó.

Miré de nuevo.

—¿Cómo cojones sabes qué va a hacer?

—Líquido para encendido. Junto a la puerta.

—¡Joder, ¿se ha vuelto loca?! No puede encender un fuego en el puto prado, es peligroso.

—Puede que no lo haya pensado.

—¡Mierda!

Le di los prismáticos.

—Tranquilo. Sigue sacando cosas. Aún tienes tiempo.

—Joder, macho, tienes una vista de lince.

—De halcón—me corrigió—. Es valiente.

—¿Quién, Arizona?

—Sí. Me gusta. Y a ti también. Es diferente.

Clavé mis ojos en los suyos, pasmado.

—¿Qué? Arizona Graham no me gusta, me intriga, eso es todo.

—Llámalo como quieras.

—No es mi tipo, Sahale.

Chasqueó la lengua, con la mirada clavada en el horizonte.

—Nunca lo son.

Pasó junto a mí, se dirigió a su caballo y se largó sin despedirse. Él era así, no había que tenérselo en cuenta. Te soltaba lo que pensaba te gustase o no. No daba explicaciones a nadie, era libre como el viento. De vez en cuando se dejaba caer por el Anny's, se tomaba una cerveza o dos conmigo, echábamos una partida al billar y luego se iba sin más. Vivía al norte de Mountain Brooks, en una cabaña en el bosque. Una cabaña que él mismo había construido a su llegada aquí hacía unos siete años, solo.

Cabalgué de vuelta a la granja, ya más relajado. Fui directo al establo, donde aseé a Caballero, le di de beber agua fresca y le puse comida. Me ocupé también de Dama, que cada vez estaba más lenta debido a su preñez. Le faltaban sólo dos meses para parir y ya se notaba el peso del potrillo en su vientre. Colgué la silla de montar en su sitio, junto a las riendas, y me lavé un poco las manos y la cara.

Sahale tenía razón, ella seguía sacando cosas de la casa.

Dudé si acercarme a ella o no. No habíamos vuelto a hablar cara a cara desde el incidente que me dejó magullado y, para qué mentir, siempre que la tenía cerca me ponía nervioso; algo que no me ocurría desde...

—¿Pasa algo? —exclamó desde el porche.

—No. ¿Por qué?

Le di vueltas al sombrero en las manos.

—Todo el mundo entra y sale de la granja a su antojo, estoy harta. Esta es mi propiedad y no puedes venir cada vez que te plazca, ¿sabes? Mucho menos derrapar en la entrada con tu camioneta para salir volando después sobre el caballo. Tomaré medidas.

Se perdió en el interior de la casa y resoplé.

Esta mujer me superaba.

Volvió a salir poco después, arrastrando una alfombra enrollada, grande y vieja, que parecía pesar lo suyo.

—¿Te echo una mano con eso? —ofrecí.

—No, no necesito ayuda, puedo yo sola.

—Como quieras.

Me quedé plantado allí, recorriéndola con la mirada mientras ella me ignoraba. Su cara estaba colorada por el esfuerzo.

Gotas de sudor perlaban su frente y, más abajo, otras se deslizaban dentro del escote de su camisa roja, desde el cuello y la clavícula. No era una imagen nada atractiva y, en cambio, noté que la respiración se me aceleraba y que algo se removía debajo de los pantalones. Algo que llevaba demasiado tiempo dormido.

Tragué saliva, incómodo.

Cambió la posición, ahora la tenía de espaldas a mí, resollando y tirando de la alfombra, a ras del primer escalón. De repente lo vi venir, trastabilló, sus manos en el aire, un grito ahogado y...

—Te tengo—murmuré con ella en brazos, a un palmo del suelo.

Sus manos se aferraron a mis antebrazos con fuerza, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, joder..., su intensa mirada me petrificó en el sitio. Me hormigueó la piel allí donde ella me tocaba.

Su cálido aliento reverberó en mis labios. Su olor..., ¡señor!, me embriagaba; de hecho, sin ser consciente de lo que hacía, incliné la cabeza hacia su cuello con la intención de inhalar hondo y embeberme de él.

—¿Qué diablos haces?

Su voz fría me atravesó los tímpanos, deteniéndome a tiempo de cometer una estupidez.

¡Mierda! ¿Me había vuelto loco?

—No puedes tomar medidas, me refiero a la granja.

—Porque tú lo digas...

—Exacto.

—¡Suéltame! —exigió.

Sonreí.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Vale.

Y la solté.

El golpe fue pequeño, sólo estaba a un palmo del suelo, aun así se quejó y blasfemó hasta lo que no estaba escrito.

—¡Eres un...! ¡Eres un...!

Alcé las manos, poniéndome en pie.

—Lo siento, pero sólo obedecí órdenes. ¿Te duele el trasero? —me burlé cuando vi que echaba la mano a esa parte de su anatomía.

—¡Idiota!

Se me escapó la risa.

Recogí el sombrero del suelo y me lo puse.

—¿Puedo saber que estás haciendo? —pregunté.

—Lo que me da la gana—refunfuñó.

—De acuerdo, te lo preguntaré de otra manera... ¿Qué vas a hacer con todo eso? —señalé la pila que había en el prado, detrás de mí.

—¡Quemarlos! —gritó.

Chasqueé la lengua.

—No puedes.

Se llevó las manos a las caderas y me miró de pies a cabeza.

—Y quién me lo impide, ¿tú? —se mofó.

Me hirvió la sangre en las venas.

—Hay leyes que prohíben hacer fuego.

—Esta es mi maldita casa y haré en ella lo que quiera.

—Fuego no, a no ser que te apetezca pasar unos días en el calabozo, claro. Por si no lo recuerdas soy el sheriff y, te guste o no, princesa, tendrás que acatar las leyes.

Se encendió aún más, apretó los dientes.

—¿Cómo me has llamado?!

—Lo siento, ¿debí decir su majestad, quizá?

Caminó hacia mí, bufando.

—Mira, vaquero—siseó despectivamente, clavándome el dedo en el pecho—, por muy hijo de Anthony Brooks que seas no voy a permitirte ni un...

La atraje hacia mí y la besé.

Sí, la besé, me dejé llevar por un impulso y devoré su boca con avidez, con ansia; colando la lengua en su interior, rozándola con la suya.

No duró mucho, pero sí lo suficiente para paladear su sabor y que el vello de la nuca se me erizara.

«Joder...»

Di un paso atrás, cauto.

Ella parecía un poco aturdida, más o menos como yo.

—Al fin consigo que cierres el pico—desvió la mirada—. ¿De dónde has sacado que el viejo es mi padre? —murmuré.

—Tu hija me lo dijo.

—Ah, sí, Lizzy me contó que te había visto. Por cierto, estaba un poco cabreada contigo—se encogió de hombros—. Brooks no es nada mío.

—Pero ella dijo..., ella..., lo llamó abuelo.

—Sí, bueno, pero sólo porque él se lo pidió, no porque llevemos la misma sangre—al ver que no iba a decir nada continué—. En cuanto a lo de si puedo o no decidir, te repetiré que soy el sheriff y que siempre me aseguro de que se cumple la ley, al menos en mi territorio, pertenezca a quien pertenezca, ¿estamos?

Llama a la oficina cuando termines y me encargaré de que alguien venga a recoger todo eso y lo lleven al vertedero municipal.

Me llevé la mano al sombrero como despedida y le di la espalda.

—¿Le prenderé fuego en cuanto te largues!

—Pues ya sabes donde pasarás la noche, Arizona Graham.

—Si vuelves a aparecer por aquí te daré otra paliza, Maverick Jackson, ¡lo juro!

Solté una carcajada y respondí sin girarme.

—Entonces nos vemos esta noche, matona, no te tengo miedo.

Su rugido exasperado fue lo último que oí antes de subirme a la camioneta y poner rumbo al pueblo.

Tuve que parar a medio camino y coger aire. El corazón llevaba latiendo con ímpetu en mi pecho desde que la había besado, y aunque lo disimulé bastante bien, creo, la verdad era que estaba acojonado y eufórico a la vez.

Sahale, al parecer, volvía a tener razón.



Arizona Graham no sólo me intrigaba.

## CAPÍTULO 13



### *Arizona*

El cabreo que tenía era monumental, de los gordos, vamos.

Llamarme con recochineo princesa, ¡a mí! ¿Pero quién se creía ese hombre que era? ¿Matona? ¿Había dicho matona? ¿Acaso pensaba que no estaba dispuesta a zurrarle de nuevo? Pues iba listo, porque a mí nadie me retaba. ¡Nadie!

Despotiqué durante toda la tarde de lo lindo, creo que nunca había dicho tantas palabrotas seguidas en mi vida. Toda esa rabia valió para que terminara de sacar los trastos viejos que no me servían para nada y todas esas alfombras carcomidas por el tiempo, sin que me rindiera. Cuando saqué la última, cogí aire con fuerza y me limpié el sudor de la frente con el borde de la camisa. Dios, me sentía tan pegajosa que me daba asco a mí misma; hasta el pelo tenía pegado a la cabeza y la frente de lo empapada que estaba; mi olor corporal debía de tirar para atrás y de culo.

«Y aun así él te besó...»

Inconscientemente llevé los dedos ahí, al lugar donde, hacía un momento, habían estado sus labios. Cerré los ojos y lo sentí de nuevo: el cosquilleo que me recorrió la espalda al primer contacto con su boca. Mi primer instinto fue resistirme, apartarlo de un empujón, sin embargo..., ¡ay, Dios! ¿Cómo explicar lo que sentí en ese momento? Fue algo..., diferente, una especie de calor, de bienestar, de ¡wuuu, ¿esto qué es?! Los pezones se me endurecieron por el recuerdo de su lengua rozando la comisura de mis labios, adentrándose con toda la tranquilidad del mundo en mi boca.

Menos mal que fue un visto y no visto, porque si no...

«Porque si no, nada. ¡Nada de nada! Eso no se repetirá jamás, por muy bien que haya estado».

Demasiado tiempo sin estar con un hombre, eso era, por eso mi reacción a un simple beso. Vale, un beso de los buenos, de los que estremecían de pies a cabeza, lo reconocía, pero sin ninguna duda había sido la sequía de contacto sexual la que me había hecho responder, sólo eso y nada más que eso. La próxima vez que...

«¡No habrá una próxima vez, idiota!»

Furiosa conmigo misma, y sólo para resarcirme y demostrar que a mí nadie me daba órdenes, estuve tentada de abrir la botella del líquido de encendido, verterlo sobre la pila de basura que tenía frente a mí, y prenderle fuego a todo. No lo hice, claro, al igual que yo, él también era capaz de cumplir su amenaza y llevarme detenida. Ya veía las caras de regocijo de los habitantes del pueblo viéndome esposada.

Pues iban a quedarse con las ganas!

Respiré hondo, necesitaba una ducha con urgencia.

Y me la di.

Una ducha larga, de agua muy caliente y reconfortante, que ayudó a que esos músculos de mi cuerpo que desconocía y ya empezaban a doler por el esfuerzo realizado, se destensaran y relajaran.

Me puse unos leggings, una camiseta y una de mis nuevas sudaderas y bajé a la cocina.

Aún era temprano para hacer la cena y decidí salir a explorar un poco la propiedad, algo que todavía no había hecho y que me apetecía mucho. Necesitaba respirar aire puro, fresco, dar un paseo tranquilo.

Cogí el anorak del perchero de la entrada, las llaves y salí. Miré a mi alrededor sin saber hacia dónde dirigirme. Todo eran prados inmensos, senderos estrechos e infinidad de árboles. Caminé en línea recta un buen trecho y luego subí una pendiente, internándome entre los árboles que había frente a la casa, con cuidado de no ir demasiado lejos para no perderme. Sería bochornoso que el sheriff tuviera que reunir al pueblo para buscarme; seguro que más de uno preferiría que me comieran los lobos.

Me paré en seco.

«¿Lobos? ¿Había lobos por aquí? ¿Quizá osos?»

Nerviosa miré a un lado y a otro, temiendo ver aparecer algún animal salvaje, con las fauces ya abiertas y dispuesto a darse un festín conmigo.

Y menudo festín, por cierto, con la de carne que rodeaba mis huesos...

Me reí por esta idiotez, aligerando un poco el nerviosismo, y seguí caminando hasta que llegué a un claro desde el que se veía perfectamente la granja y todo lo que la rodeaba.

Era inmensa, espectacular. La carretera que venía del pueblo serpenteaba hasta la entrada, donde se estrechaba y luego seguía hasta la siguiente finca, la de mi querido vecino; mi camioneta aparcada debajo de un árbol, los setos rodeando la casa y las vallas de madera cercándolo todo; al fondo, en la parte de atrás, el establo, el gallinero, un par de construcciones de madera, la pila de basura que había ido acumulando a lo largo del día, el prado que llevaba a la casa del sheriff y un huerto grande que todavía no había inspeccionado. Me gustaba. Me gustaba todo, la ubicación, la estructura, los colores apagados y fríos del invierno...

Sonreí complacida y me dispuse a seguir subiendo.

De pronto sentí algo raro, como si alguien, una persona o un animal, me estuviera observando. Se me erizó el vello de la nuca y la carne se me puso de gallina. Cauta, escudriñé entre los árboles y el camino, delante y detrás. Nada, no vi nada. Volví a hacerlo, para asegurarme, y entonces lo vi, allí parado, a unos pocos metros de mí, como si hubiera salido de la nada. Reculé por instinto, asustada, parecía peligroso. El hombre también caminó, acercándose demasiado. En las manos llevaba las riendas del caballo que le seguía el paso. En lugar de echar a correr, me quedé paralizada, conteniendo la respiración.

Se detuvo frente a mí.

Era alto, parecía muy fuerte; el pelo le caía por encima de los hombros, oscuro; sus ojos rasgados y negros, parecían abarcarlo todo a nuestro alrededor. Su aspecto era...

—Dé la vuelta—ordenó, tajante.

—¿Qué?

—Que vuelva a la granja—masculló, arrogante.

Levanté la barbilla, clavándole la mirada, envalentonada.

—Perdona, pero..., ¿quién coño eres?

—Está anocheciendo y el bosque es peligroso.

—Responde a mi pregunta.

—Sahale.

¿Sahale? Menudo nombre..., aunque no sé por qué, pero le pegaba.

—¿Qué haces en mi propiedad, Sahale?

—Mi trabajo.

—Que es...

Montó sobre su caballo.

—Regrese. Ahora.

Resoplé.

¿Por qué todo el mundo pensaba que podía darme órdenes?

—¿Y si no lo hago? —exclamé, altiva.

—Lo hará.

Espoleó su caballo y desapareció delante de mis narices.

Me quedé pasmada durante un buen rato, dispuesta a llevarle la contraria. No obstante, por mucho que me fastidiara reconocerlo, él tenía razón, caía la noche y era peligroso estar por aquí. Además, había sido bastante incauta al salir de casa cuando estaba a punto de anochecer sin haber cogido una linterna siquiera.

Qué poco preparada estaba para la vida en el campo...

Desanduve mis pasos y volví a casa.

Después de cenar y recoger la cocina, apagué las luces y subí a la habitación con el portátil, dispuesta a trabajar un poco. No, todavía no tenía internet, pero eso no significaba que no pudiera ir adelantando cosas. Antes de ponerme a ello, saqué del cajón la lista de tareas y taché las que ya había realizado. Mañana me pondría con las contraventanas que estaban sueltas y barnizaría la barandilla de la escalera. Me apoyé en el cabecero de la cama y cerré los ojos, pero sólo un poco; aún era demasiado temprano para dormirme y quería comprobar si el sheriff se atrevía a venir. Esta tarde había asegurado no tenerme miedo, ya veríamos...

Abrí los ojos poco a poco, parpadeando; los tibios rayos del sol me daban de lleno en la cara y me desperecé. Dios, había dormido toda la noche del tirón por primera vez desde que había llegado aquí y me sentía de maravilla. ¡Un momento! ¿Rayos de sol? ¿Qué hora era? Me incorporé y miré la hora en el teléfono, alucinando, pasaban de las nueve de la mañana. No recordaba haberme levantado tan tarde en los últimos años.

Sí, para mí las nueve de la mañana era demasiado tarde, acostumbraba a levantarme a las cinco y media, como mucho a las seis. Me froté la cara y me quedé ensimismada. No tenía ni idea de a qué hora me había dormido, de hecho, ni siquiera recordaba haber abierto el portátil para nada.

¿Qué me estaba pasando?

Bajé a la cocina, me hice un café y con él en la mano, abrí la puerta del porche. El aire frío de la mañana me dio de lleno en la cara, acabando de despejarme. Inspiré hondo, paseando la vista con tranquilidad por el entorno, hasta reparar en un papel doblado que había encima de la mesa y que ayer no estaba ahí. Me acerqué, cogí dicho papel y lo desdoblé.

Sólo una palabra había escrita en él con letras mayúsculas:

«COBARDE».

No había que ser una lumbrera para saber quién la había escrito.

Le di un sorbo al café, saboreándolo.

«Cobarde, ¿eh?»

Me terminé el café con toda la calma del mundo. Subí a la habitación y me vestí. Me recogí el pelo en una cola de caballo, antes de volver a bajar. Busqué en los cajones de la cocina hasta dar

con lo que necesitaba, cogí la botella de líquido para encendido y rocié el montón de basura. Acto seguido, saqué del bolsillo de los vaqueros la caja de cerillas, que no dudé en utilizar, y me senté en el porche a esperar, con otra taza de café en las manos, mientras el fuego cogía fuerza e intensidad.

Sólo tuve que esperar unos quince minutos de nada.

Sentí el frenazo de la camioneta del sheriff en la entrada y luego un portazo violento. Sonreí para mis adentros. Como un toro apareció delante de mí, fulminándome con la mirada.

—¿Te has vuelto loca o qué cojones te pasa?

Me encogí de hombros.

—Tenía un poco de frío.

Se giró airado y entró en el establo, del que salió poco después portando dos cubos grandes llenos de agua y que vertió sobre el fuego, bajo mi atenta mirada.

—¡Tú no te muevas, ¿eh?, que ya me encargo yo de apagar esto! —gritó, irónico.

Sonreí.

—No tenía pensado hacerlo.

—¡Maldita mujer, que piensa que puede pasar por encima de todo el mundo!

A ver, que el fuego no era muy grande, que tampoco estaba tan loca; con un par de viajes de agua ya lo tenía apagado, lo que pasa que el hombre era un poco exagerado. Tiró los cubos vacíos al suelo y vino hacia mí encolerizado.

—¿Eres consciente de lo que has hecho? —rugió.

Me puse en pie, con las manos apoyadas en las caderas.

—Sí, quemar unos cuantos trastos viejos, en mi casa.

Se frotó la cara exasperado.

—Esos putos trastos viejos estaban rodeados de árboles, hay madera por todas partes, joder.

Puse los ojos en blanco, exagerando el gesto.

—No seas tan alarmista, por Dios, llueve cada dos por tres y la madera está húmeda.

—¿Alarmista? ¡Me cago en la puta, Arizona!

—Era un fuego de nada y lo tenía controlado.

—¡Y una mierda! ¡Vámonos!

—¿Irnos? ¿Adónde?

Sonrió con suficiencia.

—Te advertí qué pasaría si le prendías fuego a todo eso y no me hiciste caso, porque eres muy valiente, ¿no es así? —no respondí—. ¡¿No es así?! —repitió, vociferando.

Me erguí, desafiante.

—No pienso ir contigo a ningún lado.

—¿Que no qué? Mueve el culo y sube a la puta camioneta, Arizona Graham, estás detenida.

No me moví del sitio.

—¿No vas a esposarme? —me guaseé.

—Mira, estoy a un puñetero paso de perder la puta paciencia, no tientes la suerte, princesa, porque te juro por lo más sagrado que te pongo las esposas y te paseo por todo el maldito pueblo a pie.

Me cogió del brazo y tiró de mí con fuerza, haciéndome daño, como si fuera una criminal.

Aunque pensándolo bien...

—Deja que al menos cierre la puerta con llave y...

Me miró con desdén y me interrumpió.

—No te preocupes, te puedo asegurar que nadie se va a atrever a poner un pie aquí.

—¿Y qué me dices de ese hombre tan raro de pelo largo y aspecto salvaje que anda por el bosque en su caballo?

—¿Sahale?

—¡Ese!

—Lo que me faltaba por oír.

Cerró la puerta de un portazo, rodeó la camioneta, se sentó al volante y la puso en marcha.

—Pero es que...

—¡Cierra la puta boca!

«Vaya..., había despertado a la bestia».

## CAPÍTULO 14



### *Maverick*

No podía detenerla, no existía ninguna ley que exigiera tal cosa, no al menos en este condado. Como mucho podía ponerle una multa por encender una hoguera a menos de doscientos metros de la naturaleza, pero claro, eso sólo lo sabía yo, así que..., como que me llamaba Maverick Jackson que esta condenada mujer pasaría la noche en el calabozo, a ver si así se le bajaban un poco los malditos humos que se gastaba. Desafiarme a mí..., ¡vamos, era lo que me faltaba! Sí, joder, estaba furioso, tanto que me importaba una mierda infringir la ley para hacerla pasar un mal rato. ¡Maldita fuera! ¿Cómo se había atrevido a hacer algo así? ¿Es que no veía lo arriesgado de la situación? ¡Por Dios, que el fuego era demasiado peligroso como para andar jugando con él!

La miré de soslayo.

No parecía estar afectada, mucho menos arrepentida.

Conducía como un energúmeno y ni se inmutaba, como si la cosa no fuera con ella, como si viera llover. Su frialdad me tenía alucinado, su forma de actuar me desconcertaba por completo y, sin embargo, me sentía atraído por ella aunque no fuera mi tipo y estuviera loca de remate. ¿Cómo cojones podía ser eso? ¿Era a mí a quien le faltaba un tornillo o qué? Debía de ser así porque no me lo explicaba. Me exasperaba, sacaba lo peor de mí cada vez que nos veíamos y me llevaba al límite, haciendo que deseara estrangularla con mis propias manos. Sí, decididamente era yo el que no estaba bien de la cabeza, joder.

Crucé la calle principal del pueblo a menos velocidad para no llamar la atención, tampoco quería que se formara un circo porque Arizona Graham iba a estrenarse en la oficina del sheriff como detenida. Capaces eran de hacer una fiesta y todo. Frené en seco, haciéndola impulsarse hacia delante, y me bajé de la camioneta.

Abrí su puerta fulminándola con la mirada.

—Baja—mascullé con los dientes apretados.

Lo hizo sin rechistar, menos mal.

Entramos en la oficina y tiré las llaves con fuerza encima de la mesa.

—Siéntate.

—No, gracias, así estoy bien.

—He dicho que te sientes—dije sin alzar la voz.

—No me has leído mis derechos.

—Tú no tienes derechos, al menos en mi jurisdicción.

—Sabes que eso no es verdad, todo el mundo los tiene.

—Pues tú no. ¡Y siéntate de una jodida vez!

Apartó la silla, haciéndola chirriar a propósito, y se sentó.

Encendí el ordenador, esperé a que cobrara vida y luego hice el paripé cubriendo su ficha policial, rellenando lo que sabía sin preguntarle: nombre, apellidos, sexo...

—¿Edad?

—Veinticinco.

Le dirigí una mirada fiera y ella puso los ojos en blanco.

—Vale, treinta y nueve.

—¿Pasaporte?

—En casa.

—¿Documento de identidad?

—También.

—Digo yo que te sabrás el número de identificación, ¿no?

Se reclinó en la silla y cruzó las manos en el regazo.

—Ahora mismo no lo recuerdo.

—Ya, debí imaginarlo. ¿País de origen?

Sonrió.

—China.

—Claro, y tu nacionalidad es española y resides en Edimburgo, no te jode.

Me dio las respuestas y bostezó, como si se estuviera aburriendo.

—¿Estado civil?

—Casada conmigo misma.

—No esperaba menos de ti. Entonces... ¿soltera?

Asintió, encantada de la vida.

—¿Ocupación?

—Soy matona, una especie de ninja, ya sabes...

«La madre que la parió».

Para mi desgracia me reí, seguro que la arpía estaba recordando la paliza que me dio en el establo. Tecleé la respuesta que ya me sabía, que dirigía una empresa de organización de eventos y continué.

—¿Talla y peso?

Pensé que al llegar aquí se cabrearía, que se pondría a la defensiva, pero me equivoqué.

—Mido un metro setenta y cinco y peso noventa kilos—respondió orgullosa.

La aplaudí mentalmente, me encantaban las mujeres que se sentían bien con ellas mismas y no se dejaban llevar por los cánones de la sociedad en la que vivíamos, que eran bastante patéticos.

—¿Marcas distintivas? Ya sabes, tatuajes, pecas, piercings..., esas cosas.

—Sí. Tengo tatuados en la espalda los cuernos de Satanás.

—¿En serio? —pregunté estupefacto.

Entrecerró los ojos y cruzó las piernas con elegancia.

—¿Tú qué crees?

—Que esto te divierte, cuando deberías de tomártelo en serio porque que estés fichada no es ninguna broma, Arizona.

—No, no tengo ninguna marca distintiva, aguafiestas.

—¿Vehículo?

—En este momento una pick up Ford Ranger.

—¿Qué pasó con el Volvo? —indagué curioso—. ¿Lo vendiste?

—No creo que eso sea relevante en mi ficha policial.

Asentí, tenía razón.



—¿Armas?

—Sí, un palo con el que atizo a las personas indeseables que entran en mi propiedad sin ser invitadas.

—Por si no lo sabes eso también fue un delito, uno que pienso describir en tus causas pendientes.

—Adelante, ya que estamos...

—¿Eres consciente de que en cuanto presione esta tecla, todo esto quedará registrado en la base de datos de la policía del condado de Knox? ¿Que cuando te paren en un simple control rutinario y metan tus datos en la base saldrá todo esto?

—Lo soy.

—¿Y no te importa?

—En absoluto.

¡Virgen Santa! Esta mujer me dejaba sin palabras, sin poder de reacción. Su seguridad era aplastante, intimidante y, que Dios me perdonara, pero me ponía muchísimo. Me ponían sus respuestas ingeniosas y divertidas, su lengua viperina; me ponían su mirada firme, su arrogancia y su aplomo; me ponía que se valorara y se quisiera como mujer, que fuera tan guerrera, tan decidida.

«Joder...»

Seguí cubriendo el resto de la ficha: historial delictivo y delitos pendientes. El incendio en la granja y la paliza a un servidor.

La imprimí, para más tarde borrarla del ordenador sin que lo supiera, y la dejé sobre la mesa. Luego tomé la huella dactilar de su dedo índice y le hice las fotografías pertinentes, en las que no dudó en posar, como si estuviera en un photocall, poniendo morritos y todo eso. La verdad, y para ser sincero conmigo mismo, me lo estaba pasando en grande con sus ocurrencias. Sin ninguna duda esta era la detención más surrealista y divertida de mi vida como sheriff.

Y ella era increíble, joder.

La llevé a la habitación que hacía de calabozo.

—¿No se supone que tengo derecho a hacer una llamada? —dijo antes de que cerrara la puerta con llave.

—No.

Salí zumbando de la oficina, necesitaba alejarme de ella, pensar, relajarme. Di una vuelta por el pueblo, como si estuviera haciendo una ronda rutinaria, internándome en las cuatro callejuelas que lo formaban; caminando entre las casas, saludando a todo el que me encontraba, sin poder dejar de pensar en esa condenada mujer. Tenía tantas preguntas en la cabeza, sin respuesta, tantas cosas que no entendía que, por momentos me desesperaba. A ella no le gustaba el pueblo ni lo habitantes, eso lo había dejado bastante claro desde el primer día, entonces, ¿por qué pujar por él? ¿Qué hacía aquí, en Mountain Brooks? ¿Por qué evitaba relacionarse con todos nosotros y se mostraba tan esquiva, tan indiferente? Si nada de por aquí le importaba, lo más lógico era que se marchara, ¿no? Vamos, digo yo. ¿Cuál era el fin de todo esto?

¿Debía preguntarle directamente a ella y tentar la suerte? ¿De verdad tenía tanto interés en saber?

Sí, maldita fuera, lo tenía.

Di la vuelta y tomé el camino hacia el Anny's.

Cuando Sahale me llamó hacía unas horas informándome de que Arizona estaba rociando de líquido para encendido los trastos viejos, no daba crédito. Pensé que mi advertencia había quedado clara y entendida la tarde anterior y que no sería tan condenadamente estúpida como para

hacer algo así; sin embargo, lo había hecho, me había desafiado otra vez. No sabía por qué, pero, después de besarla, tras su reacción y la mía, y la despedida, supuse que podríamos entendernos, dejar de pelear. No podía estar más equivocado. Continuamente me daba una de cal y otra de arena, descolocándome y, cuando creía que el hacha de guerra por fin estaba enterrada, ¡zas!, volvía a golpear dejándome atónito.

Exhalé hondo.

La noche anterior estuve allí, en el establo. Fui a comprobar cómo se encontraba Dama, aún le quedaban dos meses para parir y no parecía estar llevándolo bien. El veterinario dijo que era normal, que el potrillo era grande y que seguramente se encontraba pesada y cansada; él no encontraba nada raro en el comportamiento de la yegua, en cambio a mí me preocupaba. Me quedé más rato del necesario convencido de que en cuanto supiera que estaba en su propiedad, como ella decía, aparecería con ganas de discutir, de proclamar a voz en grito sus amenazas y darme vidilla; porque sí, para qué mentir, nuestras discusiones me daban vidilla y hacían que mis días se volvieran más interesantes. Tras esperar un buen rato y ella no aparecer, me pareció buena idea y divertido dejarle una nota, para picarla, llamándola cobarde. Puede que ese fuera el detonante para que reaccionara como lo hizo.

Ahora que lo pensaba, probablemente fuera eso, sí.

Entré en el bar y me senté en un taburete de la barra, como siempre.

—¿Qué te pongo, sheriff?

—Lo de siempre, Maggie, y por favor, prepárame un par de sándwiches de carne picada para llevar, patatas, y un par de cervezas.

—¡Marchando!

Le di un buen sorbo a la cerveza que Maggie acababa de dejar frente a mí y escudriñé el local. Jo departía con Jack junto a la máquina de música y Billy y su novia jugaban una partida de billar, no había nadie más. Anne apareció por el hueco de la cocina.

—¿Dónde está?—espetó, echando un vistazo nada disimulado.

—¿Quién?

—Esa mujer venía contigo, ¿dónde la dejaste?

—Está en la oficina.

—¿Y qué hace allí?

—Comprobar el censo municipal del pueblo.

—¿Con qué fin?

—Curiosidad, supongo.

Me miró suspicaz.

—Estás mintiendo, Maverick Jackson.

Alcé las cejas.

—¿Ah, sí?

—La tienes encerrada en el calabozo porque intentó quemar la casa con todo lo que había dentro, todo el mundo está al tanto.

Eso me irritó, básicamente porque era mentira.

—¿Quién te dijo eso, Anne?

—Aquí todo se ve y todo se sabe, sheriff.

Chasquéé la lengua.

—Pues te han informado mal, no está aquí por eso.

—Entonces por qué.

—Lo siento, Anne, pero eso no es de tu incumbencia.

Hizo un gesto de desdén con la boca que no me gustó.

—Parece que ya te tiene de su parte...

—Y a mí me parece que te estás montando una película. Muy mala, por cierto.

—Tiempo al tiempo—enfaticó.

Cogí la bolsa que me tendió Maggie y pagué.

—Sí, eso mismo digo yo. Gracias Maggie.

¿Qué narices le pasaba ahora a esta mujer? ¿Por qué parecía albergar tanto resentimiento hacia Arizona Graham?

Entré en la oficina, fui directo a la habitación donde ella estaba y abrí la puerta.

—Sal—ordené.

—Vaya..., ¿por fin has recapacitado y asumido que tenerme aquí retenida es ilegal? ¿Que mi delito no era tan grave y que como mucho sólo puedes ponerme una multa?

—Eres una sabelotodo, ¿verdad?

—Culpable.

—Se ha corrido la voz de que te detuve porque quisiste quemar la casa con todo lo que había dentro.

—¡Pero eso no es cierto! —chilló indignada.

—Lo sé. Vámonos.

—¿Adónde?

Levanté la mano, mostrándole la bolsa de papel.

—A hacer un picnic.

No se opuso, al contrario, juraría, por el brillo fugaz que vi en sus ojos, que la idea le entusiasmaba.

No sería un picnic de cortesía y tampoco tenía nada que ver con una cita, aun así, pasar algo de tiempo con ella no me disgustaba, al revés. Nos subimos a la camioneta y pasamos delante del Anny's, que de repente se había llenado de gente, imagino que ávidos por saber qué había pasado con ella.

—Parece que están de fiesta en el bar... —murmuré.

—Sí, celebran que te detuve sin ningún tipo de misericordia, a pesar de que eres la dueña del pueblo; pero lo siento, no estás invitada, ya sabes que no eres bienvenida por estos lares. Tampoco es que tú estés haciendo mucho por cambiar la situación.

—No me interesa cambiarla.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no vine a hacer amigos.

Vale, me parecía que, ya que íbamos a estar un rato a solas, debería aprovechar y tratar de averiguar qué quería Arizona Graham de Mountain Brooks y qué la había traído hasta aquí.

Sí, sin lugar a duda este sería un buen momento para ello.

## CAPÍTULO 15



### *Arizona*

La camioneta dio un frenazo a la entrada de la granja y en cuanto puse un pie en el suelo, salió zumbando de nuevo, casi sin darme tiempo a cerrar la puerta. El sheriff se había cabreado más conmigo.

Sí, bastante más, si eso era posible; pero bueno, era lo que tenía hacer preguntas, que corrías el riesgo de enterarte de cosas de las que en realidad no querías saber. Yo no tenía la culpa de que él fuera tan curioso, ya lo decía el refrán: «La curiosidad mató al gato».

Lo único que hice fue responder con toda la sinceridad del mundo. Podía ser borde, prepotente, desequilibrada, antisocial, lo que fuera, pero mentirosa no. Como persona a la que no le gustaba que le mintieran, que prefería la verdad por encima de todo por muy mala que ésta fuera, yo siempre era sincera. Siempre. Que omitía información, sí; que me guardaba cosas y me costaba hablarlas abiertamente, también; pero si venías y me hacías una pregunta en concreto, directamente, respondía con la absoluta verdad.

Y eso era lo que había pasado, nada más.

Entré en casa y subí directa al baño, donde me di una ducha rápida. La necesitaba, olía a humo por los cuatro costados y tiraba para atrás. Además, tras estar encerrada en ese cuchitril de calabozo, era mi obligación darme un poco de agua y jabón. El cuerpo me lo pedía a gritos.

No, no es que allí estuviera sucio ni nada de eso, mentiría si dijera lo contrario; más bien era que, sólo de pensar en quién hubiera podido estar allí encerrado antes que yo..., me daban escalofríos.

Me puse unos leggins calentitos y un jersey holgado de lana en color gris claro; los calcetines gruesos, las botas y me peiné un poco.

Bajé a la cocina y me preparé una infusión que salí a tomar al porche, que estaba limpio como una patena, sin rastros de que allí se hubiera encendido un fuego.

¿Cuándo lo habían limpiado y quién?

Si sólo había estado fuera unas pocas horas...

Me senté en una silla, aspiré el olor a frutos rojos que desprendía la taza y le di un sorbo.

Luego cerré los ojos tratando de relajarme, buscando esa paz interior que tanto me gustaba sentir y que había desaparecido desde que puse un pie en este condenado pueblo.

No, no era cierto, la verdad era que esa paz la había perdido hacía más de año y medio, cuando mi madre me contó el calvario por el que tuvo que pasar tras quedarse embarazada de mí y ser abandonada a su suerte, ahí fue cuando mi mundo se trastocó y se puso patas arriba. Planear la

venganza y habitar en este pueblo sólo habían acrecentado la sensación de pérdida y de angustia. Y ahora también tendría que lidiar con el odio del sheriff, como si no tuviera ya bastante.

Inspiré hondo y exhalé con fuerza.

El día había empezado mal, bueno, en realidad yo hice que así fuera, para qué vamos a engañarnos. Fue ver esa palabra escrita en el papel y la tomé como un desafío, un reto, una burla; el cerebro me hizo clic y, cuando eso ocurría..., en fin, ¿qué puedo decir? Ya sabía que no debí dar rienda suelta a mi cabreo y hacer lo que hice, pero lo tenía controlado, en serio, no soy ninguna pirómana y tampoco soy idiota, aunque a veces lo parezca. Lo que nunca imaginé fue que el maldito sheriff fuera tan rápido en aparecer; y mucho menos que cumpliera su amenaza y me llevara detenida. Sí, por supuesto que me merecía un escarmiento, pero no lo creí capaz de ello, sinceramente. Maverick Jackson era un duro contrincante al que me encantaba sacar de sus casillas y llevar al límite.

Y ahora ya sabía que conmigo no se jugaba...

Cuando se fue y me dejó sola encerrada en ese cuartucho de porquería, saqué el teléfono del bolsillo trasero de mis pantalones y llamé a Anderson, mi abogado, y me informé.

Lo primero que me dijo fue que no era una detención legal al no haberseme leído mis derechos, algo que ya sabía porque no soy tonta, y luego pasó a explicarme cuales eran las consecuencias de haber infringido la ley: «como mucho una multa de quinientos dólares», dijo. Le di las gracias y me senté a esperar a ver cuánto tiempo tardaba el señor sheriff en echarse atrás. No fue mucho. Que me llevara a comer a una explanada a orillas del río Tennessee me sorprendió, y aunque apenas hablamos mientras comimos, me sentí a gusto. Lo malo vino cuando preguntó, queriendo saber, y yo le respondí.

Estábamos ambos apoyados en el frontal de la camioneta, con los envoltorios de los sándwiches esparcidos por el capó y con la vista clavada en el agua del río, en silencio, con las cervezas en la mano.

De repente giró la cabeza y me miró directamente a mí. Lo sentí en el cuero cabelludo, un cosquilleo raro.

Lo miré también.

—¿Qué? —pronuncié, algo incómoda.

—No te gusta el campo, ni el pueblo. No has venido a hacer amigos, ni a relajarte, tampoco a disfrutar de la naturaleza, odias todo lo que te rodea...

—¿Y?

—Todo eso hace que sienta curiosidad, me intrigas, Arizona.

—Ya sabes qué pasa con la gente curiosa que hace preguntas, ¿no?

—Sí, lo sé. Aun así..., me arriesgaré.

—Adelante, no tengo nada que ocultar.

—¿Por qué estás en Mountain Brooks? ¿Por qué instalarte en una granja que detestas?

Desvié la mirada y le di un sorbo a la cerveza.

—La respuesta no va a gustarte, sheriff—advertí.

—No importa, necesito saberlo.

—¿Por qué?

—Para poder entender tu comportamiento.

—No vas a hacerlo, por mucho que lo intentes no conseguirás entenderme.

—Probemos.

—¿Seguro?

—Sí.

Sentí un escalofrío de pies a cabeza.

Asentí y volví a beber, haciendo tiempo porque, en cuanto abriera la boca...

Cogí aire con fuerza y luego lo expulsé.

—Soy la bastarda de Anthony Brooks.

La cerveza se le cayó de las manos, se alteró.

—¿Qué cojones...?

—No lo supe hasta hace dieciocho meses—lo interrumpí—, mi madre me lo contó en su lecho de muerte. Imagino que le pareció un buen momento para confesarse. Nunca me llevé bien con ella, ahora sé el porqué de nuestra mala relación, de su resentimiento, su rencor... Decir que me sentí engañada, traicionada, humillada y furiosa, es quedarse corta—alcé la mano, impidiendo que hablara—.

Mi vida era una mentira, mi verdadero padre era un poderoso y reconocido hombre de negocios, que renegó de su paternidad, haciéndole daño a mi madre y por consiguiente a mí. Lo investigué, a mis oídos llegó la noticia de la subasta y no lo dudé, el pueblo que tanto amaba sería mío.

Sacudí la cabeza, atónito.

—¿Compraste el pueblo para vengarte?

—Sí.

—Pero si de verdad eres hija del viejo...

—Lo soy—aseguré.

—¿Cómo estás tan segura? ¿Acaso no pudo mentirte tu madre?

—No lo hizo.

—Mira, conozco al viejo, lo conozco mejor que nadie porque me crie con él y..., lo siento, pero no me lo creo. No me creo que dejara embarazada a una mujer y luego se desentendiera. Y tu venganza no tiene sentido, si eres su hija, ¿qué daño puede causarle a él que ahora el pueblo esté en tus manos? A no ser que... —me miró suspicaz—. ¿Qué piensas hacer con Mountain Brooks, Arizona?

Lo miré de frente.

—Convertirlo en un polígono industrial.

Su cara se contrajo a la vez que su mirada se heló.

—¿Qué?!

—Lo que oyes.

Golpeó la camioneta con el puño, con rabia.

—¡Maldita sea, no puedes hacer eso!

—Sí que puedo, sheriff, es mío y lo haré.

—¿Y qué cojones va a pasar con los habitantes del pueblo, eh?!

Me encogí de hombros.

—¿No has pensado en que trastocarás sus vidas?!

—No es mi problema.

—¡Joder, sí que lo es! Pero claro, a ti te da igual, ¿verdad? Te importa una mierda que personas de edad avanzada que no conocen más que esta vida tengan que empezar de cero en cualquier otro lugar.

—Lo siento, te dije que no iba a gustarte mi respuesta.

Me fulminó con la mirada.

—Dios santo, eres una persona horrible, calculadora, fría, vengativa...

—También dije que no me entenderías.

—¿Entenderte? ¿Cómo hacerlo si estás dispuesta a jugar con la vida de todos nosotros para

llevar a cabo tu venganza? Eres cruel, joder, inhumana... Y creer que por un momento sentí que tú y yo..., que nosotros... Dios, no puedo ni mirarte a la cara, eres despreciable.

Esas fueron sus últimas palabras y me trajo de vuelta a la granja.

Y aquí estaba, sentada en el porche con una taza vacía en las manos, asumiendo todos los calificativos que me había escupido en la cara porque entendía que creyera que me los merecía. Yo no lo veía así, pero bueno, él estaba en todo su derecho de reaccionar como le diera la gana y, si insultarme le hacía sentirse mejor, no me importaba. No me arrepentía de haber sido sincera, no podía mentirle cuando sabía a ciencia cierta lo que iba a suceder dentro de un año, eso hubiera sido peor.

«Has alejado a la única persona que mostró un poco de interés por conocerte...»

Así era mejor, al menos ya no tendría que preocuparme de ese cosquilleo que recorría mi cuerpo cada vez que estaba cerca de él.

«Sí, mejor así...»

Miré al cielo, que empezaba a oscurecerse, y noté el frío en los brazos. Entré en casa y cerré la puerta tras de mí. Tenía hambre, pero muy pocas ganas de cocinar, por lo que decidí ir hasta el pueblo y comprar una pizza en el bar de esa vieja que no me soportaba y me miraba con odio y resentimiento cada vez que cruzaba la puerta del local.

Me puse el anorak, metí en el bolsillo interior la cartera y cogí las llaves de la camioneta de encima del aparador de la entrada.

Conduje hasta el pueblo y, en cuestión de diez minutos, estaba estacionada frente al ventanal del Anny's sin atreverme a entrar. Había demasiada gente allí dentro, mi presencia sería demasiado notoria y no me sentía con fuerzas de mostrarme como siempre, indiferente. Entonces lo sentí, el cosquilleo, la sensación de sentirme observada. Y lo busqué. Estaba sentado a la barra, serio, observándome intensamente con esos ojos azules tan... Tragué saliva en cuanto me di cuenta de que se levantaba del taburete.

Aceleré cuando la puerta se abrió, hice un cambio de sentido unos metros más adelante y pasé delante de él como una exhalación.

Llegué a la granja con una congoja que no me dejaba respirar. Congoja que liberé una vez que subí a la habitación y me arrebujé con las mantas. No era una mujer de lágrima fácil, me había obligado una y otra vez a tragármelas para no darle a mi madre el gusto de ver cuánto me afectaban sus humillaciones; ahora salían en torrente de mis ojos sin que pudiera hacer nada por refrenarlas. Era la segunda vez que lloraba en esta maldita cama, me prometí que sería la última.

Me despertó un ruido potente, estruendoso. Saqué la cabeza de debajo de la almohada y atisé el cielo sin salir de la cama. Los rayos iluminaban el firmamento sin tregua, seguidos de los ensordecedores truenos. Iba a taparme de nuevo cuando lo recordé:

«¡Dama!» Tiré las mantas hacia atrás, salí escopetada de la habitación y bajé las escaleras corriendo. Sin tiempo que perder me dirigí al establo, poniéndome el anorak por el camino. Encendí la pequeña bombilla del cubículo de la yegua y entré despacio. Ésta, coceaba la pared y cabeceaba intranquila. Sentí lástima al ver la angustia en sus enormes ojos. Me fui acercando con tiento, a la vez que le susurraba:

—Tranquila..., shsss, no estás sola, preciosa.

Acerqué la mano a su hocico.

—Eso es..., cálmate, eso es..., sí—dije al ver que arrimaba la cabeza a mi pecho—Eres una yegua muy bonita y yo estoy aquí contigo, ¿vale?

Pasé la mano por su testuz y su cuello, acariciándola con parsimonia.

—Me quedaré aquí hasta que pase la tormenta, ¿de acuerdo? No tienes nada que temer.

Y así estaba, susurrando y acariciando cuando llegó él. Supe que estaba detrás de mí antes de girarme y verlo. Entró sin decir nada y se puso a mi vera, hombro con hombro, pegado a mí; tan cerca que noté el olor del alcohol en su aliento. Estiró la mano y acarició a Dama, rozando mis dedos de paso. No los aparté.

—Has bebido... —musité, apenas me salía la voz.

—Un poco.

—No deberías de conducir cuando...

—Me trajo Sahale.

—Te vi en el bar y no sabía..., quiero decir que yo..., da igual, ahora que ya estás aquí puedo marcharme.

Incliné la cabeza, le di un último beso a Dama y me alejé.

Él suspiró con fuerza.

—Arizona... —dejé de caminar, pero no me giré—, este lugar es mi vida y los habitantes de Mountain Brooks son mi familia, la única que tengo aparte de mi hija y el viejo. Pelearé con uñas y dientes si hace falta, pero no permitiré que te salgas con la tuya. Este es nuestro hogar, el de todos nosotros, y así seguirá siendo.

Hice el intento de seguir mi camino, pero volvió a hablar.

—Una última cosa... —contuve el aliento—. Gracias por cuidar de Dama.

«De nada».

Salí sin mirar atrás.



## CAPÍTULO 16



### *Maverick*

Pasé varios días dándole vueltas al asunto, sin saber qué hacer, qué pasos seguir. El propósito que había traído a Arizona Graham a Mountain Brooks era algo serio. Demasiado serio. La vida de la mayoría de los habitantes del pueblo estaba a punto de cambiar drásticamente y no tenía ni idea de cómo evitarlo.

Lo que sí tenía claro era que no tenía pensado, bajo ningún concepto, quedarme de brazos cruzados y ver ante mis narices cómo se trastocaba todo mi mundo y el de las personas que me rodeaban y a las que apreciaba de corazón, sin mover un dedo.

No señor, no iba a permitirlo costara lo que me costase. Averiguaría qué podría hacer al respecto y, al igual que ella, actuaría sin dudar.

Su frialdad y su aplomo me dejaban pasmado, como si decirle a alguien que iba a joderle la vida formara parte de su día a día; puede que así fuera, en realidad no la conocía de nada. Su sinceridad era aplastante, decir que me dejó con la boca abierta era quedarse corto, joder.

Que existiera ese tipo de personas, las que hacían y deshacían a su antojo sin importarles nada me enfurecía sobremanera, me sacaba de mis casillas; de hecho, si me hubiera dejado llevar por la rabia del momento, no sé qué habría pasado porque, las ganas de estrangularla con mis propias manos, sólo para que no siguiera hablando, fueron brutales.

Jamás nada ni nadie me habían hecho sentir de ese modo y, aun así, había algo en esta mujer que me hacía dudar, me desconcertaba su actitud.

¿Cómo era posible que ni se inmutara al revelarme sus planes para el pueblo y, pocas horas después estuviera haciendo compañía a Dama porque ésta tuviera miedo a las tormentas? ¿No era eso raro, o sólo me lo parecía a mí? ¿Debía seguir otorgándole el beneficio de la duda o pasar directamente a la acción?

Por lo pronto y lo más apremiante, era llamar al viejo y ponerlo en antecedentes, puede que él tampoco supiera las verdaderas razones que la habían traído aquí y era mi deber hacérselo saber, no había tiempo que perder.

Necesitaba un plan de ataque y si el viejo podía echarme una mano, para que no diera pasos en falso, mejor que mejor.

Intranquilo, me froté la cara con las manos, las noches sin dormir decentemente empezaban a pasarme factura y me sentía agotado e irritado. Descolgué el teléfono fijo, marqué el número del viejo y esperé, no hubo respuesta.

—¡Joder! —le grité al aparato.

—¿Por qué estás tan enfadado, papá? ¿Nos hemos quedado otra vez sin línea?

Suspiré y me giré.

—No cariño, es que necesito hablar con urgencia con el viejo y no responde a mis llamadas.

—¿Pasa algo, el abuelo está bien?

—Todo está bien, tranquila.

—¿Entonces?

Me encogí de hombros.

—Me urge hablar con él, sólo eso.

—Pues deja de fruncir el ceño, te van a salir arrugas, papá.

Me reí y le alboroté el pelo con la mano.

—¡Eh, que acababa de peinarme! —protestó, enfurruñada.

—Pues te vuelves a peinar y listo.

—¡Ja, muy gracioso!

Desapareció escaleras arriba y aproveché para meter su almuerzo en la bolsa de papel. Mientras yo llevaba días evitando cruzarme con Arizona en la granja, cada vez que iba a ocuparme de los caballos, mi hija hacía todo lo contrario.

En cuanto terminaba sus tareas salía corriendo de casa y cruzaba el prado como una exhalación para encontrarse con ella, y eso me molestaba, pero ¿cómo explicárselo a Lizzy? Cada vez pasaba más tiempo en su compañía.

Cuando le preguntaba el motivo, mi hija respondía que al fin tenía cerca una chica con la que poder hablar y compartir cosas.

¿Qué tipo de conversaciones podían tener una mujer ya adulta y una niña de catorce años, por el amor de Dios?

Sacudí la cabeza con fuerza, cogí los bártulos de encima de la mesa y esperé a Lizzy en la camioneta.

—Papá, ¿puedo acompañar esta tarde a Arizona a Kingston?—preguntó en cuanto ocupó su sitio a mi lado.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Esa no es una respuesta, papá.

—Sí que lo es.

—A no ser que me des una explicación razonable pienso acompañarla.

¿Una explicación razonable? ¿En serio? Lo que me faltaba por oír, que mi hija de catorce años me pidiera explicaciones razonables, vamos hombre.

—¿Qué te parece ésta? Porque soy tu padre y digo que no, punto.

—¡Pero papá...! —replicó.

—Fin de la conversación, Lizzy.

—No es justo.

No, no lo era, pero así estaban las cosas. Esa condenada mujer tenía planeado hacer de nuestro maravilloso y tranquilo pueblo un polígono industrial sin que se le cayeran los anillos de los dedos y mi hija parecía estar cogiéndole demasiada confianza, y no me gustaba.

No, no me gustaba un pelo porque, la niña de mis ojos, mi tesoro máspreciado, se quedaría hecha polvo cuando supiera toda la maldita verdad, joder.

—¿Hoy no hay beso? —indagué al verla bajarse de la camioneta, ceñuda.

—No—cerró de un portazo.

Asomé la cabeza por la ventanilla y grité.

—No importa, aunque me dejes sin el beso de la buena suerte diario te quiero igual, Elisabeth

Jackson.

La vi poner los ojos en blanco y sonreí.

En lugar de dirigirme directamente al Anny's, a por mi dosis de cafeína diaria, como era lo habitual, seguí de frente, hasta la oficina, donde Sahale me esperaba sentado a mi mesa.

—Buenos días—saludé.

Su respuesta fue inclinar la cabeza, sin apenas mirarme.

—¿Qué pasa? —indagué al ver su gesto.

—Hay más trampas. Al oeste. Detrás de la granja de Jo.

Asentí.

—Este tema empieza a tocarme los cojones demasiado, en cuanto dé con ellos...

—Tranquilo, caerán.

—Lo sé, pero me preocupa que se estén acercando tanto a las viviendas, Sahale, no les importa que su imprudencia pueda causar algún daño.

—Hablaré con Jo, debe saberlo.

—Sí, y quizá pueda echarnos una mano, estar pendiente, por si acaso.

Su mirada hizo que me removiera en la silla.

—¿Hay más?

Tardó en contestar.

—¿Por qué la evitas?

—¿A quién?

Alzó una ceja en respuesta.

—La besaste. La llevaste a tu lugar. Ya sabes.

—¿Cómo sabes tú...?

—Ojos de halcón. Todo lo ven.

Sonreí a mi pesar.

—Ya lo veo, ya.

—¿Qué pasó?

Suspiré.

—Tiene planes para el pueblo, nada buenos, por cierto. Me lo dijo como si estuviera hablando del tiempo, como si nada.

Estoy furioso con ella, con su actitud, no quiero verla.

—¿Qué planes?

—Convertir Mountain Brooks en un polígono industrial. Supongo que pretende vender las parcelas de tierra al mejor postor.

—¿Motivos?

—Vengarse de Anthony Brooks.

—¿Por qué?

—Dice que es su bastarda, que abandonó a su madre estando embarazada y se desentendió por completo.

—Imposible.

—Pienso lo mismo que tú, no me imagino al viejo haciendo algo así, sobre todo después de hacerse cargo de mí siendo un adolescente.

Lo conozco demasiado bien, él es honorable, lo sabes igual que yo.

—¿Y puede hacerlo?

—Si te refieres a dismantelar el pueblo, supongo que sí, al fin y al cabo ahora es suyo.

Se quedó pensativo.

—Es raro—dijo.

—¿El qué?

—Que el viejo lo permita. Nació y creció aquí. Adora el pueblo. Tiene que haber algo más.

—Sí, algo se me escapa, pero no sé qué es.

Se puso en pie.

—Lo averiguarás.

—Gracias por la confianza.

Antes de cerrar la puerta tras él volvió a mirarme.

—Al enemigo hay que mantenerlo cerca, sheriff, no lejos.

Me quedé absorto contemplando la puerta cerrada.

Maldita fuera, tenía razón, como siempre. En estos momentos, Arizona Graham era mi enemiga, la de todos, aunque ellos no lo supieran todavía a ciencia cierta; pero yo sí lo sabía, estaba enterado de sus planes y si quería evitarlos debía mantenerme cerca, siguiendo todos y cada uno de sus pasos.

«Si no puedes con el enemigo, únete a él...» ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Sabía de sobra la respuesta: porque temía acercarme demasiado y salir escaldado.

Sin embargo, ahora que lo pensaba con detenimiento, tenía claro que esa era una buena estrategia y podría hacerlo sin problema.

No tenía nada que perder, no al menos mi pequeña casa y el terreno que la rodeaba, me pertenecían a mí y sólo a mí, tenía las escrituras; en cuanto a otras cosas, las que no eran materiales..., bueno, me arriesgaría y que fuera lo que Dios quisiera.

Sonó el teléfono, sacándome de mi ensimismamiento.

El viejo.

—¿Me has llamado?

—Sí—respondí—, últimamente me cuesta bastante ponerme en contacto contigo.

—Estoy demasiado ocupado.

—Estás jubilado, Brooks.

—¿Qué ocurre?

—Es Arizona...

—¿Le ha pasado algo? —me interrumpió alarmado, llamando mi atención.

—¿Eso te preocuparía, viejo?

—Ve al grano, muchacho.

—Verás, resulta que esa mujer me ha contado algo interesante.

—¿Ah, sí?

—Sí, los motivos que la trajeron aquí.

Soltó una especie de carcajada, ¿o puede que fuera un carraspeo?

—Vaya..., así que te habló de la cláusula que la obliga a vivir ahí durante seis meses... No esperé que lo hiciera tan pronto, la verdad.

«¿Cláusula? ¿Qué cláusula? ¿A qué cojones se refería?»

Automáticamente tuve la certeza de que el viejo sabía todo lo que hubiera que saber.

—No, nada de eso, es algo más..., ¿cómo decirlo? Impactante, sí, esa es la palabra.

—Dispara de una vez, hijo, no tengo tiempo para andar con adivinanzas.

Tamborileé con los dedos sobre la mesa, nervioso.

Cogí aire y lo expulsé con lentitud.

—Cuando le pregunté fue sincera, o eso creo..., dijo que era tu hija y que había comprado Mountain Brooks como venganza y pensaba convertirlo en un polígono industrial.

La línea se quedó en silencio.

Eso me inquietó.

—¿Viejo? ¿Sigues ahí? —inquirí, preocupado.

Suspiró.

—Sí, muchacho, sigo aquí.

Respiré aliviado, había temido provocarle un infarto.

—¿No tienes nada que decir al respecto?

—No.

Me erguí en la silla.

—¿Nada? —exclamé estupefacto.

—Maverick, es cierto, soy su padre.

«¡Me cago en la puta!»

Hubiera puesto la mano en el fuego por el condenado viejo, seguro de que no me quemaría, y ahora me salía con esto.

¿De verdad conocía a las personas que me rodeaban?

Me encabroné.

—¿Y no piensas hacer nada por impedirlo? ¿Dejarás que los demás pagemos tus errores?

—Hijo..., ¿alguna vez he dado yo puntada sin hilo? Tranquilo, deja que todo siga su curso.

«¡Tranquilo los cojones!»

—¿Tienes idea de lo que me estás pidiendo? Quedarse de brazos cruzados y ver cómo se desmoronan las vidas de personas a las que quieres no es un buen plan, Anthony. ¿Qué pasara cuando empiecen a llegar empresarios a ojear el terreno, eh? ¿Estarás tú aquí para calmar a la gente? ¿Para dar explicaciones? ¡Por supuesto que no, joder! Seré yo el que tenga que dar la cara y comerme tu mierda.

—No te pases, muchacho, háblame con respeto, que yo sepa aún me lo merezco. Si te digo que estés tranquilo, es porque puedes estarlo, ¿de acuerdo? De momento ella está sujeta a un acuerdo en el que no puede vender nada de nada hasta dentro de un año.

—Entonces tú lo sabías..., sabías sus intenciones... ¿Y aun así le has facilitado las cosas? ¡No me lo puedo creer! Dime por qué, viejo, dime...

—Todo a su debido tiempo, hijo. Por favor, créeme cuando te digo que no debes preocuparte, al menos no de momento.

—Esas cinco últimas palabras no me tranquilizan, joder.

Río quedamente.

—Te comprendo, pero así son las cosas. Hasta el momento lo tengo todo controlado, Maverick, puedes estar seguro de ello.

—Está bien, tú ganas, no me preocuparé ni moveré un solo dedo, pero luego no me vengas con historias porque entonces tú y yo tendremos un problema.

Uno muy grande, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, hijo. Gracias por confiar en mí.

—No me las des aún.

Y corté la llamada irritado, confundido y más intrigado que nunca por toda esta historia. También me sentía decepcionado con Anthony Brooks.

¿De verdad había dejado embarazada a una mujer para después abandonarla a su suerte?

¿En qué clase de hombre le convertía eso? ¿Me había engañado a mí mismo durante todos estos años creyendo que era un hombre ejemplar y admirable?

Joder, no daba crédito.

## CAPÍTULO 17



### *Arizona*

Este fin de semana, o sea, mañana, debía de estar presente en el Nashville Boat Show, el último evento que mi empresa se había encargado de organizar.

Estaba segura de que sería un rotundo éxito, jamás dudaba de mis capacidades a la hora de realizar mi trabajo y mi equipo, sin ninguna duda, era el mejor.

Preparé la maleta y la dejé a los pies de la cama. Había metido varias de las prendas que traje y que aquí de nada me servían, así como zapatos y el abrigo de pieles.

¿Para qué lo quería si no iba a ponérmelo? No es que en este condenado pueblo tuviera muchas ocasiones de lucirlo, la verdad; más bien ninguna, para ser exactos.

Me acerqué a la ventana y miré al cielo encapotado, parecía que iba a ponerse a nevar de un momento a otro, y eso que la primavera había comenzado hacía unos días; aunque, bueno, daba igual, por estas tierras las nevadas podían seguir cayendo perfectamente hasta mayo sin que eso te sorprendiera.

Me froté los brazos enfundados en un grueso jersey de lana y suspiré. El tiempo pasaba rápido, aun así, comenzaba a sentirme sola alejada de la civilización.

No es que me importara mucho, la verdad fuera dicha, pero a veces sentía la necesidad de tener algo de compañía.

Antes de contarle al sheriff qué hacía aquí no lo había notado, las disputas con él, al parecer, mitigaban esa sensación, o al menos no me daba tiempo a pensar en ello.

Ahora, sin embargo, al evitarnos mutuamente, pues como que empezaba a notar la falta de personas adultas a mi alrededor.

Echaba de menos a Jane, mi amiga del alma, con la que apenas hablaba porque estaba hasta los topes de trabajo, de reunión en reunión; y yo aquí, muerta del asco, dedicándome a restaurar cosas para no aburrirme.

Suspiré y reculé hacia atrás al ver salir al sheriff del establo y alzar la mirada hacia las ventanas.

Qué bien le sentaban a este hombre los pantalones vaqueros, por Dios, se ajustaban a sus piernas y a sus caderas como si fueran guantes; por no hablar de las típicas camisas de cuadros, a las que parecía ser asiduo; o ese sombrero ridículo.

Los hombres con barba nunca me habían gustado, me repelían un poco, en cambio, Maverick Jackson...

«Maverick Jackson, nada. ¡Nada, maldita sea!»

Miré el reloj, bajé a la cocina y saqué del horno las galletas con pepitas de chocolate que acababa de hornear. Mi nueva amiga, Lizzy, hija de mi enemigo el sheriff, y que era la única que se atrevía a acercarse a la granja, aparte de él, se iba a poner muy contenta cuando las viera. A ver..., no es que me entusiasmara mucho la idea de pasar el rato con una niña de catorce años, no obstante, tenía que reconocer que sus visitas tampoco me disgustaban tanto, al menos ahora, que empezaba a acostumbrarme a verla por aquí a menudo.

Nuestro acercamiento comenzó pocos días atrás, cuando ella vino a darle de comer a las gallinas. Yo estaba en el porche, enfrascada en un correo electrónico, y ella se aproximó con cautela, llamando mi atención. Al principio, parecía tímida, un poco cohibida, o puede que sólo fueran imaginaciones mías porque, en cuanto la miré, la niña no pareció tener ningún problema para entablar una conversación.

Conversación que ese primer día giró en torno a la lectura, su mayor hobby, al parecer. Era una niña muy guapa y tenía un desparpajo que a veces me dejaba con la boca abierta; muy madura para su edad y, por lo que intuía al tratar con ella, muy responsable. Y me gustaba. Me gustaba mucho esa niña, me hacía reír.

Me sobresalté cuando llamaron a la puerta.

—¡Pasa, está abierto! —grité—. ¡Estoy en la cocina!

Dejé la última galleta en el plato y sonreí satisfecha, tenían una pinta deliciosa.

Al no escuchar la cháchara de Lizzy por el pasillo, me giré hacia la puerta y me quedé atónita: el sheriff estaba apoyado en el marco de ésta, con los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja alzada, observándome.

«¡Jesús, que visión tan espectacular».

Alcé la barbilla, a la defensiva.

—¿Qué haces aquí? —mascullé.

—Huele de maravilla, ¿las has hecho tú? —señaló las galletas.

—¿Ves a alguien más por aquí aparte de mí?

Se acercó con paso sigiloso, como si me tuviera miedo o algo así.

—No pensé que supieras cocinar.

«Mal íbamos...»

—¿Qué quieres? —inquirí, brusca.

Desvió la mirada, rascándose la nuca, nervioso.

—Necesito pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿A mí? ¿A la bruja de Mountain Brooks?

Sus labios se curvaron en una sonrisa que... ¡Válgame el señor!

—Sí, a ti. ¿Por qué te extraña tanto?

—¿Perdona? ¿De verdad quieres que responda?

—Ya, bueno..., yo... Verás, Billy se ha metido en una zanja con el tractor, él está bien, no le ha pasado nada, gracias a Dios, pero no podemos dejar el tractor allí y será un trabajo lento y pesado. Pronto oscurecerá y me preguntaba si..., si...

—¿Sí? ¿Qué te preguntabas, sheriff? —dije con retintín.

Carraspeó con la mirada clavada en mi cara, pero no en mis ojos.

Su sonrisa se ensanchó.

«¿Se reía de mí?»

Volvió a carraspear, con la mano en la nuca.

—Me preguntaba si Lizzy podía quedarse contigo hasta que regrese, no quiere que la lleve donde Anne y...

—¿Siempre te cuesta tanto pedir un favor o es porque se trata de mí? —me regodeé.

—¿Sabes qué? Déjalo, ya me las apañaré—farfulló molesto, dando media vuelta.

—Puedes dejarla aquí sin problema, de todos modos iba a venir.

Se giró.

—¿Segura?

—Sí.

—Gracias, espero no terminar muy tarde.

—Tómame el tiempo que necesites.

Asintió.

—Por cierto—dijo ya en la puerta—, titubeaba porque tienes un pegote de masa de galletas en la mejilla y no sabía cómo decírtelo, no porque tuviera miedo a pedirte un favor.

«¿Qué? ¡Mierda!»

Me ruboricé sin remedio, limpiándome azorada con la manga del jersey bajo su atenta y burlona mirada.

Me guiñó el ojo y se marchó sin más.

«Genial, Arizona, tú aquí toda chula y altanera y él riéndose de ti y de tu aspecto, mientras pensabas que no se atrevía a pedirte un favor. ¡Qué vergüenza, por Dios!»

Acababa de recoger la cocina cuando entró Lizzy con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! —saludó—. ¡Anda, has hecho galletas! ¡Guay!

Me encogí de hombros.

—Estaba aburrida.

—Pues ojalá te aburras todos los días.

—No te hagas ilusiones, querida.

Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Aunque quieras parecer una borde no lo eres, Arizona.

Dejé el trapo de cocina sobre la isla y la miré.

—¿Ah, no? ¿Y cómo estás tan segura? Por aquí todo el mundo me odia.

—Ya, pero es sólo porque no te conocen, a mí me caes bien, eres buena tía.

—¿Buena tía? —dije, sacando la leche del frigorífico.

Se sentó en un taburete y movió las manos en el aire.

—Sí, ya sabes, divertida, maja, me escuchas cuando hablo...

Vaya, no sabía que fuera todas esas cosas... No estaba acostumbrada a que dijeran de mí nada bueno, excepto Jane, claro.

Mientras preparaba un par de tazas de chocolate, ella me fue relatando cómo le había ido el día en el instituto.

Se me hacía tan raro todo esto..., estar aquí con ella, charlando, cuando mi propósito había sido mantenerme alejada de todo y de todos... Sin embargo, por mucho que lo intentara, que lo intenté, y de hecho seguía siendo bastante brusca con ella, por lo visto esta niña lograba sacar de mí esas partes buenas que tenía olvidadas y a las que mi amiga Janeth se aferraba; además, era inevitable no simpatizar con Lizzy, porque me recordaba en muchos aspectos a mí misma cuando tenía su edad.

—Y ahora tenemos que terminar ese trabajo en tres semanas y puntuará para la evaluación— estaba diciendo.

—¿Qué trabajo?

—¿No te lo he dicho?

—Creo que no.



Cogió otra galleta y le dio un buen mordisco.

—Es para la fiesta de fin de...

—No hables con la boca llena—la interrumpí—, es asqueroso.

—¿Te refieres a que no haga esto?

Mordió la galleta de nuevo y masticó con la boca más abierta, si cabía, mostrándome la pasta que se iba formando en ella.

Entrecerré los ojos.

—Cochina.

—Tú eres demasiado fina para hacer algo así... —me desafió.

—¿Eso crees?

—Ajá.

Me metí una galleta entera en la boca, que ablandé con el chocolate y mastiqué y mastiqué, a la vez que con la lengua esparcía la pasta por las encías.

—Ostras, ahora parece que te faltan algunos dientes.

Sus carcajadas me contagiaron y reí con ella hasta que me atraganté y casi me ahogo. Tosí como una loca, bebí agua y, cuando me recuperé, seguimos riendo como locas.

De repente...

—¡Papá! —gritó Lizzy.

Me giré sobresaltada y sí, el sheriff estaba dentro de mi cocina, pasmado.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

—Reté a Arizona a comerse una galleta con la boca abierta y casi se ahoga por hacer el payaso. ¡Ha sido muy divertido!

Sus ojos brillaron, guasones.

—Ya veo... —murmuró, sin apartarlos de mí.

—Arizona, enséñale los dientes para que vea de qué hablo.

«¿Qué? ¡Ni de coña!»

Cerré la boca, avergonzada.

—¡Vamos, Arizona, no te cortes ahora, abre la boca! —insistió Lizzy.

—Eso, chica de ciudad, no te cortes y enséñame los dientes para que yo también pueda reírme, vamos...

Fulminé a ambos con la mirada.

—Creo que se ha enfadado, papá.

Él chasqueó la lengua.

—Sí, eso parece.

—¿Por qué has venido tan pronto?

—Porque está lloviendo y sería una tarea complicada sacar el tractor por culpa del barrizal, lo haremos mañana.

Mientras ellos hablaban, me levanté y bebí agua hasta que dejé de notar los grumos de galleta sobre los dientes.

—¿Tengo que irme a casa contigo?

—Sí, señorita.

—Jo, pero me lo estaba pasando muy bien con Arizona, no quiero marcharme.

—¿Te parece buena idea que la invitemos a cenar?

—Sí, me parece una idea genial.

«¡Ay, madre!»

—Pues díselo.

—Hecho.

¿Por qué hablaban como si yo no estuviera aquí?

—Arizona...

—No puedo—la detuve, arisca—, mañana tengo que levantarme muy temprano.

—¡Venga ya! —protestó, enfurruñada.

—Me marchó a Nashville y aún tengo que hacer un montón de cosas—mentí.

—Pero vas a volver, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Vámonos, Lizzy, no insistas, otro día será.

—¿Estarás aquí el domingo? —ignoró a su padre.

—Sí.

—Papá, ¿puede venir con nosotros a ver el partido al Anny's?

Miró a su hija y sonrió.

—Claro que sí, si le apetece por mí estupendo.

—¿Vendrás? —me rogó con la mirada.

¿Ir al bar de esa arpa y codearme con los habitantes de Mountain Brooks?

La respuesta estaba clara, ¿no?

—Ya veremos—dije, sin poder negarme del todo.

—Por favor...

—Lizzy, ya basta, has hecho tu invitación, ahora le toca a ella decidir si acepta o no.

—Vale.

Pasó junto a su padre y salió de la cocina.

—¿De verdad tienes que marcharte o sólo lo has dicho para no herir sus sentimientos al negarte a cenar con nosotros?

¿Parecía dolido? ¿Cabreado?

—Ya deberías de saber que yo no digo mentiras para salirme por la tangente, sheriff, creo que te lo he demostrado.

—Sí, tienes razón. Buen viaje entonces.

—Gracias.

Aún seguía dándole vueltas a esa invitación cuando un par de horas más tarde me metí en la cama. Malditas las ganas que tenía de aceptar, no iba a sentirme cómoda allí.

Fijo que todo el mundo estaría pendiente de mí. Además, ¿qué pintaba yo acompañando al sheriff y a su hija a ver un partido de lo que fuera? ¡Si a mí no me gustaba el deporte de ninguna clase! Ni practicarlo ni verlo, me parecía aburridísimo.

No, no podía ir, debía declinar la invitación aunque eso molestara a Lizzy.

Apagué la luz, me puse bocarriba con los ojos cerrados e, inconscientemente, me ruboricé al recordar la escena que debió encontrarse el sheriff al entrar en mi cocina.

«¡Dios, qué guapo era ese hombre!»

## CAPÍTULO 18



### *Arizona*

Sólo llevaba fuera dos semanas y me sentía extraña en mi propio hogar. Como si en ese tiempo algo hubiera cambiado, no sabía el qué, pero sin lugar a dudas ese algo era diferente.

Ya lo noté al llegar, sin embargo, como tenía un montón de cosas que hacer y tenía el tiempo pegado al trasero, no le di mayor importancia; en cambio, ahora, aquí en mi cama, la de siempre, rodeada de mis cosas, esa sensación se acrecentaba por momentos y me creaba desazón.

Me habían despertado esos sonidos que tanto echaba de menos en la granja, los que siempre formaron parte de mi día a día y que ahora, al parecer, me molestaban un poco. ¿Cómo podía ser posible? Este era mi mundo, el caos que me completaba, al que estaba acostumbrada, el que disfrutaba por completo. ¿Sería porque estaba cansada del viaje y del evento de la noche pasada? Podía ser, aunque sinceramente, lo dudaba.

Por extraño que pareciera, y sorprendiéndome por ello, debía reconocer que lo primero que eché de menos al abrir los ojos fue acercarme a la ventana y atisbar el exterior; el cosquilleo que esa tontería me provocaba en el estómago a la espera de ver al sheriff cruzando el prado e internándose en el establo; el relincho de Caballero o el piafar de Dama, de la que me acordé anoche durante el cóctel porque había tormenta, aunque eso no significara que también tronara en Mountain Brooks; no obstante, estuvo todo el rato en mi pensamiento.

«Eres tú la que ha cambiado...»

Me incorporé alarmada.

¿Yo? ¡Imposible! ¿Cómo iba a ser yo? ¡Por Dios, que odiaba el campo, lo mío era la ciudad!

Estaba deseando que pasara el tiempo estipulado para volver a mi mundo, al real, al de verdad. Odiaba ese maldito pueblo y odiaba todo lo que tuviera que ver con él. Vale, no era verdad, a Lizzy no la odiaba, ni a los animales, ni a...

«¡No! ¡No! ¡No!»

Gruñí de frustración, apartando las mantas a un lado y levantándome.

El timbre de la puerta eligió ese momento para sonar con insistencia, sobresaltándome.

Bajé las escaleras y abrí.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —exclamé, al ver a Janeth en el umbral.

—Buenos días a ti también, mala pécora. Ayer apenas pudimos hablar, traigo el desayuno.

Me dio un pequeño empujón, apartándome de la puerta, y entró como Pedro por su casa hasta la cocina, conmigo siguiéndole los pasos y refunfuñando, cómo no.

—Tú como si estuvieras en tu casa—dije irónica, al verla abrir y cerrar armarios.

—¿Qué pasa? ¿Te has levantado de mal humor?

La fulminé con la mirada.

—Ya veo que sí, anda, ve a ducharte mientras yo preparo esto. Pero no tardes, estoy impaciente por que me pongas al día.

—¿Al día sobre qué? —me puse a la defensiva.

Resopló.

—No te pongas en ese plan conmigo, bonita, que nos conocemos.

Puse los ojos en blanco, resignada, y di media vuelta.

Cuando volví a bajar, ya duchada, vestida y peinada, la mesa de la cocina estaba puesta con un gran despliegue de cosas deliciosas y el olor a café recién hecho flotaba en la estancia.

Mi estómago rugió y Jane soltó una carcajada.

—Al menos hay cosas que no cambian... —murmuró con recochineo—. Siéntate, he traído los periódicos, el evento de ayer sale en la primera página y le dedican varias más en el interior. Un rotundo éxito, chica, lo hemos vuelto a conseguir.

—Contaba con ello.

—No seas tan prepotente...

—Es la verdad, tengo un buen equipo que me respalda y somos los mejores en el sector. Imposible que no saliera bien y fuera un éxito.

—A veces me dejas sin palabras, lo juro. ¿Café?

—Claro.

Mientras ella servía el café, repasé por alto un par de periódicos y sonreí satisfecha al leer las excelentes críticas donde dejaban Graham Social Events por las nubes; alabando nuestro gran trabajo y felicitándonos por conseguir que el Nashville Boat Show fuera el evento del año.

—¿Y bien? —inquirió Jane frente a mí.

—Nos dedican grandes elogios y hablan de las personalidades importantes que acudieron a...

—No me refería a eso, Arizona.

—¿Ah, no? —me hice la tonta.

—Ya sabes que no.

—¿Entonces?

Eché un montón de azúcar en su café y removió con brío.

—Vamos..., cuéntame cómo te va en la casa de la pradera.

Me reí a mi pesar.

—¿La casa de la pradera?

—¿Acaso no lo es?

—Sí, ¿por qué no?

—Imagino que estas dos semanas habrás hecho algún acercamiento con los habitantes del pueblo, ¿no?

—Pues no.

—¿En serio? ¿Ni siquiera con el macizo del sheriff?

Desvié los ojos y mastiqué en silencio, con la suspicaz mirada de mi amiga clavada en mi cara.

—Deja de mirarme así, me estás poniendo de los nervios.

Entrecerró los párpados y tamborileó con los dedos sobre el borde de la taza.

—¿Qué me estás ocultando, Arizona Graham?

—¡Nada!

—¡Ja! A otro perro con ese hueso, bonita, desembucha. ¿Te has follado al sheriff?

Me atraganté con el café y tosí.

—¡Oh, Dios mío, lo has hecho!

—¿Qué? ¡No! ¿Te has vuelto loca? No me he acostado con él ni con nadie, idiota, ¿por quién me tomas?

—¿Entonces qué pasa?

—¿Por qué crees que pasa algo?

Bufó.

—¿Puedes dejar de dar rodeos y hablar de una puta vez? Te conozco y sé que cuando desvías la mirada es porque te pones nerviosa, al igual que cuando te toqueteas el pelo.

Solté el mechón de pelo, nos retamos con la mirada durante algunos minutos y al final confesé.

—Me ha besado, ¿vale?

Su boca se fue ensanchando, mostrándome todos sus dientes a la vez que batía las palmas de las manos emocionada.

—¡Lo sabía! Sabía que entre vosotros existía un chispazo de corriente eléctrica de esos que ponen los pelos de punta. Lo noté al segundo de estar allí, ¿tú no?

—No digas tonterías, ¿quieres?

—Venga, cuéntamelo todo con pelos y señales, me muero por saber cómo fue.

Y aunque un poco reticente al principio, lo hice. Entre sorbos de café, bocados de dulces deliciosos y exclamaciones ahogadas por su parte, le fui relatando mis últimos días en el pueblo sin ella; más bien en la granja porque, lo que se dice en el pueblo, poco había estado, la verdad; eso sí, sin recrearme demasiado en ciertos aspectos; como por ejemplo el beso del sheriff que, para ser sincera, seguía poniéndome el vello de punta cada vez que lo recordaba.

—Así que te cerró el pico con un beso espectacular, ¿eh?

Tragué lo que tenía en la boca.

—Yo no he dicho que fuera espectacular.

—Puede que no lo hayas dicho con palabras, pero el brillo de tus ojos y el rubor de tus mejillas son más que evidentes.

—¡Chorradas!

—¿Te atreves a negarlo?

Sin pretenderlo, las comisuras de mis labios se extendieron hacia arriba.

—Y ahí está esa sonrisa bobalicona, sí señor. ¿Qué pasó después?

¿Después? No iba a gustarle saberlo.

Le hablé de la nota, del incendio, mi falsa detención, en la que ni siquiera me había quitado el teléfono móvil, y de las horas encerrada en el calabozo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero en qué estabas pensando para hacer algo así?

—En que no soy una maldita cobarde. Nunca lo he sido y nunca lo seré. Él mismo me desafió con esa nota del carajo.

—No creo que fuera a eso a lo que te estaba desafiando, Arizona. Seguro que esa noche fue al establo y, al no aparecer tú, pensó que te habías acobardado.

Eso no lo había pensado...

—¿Tú crees?

Asintió.

Chasqueé la lengua.

—No me gustaría para nada estar en el pellejo de ese pobre hombre. Tener que lidiar contigo día sí y día también debe ser un suplicio.

—Eres mi amiga y se supone que debes estar de mi parte haga lo que haga y diga lo que diga.

—Te equivocas. Sí, soy tu amiga, pero ni de coña pienso bailarte el agua ni decir amén a todas

tus estupideces. Continúa anda...

Sus ojos se agrandaron como platos al decirle que había sido sincera con él y que ahora sabía por qué estaba en Mountain Brooks.

—¿Se lo has dicho de verdad?

—Pues claro, ya sabes que me gusta ser completamente sincera.

—¡Madre mía! ¿Y qué hizo?

—Pues enfadarse, evidentemente, dijo que era una mujer despreciable.

—¿Y no sentiste remordimientos?

—No.

—¿Ni siquiera un poco?

—Nada.

—Joder, me dejas alucinada con tu actitud, chica.

—Pues aún no sabes lo mejor...

—¿Hay más?

—Sí, ahora su hija viene todas...

—¡Un momento! ¿Has dicho su hija? —asentí—. ¿Maverick Jackson tiene una hija? ¿Está casado y aun así te besó?

Le expliqué la situación, lo que Lizzy me había contado una tarde mientras me ayudaba a lijar las patas de un butacón demasiado viejo: su madre los había abandonado cuando ella tenía un año y nunca más había vuelto a saber de ella.

—Pobre niña... —susurró, compungida—. ¿Cuántos años tiene?

Sonreí.

—Va a cumplir catorce, aunque a veces es demasiado madura para su edad. Otras en cambio, sigue comportándose como lo que es, una niña.

Me miró suspicaz.

—Ella te gusta, te cae bien.

—Sí, para qué voy a mentirte, Lizzy es increíble. Viene todas las tardes a verme en cuanto termina la tarea del instituto, pasamos bastante tiempo juntas. Es una devoradora de libros de fantasía, ¿sabes? Quiere que hagamos una lectura conjunta de no sé qué trilogía y me pidió ayuda con un trabajo de clase. El viernes me invitaron a cenar en su casa, ella y su padre, pero no fui, claro. Y quiere que hoy vaya a ver un partido al Anny's con ellos y... ¿Qué pasa? —pregunté al ver su gesto y la sonrisa deslumbrante—. ¿A qué viene esa sonrisa?

Suspiró con satisfacción.

—Querida amiga, creo que lo tuyo aún tiene solución.

—¿Lo mío? ¿De qué hablas ahora, Jane?

—De nada en particular y de todo en general.

—Me parece que me he perdido...

Me cogió las manos, dándome un ligero apretón.

—Lo sé, pero antes de lo que crees te encontrarás, Arizona, ahora estoy completamente segura de ello.

La escudriñé con los ojos entrecerrados.

—Te has puesto un poco misteriosa, ¿no?

Hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Mira, si yo fuera tú—dijo—, y ya que por narices tienes que pasar todo ese tiempo en Mountain Brooks a disgusto, trataría de hacer todo lo posible por relajarme, divertirme y dejarme llevar.

—No hay mucha diversión en ese pueblo, tú misma has podido comprobarlo.

Se encogió de hombros.

—Bueno, para empezar puedes ir esta tarde con el sheriff y su hija a ver ese partido, ¿quién dice que no te sorprenda la experiencia? Además, dejarías a todos los demás estupefactos y les demostrarías que efectivamente no eres una cobarde y que sus miradas desdeñosas y sus murmuraciones no te afectan en absoluto, que Arizona Graham no se achanta ante nada ni ante nadie.

—¿Qué estás tratando de hacer? —mascullé, inquisitiva.

—Sólo era un consejo, nada más. Puedes aceptarlo o dejarlo correr, siempre y cuando no te importe lo satisfecha que debe estar toda aquella gente sabiendo que te tienen arrinconada en la granja, claro.

—Eres una maldita manipuladora, Janeth.

—Pero sabes que tengo razón...

¿La tenía? Yo creía que no, que lo único que pretendía Jane era convencerme de que socializara de una maldita vez con esas personas; aunque, pensándolo bien, tampoco es que anduviera muy desencaminada, ¿verdad? Tampoco perdía nada por probar, diría yo. ¿O sí? Maldita fuera, ¿desde cuándo tenía tantas dudas con todo? ¡Por el amor de Dios, ni que tuviera miedo de esa panda de pueblerinos y fantoches! ¿Pensaban que me tenían acojonada y muerta de asco en la granja? ¡Ja! Pues iba a demostrarles lo equivocados que estaban.

## CAPÍTULO 19



### *Maverick*

Ocuparme de los animales era una de las tareas que más me gustaba. Por norma general, los domingos les dedicaba bastante más tiempo del que acostumbraba, a ellos y al establo.

Solía aprovechar para pensar y poner en orden mi cabeza, que últimamente andaba bastante confundida, para qué íbamos a engañarnos. Desde que Arizona Graham llegara a Mountain Brooks, no había un solo día en que no me tocara lidiar con algo que tuviera que ver con ella.

Le dedicaba demasiados minutos a esa condenada mujer, a sus chifladuras y a sus arranques de furia. Y ahora también a esa relación que parecía tener con mi hija y que no me cuadraba en absoluto.

Esta era otra de las cosas que me descolocaban y me confundían, que fuera tan atenta con Lizzy y participara de buen grado en sus ocurrencias, sobre todo al haberme asegurado que no estaba aquí para hacer amigos.

Sonreí al recordar la escena en su cocina el viernes pasado, cuando al no poder sacar el tractor de Billy de la zanja llegué antes de lo esperado y me las encontré riendo a mandíbula batiente con la boca llena de una asquerosa pasta de galleta, que se enseñaban la una a la otra.

En ese momento, al contemplar la escena, sentí un cosquilleo en el estómago que me llenó de algo que no supe descifrar; algo raro y, qué demonios, placentero.

A pesar de tener infinidad de razones para mantenernos a mí y a Lizzy apartados de ella, cuanto más lejos mejor, me resistía a hacerlo. Arizona Graham me atraía como la cara positiva de un imán y eso me ponía las pelotas de corbata no, lo siguiente, algo que jamás me había pasado con nadie.

Refunfuñé para mis adentros, echando el sombrero hacia atrás para limpiarme el sudor de la frente con la manga de la camisa, y seguí baldeando el cubículo de Caballero con agua para quitar los restos de jabón.

Lizzy entró en el establo con la cara llena de tierra húmeda.

—Papá, ya he terminado de arrancar las malas hierbas que me dijiste del huerto.

—¿Todas?

—Ajá, las dejé donde me indicaste, listas para recoger y tirar a la basura.

—Pues ahora coge la azada en el cobertizo de las herramientas para remover la tierra como te enseñé la temporada pasada.

—Preferiría ocuparme de Dama, cepillarla y esas cosas.

—Eso lo harás luego, Lizzy, Caballero y Dama ahora están pastando tranquilamente.

—Pero, papá, el huerto es demasiado grande como para remover toda la tierra yo sola, me estás esclavizando y no es justo.



Sonreí al ver su cara.

—Dedícate sólo a la parte donde plantaremos los tomates y las berenjenas, ¿de acuerdo? Del resto me encargaré yo en cuanto termine aquí.

—¿Y después podré ocuparme de Dama?

—Sí.

—¿Y me dejarás ir esta noche a dormir a casa de Caroline? Mañana no hay clase, es festivo.

—Te dije hace media hora que me lo pensaría, no seas pesada.

—Jo, papá, por fi, déjame ir a dormir con ella, anda...

—He dicho que me lo pensaré, Lizzy.

Golpeó el suelo con su pie derecho un par de veces, ceñuda, y me dejó solo pidiéndole paciencia al Todopoderoso.

Preparar el huerto para la época de siembra era un trabajo pesado, pero había que hacerlo, no quedaba otra si queríamos disponer de gran variedad de verduras frescas.

Nosotros teníamos la gran suerte de tener a nuestra disposición el huerto de la granja y nos ocupábamos de él como de todo lo demás.

Cuando terminé de limpiar el establo a conciencia, bebí unos cuantos sorbos de agua y salí dispuesto a remover la tierra.

Abril acababa de comenzar y este era el mejor mes para sembrar algunas hortalizas y un buen puñado de maíz. Lizzy y yo trabajamos gran parte de la mañana, codo con codo y apenas sin hablar, al parecer mi hija seguía molesta conmigo.

—¿Ya lo has pensado? —indagó, cuando paramos a descansar un poco.

—No.

Puso los ojos en blanco.

—Sí que lo has hecho.

—No. Ve a buscar a Dama y ocúpate de ella.

Resopló y salió disparada en busca de la yegua.

Sin querer, desvié los ojos a la ventana de la cocina y me sorprendí echando de menos a mi loca vecina. De estar ella aquí, en la granja, seguro que la tendría despotricando a mi alrededor por estar en su propiedad y no haberle pedido permiso para trabajar en el huerto.

La muy puñetera siempre encontraba un motivo para sacarme de mis casillas. Sonreí a mi pesar.

Hasta el momento estaba llevando bastante bien eso de mantenerme al margen, como el viejo me indicó; eso no significaba que no me preocupara el tema, al contrario, pero como él parecía tenerlo todo controlado, pues..., no me quedaba otra que esperar a ver en qué terminaba la cosa.

—¿Tú también la echas de menos? —mi hija me observaba con ojillos decaídos.

—¿A quién? ¿A Arizona?

Apoyó las manos en la cintura.

—¿A quién si no?

Negué con la cabeza.

—No, ni siquiera estaba pensando en ella—mentí.

—¿Crees que llegará a tiempo para acompañarnos a ver el partido?

—Yo que tú no me haría ilusiones, cielo, puede que aunque esté aquí para entonces, no quiera acompañarnos. ¿Puedo hacerte una pregunta, Lizzy?

—La vas a hacer aunque te diga que no.

—¿Por qué te cae tan bien Arizona? ¿Por qué te gusta pasar tiempo con ella?

—Esas son dos preguntas, papá.

Dios, qué resabiada era esta chiquilla.

—Pues contesta primero una y luego la otra, no es tan difícil, ¿no?

—¡Ja, qué gracioso!

Le guiñó el ojo y rio.

—Al principio no me caía bien, me parecía un poco borde y eso.

«¿Un poco?»

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

Se encogió de hombros.

—No sé, un día empezamos a hablar de lo que nos gusta, ya sabes, libros, música, pelis..., y de cosas de chicas.

Alcé una ceja, curioso.

—¿Cosas de chicas?

—Sí, ropa, maquillaje, chicos...

—¿Chicos? Creo que eso no quiero saberlo.

Se rio de nuevo.

—Ay, papá, qué antiguo eres... Me gusta que no le importe lo que los demás piensen de ella. En mi clase hay una niña que se burlaba de mí porque soy de pueblo y siempre me cabreaba con ella, pero Arizona me dijo que lo mejor era mostrarme indiferente, como que no me importaba. Me aseguró que eso la molestaría más que darle una bofetada, ¿y sabes qué? Tenía razón.

—¿Y por qué demonios nunca me has dicho nada de eso?

—Porque te habrías enfurecido y me obligarías a darle una buena patada en la espinilla.

Solté una carcajada.

—Tienes razón, hubiera hecho exactamente eso mismo.

Me miró de soslayo, como si le diera miedo continuar.

—Le conté lo de mamá—susurró, finalmente—, que nos había abandonado cuando yo tenía un año y que no la vi nunca más.

—¿Por qué se lo contaste? ¿Te preguntó ella?

—No lo sé, me salió de repente, estábamos tomando un zumo en el porche y se lo dije. ¿Te molesta?

—Para nada.

—Siento que con ella puedo hablar de todo, papá, me presta atención y me aconseja. Es una tía muy guay y está como una cabra. ¿Me dejarás ir a dormir a casa de Caroline?

—Eres muy cansina, Elisabeth Jackson.

—¿Pero me dejarás?

—Sí.

Con la sonrisa más preciosa del mundo, se abalanzó sobre mí haciéndome trastabillar.

—Gracias, eres el mejor padre del mundo mundial.

La abracé con fuerza y le di un beso en la coronilla.

—Y tú la hija más pelota del universo entero. Anda, ve a lavarte y a poner la mesa para comer, yo iré enseguida.

La vi alejarse con la garganta atenazada. Mi hija se hacía mayor sin haber tenido a su madre, algo que probablemente ahora echara de menos y que la empujaba a pasar tanto tiempo en compañía de Arizona. Debería atajar esa relación de raíz, ella no iba a quedarse a vivir en Mountain Brooks y eso destrozaría a Lizzy si llegaba a encariñarse demasiado con esa mujer.

Respiré hondo, recogí todas las herramientas y las llevé al cobertizo. Después, me cercioré de que a Dama y Caballero no les faltara nada y me fui a casa. Me di una ducha, me vestí y bajé a la

cocina a calentar la comida.

—Lizzy—murmuré cuando ya estábamos sentados a la mesa—, sabes que Arizona no va a quedarse para siempre, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé.

—¿Te lo dijo?

—Ajá, se marchará dentro de cinco meses.

—¿Y eso no te importa?

—¿Y por qué iba a importarme? Tiene su vida en Nashville, es lógico que regrese a ella, ¿no? Joder, la madurez de esta niña a veces me dejaba boquiabierto.

—¿Estás segura? Porque no me gustaría nada que te entusiasmaras demasiado con ella y luego sufrieras al verla partir. Arizona Graham no será una constante en tu vida, cariño, debes tenerlo claro, ¿vale?

—Sólo la veo como a una amiga, papá, no como a una posible madre. Aunque ahora que lo pienso...—me miró con los ojos entrecerrados.

—¡Ni se te ocurra ir por ahí, Elisabeth!

—Necesitas una novia, papá, y ella es muy guapa, e inteligente y tú...

Me tapé las orejas con las manos.

—No voy a escucharte, me niego.

—Era una broma, papá... O puede que no, ¿quién sabe? —se burló, moviendo la cejas sugestivamente.

Tardé un segundo en desviar el tema de conversación al preguntarle por su última lectura y respiré aliviado.

«Joder, qué cosas se le ocurrían a esta niña».

Dedicamos parte de la tarde a hacer cosas en casa: la colada, revisión de despensa, pasar el aspirador, el polvo y todo eso que tanta pereza me daba. En ningún momento me pasaron desapercibidas la cantidad de veces que mi hija descorrió las cortinas para atisbar el exterior, seguro que esperando ver la camioneta de esa mujer aparcada en la granja.

Sin embargo, y a pesar de la decepción que llevaba pintada en el rostro, no dijo nada cuando recorrimos la carretera dejando la granja atrás.

Estacioné la camioneta frente al Amy's, que estaba hasta los topes, como siempre que jugaban los Tennessee Titans, nuestro equipo favorito de la NFL; hoy se enfrentaban a los Dallas Cowboys en un partido decisivo para la liga y se presentaba hartamente complicado porque el quarterback, Blaine Gabbert estaba lesionado.

La algarabía y la tensión ya se notaban en el ambiente cuando Lizzy y yo entramos en el bar. Ella corrió a ocupar nuestra mesa del rincón, mientras yo saludaba a los chicos.

—Eh, sheriff, ¿cómo lo ves? ¿Crees que ganaremos?

—Eso espero, Jo, la esperanza es lo último que se pierde, ¿no? Maggie, cuando puedas ponme una cerveza y un refresco para Lizzy.

—Ahora mismo, sheriff.

Pedí también unos nachos con guacamole y queso y fui a sentarme al lado de mi hija.

—Qué nervios, papá.

—Seguro que lo hacen de maravilla.

—Eso espero porque si no..., adiós a la liga.

Sonreí al ver su cara de disgusto. Llevaba puesta la camiseta oficial del equipo y la gorra, como toda una fiel seguidora.

—Me hubiera gustado que Arizona estuviera aquí con nosotros, seguro que se lo pasaría en

grande. Por cierto, Caroline y su madre vendrán a buscarme en el segundo tiempo de descanso.

Veremos el resto del partido en casa de unos amigos de ellos y cenaremos allí.

—Vale.

Paseé la vista por el bar, buscando a Sahale, extrañado porque todavía no hubiera llegado y, en el recorrido, al posar los ojos por un segundo en uno de los ventanales, la vi allí fuera, dubitativa. Llevaba un traje elegante, de esos que se usaban en la ciudad y que quedaba perfecto en su generoso cuerpo.

Un cuerpo que, sin poder evitarlo, repasé de pies a cabeza, recreándome más de la cuenta en ciertas zonas. Joder, tenía que reconocer que la condenada era preciosa... Nuestras miradas se encontraron a través del cristal y me quedé atrapado en sus hermosos ojos marrones, intensos..., seductores... Algo se agitó en mi interior.

Me removí inquieto en la silla.

Tragué saliva.

¿Qué cojones me estaba pasando con esta mujer?

## CAPÍTULO 20



### *Arizona*

Llegué a la granja decidida a ir con el sheriff y Lizzy a ver el partido al Anny's, pero cuando aparqué la camioneta junto a la casa y miré el reloj, me di cuenta de que probablemente ellos ya se hubieran ido.

Pensé que suspiraría aliviada, pero no, al contrario, me sentí algo decepcionada.

En el trayecto hasta aquí, durante casi tres horas, medité en mi situación, el consejo de Janeth y el tiempo que me quedaba por delante para cumplir con lo estipulado en la cláusula de la subasta y, por extraño que pudiera parecer, descubrí que tenía ganas de llegar al pueblo.

Un pueblo que me la traía al paio y que, por mucho que me costara decirlo, eché de menos estos dos días.

No al pueblo en sí, si no a la granja y todo lo que la rodeaba. En el escaso tiempo que llevaba en Mountain Brooks, había descubierto el placer que era levantarse por las mañanas y poder salir al porche a tomar la primera taza de café e inhalar el aire puro de las montañas; el placer de acurrucarse en un butacón en el enorme salón, con la chimenea encendida y una manta cubriéndome las piernas, mientras trabajaba en los nuevos proyectos con mi portátil; y por qué no decirlo, el placer de espiar a mi vecino el sheriff, antes del amanecer, corriendo el riesgo de ahogarme con mi propia saliva.

¿Qué me estaba pasando? Yo, una mujer urbanita, adicta al caos y al estrés, y que adoraba la ciudad por encima de todo, empezaba a sentirme cómoda en un lugar donde el silencio era ensordecedor y las únicas personas con las que trataba eran un sheriff que estaba para chuparse los dedos y su adolescente hija, que era una sabionda de tres pares de narices.

¿Cómo era posible eso? ¿Mis neuronas empezaban a atrofiarse o qué? Tal vez ese aire que respiraba a primera hora de la mañana me nublara el juicio, y los sentidos y...

«¡Para, Arizona, ya basta de desvaríos!»

En lugar de bajarme del coche y entrar en casa, volví a poner la camioneta en marcha y enfilé de nuevo la carretera que llevaba al pueblo.

No sabía por qué lo hacía, la verdad, pero diez minutos después, me encontré ante el bar atestado de gente sin atreverme a entrar porque, de repente, tenía miedo a la reacción de todas esas personas al verme.

Que no iba a ser bien recibida, al menos por la gran mayoría, lo sabía y contaba con ello, y aunque no me importara, me costaba dar el paso. ¿Por qué? ¿Qué pintaba yo allí? ¿Pensarían que mi intención era provocarlos con mi presencia? ¿Estaba dispuesta a aguantar durante más de una

hora las miradas en el cogote y los murmullos? ¿Qué pensaría el sheriff de mí? ¿A qué venía esta última pregunta? Estaba a punto de dar media vuelta y regresar por donde había venido, cuando noté su mirada sobre mi persona.

El cosquilleo habitual se convirtió en un latigazo en toda regla que me cruzó la espina dorsal por cómo me miraba. La intensidad de sus ojos me dejaron petrificada en el sitio, poniéndome nerviosa.

Recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, posándose en mis pechos y luego más arriba, en mis labios. Se me erizó el vello de la nuca y sentí que me ruborizaba por su escrutinio. ¿Era de esto de lo que hablaba Janeth esta mañana? ¿La electricidad palpable? ¿La química? Porque, que Dios me perdonara, pero a mí me parecía otra cosa; otra cosa que tenía que ver con arrancar la ropa y no perder el tiempo con preliminares.

Carraspeé, contrariada, y mentalmente puse los ojos en blanco. ¿Pero en qué coño estaba pensando? ¿Estaba loca?

«Necesitada, mucho, al parecer».

Armándome de valor, porque ya no tenía escapatoria, inhalé hondo, alcé la cabeza, y crucé la puerta del local y el corrillo de gente hasta llegar a la mesa donde estaban el sheriff y Lizzy.

—¡Arizona! —gritó la niña—. ¡Has venido!

Su sonrisa resplandeciente, al verme, evaporó los nervios que me estrujaban el estómago. No me importó que de repente el bar se quedara en silencio y ya nadie mirara al enorme televisor pegado a la pared. Ni siquiera me importó que el vaquerucho sonriera de medio lado con suficiencia.

—Sí, aquí estoy.

—Ven, siéntate a mi lado. Hazle sitio, papá.

Obedeciendo al mandato de su hija, se hizo a un lado, dejándome un hueco entre él y la niña.

—¿Cerveza? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

—Maggie, otra birra cuando puedas—alzó la voz.

—¿Qué tal la fiesta a la que fuiste? ¿Salió como esperabas?

—La fiesta genial, Lizzy, y sí, todo salió como esperaba.

—¡Guay! Arizona fue a una fiesta que su empresa organizó, papá, una muy importante, ¿lo sabías?

—No, no tenía ni idea.

—Era de barcos y esas cosas... —explicó la niña—. ¿Hiciste fotos?

—No, yo no, pero salen algunas en los periódicos—presumí.

—Seguro que estabas guapísima.

Sonreí agradecida, su padre no nos quitaba el ojo de encima.

—¿Sabes algo de fútbol?

Fruncí los labios.

—Me temo que no, Lizzy, soy nula para los deportes.

—No te preocupes, yo te daré una pequeña clase.

La cerveza llegó y bebí como si estuviera muerta de sed, mientras la escuchaba con atención. Una atención que no era tal porque, el roce del muslo del sheriff contra mi pierna me desconcentraba. ¿Por qué se movía tanto? ¿Acaso su silla tenía chinchetas? Con disimulo, miré por encima del hombro, y al ver que ya nadie parecía estar pendiente de mí, comencé a relajarme.

—Pues verás—estaba diciendo Lizzy—, el partido dura unas tres horas y...

—¿Tres horas? Pensé que sólo sería una.

—Ahora te arrepientes de haber venido, ¿a que sí? —me susurró el sheriff al oído, poniéndome la carne de gallina.

—... el juego consiste, básicamente, en hacer llegar el balón de un lado del campo al otro y anotar más puntos que el equipo contrario. ¿Lo pillas?

Sonreí.

—No parece tan difícil, ¿no?

—Oh, pero sí que es complicado, ¿verdad, papa?

—No si la línea ofensiva protege bien al quarterback y éste consigue que el receptor anote unos cuantos touchdowns.

—Creo que me estoy perdiendo... —dije, sintiéndome una completa idiota.

—A ver..., el quarterback es el que más manda en el equipo. La línea ofensiva son los jugadores que le protegen. Y el receptor es el tío que recoge los pases del quarterback y anota los tantos—dijo de carrerilla la sabelotodo.

No me estaba enterando de nada, esa era la verdad; pero no porque Lizzy no se explicara bien o porque el juego fuera complicado, sino porque, la proximidad del cuerpo de este hombre, rozándome cada dos por tres, me estaba poniendo cardíaca.

—Lizzy, ¿por qué no esperas a que empiece el partido y se lo vas diciendo sobre la marcha? No querrás agobiar a nuestra invitada con tanta información, ¿verdad?

—No la estoy agobiando. ¿A que no, Arizona?

—Para nada.

—¿Lo ves, listillo?

—Mentirosa—volvió a susurrarme al oído.

Dios, el contacto de su cálido aliento sobre parte de mi mejilla y el lóbulo de la oreja me trastornó.

Él sonrió con picardía.

—Sheriff... —mascullé entre dientes.

—Arizona... —me interrumpió—, creo que ya va siendo hora de que me llames Maverick, ¿no crees?

¿Acababa de guiñarme el ojo de forma íntima o me lo parecía a mí?

Aturdida, miré a Lizzy, que no nos prestaba atención, gracias a Dios, y luego fijé la mirada en la pantalla del televisor.

«¡Respira, idiota!»

No logré concentrarme en el partido hasta pasada media hora.

Media hora que más bien pareció un siglo porque, ¡madre mía, se me había hecho eterna! Otros veinte minutos después, ya sabía que quienes jugaban eran los Tennessee Titans contra los Dallas Cowboys en el estadio de estos últimos; que ganaban por dos touchdowns y que todo el pueblo iba a favor de los Tennessee, porque celebraban cada anotación y cada golpe como si fueran los propios jugadores.

Y para mi más absoluta sorpresa, me encontré disfrutando del momento, de las carcajadas de Lizzy y de la cercanía del Sheriff.

Hasta que llegó el segundo tiempo de descanso y la niña se levantó anunciando que iba a por la mochila al coche, porque su amiga Caroline y la madre de ésta vendrían a buscarla enseguida.

«¡¿Qué?!»

Me erguí en la silla.

—¿Te marchas? —le pregunté.

—Sí, mañana no hay insti y voy a dormir a casa de mi amiga.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Me invitas a ver el partido y ahora me dejas sola? —exclamé, picada.

Puso los ojos en blanco.

—No te dejas sola, Arizona, papá estará encantado de hacerte compañía, ¿verdad, papi?

Su padre me miró guasón.

—Claro, cariño, será todo un placer—le respondió.

—¿Lo ves? Te dejas en las mejores manos del mundo.

Sin querer miré esas manos con aprensión.

«¡Ay, Dios...!»

¿Había subido la temperatura de repente o era mi mente calenturienta la que me hacía sudar?

—Tranquila... —susurró de nuevo, cuando su hija salió del bar—, no muerdo..., aunque podría.

Sus ojos brillaban..., ¿divertidos?

¿Por qué su voz me sonaba tan ronca y sexy de repente?

—Deja de burlarte de mí—espeté.

—¿Y quién dice que me esté burlando?

Se mordió el labio inferior.

Entrecerré los ojos.

—¿Cuántas cervezas te has bebido?

Chasqueó la lengua.

—Esta es la segunda.

—Deja de mirarme así.

—¿Y cómo te estoy mirando exactamente?

«Como si quisieras devorarme».

—¡Para!

Lizzy entró como una tromba y le abrazó.

—Me marchó, papá, ya están aquí.

—Pórtate bien, ¿vale?

—Yo siempre me porto bien—le dio un beso y luego otro a mí, dejándome muda—. Adiós, nos vemos mañana.

Varios pares de ojos nos observaban con demasiada atención. Incluso vi algunas cejas alzadas.

«¡Mierda!»

—Bueno, pues ya estamos solos...

—Te estás pasando, sheriff.

—Maverick.

Sus ojos me retaron a pronunciar su nombre, pero no lo hice. Hacerlo, y más en este momento, me parecía demasiado íntimo, demasiado personal.

Para mí sería como traspasar una línea que no sabía si estaba dispuesta a cruzar, por mucho que sus gestos, sus miradas y sus insinuaciones me tentaran.

Me puse en pie, y antes de que me diera tiempo a dar un solo paso, me sujetó por la muñeca.

—No irás a marcharte, ¿verdad? Porque la Arizona que prendió fuego el otro día a su basura no lo haría.

«¿Un desafío? ¿A mí?»

Sonreí condescendiente.

—Sólo iba al baño.



Asintió.

—¿Otra cerveza?

—Claro, siempre y cuando el sheriff más tarde no me multe por haber bebido.

—No lo hará.

Otro guiño de ojo más como los dos últimos y me desparramaría por el suelo sin remedio.

Entré en el pequeño cuarto de baño y me miré al espejo.

Estaba sonrojada, tenía las pupilas dilatadas y la respiración ligeramente agitada. ¿Qué estaba pasándome con este hombre? O mejor dicho, ¿qué estaba haciendo al dejar que me manipulara con sus encantos? «Dejarte llevar...», diría mi amiga Janeth. Inhalé hondo. Vale..., podía hacerlo. Quería hacerlo, lo necesitaba y lo deseaba.

Necesitaba dejarme llevar por una vez en la vida y que fuera lo que Dios quisiera. Decidida a seguir adelante con todas las consecuencias, abrí la puerta y me encontré con que alguien me impedía el paso.

Reculé hacia atrás.

—¡Tú!

Automáticamente me puse a la defensiva.

—Yo qué, ¿señora?

La mirada desdeñosa de Anne no me atemorizó, al contrario.

—Sé quién eres y que tu presencia aquí en Mountain Brooks no traerá nada bueno. Esta es mi casa y no eres bienvenida. No te quiero aquí, ¿me oyes? ¡Márchate!

—Usted no tiene ningún...

Me sujetó del brazo con fuerza y me acercó a su cara.

—Oh, sí, claro que tengo derecho porque, como ya te dije, estás en mi casa. Vete y no vuelvas, jamás, a poner un pie en mi bar. ¿Entendido?

De un tirón me solté de su agarre.

—Entendido.

Indignada como nunca, pasé a su lado sin volver a dirigirle la mirada. En cambio, sí que miré al sheriff, que en ese momento salía del aseo de caballeros.

—¿Qué te pasa? —indagó, perplejo.

—Poco has tardado en correr la voz, ¿eh, vaquero? Imagino lo a gusto que te quedarías al contárselo a todo el mundo—solté con rabia y desdén.

—¿De qué hablas, mujer?

—Que te den.

—¿Qué cojones le has dicho, Anne?

No me quedé a escuchar la respuesta.

Como una exhalación salí del bar y me subí a la camioneta, arranqué y salí zumbando de allí. Dos minutos después, comprobé por el espejo retrovisor que el sheriff me seguía.

Pisé el acelerador, alejándome. Llegué a la granja con los dientes apretados de la furia que me carcomía. Antes de que me diera tiempo a entrar en casa, escuché el frenazo de su camioneta y después el portazo.

—¡Arizona! —gritó.

—Déjame en paz.

—¡Maldita sea, espera!

Tiró de mi codo, girándome hacia él.

—Podrías haberme advertido de que ya les habías dicho quién era, así hubiera estado preparada para responderle a esa vieja arpía como se merecía—bramé, dolida.

—Te estás equivocando, yo no...

Le di un empujón.

—Vete a la mierda, Maverick Jackson.

—Me cago en la puta, me vas a escuchar lo quieras o no.

Me aprisionó entre sus brazos, con la cara y las manos pegadas a su pecho. Alcé la cabeza y me removí con ímpetu, sin conseguir soltarme de su amarre.

—No creas que porque...

—Cierra el pico, ¿quieres? —susurró, con la vista fija en mi boca.

Tragué saliva.

—¿Vas...? ¿Vas a besarme?

Sus ojos ascendieron hasta los míos, intensos.

—En este momento me apetece mucho hacerlo, sí. ¿Puedo?

Su sonrisa canalla fue la gota que colmó el vaso.

No respondí.

Me puse de puntillas, agarré las solapas de su cazadora forrada de borreguillo y con un quite brusco, lo obligué a inclinar la cabeza y estrellarse contra mi boca, que lo esperaba con demasiadas ansias.

Al segundo me estremecí de pies a cabeza.

«¡Madre mía, cómo besaba este hombre!»

## CAPÍTULO 21



### *Maverick*

En el mismo momento en que nuestras bocas se fusionaron, la sangre de mis venas comenzó a reverberar por todo mi cuerpo, como si montones de ríos de lava ardiente zigzaguearan entre músculos y huesos, arrasando con todo, haciéndome temblar.

El deseo de besarla comenzó cuando la vi allí fuera, en el bar, dubitativa, preciosa. Y se intensificó cuando luego se sentó a mi lado y, para mortificarla, rocé mi cuerpo con el suyo cada vez que tuve una oportunidad, consiguiendo que yo mismo me pusiera a cien por el contacto; a duras penas logré contenerme, gracias a que mi hija estaba con nosotros, que si no... Aflojé los brazos y apoyé las manos en sus caderas, desplazándolas después a su trasero y presionándolo con urgencia.

Se me había puesto dura al primer contacto de sus pechos con el mío, y eso que llevábamos la ropa puesta, pero ¡joder!, era tocarla y... ¡Jesús bendito, cuánto la deseaba! No le di tregua a su boca, mordisqueé sus labios con urgencia, por miedo a que se echara atrás y me dejara con las ganas; paseé la lengua todo lo que quise por la húmeda cavidad, acariciando la suya con gula, con desesperación y la respiración agitada a más no poder.

Sus profundos gemidos se gravaban a fuego en mi cerebro y, en lo único en que podía pensar, era en quitarle hasta la última prenda que cubría su cuerpo y enterrarme en él para conquistarlo, para saciar el hambre que esta mujer había despertado en mí, sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Sus manos separaron las solapas de la cazadora y se adentraron sin pedir permiso, traspasándome la camisa y quemándome la piel. Jadeé contra sus labios, adelantando las caderas, pegándome contra su vientre, necesitado.

Muy necesitado. Demasiado. Deslicé los dedos por su cuello e incliné la cabeza hacia el hueco de su clavícula, inhalando su olor, impregnándome de él.

¡Virgen santa! Si no frenaba esto, si no lo paraba, íbamos a terminar follando como adolescentes aquí en el vestíbulo y, por mucho que lo deseara, por mucho que quisiera enterrarme en su cuerpo, debía contenerme y no complicar las cosas entre nosotros.

Con un esfuerzo titánico por mi parte, muy a mi pesar, fui separándome poco a poco y marcando las distancias. Descansé mi frente sobre la suya e inspiré con fuerza.

Sería yo mismo el que me dejara con las ganas, sin embargo, era mejor así, más valía prevenir que luego lamentar.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz enronquecida.

Su pecho ascendía y descendía, agitado, igual que el mío. Sus ojos brillaban fogosos, con las pupilas dilatadas, cargadas de deseo. Sus labios húmedos e hinchados, signo de haber sido devorados sin miramientos, entreabiertos, deliciosos.

Dio un paso atrás y clavó sus enormes y precisos ojos en los míos.

—Pensé que querías..., que tú...

Ahuequé su cara con las manos, acariciando su mejilla con el pulgar.

—Y quiero, maldita sea, pero así no. Si llegáramos a..., ya sabes, podríamos complicar las cosas, ¿lo entiendes?

—¡Por el amor de Dios! —se enfadó—. Somos adultos y nos sentimos atraídos, ¿qué hay de malo en ello?

—No hay nada de malo, al contrario. No obstante, yo no soy hombre de calentones, Arizona, de aquí te pillo aquí te mato, ¿vale?

—¿Me estás diciendo que necesitas estar enamorado para acostarte con una mujer?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Te deseo. Juro por Dios que te deseo con toda mi alma, Arizona, pero ambos debemos estar seguros de dar el siguiente paso. Me sentiría fatal si mañana tú te arrepintieras y me culparas de no haber hecho nada para evitarlo. Hace diez minutos se te llevaban los demonios, cabreada por algo que supuestamente hice. No es el momento de dejarse llevar, por muchas ganas que tengamos.

—Sólo sería un puñetero polvo, sheriff, nada más. Sin sentimientos, sólo sexo. —aseguró con desdén.

—Ese es el problema, Arizona, que yo no follo por follarse, no me va.

Me miró como si fuera un extraterrestre o algo así.

—Pero si eres un hombre...

—¿Y? ¿Se supone que porque tengo una polla debería usarla sin más?

—¿Y qué haces cuándo tienes ganas? —señaló mi entrepierna.

Sonreí.

—Masturbarme, como todo hijo de vecino.

—No, como todo hijo de vecino no, eso te lo aseguro—exclamó con énfasis—. No puedo creer que te lo haya puesto en bandeja y me hayas rechazado, con el calentón que teníamos los dos, joder. Todo el rato haciéndome guiños insinuantes, con indirectas, rozándote como un gato en celo y ¿ahora me dejas así? ¿Es porque estoy gorda? ¿Es eso?

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? Joder, mírate, eres preciosa, ¿cómo se te ocurre pensar algo así?

—No serías el primero ni el último que me rechazara por tener sobrepeso, créeme.

—Pues yo no te he rechazado por eso. ¡Demonios, ni siquiera te he rechazado! Simplemente quiero que estés segura, que ambos lo estemos del riesgo que supondría estrechar lazos. Tú estás aquí de paso, dispuesta a hundir y hacer daño a las personas que forman parte de mi vida. Yo tengo una hija, con la que de repente te llevas de puta madre y a la que no quiero fastidiar por enrollarme contigo. Además, no creo que fuera solo cosa de una vez, ¿sabes? Podría convertirse en un hábito que tú y yo terminaríamos en la cama cada vez que discutimos, que es muy a menudo. Entre nosotros existe una tensión sexual increíble, los dos lo sabemos, el aire se impregna de ella cada vez que estamos juntos, cada vez que nos miramos. Y no dudo de que echar un polvo, como tú dices, sería fantástico, maravilloso, alucinante..., pero ¿eso es lo que quieres? ¿Arriesgarte? Porque si me dices que sí ten por seguro que la próxima vez no voy a echarme atrás, Arizona.

—No habrá una próxima vez, sheriff, has perdido tu oportunidad, te lo aseguro.

—¿Ves a qué me refiero? Apuesto a que si hubiéramos follado también dirías lo mismo, porque el arrepentimiento te saldría por cada poro de la piel. Sospecho que por muy liberal que quieras aparentar ser, tú tampoco eres de las de uno rapidito y si te he visto no me acuerdo, ¿me equivoco?

—No mucho la verdad, para qué te voy a mentir. Me gusta el sexo, por supuesto, pero tampoco

soy de las que sale a buscarlo porque sí. De hecho, ni siquiera entiendo por qué estamos en esta situación, tú ni siquiera eres mi tipo, no me gustas.

Solté una carcajada.

—Pues no lo parecía hace un momento.

—Ya, supongo que se debe a la cantidad de tiempo que llevo sin acostarme con nadie.

Me llevé la mano al corazón.

—Genial, ahora has herido mis sentimientos. Eres demasiado franca, demasiado directa. Y ya que estamos siendo sinceros, te diré que tú tampoco eres mi tipo, en cambio sí que me gustas y no creo que me conformara con un solo revolcón. ¿Qué me dices a eso?

Sus labios se curvaron hacia arriba.

—Pues que entonces has hecho bien en echar el freno, porque a mí no me interesa tener una relación contigo. Ninguno lo queremos, dadas las circunstancias.

—Exacto, al fin lo pillas.

Suspiró.

—¿Te apetece una copa de vino? —preguntó, encaminándose a la cocina.

La seguí.

—Preferiría una cerveza.

—Lo siento, no tengo. No me gusta la cerveza.

La miré estupefacto.

—¿Y por qué la bebes cuando estás conmigo?

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea...

—No soy tu tipo, pero deseas llevarme al huerto. No te gusta la cerveza, pero la bebes en mi compañía... Interesante.

Sacó dos copas de tallo fino de uno de los armarios, y las depositó sobre la isla de la cocina. Descorchó una botella de vino, vertió el líquido borgoña en ellas y buscó mi mirada.

—¿Qué es interesante?

—La influencia que al parecer ejerzo en ti.

Sonrió.

—No seas tan fantasma, sheriff.

Cogí la copa sin desviar la mirada y bebí.

—No lo soy.

Joder, me gustaba esta mujer. Me gustaba mucho y no conseguía entender por qué, si era una tocapelotas de tres pares de cojones. Puede que fuera su seguridad, su sinceridad a la hora de abordar las cosas; su forma de mirarme directamente a los ojos cuando me hablaba; o la curva de sus labios cuando sonreía, coqueta, como estaba haciendo en este preciso momento.

—Eres preciosa... —susurré, sin apenas darme cuenta.

—Y sin embargo me tenías a tiro y me dejaste escapar.

—Soy idiota, qué le vamos a hacer.

Abrió la puerta que daba al porche y salió, acomodándose en el balancín acolchado, con los ojos cerrados. Cogí la botella de encima de la isla y la seguí, sentándome a su lado, extendiendo la manta que había en el respaldo sobre nuestras piernas. La noche era espectacular, con el cielo cuajado de estrellas y una luna impresionante vigilándolas, pero hacía un frío que pelaba. Nos mecí con un pequeño impulso de los pies.

—¿Qué fue lo que te dijo Anne? —indagué.

—Pensé que ya lo sabías—respondió sin abrir los ojos.

—No.

Inhaló hondo.

—Nada que no supiera: que sabía quién era y que no era bienvenida en su bar, que me fuera y no volviera nunca más.

—Yo no le conté nada, Arizona, te lo juro, ni a ella ni a nadie.

—Entonces, ¿por qué lo sabe?

—Ni idea...

—¿Ella es de aquí, del pueblo?

—Sí, nació a las afueras, a dos o tres kilómetros. Nunca salió de Mountain Brooks, que yo sepa. Es una de las habitantes más antiguas, adora este lugar, como todos nosotros.

—Lo que significa que conoce a Anthony Brooks...

—Por supuesto que lo conoce, se criaron juntos.

—Soy su vivo retrato, ¿sabes? Me parezco tanto a él que hasta yo misma me sorprendí cuando lo tuve delante.

—Entonces será eso, sabrá quién eres por el parecido con él, es la única explicación.

—Y si lo conoce a él, también debió conocer a Elaine.

—¿Elaine?

—Mi madre, ella también era de aquí.

—Elaine... Elaine... —repetí varias veces, pensativo.

¿Por qué me resultaba tan familiar ese nombre?

—¿Qué ocurre? ¿Has oído hablar de ella?

—No estoy seguro, de repente he tenido la sensación de que me es familiar, pero no sé por qué.

—A saber...

Me incliné hacia delante y rellené las copas de vino.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué la venganza?

Bebió un sorbo de la copa y lamió el labio inferior, desviando mi atención hacia esa boca que me tentaba sin remedio.

—Daños colaterales. Mi madre nunca me quiso, siempre me trató con indiferencia. Me humillaba llamándome gorda. Decía que nadie iba a quererme si no adelgazaba. Nunca me faltó nada material, sin embargo, jamás tuve su cariño, su preocupación, su amor. Infinidad de veces me pregunté el porqué de esa actitud conmigo, qué había hecho para no merecer que mi propia madre me quisiera. Tuve la respuesta cuando estaba en su lecho de muerte. Me culpaba por el abandono de Anthony Brooks y, verme cada día, se lo recordaba.

—¿Qué culpa podías tener tú? No pediste venir a este mundo.

—Eso mismo pienso yo.

—¿Y crees que te compensará vengarte? ¿Que hacer lo que tienes en mente suplirá las carencias materno-filiales?

—No, no habrá nada que supla eso, pero sí hará que me sienta mejor.

—¿Alguna vez le has preguntado al viejo al respecto? ¿Por qué lo hizo?

—No.

—Deberías hacerlo, puede que tu madre no fuera poseedora de la verdad absoluta, ¿sabes?

—¿Y por qué iba a mentirme en algo tan serio como eso?

—Despecho, maldad... quién sabe.

Guardó silencio durante unos minutos y luego murmuró.

—Se está haciendo tarde, deberías marcharte.

—¿Me estás echando?

—Estoy cansada, ha sido un fin de semana intenso y largo.

—Vale, deja que te ayude con esto.

Señalé las copas y el vino.

—No es necesario, gracias.

—Como quieras. Nos vemos mañana.

Asintió, y al ver que no decía nada, me despedí con la mano y bordeé la casa. Estaba a punto de subirme a la camioneta cuando, movido por un impulso, desanduve mis pasos y llamé a la puerta de la cocina. Esperé una eternidad a que abriera la maldita puerta y, cuando lo hizo, no me pasaron desapercibidos sus ojos acuosos ni su semblante triste.

—¿Se te ha olvidado algo? —inquirió, molesta.

—Sí—musité.

Y acercándome a ella, enredé la mano en su nuca y la besé. Un beso lento, tierno, que me devolvió sin rechistar.

—Hasta mañana, Arizona.

—Hasta mañana, Maverick.

Sonreí de camino a casa.

Había dicho mi nombre, no sheriff, o vaquerucho, sino Maverick.

## CAPÍTULO 22



### *Arizona*

La primavera estaba en todo su apogeo. De la noche a la mañana me había despertado y los tonos grises y apagados se habían convertido en todo un despliegue de luz y color.

Ahora ya no sentía ese aire frío que me cortaba la cara cuando por las mañanas tomaba mi primer café del día en el porche; ya no necesitaba salir de casa embutida en tanta ropa, que apenas pudiera moverme.

Los árboles frutales estaban florecidos, el verde de los prados relucía que daba gusto y el piar de los pájaros se escuchaba por todas partes.

Se habían acortado las noches y alargado los días. Mountain Brooks era una delicia para los ojos en esta maravillosa estación del año.

¿Quién me iba a decir a mí que disfrutaría tanto de este lugar? Si Janeth me viera, apuesto a que no se lo creería ni de coña. Hablábamos mucho por teléfono, pero no nos veíamos nada.

Ella estaba inmersa en la organización de la boda de uno de los jugadores más emblemáticos de la NFL y yo, pues..., aquí seguía, llevándolo bastante bien para mi más absoluta sorpresa.

Entretenida haciendo trabajos en la granja, consiguiendo que la lista que mi amiga y yo habíamos realizado el segundo día de estar aquí menguara considerablemente.

La barandilla de las escaleras estaba barnizada, el suelo del enorme vestíbulo pulido y las puertas ya no chirriaban. Una de las ventanas del salón reparada con cristal nuevo y todas limpias como patenas.

Faltaban algunas cosillas, como esa maldita gotera en una de las habitaciones, o el ajuste de las bisagras de las contraventanas de madera, que cuando hacía viento hacían un ruido al chocar en las paredes que vamos... Incluso a veces ayudaba a Lizzy en el huerto, regándolo y poco más, que yo de esas cosas no tenía ni idea y por si las moscas prefería mantenerme al margen para no meter la pata.

Lizzy...

Esa niña me tenía cautivada, era increíble la madurez que tenía para su edad. Las conversaciones con ella eran super divertidas, nunca decaían; si no hablaba de libros, que era su tema favorito, me relataba con pelos y señales lo que pasaba en su instituto o las batallas que tenía con su padre para que le hiciera una especie de biblioteca en casa y le comprara un butacón de relax donde pudiera leer a sus anchas. También la ayudaba con alguno de los trabajos del instituto y hacíamos lecturas conjuntas.

La última, una trilogía juvenil titulada “Temblor”, de una autora que desconocía totalmente:



Maggie Stiefvater.

Trataba de una historia de amor entre una joven independiente, Grace, que de pequeña estuvo al borde de la muerte al ser atrapada por una manada de lobos y, uno de ellos, de ojos amarillos, la protegió.

Desde entonces, Grace se acercaba todos los inviernos al bosque y ella y el lobo se miraban en la distancia; hasta que conoció a Sam, un chico normal que tenía los ojos de un extraño color amarillo. Me fascinó la historia de tal manera que, la devoré en pocos días.

Sí, así era, me estaba encariñando con una niña a la que tarde o temprano haría daño conscientemente y, sin embargo, no era capaz de alejarla de mí y de la granja, me costaba marcar las distancias y mantenerlas, porque me gustaba su compañía y me hacía reír como nadie.

«Egoísta...»

En cuanto a su padre... ¡ay, su padre! Ese hombre me traía por la calle de la amargura y con un calentón que no recordaba haber tenido en la vida.

Desde aquella tarde del partido, que estuvimos a punto de echar un polvo de esos que no se olvidaban, hacía ya unas cuantas semanas, lo miraba con otros ojos: con respeto.

Era un padre increíble: dedicado, amoroso, divertido... Verlo a él y a su hija era una delicia, la verdad. Ojalá todos los padres fueran como él, habría muchos más niños felices, eso seguro.

Y besaba tan bien... Vale, esto no tenía nada que ver, pero cada vez que mi mente lo evocaba no podía dejar de pensar en esa boca que me volvía loca de deseo, para qué íbamos a engañarnos, sinceridad ante todo. Sus besos llegaban cuando menos lo esperaba, igual que él.

Podían ser tiernos, dulces y eternos, o apasionados y hambrientos; daba igual, ambos me dejaban con las piernas temblando y el bajo vientre calcinado; sin embargo, nunca cruzábamos la línea, de ahí el calentón que me gastaba últimamente.

A veces se sentaba conmigo en el porche y hablábamos, otras guardábamos silencio, sin más, cómodos; pero lo que mejor se nos daba era discutir, sobre todo, cuando se empeñaba en que lo acompañara al pueblo o algún otro lugar y yo me negaba.

Seguía sin entender, al menos eso creía, que me mantuviera en mis trece y no quisiera relacionarme con nadie más. Decía que acabaría volviéndome loca aquí encerrada como una ermitaña. Loca me iba a volver él como no se decidiera a apagar el fuego que sus besos me provocaban.

Eso sí que me iba a volver tarumba. El muy cabrón estaba consiguiendo, con su actitud, que cada día ansiara más sus visitas.

Sin querer, me encontraba deseando verlo aparecer, que sus labios se posaran sobre los míos y sus manos me arrancaran la maldita ropa de una puñetera vez.

«Y no sólo eso...»

«Menuda agonía...»

Suspiré y descorrí un poco la cortina.

A los cinco minutos lo vi saltar la valla de madera y cruzar el prado. Eran las seis en punto. ¿Por qué me gustaba tanto este hombre, si no tenía nada que ver conmigo? Si hasta su barba me parecía sexy, ¡por el amor de Dios! Y sus andares..., decididos, firmes y... ¡Ay, Dios mío! ¿Venía hacia la puerta? Me pegué a la pared y contuve el aliento, esperando. Los dos golpes en el cristal no tardaron en llegar.

Cerré los ojos y apreté los labios.

—Vamos, Arizona, sé que estás ahí detrás, abre la puerta.

¿Y que me viera con estas pintas? Ni de coña.

Dio un par de golpes más, sobresaltándome.

—Puedes abrir, ¿por favor?

Pero ¿por qué me comportaba como una niña? Madre mía, a veces me desconocía. La cantidad de idioteces que podía llegar a hacer...

Me pasé los dedos por el pelo y abrí la puerta, azorada. Sus ojos fueron directos a mis pies descalzos y ascendieron lentamente por todo mi cuerpo, cubierto con un pijama de cuadros, hasta clavarse en mis ojos, a los que seguro que les quedaba alguna legaña por ahí pegada. De un solo paso se coló dentro, su sonrisa sesgada me aceleró la respiración.

—¿Qué quieres? —solté brusca.

Inclinó la cabeza hasta dejar su boca a escasos centímetros de la mía.

—Darte los buenos días—susurró.

El beso llegó a cámara lenta, tan despacio que casi me dio un síncope. Un beso dulce que aún guardaba el sabor a café. Ronroneé sin darme cuenta al contacto con su lengua, que se movía con parsimonia envolviéndose con la mía, enardeciendo mis sentidos, si es que me quedaba alguno, claro.

—Llevo toda la noche pensando en ti, joder.

Pegó la nariz a mi cuello e inhaló hondo.

—¿En serio? —exclamé con la voz ahogada.

Sus manos se deslizaban por mis brazos arriba y abajo, caricias lentas, provocadoras.

—¿Por qué te sorprende tanto?

—No lo sé... —logré balbucear.

—Llevamos semanas jugando al gato y al ratón, tentándonos y calentándonos como dos putos quinceañeros, estoy harto. Me gustas y te deseo, joder.

—¿Ahora?

—Todo el tiempo. Todo el jodido tiempo. No sé qué diablos estás haciendo conmigo, Arizona, he pasado de querer estrangularte a querer devorarte por completo. En el buen sentido de la palabra, claro.

Su lengua trazó un camino húmedo por mi clavícula.

Gemí.

—Supongo que hago lo mismo que tú conmigo, Maverick.

Sonrió, como siempre hacía cuando pronunciaba su nombre.

Nuestras miradas se enredaron, brillantes, encendidas.

—Juro que mi intención al llamar a la puerta fue sólo darte los buenos días e invitarte a cenar esta noche, una cita. Pero nada más verte..., tan sexy con ese pijama masculino..., tan apetecible..., tan tú...

«¿Tan yo?»

Algo nuevo se agitó en mi interior.

—Podemos tener esa cita si quieres—sonreí.

—¿Me invitas a desayunar?

Su mirada intensa me dejó noqueada.

—Claro.

Cerró la puerta con el pie y enredó la mano en mi nuca con firmeza.

—Pues desayunemos entonces...

De repente me puse muy nerviosa.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro? No, cariño, lo que estoy es hambriento.

Y como si necesitara afirmar sus palabras, me devoró la boca con ímpetu, incendiando mis

entrañas, haciendo que me olvidara de todo; entremezclando nuestros alientos, cargados de deseo, de ganas, famélicos. Mis dedos se enroscaron en su pelo y jadeé sin aliento.

«¡Virgen santa!»

No sé cómo llegamos a la habitación, pero de pronto me encontré a los pies de la cama, sin la parte de arriba del pijama y su boca sobre mis pechos: lamiendo, mordiendo, succionando. Gemí descontrolada, con la vista clavada en su cabeza, que se movía de un pecho a otro con gula, enroscando la lengua en mis pezones, erizándome la piel de placer.

—Dios, Arizona... —su voz sonó estrangulada contra mi esternón.

—Sí... —jadeé—, lo mismo digo.

Lo despojé con urgencia de su camisa y clavé los dedos en su torso, acariciando, palpando, delineando cada recoveco musculado y firme, duro. Mordí y lamí sus tetillas, poniendo sus pezones de punta, haciéndolo gruñir, desesperado y ansioso.

Sus dedos se colaron entre la cinturilla del pantalón de pijama y las bragas, haciéndose hueco entre los pliegues húmedos y resbaladizos.

Estaba demasiado mojada, demasiado excitada, podría correrme en cuestión de segundos sin problema. Lo haría si seguía atormentándome de aquella manera, con el dedo hundido en mi interior. Me balanceé sin control, con su respiración chocando en mi ombligo.

—Maverick... —rogué, mordiéndome los labios.

—Lo sé.

Me empujó despacio contra la cama y me despojó de toda la tela que hacía rato que estorbaba. Luego se irguió y, sin apartar sus ojos de los míos, fue dejando caer al suelo el resto de su ropa.

Su cuerpo era espectacular, de los que hacían salivar; perfección en estado puro, todo él, de pies a cabeza, literalmente.

Seguí con la mirada sus movimientos ágiles y decididos cuando apoyó las manos en el cochón y me rozó el vientre con su miembro erecto y palpitante, haciéndose un hueco entre mis piernas.

Su lengua jugueteó erótica con mis labios, esquivando mis ansias de comérmelo a bocados.

—Me estás poniendo cardíaca, sheriff.

—No sabes lo que me pone saber eso.

Y entró en mí de un firme empujón, cortando cualquier réplica que estuviera dispuesta a dar, comenzando un baile de caderas alucinante; a veces perdiendo el ritmo debido a las ansias, a la desesperación por sentirnos; pero siempre en contacto, piel con piel. Joder, encajábamos tan bien, que parecíamos piezas de un mismo puzzle. Ahogué una exclamación al notar cómo me vibraban las paredes del útero por su invasión.

Cómo se movía el condenado, qué bien se bamboleaba; qué ritmo más increíble marcaba con su pelvis, Dios santo. Ambos resollábamos, enfebrecidos, perdidos entre tantas sensaciones, saboreándonos el sudor salado y picante del otro con las lenguas. Y de repente..., ¡zas! El orgasmo más intenso de mi vida explotó en mi interior y arrolló mi sexo, dejándome sin aliento, aturdida, y sin capacidad de articular palabra alguna.

Él se corrió poco después, con un par más de penetraciones profundas, temblando sobre mi cuerpo con la mandíbula apretada y mi nombre pegado a sus labios.

Unos labios que cubrieron mi cara de dulces besos postcoitales, a la vez que me acariciaba los costados con ternura.

—¿Qué estás pensando? —indagó, curioso.

Sonreí de medio lado.

—Que para no ser un vaquero montas que da gusto, chico.

Sus carcajadas me contagiaron y ambos reímos como idiotas.

—Ha estado bien, ¿verdad?  
Buscó mi mirada aún nublada.  
—Mejor que bien, Maverick, alucinante.  
Y era la más absoluta verdad.  
Había sido el mejor polvo de mi vida.

## CAPÍTULO 23



### *Maverick*

Contemplaba el exterior con la ceja alzada, estupefacto. Mi vecina estaba sentada sobre una esterilla debajo de un árbol, con los hombros firmes, las piernas una sobre otra, las manos unidas en alto y apuesto que tenía los ojos cerrados. Era la primera vez, desde que vivía aquí, que me fijaba en eso.

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Rezaba o algo así?

—Es yoga—dijo Lizzy sobresaltándome, como si me leyera el pensamiento.

—¿Qué? —disimulé.

—Eso que hace Arizona es yoga, papá, es una especie de meditación y liberación espiritual. Dicen que es muy beneficioso para la salud, deberías probarlo.

—¿Acaso tengo pinta de estar enfermo?

Río.

—No.

—Eso pensaba. ¿Tienes todo preparado?

—Claro.

—¿A qué hora es el examen?

—A tercera, antes del recreo.

—Seguro que lo haces muy bien.

—Lo sé, se me da genial biología.

Nos sentamos a la mesa dispuestos a desayunar.

Así que la chica de ciudad hacía yoga, ¿eh? ¿Por qué necesitaba liberarse y todas esas chorradas? Cogí la taza y di un sorbo, sonriendo para mis adentros.

Seguro que estaba que se la llevaban los demonios porque hacía un par de días que no me dejaba ver por allí.

No, no me arrepentía en absoluto de haberme acostado con ella, al contrario, había sido increíble, conectábamos de una manera brutal.

Lo que pasaba era que quería que notara mi ausencia, que me echara de menos. ¿Una tontería? Podía ser.

Volví a beber con la sonrisa plantada en mi boca.

Mi hija carraspeó llamando mi atención.

La escudriñé con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa?

—No sé, dímelo tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. Llevas dos días muy raro, papá.

—Define raro.

Puso los ojos en blanco.

—Estás bebiendo mi cola cao y a mí me has puesto tu café. Ayer metiste la sartén en el congelador en lugar del lavavajillas y, anteayer, planchabas mi camiseta nueva con la plancha desenchufada. Por no hablar de que te quedas en la inopia sonriendo como un idiota cuando crees que nadie te ve. Ah, y silbas más de lo habitual y cantas fatal, que lo sepas.

Joder, ¿yo hacía todo eso? Me daba cuenta de lo de la plancha, pero del resto no. Me levanté corriendo a abrir el congelador.

—Ya saqué yo la sartén de ahí, papá.

—Desayuna.

—No me gusta el café.

Me senté de nuevo e intercambié las tazas.

Qué observadora era esta niña, joder, a veces me dejaba pasmado. Su sonrisilla guasona me sonrojaba, como si me hubiera pillado en algo indebido, haciéndome sentir incómodo.

—Deja de mirarme así—rezongué por lo bajo.

—¿Así cómo?

—Lizzy...

Vale, reconocía que pensaba en Arizona más de lo que debía, pero no podía evitarlo. Cuando me daba cuenta estaba ahí, en mi maldita cabeza ocupando todo el puto espacio. Rememoraba una y otra vez nuestras conversaciones; esos momentos compartidos en el porche, en la cocina o en cualquier parte; pero, sobre todo, el que compartimos en la habitación.

No tengo palabras para describir ese momento en concreto. Lo único que se me venía a la cabeza era que fue perfecto, mágico.

No había sido planeado, simplemente surgió. Supongo que fue el resultado de tantos días llegando a casa con dolor de pelotas tras estar con ella; tanto besarnos y toquetearnos como adolescentes era lo que tenía, que en cuanto la vi, no fui capaz a contenerme más. La deseaba demasiado, joder.

—Papá, ¿quieres moverte? ¡Voy a llegar tarde por tu culpa!

«¡Mierda!»

¿Qué cojones me estaba pasando? Maldita fuera, yo no era así. Yo nunca me quedaba ensimismado como un gilipollas. Ni que fuera la primera vez que había echado un polvo, joder.

—¡Papá!

Aunque me molestaran, aguanté estoicamente las pullas de mi hija de camino al pueblo y la dejé en la parada del autobús.

Demonios, debía hacer un esfuerzo y centrarme.

Entré en el Amny's.

—Buenos ojos lo vean, sheriff.

No me gustó nada la mirada que me dirigió Anne, y tampoco su desdén. La verdad era que, desde aquella tarde de domingo, cuando fue grosera con Arizona, me había dejado caer muy pocas veces por el bar. No entendía a qué venía tanto resentimiento, algo me estaba perdiendo, seguro. Pero ¿quién cojones se atrevía a preguntarle a esta mujer?

«¿No eres el sheriff? Pues indaga».

Aun así, no las tenía todas conmigo.

—¿Qué tal, Anne?

—Podía estar mejor si esa condenada mujer no estuviera aquí. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida?

—Bien, ocupado.

—¿En la granja? Porque dicen las malas lenguas que no sales de allí.

Solté una risa sardónica.

—¿Las malas lenguas o tu imaginación?

Lanzó el trapo de cocina que llevaba en las manos sobre la barra y se apoyó en ésta con rabia.

—Sheriff...

—Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia, Anne—la interrumpí tan tranquilo  
—. ¿Me pones un café para llevar?

Preparó mi café refunfuñando alto y claro para que la oyera bien. No le presté atención, de lo contrario tendría que decirle un par de cosas y ejercer mis derechos como máxima autoridad en el pueblo. Eso no le sentaría bien precisamente.

Acababa de encender las luces de la oficina cuando me sonó el teléfono móvil.

—Te escucho, Sahale.

—Necesito que vengas. Es urgente.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

—Una cría de cervatillo está atrapada en una de las trampas.

—¿En las del otro día, las que no quitaste?

—Exacto.

—¡Mierda! Voy enseguida.

—Trae la camioneta.

—Vale.

—Por cierto, tu hembra parece que tiene intención de subir al tejado.

«¿Qué cojones...?»

—¡Explícate! —bramé saliendo por la puerta.

—Ven y compruébalo tú mismo.

—Sahale... Arizona Graham no es mi hembra.

—Lo que tú digas, sheriff.

Corté la llamada y puse la camioneta en marcha.

¿Subir al tejado? ¿Qué maldita locura se le habría ocurrido ahora a esta mujer? Nada bueno, eso seguro. Que Dios me diera paciencia porque si no..., mal iba. Salí del pueblo zumbando e hice el trayecto maldiciendo para mis adentros. No eran ni las nueve de la mañana y ya presagiaba que el día sería complicado. Llegué al lugar en tiempo récord, la situación lo requería.

—¿Está muerto? —pregunté, acercándome.

—No. Malherido.

Se me atenazó la garganta al ver al animalillo casi inconsciente. La trampa medía unos treinta centímetros y lo tenía atrapado por una de las patas traseras. Estaba perdiendo mucha sangre. Me arrodillé a su lado y acaricié su cabeza.

—Tranquilo, chico—susurré—, te sacaremos de aquí y te pondrás bien. ¿Sabes cómo quitar esta mierda?

—No podemos. Es mejor que lo haga el veterinario.

—Está bien, ayúdame a cargarlo en la furgoneta.

Desdoblé primero una manta que tenía en el asiento y la extendí en la parte de atrás.

—A la de tres—dije sujetando al animal.

Lo alzamos sin problema y lo acostamos sobre la manta, tapándolo con parte de ésta y cerrando la portezuela.

—¿Tienes ahí los prismáticos?

—Ten.

Enfoqué con ellos hacia la casa y casi me da un infarto.

—Pero ¿qué demonios...?

Esta mujer iba a acabar conmigo, joder.

Saqué el teléfono del bolsillo y busqué su número, que tenía registrado porque Lizzy solía intercambiar mensajes con ella por las noches; sobre todo cuando compartían lectura.

—¿Qué estás haciendo? —mascullé en cuanto escuché su voz.

—Una tarta de manzana.

Inspiré con fuerza.

—Te lo preguntaré de otra manera. ¿Qué cojones estás haciendo, Arizona?

—Acabo de decírtelo.

Menuda mentirosa de mierda, la estaba viendo con mis propios ojos, joder.

—¡Baja de la puta escalera ahora mismo!

Miró hacia atrás, hacia mi casa.

—¿Cómo sabes...?

—He dicho que bajas, maldita sea. ¿Acaso quieres romperte la crisma?

Cortó la llamada sin contestar.

Sahale soltó una de sus pocas risas.

—¿Te hace gracia? —exclamé, subiéndome a la camioneta.

—Un poco.

—¡Pues no la tiene! Vigílala.

Metí primera y salí derrapando del camino. En Mountain Brooks no teníamos una clínica veterinaria, pero sí un establo bastante bien equipado donde el único hombre que sabía de estas cosas se encargaba de los animales. Se llamaba Bradley y todos le llamábamos Brad. Salió a mi encuentro en cuanto vio la camioneta.

—¿Qué traes ahí?

—Una cría de ciervo, cayó en una trampa que algún hijo de puta colocó cerca de la granja.

—Se supone que eso está prohibido, ¿no? Aún no se ha levantado el coto de caza.

—Así es. Cazadores furtivos, Sahale y yo andamos tras su pista.

—Pues espero que los cojáis y les deis su merecido.

Entre los dos metimos al animal, envuelto en la manta, dentro del establo, dejándolo sobre una mesa acolchada.

—Vaya..., esto tiene mala pinta.

—¿Puedes hacer algo?

—Claro que sí, sheriff, ese es mi trabajo.

—¿Necesitas que te eche una mano?

—No, en cuanto lo sede ya no sentirá dolor y podré quitarle la trampa sin problema.

—Está bien, te llamaré más tarde a ver qué tal está.

Volví a la camioneta con los dientes apretados; en cuanto les pusiera las manos encima a esos cabrones iban a saber lo que era bueno. Conduje de nuevo a la granja, donde me había quedado algo por hacer: estrangular a mi guapa y sexy vecina como no me hubiera hecho caso.

Oh, sí, como siguiera subida a esa escalera me iba a escuchar. ¡Vaya que si me iba a escuchar! El vuelco que me dio el estómago, hacía un rato, al verla encaramada allí, me cortó la respiración y sentí un miedo tan atroz al imaginarla desparramada en el suelo, que me asusté. Solté el aire de los pulmones con la vista clavada en el cielo, no tardaría en ponerse a llover.

«Lo que faltaba...»



No me equivoqué.

Para cuando llegué otra vez a la granja caía un buen aguacero. Por su bien, esperaba que Arizona estuviera a cubierto dentro de la casa, de lo contrario...

—¡Me cago en mi maldita estampa! —grité al verla allí arriba.

Miró hacia abajo y ni se inmutó.

—Baja ahora mismo.

—Estoy terminando.

—¿Se puede saber qué cojones tienes en la cabeza? Porque está claro que cerebro no. Baja inmediatamente, joder.

—¡Déjame en paz!

«Cálmate... Cálmate...»

—Arizona..., por favor, baja de ahí, ¿quieres? Estás a más de tres metros de altura, llueve, puedes resbalarte y hacerte mucho daño, joder.

—¿Y qué más da?

—¿Cómo que y qué más da? ¿Es que te has vuelto loca o qué coño te pasa? No me obligues a subir a buscarte porque será peor.

—Y cómo piensas hacerlo, ¿eh? —me retó.

—¡No me tientes, joder!

Esta mujer me exasperaba.

Sí, me sacaba de mis casillas con una facilidad pasmosa.

—Listo— vociferó.

Se me encogió el corazón y contuve la respiración al verla descender y resbalarse en uno de los putos peldaños, gritando angustiada. Corrí a colocarme a los pies de la escalera, por si acaso, acojonado y asustado.

Le temblaban las manos cuando llegó abajo.

La zarandeeé con fuerza.

—¿Eres consciente del riesgo tan innecesario que acabas de correr? —rugí.

Sus ojos esquivaron mi mirada.

—Tranquilo, estoy bien.

—¡Pero podías no estarlo!

—¿Y qué importa? —se envalentonó, orgullosa.

—Maldita sea, a mí sí que me importa.

Algo brilló en sus ojos, algo demasiado fugaz.

—Pues no debería... Sólo estaba apretando las bisagras de las contraventanas.

La rodeé con mis brazos, pegándome a ella.

—Al menos podías reconocer que por un momento te has cagado de miedo, porque yo sí lo he hecho—susurré.

—Nadie te manda estar aquí, si no me estuvieras vigilando ni siquiera te habrías enterado.

Bufé, convencido de que esta mujer no tenía remedio alguno.

—¿Por qué eres tan condenadamente obtusa, cabezota y exasperante?

—Porque soy así, es lo que hay—respondió altiva.

Acaricié sus mejillas, apoyando la frente en la suya.

—Estás consiguiendo volverme tarumba, ¿lo sabías? Nunca sé qué esperar de ti. Cuando creo que vas a reaccionar de una manera lo haces de otra, descolocándome. Mi vida era muy tranquila hasta que tú llegaste, poniéndolo todo patas arriba. Debería mantener las distancias y sin embargo...

Se soltó de mi agarre y dio un paso atrás.

—Hazlo, por favor, mantente alejado de mí.

—¿Por qué?

—Porque voy a hacerte daño.

—Lo harás de todos modos.

—Por eso mismo. No soy buena para nadie, ni siquiera para mí misma.

—Arizona...

—Vete, Maverick.

Entró en casa sin mirar atrás, dejándome aquí plantado y más confuso que nunca. Ella tenía razón, era mejor así, cada uno por su lado, para no confundirnos.

Entonces..., ¿por qué me sentía como una mierda?

## CAPÍTULO 24



### *Arizona*

Estuve en Nashville dos días. Dos días repletos de reuniones y dolores de cabeza provocados por Janeth y su insistencia en querer saber qué pasaba con el sheriff, si había acercamiento o qué.

Al parecer no le importaba nada más. Terminé diciéndole que habíamos estado tan cerca uno del otro que, por un momento, habíamos sido uno sólo. Lo pilló al segundo y casi me dejó sorda del grito que dio la puñetera.

Me di cuenta de que tenía que haber permanecido con la boca cerrada cuando pasó a las siguientes preguntas: «¿Cómo fue?» ¿Qué sentiste?» ¿Entonces estáis saliendo?» ¿La tiene grande?» «¿Estás arrepentida?»

Ahora me daba la risa recordándolo, pero ¡madre mía!, me había puesto la cabeza como un bombo y no tuve más remedio que responder para sacármela de encima: «estuvo increíble, la verdad».

«Me sentí genial, deseada».

«No, no estamos saliendo, al revés, le he pedido que se mantenga alejado de mí».

«En cuanto al tamaño de su pene..., ni mu».

«Y no, no estoy arrepentida en absoluto». Evidentemente me puso de vuelta y media al saber que prefería mantenerlo a distancia, me dio igual.

Lo que no sabía era lo vulnerable que me sentía con ese hombre, que el cosquilleo que sentía teniéndolo cerca comenzaba a sobrepasar los límites y que pensaba en él más de lo que debiera. Sí, sin ninguna duda era preferible distanciarnos y que cada uno siguiera con su vida.

«Mentirosa...»

Ignoré a mi subconsciente, el muy puñetero últimamente parecía querer darme lecciones o algo así.

Menos mal que de momento era yo la que seguía controlándolo porque, si me dejaba llevar por él..., bueno, mejor dejarlo ahí. ¿Para qué darle vueltas?

«Cobarde...»

Sacudí la cabeza con fuerza y, mientras me tomaba un café en un área de descanso, a medio camino entre Nashville y Mountain Brooks, repasé de nuevo la reunión con Christopher Williams, el jugador de la NFL al que le estábamos organizando la boda, y su prometida Cinthia Rose.

Por extraño que pareciera, no querían un evento por todo lo alto, sino más bien algo sencillo y al aire libre. La lista de invitados no era extensa, sólo ciento cincuenta personas.

Que carecieran de extravagancias y me dieran carta blanca en el asunto facilitaba mucho las cosas y, Jane y yo, ya teníamos muchas ideas. Disponíamos de cinco meses para conseguir que el Owen Bradley Park nos autorizara trabajar en una de sus áreas, después sería pan comido.

Lo teníamos controlado. En cuanto llegara a casa me pondría a... ¡Un momento, vuelve atrás! ¿Había dicho casa? ¿Mi casa? ¿Desde cuándo consideraba la granja como mi casa? ¡Por Dios, que

apenas llevaba dos meses allí! Era demasiado pronto para serle infiel a mi ático de la capital, ¿no? Además, la vida en el campo no me gustaba...

«¿Segura?»

No me respondí, pagué el café y me subí al coche.

Me descalcé en cuanto entré por la puerta de casa, cada vez soportaba menos los zapatos de tacón. Sí, al parecer era otra de las cosas que también empezaban a cambiar en mí, eso y la comodidad de los vaqueros, para qué nos vamos a engañar.

Y sí, había vuelto a referirme a la granja como mi casa, al fin y al cabo era mía, había pagado por ella, coño. Era lógico que me sintiera cómoda aquí, vamos, digo yo. Dejé las cosas al pie de la escalera y, con una bolsa de papel en la mano, me dirigí a la cocina.

De ella, extraje el vino que había comprado en esa tienda de delicatessen que tanto me gustaba; descorché una botella, dejé que el líquido respirara y luego me serví una copa.

«¡Dios, estaba buenísimo!»

Salí al porche y sonreí al ver a Lizzy acurrucada en el balancín con la cara enterrada en uno de sus libros. Tan ensimismada estaba en la lectura que ni cuenta se dio de que estaba allí, a su lado.

—Hola—saludé—, ¿qué haces aquí?

Alzó la mirada, devolviéndome la sonrisa.

—¿Leer?

Me senté a su lado.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué aquí y no en tu casa?

—Porque mi padre está intratable. ¿Te molesta que esté aquí?

—Para nada. ¿Qué le pasa a tu padre? —indagué, curiosa.

—Eso me gustaría saber... Lleva días de mal humor, todo le molesta.

—¿Ah, sí?

—Sí. La otra semana se pasaba el día en la inopia, hasta metió la sartén en el congelador, ¿te lo puedes creer? Y silbaba todo el rato, y cantaba, algo que se le da francamente mal. Hasta me burlé de él y todo. Puede que esté así por eso, porque de repente su humor cambió.

Su semblante triste me enterneció y me hizo sentir culpable.

—Tú no tienes nada que ver, te lo aseguro.

—¿Os habéis enfadado? —exclamó, perspicaz.

—¿Qué? ¿Por qué crees eso?

—Porque le dije de ir hoy al cine nosotros tres—señaló—, y respondió que ni de coña, que si ibas tú él se quedaría en casa.

Discutimos y me vine aquí, a esperarte.

Me quedé estupefacta, dolida.

—¿De verdad dijo eso?

—Ajá.

Menudo imbécil. ¿Qué culpa tenía la cría de lo que pasara entre nosotros? ¿Así que si yo iba, prefería quedarse en casa? Pues muy bien, que se quedara el muy gilipollas.

—Podemos ir tú y yo, si quieres—dije.

—¿Lo dices en serio?

Me encogí de hombros.

—Si no te importa que tu padre se quede en casa...

Sonrió de oreja a oreja.

—No me importa.

—¡Genial! ¿Qué vamos a ver?

—Una peli de miedo, es la temática de los viernes.

—¿Estás segura de que tu padre te dejará ir conmigo?

Se levantó decidida.

—Lo estoy.

Lo dudaba, pero bueno, si ella estaba tan segura, ¿quién era yo para decir lo contrario?

—Bueno, ¿a qué hora quedamos entonces?

—Vendré a las cinco.

—Perfecto. Si tu padre te pone algún impedimento que me llame, ya me encargaré yo de hacerle cambiar de opinión.

Se carcajeó.

—Arizona, eso ha sonado a amenaza velada, ¿lo sabías?

¡Dios! ¿De verdad esta niña tenía sólo catorce años?

—Eres demasiado sabionda, Lizzy.

—Eso dice mi padre.

Mira, por fin una cosa en la que él y yo estábamos de acuerdo.

—¡Nos vemos en un rato! —gritó, cruzando el prado a la carrera.

No me gustaban las películas de terror, odiaba la tensión que me provocaban y los finales horribles; pero, sólo por tocarle las pelotas a ese idiota, aguantaría lo que fuera.

Subí a la habitación y me cambié de ropa: un vaquero negro, camisa roja y cazadora de cuero; me calcé los botines rojos y metí la cartera y poco más en el bolso. A las cinco en punto Lizzy estaba esperándome en el porche.

—¿Lista? —preguntó emocionada.

—Lista—aseguré.

Cerré la puerta y, con ella parlotando a mi lado, rodeamos la casa. Iba riéndome de algo que me contaba cuando, al doblar la esquina y girar la cabeza, lo vi. Maverick estaba apoyado en su camioneta, con los brazos cruzados sobre el pecho y un tobillo sobre el otro, relajado, guapo a rabiar. El corazón se me desbocó en el pecho y casi tropecé con mis propios pies. Casi.

Lo miré recelosa, acercándome.

—¿Qué significa esto, Lizzy? Dijiste que si yo iba tu padre se quedaría en casa—exclamé, parándome frente a él.

Su padre la miró, irguiéndose.

—Y a mí me dijiste lo mismo pero a la inversa, y aseguraste que sólo parábamos aquí porque te habías olvidado algo antes.

—Ya, bueno, os dije lo mismo para picaros y ahora los dos estáis aquí para ir al cine conmigo. ¿Nos vamos?

—Lo que has hecho ha estado muy mal, Lizzy, nos has mentido para salirte con la tuya—dije molesta.

—Ya lo creo que sí, eres una manipuladora, Elisabeth Jackson. Debería llevarte de vuelta a casa y castigarte.

Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

—Oh, vamos, no exageréis, tan poco ha sido para tanto. Si no habéis discutido y no estáis enfadados, ¿qué problema hay en pasar una tarde de cine y pizza los tres juntos? Tu humor mejorará papá, ya lo veras.

—Mi humor es excelente, sabelotodo.

—Claro. Se nos hace tarde, ¿lo pillas?

Miraba a uno y a otro sin saber qué hacer ni qué decir. Sin duda alguna la niña me había dejado

sin palabras con su argucia. Pisaba fuerte, la puñetera.

Subimos a la camioneta, si él no iba a echarse atrás, yo mucho menos.

—¿Estás enfadada, Arizona?

—Un poco, no me gusta nada que me manipulen, Lizzy.

—Pero si vamos a pasarlo bien...

—Sí, seguro—ironizó su padre.

—¿Cómo dices? —inquirí a la defensiva.

—¿No lo has oído bien?

—Mejor me callo porque si no...

—Si no qué, vamos, dime—me retó.

—¡Parad! ¡Los dos! —ambos miramos a la cría—. Si vais a estar todo el rato así entonces prefiero quedarme en casa. Pensé que esto sería divertido, pero está claro que me equivoqué, parecéis unos niños.

Su padre metió primera y aceleró, sin darle opción a bajarse de la camioneta.

—Lo siento, cariño.

—Sí, yo también—musité.

No tenía ni idea de por qué este hombre me exasperaba de esta manera, pero lo hacía. Supongo que era por cómo me hacía sentir cuando lo tenía cerca.

Y eso explicaría el motivo de que me empeñara en marcar las distancias, ¿no? En fin, que si yo no lo tenía claro, ¿quién lo iba a tener?

—¿Qué hiciste en Nashville? ¿Fuiste a otra fiesta de esas importantes?

—No, Lizzy, nada de fiestas, sólo trabajo.

—¿Viste a tu amiga?

—Claro, y me reuní con Christopher Williams, nos ha contratado para organizar su boda.

—¿El Christopher Williams que juega en los Tennessee Titans? —preguntó su padre sorprendido.

—El mismo.

—¡Qué guay! ¿Cuándo se casa? ¿Me lo podrás presentar algún día? También me gustaría conocer a su novia, es tan guapa... Y él es el mejor receptor de la liga, ¿verdad, papá? Jopetas, Arizona, eres una suertuda, conoces a Christopher... ¿Le pedirías un autógrafo para mí? ¿Lo harías?

No pude evitar reírme a carcajadas.

—Respira, cariño, pareces una ametralladora.

—La próxima vez que lo vea le pediré un autógrafo para ti.

—¿De verdad?

—Sí.

—¡Gracias, eres la mejor! —su abrazo me llegó al alma.

Y así fue cómo se rompió la tensión del ambiente y conseguimos relajarnos. El entusiasmo y la curiosidad de Lizzy por saber de las celebridades que conocía consiguió que el trayecto hasta Kingston fuera corto y muy llevadero. Aunque debía reconocer que, las miradas que de tanto en tanto me dirigía su padre, me ponían bastante nerviosa.

Dejamos la camioneta en un estacionamiento público y fuimos caminando hasta el centro comercial donde estaban los cines. Lizzy iba en el medio de los dos, parloteando sin cesar y riendo por casi todo. Y sólo por eso, por ver esa felicidad reflejada en su cara, supe que ya había merecido la pena no echarme atrás. Eso y que me sentía la mar de a gusto, la verdad.

Me encantaba la relación que tenían padre e hija, ambos eran increíbles. Sus conversaciones

eran divertidas y las muestras de cariño entre ambos se prodigaban por doquier y me enternecían.

Ojalá yo hubiera tenido una relación así con mis progenitores; ojalá me hubieran escuchado contar anécdotas del instituto; ojalá se hubieran reído conmigo como él lo hacía con su hija; ojalá me hubieran querido como él la quería a ella.

—¿Estás bien?

Su voz, tan cerca del oído, me erizó el vello de la nuca. Estábamos parados frente a la cristalera del cine, justo donde exponían la cartelera. Lizzy hablaba con un grupo de niñas de su edad.

—Sí.

—Parecías pensativa.

—Lo estaba.

—¿Puedo saber en qué?

—Pensaba en lo distinta que sería mi vida si alguno de mis padres me hubiera querido tanto como tú la quieres a ella. No tienes ni idea de cuánto envidio vuestra relación.

—Lo siento.

—Bueno, supongo que pensar en eso ahora ya no importa.

—Puede que a tu padre biológico sí le importe.

—Abandonó a mi madre, Maverick, ¿por qué debería de importarle?

—Quizá...

—¡Papá! ¡Papá! Mis compañeras de clase van a ver la misma película que nosotros, ¿os molestaría mucho que me sentara con ellas?

—Elisabeth Jackson, ¿nos traes al cine con una vil artimaña y ahora vas a dejarnos colgados?

—¡Por fa! ¡Por fa!

—¿Tú qué dices, Arizona?

Me reí.

—Por mí no hay problema, casi prefiero quedarme fuera esperando, no me gustan nada las películas de terror.

La niña tardó dos segundos en desaparecer con sus amigas.

—Y si no te gustan las películas de terror, ¿por qué accediste a venir con ella? No, no, espera, no me lo digas, a ver si lo adivino... —volví a reír—. ¿Por tocarme los cojones, tal vez?

Asentí.

—Sí, básicamente fue por eso.

Se llevó las manos al corazón y dramatizó.

—Eres una mala pécora, Arizona Graham, no haces más que partirme el corazón.

—Exagerado... Bueno, ¿qué hacemos? ¿Damos una vuelta por la ciudad?

Extendió su mano hacia mí.

—Vamos.

Y así, con sus dedos entrelazados con los míos, nos dispusimos a pasar un par de horas por el centro de Kingston.

## CAPÍTULO 25



### *Maverick*

Era de locos, pero que me mataran si no me sentía como un adolescente paseando de la mano de Arizona por el centro de Kingston, tan tranquilos; como si unos días atrás no me hubiera rogado que me alejara de ella y toda esa mala hostia desde entonces nunca hubiera existido.

Miraba de soslayo a los escaparates y sonreía como un idiota porque parecíamos una pareja normal y corriente, de esas que no tenían ningún reparo a proclamar a los cuatro vientos lo enamoradas que estaban.

Aunque nosotros no estábamos enamorados, claro, sólo nos atraíamos y nos deseábamos muchísimo, nada más. Sin embargo, me gustaba esta sensación, hacía demasiado tiempo que yo no paseaba de la mano de nadie, excepto de la de mi hija, evidentemente.

Cuando Lindsay nos abandonó, tardé bastante en fijarme en una mujer, las veía como si fueran el enemigo. Acaté la orden de mi ex sin dudarle, si era lo que ella quería y estaba decidida, ¿qué más daba lo que yo dijera o sintiera? Y aunque no lo demostré de cara a la galería, me hizo mucho daño que se marchara, sobre todo, sin pararse a pensar ni un poquito en nuestra hija.

Creo que pasaron años antes de que yo me decidiera a salir con alguien y, ahora que pensaba ello, me parecía que sólo había sido una vez y la cosa salió regular. En vista de ello, nunca volví a molestarme, si tenía que llegar, llegaría.

Y lo de intercambiar sexo porque sí no iba conmigo, así que, suponía que era normal que me estuviera sintiendo como lo hacía, ¿no?

—¿En qué piensas, sheriff?

La miré de lado y con los ojos entrecerrados.

—¿Vuelvo a ser el sheriff?

—Que yo sepa nunca has dejado de serlo, ¿o sí? ¿Acaso no es ese tu cargo?

—No me refería a eso y lo sabes. Me gusta más cuando me llamas Maverick.

—No has respondido a mi pregunta.

Le hice un gesto hacia la terraza que había a nuestra derecha, asintió y nos sentamos a una mesa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro.

Pedimos un par de cafés al camarero que salió a atendernos.

—Pensaba en el tiempo que hacía que no paseaba de la mano de una mujer y en lo cómodo que me siento haciéndolo contigo.

Su sonrojo automático me hizo sonreír.

—No será para tanto.



—Puede, y sin embargo es la verdad.

—¿No has mantenido una relación con nadie en todos estos años?

El camarero volvió a salir con nuestra comanda y la dejó sobre la mesa. Vertí el azúcar en el café y removí.

—Sí, una vez.

—¿Sólo una? —exclamó, incrédula.

—Sí.

—¿Qué pasó?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, imagino que aún no estaba preparado.

—¿Tanto la querías? Me refiero a tu exmujer.

—Sí, estuve muy enamorado de ella y, para ser sincero, su abandono me partió el corazón.

Pero no digo que no estaba preparado por eso, sino por Lizzy, ella era y es lo más importante de mi vida. ¿Qué clase de ejemplo le estaría dando si cada dos por tres estuviera con una mujer distinta? Además, ya te dije que no soy hombre de relaciones esporádicas.

—Lo nuestro fue esporádico, nos acostamos una vez.

Sonreí.

—¿Eso piensas?

—Por supuesto, ¿tú no?

Chasqueé la lengua.

—Ni por asomo, estoy completamente convencido de que lo nuestro—nos señalé—, aún no se ha terminado.

—Te aseguro que sí, tú y yo jamás volveremos a tener nada.

—¿Segura?

—Totalmente.

—Quieres decir que, si ahora mismo te beso, ¿vas a rechazarme? —susurré, acercando mi cara a la suya hasta rozar sus labios.

Tragó saliva, con los ojos clavados en mi boca.

—Sí—balbuceó, nerviosa.

—Entonces será mejor que no lo intente, ¿verdad?

—¿Por qué? —protestó sin darse cuenta.

—Porque no me gusta sentirme rechazado.

Lamí con parsimonia la comisura de sus labios y me retiré hacia atrás, contemplando satisfecho su frustración.

Bebí de la taza y me recliné en la silla.

Carraspeé.

—¿Y tú qué, Arizona, alguna vez has estado enamorada?

Desvió la mirada pensativa.

—No.

Su respuesta me sorprendió.

—¿Nunca?

—Nunca.

—No te creo.

—A ver, sí que tuve un par de relaciones en la universidad y eso, pero no, enamorarme, lo que se dice enamorarme, jamás. Si me fijaba en alguien, tarde o temprano llegaba a decepcionarme, así que...

—Puede que te decepcionaran porque eras muy exigente o porque...

—No tienes ni idea—me interrumpió.

—¿Entonces?

Suspiró.

—No era yo la que les atraía, sino mi apellido y mi dinero. Al parecer mi madre tenía razón, los hombres guapos no se fijaban en las gordas como yo y, una vez comprobado eso, tuve claro que no cambiaría mi aspecto por ningún hombre y simplemente dejé de intentarlo.

—Pues yo me siento atraído por ti. Por tu personalidad arrolladora, tu lengua mordaz, tu inteligencia y, sin ninguna duda, admiro y aplaudo el que no dejaras que tu madre influyera en ti, haciendo que te convirtieras en otra persona porque, así tal cual eres, me pareces preciosa. Me sacas de quicio, sí, pero me gustas, Arizona. Me gustas mucho.

Si antes sus mejillas se habían teñido de un leve rubor, ahora estaba completamente colorada.

Su mirada buscó la mía, seguro que comprobando si estaba siendo sincero.

—¿No me crees?

—Sí—musitó—, por eso es necesario que entre nosotros no vuelva a haber nada. No te gustan las relaciones esporádicas y yo sólo estoy de paso en Mountain Brooks, Maverick, no voy a quedarme, y ambos sabemos qué me llevó allí. Sería un desastre que siguiéramos adelante con esto, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que tienes miedo y no entiendo por qué. Los dos somos adultos y lo tenemos claro, no pasa nada porque nos dejemos llevar por una vez en nuestra vida.

Acaricié el dorso de su mano por encima de la mesa. Ojalá supiera en qué estaba pensando ahora.

—¿No vas a decir nada?

Negó con la cabeza.

—¿Nos vamos? La película ya debe de estar a punto de terminar.

Saqué un billete del bolsillo y lo dejé sobre la mesa.

—Sí, tienes razón.

El regreso al centro comercial fue un poco más tenso y no lo hicimos cogidos de la mano. Me sentí como un idiota por haber dicho lo que dije y llevarnos a esta situación un tanto incómoda.

Había sido sincero, nada más, no estaba pidiéndole amor eterno, para nada; sólo que nos dejáramos llevar, tampoco era para tanto, ¿no? A no ser que..., ¡mierda!

De repente lo vi clarísimo, lo que la echaba para atrás era que yo hubiera jurado hacía unas semanas que estaría dispuesto a hacer lo que fuera con tal de que ella no se saliera con la suya y vendiera parte de nuestro pueblo al mejor postor.

Seguro que pensaba que todo esto era una treta mía, no obstante, había dicho que creía en mis palabras cuando aseguré que me gustaba mucho, ¿verdad? No fueron imaginaciones mías, escuché su «sí» musitado a la perfección.

—¡Papá!

El grito de Lizzy me sacó de mis cavilaciones.

—Hola, cariño, ¿qué tal la peli?

—¡Brutal! Te hubieras cagado de miedo, Arizona.

—Seguro que sí, soy muy miedica, ¿lo sabías?

—Pues no lo parece. ¿Qué habéis hecho vosotros?

—Dimos un paseo y tomamos café en una terraza—respondí.

—¿Hicisteis las paces?

—Algo así... —susurró, Arizona.

—Sí, algo así—la secundé.

—¡Genial! ¿Vamos a cenar pizza?

—Por supuesto.

Fuimos a Tono's, un restaurante variado donde hacían las pizzas y el pollo Kentucky más cojonudos de la ciudad. Lizzy nos destripó la película entusiasmada, con pelos, señales y todos los gestos inimaginables, mientras nos zampábamos una pizza familiar, un combo de alitas de pollo y patatas fritas. Las caras que ponía mi hija eran tan horripilantes y a la vez tan graciosas, que por dos veces estuve a punto de escupir la comida debido a los ataques de risa. Se metía tanto en el papel de zombi hambriento y sanguinario, que hasta la grabé en vídeo con la cámara del teléfono móvil. A ella y a Arizona que, desafiada por mi hija, a ver quién de las dos ponía la peor cara de terror, no dudó en seguirle el rollo. Recordaría este momento como uno de los más divertidos y mejores de mi vida, sin duda.

Eran pasadas las diez de la noche cuando llegamos a la granja. Lizzy dormía acurrucada, agarrada al brazo de Arizona, con la cabeza apoyada en su hombro.

Ambos la miramos y sonreímos.

—La que nos ha liado, ¿eh? Y mírala, durmiendo tan campante. ¿Lo has pasado bien? —le pregunté.

—A pesar de sentirme manipulada por una niña de catorce años, sí, ha sido divertido.

—¿Lo repetirías por voluntad propia y sin que ella nos acompañara?

Se mordió el labio inferior.

—¿Estás proponiéndome una cita, sheriff?

Sonreí.

—Puede.

Imitó mi gesto.

—Entonces puede que repita.

—Está bien saberlo..., ¿nos vemos mañana?

Puso los ojos en blanco, recordándome a la bella durmiente que teníamos entre los dos.

—Como si pudiera evitarlo.

Zarandé a mi hija despacio, para no asustarla.

—Lizzy, despierta cariño, Arizona tiene que marcharse.

—Mmmm, no quiero—protestó.

—Vamos, cielo, si no la sueltas no podrá irse a casa.

—Jo, pero es que estoy muy a gusto.

—Lo sé, pero tienes que despertar, venga.

—Eres un pesado—gruñó, irguiéndose en el asiento.

Arizona abrió la puerta de la camioneta aguantando la risa.

—No tiene gracia, Arizona, estaba teniendo un sueño muy bonito.

—Lo siento. Mañana te ayudaré a regar el huerto para compensar—le dio un beso en la frente y se bajó.

Ese gesto tierno me llegó al alma.

—Te tomo la palabra—rezongó Lizzy con los ojos a media asta.

—Hasta mañana.

Asentí y di marcha atrás, dejándola con la mano levantada, despidiéndose.

Estuve a punto de pedirle que me diera uno de esos besos a mí también para que tuviera dulces sueños, pero me contuve, con mi hija delante sería demasiado arriesgado. Si había sido capaz de manipularnos a los dos, porque estaba convencida de nuestro enfado, a saber qué haría si me

escuchara pedirle un beso.

Aparqué delante de casa y cogí a Lizzy en brazos.

—Papá, me duele mucho la tripa.

—No me extraña, te comiste tú sola casi toda la fuente de patas, tres porciones de pizza y el helado, estarás empachada.

—No me encuentro bien, creo que voy a vomitar.

La llevé a prisa al baño y sí, echó hasta la primera papilla.

—¡Qué asco! —refunfuñó.

—Ya te digo. Lávate los dientes y enjuágate bien la boca, voy a buscar el termómetro.

Afortunadamente no tenía fiebre, debía ser sólo un empacho. O puede que se hubiera mareado en el trayecto al quedarse dormida.

—Voy a prepararte una manzanilla, ¿vale? —dije arropándola en la cama.

—No te molestes, papá, quiero dormir.

—Está bien, si vuelves a sentirte mal, avísame.

Ya no me respondió.

Acababa de quitarme la ropa y ponerme cómodo, cuando sonó mi móvil.

—¡Maverick! —gritó Arizona acelerada—. Tienes que venir inmediatamente.

Me asusté.

—¿Qué ocurre?

—Es Dama, me parece que está de parto.

«¡Mierda!»

—Voy enseguida.

No tardé ni diez minutos en vestirme y llegar al establo.

Dama estaba en el suelo, nerviosa, dando coces hacia atrás, con Arizona acariciándole la testuz y susurrándole palabras, tratando de calmarla.

—Tranquila, preciosa, todo saldrá bien.

Me agaché a su lado con el teléfono ya pegado en la oreja.

—Brad, Dama está a punto de parir, ven rápido—ordené sin dejarle hablar siquiera.

No había guardado el teléfono cuando volvió a sonar.

Miré la pantalla extrañado.

—Te escucho, Maggie.

—Es Anne, se ha caído por las escaleras y está inconsciente.

—¡No la muevas, ya estoy saliendo por la puerta!

Arizona me miró alarmada.

—¿Qué pasa?

—Anne se ha caído por las escaleras y está inconsciente, tengo que ir.

—Pero...

—No te preocupes, el veterinario viene de camino y llamaré a Sahale, ellos se ocuparán de todo. Lo siento, tengo que ir a buscar mi camioneta, es urgente.

—Coge la mía, las llaves están puestas.

—Gracias..., esto..., no sé cuánto voy a tardar y necesito que me hagas un favor.

—Claro, dime.

—Lizzy no se encontraba bien y vomitó, ¿puedes quedarte con ella en casa cuando lleguen Sahale y Brad?

—Sí, por supuesto.

La atraje hacia mí y le di un beso, sorprendiéndola.

—Gracias, te debo una.

Anne ya estaba consciente cuando llegué al bar, aun así, y tras cerciorarme de que podía moverse, la metí en la camioneta y la llevé al hospital de Kingston, donde me quedé hasta que le hicieron todas las pruebas pertinentes y me dieron un diagnóstico. Para cuando llegué a casa, eran las cinco de la madrugada y estaba exhausto. «Joder, menuda nochecita...» Al no ver a Arizona ni en la cocina ni en el salón, subí a la planta de arriba. Se me secó la garganta al verla dormida en mi cama y algo que empezaba a reconocer, se agitó en mi interior. Sonreí, tumbándome a su lado, de cara a ella, y la contemplé ensimismado. Era tan guapa..., y olía tan bien...

Sus párpados se movieron perezosos y abrió los ojos.

—Hola—susurré.

—Hola. ¿Cómo está Anne?

—Tiene una cadera rota y la operarán mañana a primera hora, pero se pondrá bien.

—Me alegro.

—¿De que se haya roto la cadera o de que se recuperará? —bromeé.

Me dio un manotazo en el pecho.

—Idiota.

Rodeé su cintura con el brazo, acercándome más a ella, rozando sus labios con mi aliento.

—¿Sabes? Podría acostumbrarme a esto.

—¿A qué?

—A llegar a casa después de una noche de locos como la de hoy y encontrarte en mi cama, esperándome.

—Pues no lo hagas, no te acostumbres.

Y me besó.

Un beso que comenzó siendo dulce y tierno, pero que se tornó apasionado y fogoso en cuestión de segundos, incendiando mis entrañas. El cansancio se evaporó por arte de magia.

«Oh, sí, joder, ya lo creo que podría acostumbrarme a esto...»

## CAPÍTULO 26



### *Arizona*

Miré los muebles del salón, que habían sido movidos para dejar espacio. Definitivamente, me había vuelto loca por haberme ofrecido a que esa arpía de Anne se instalara aquí en la granja, conmigo. No recuerdo muy bien cómo había sido, supongo que la languidez poscoital y la plenitud me habían nublado el juicio porque si no, no me lo explicaba. Lo único que recordaba con claridad, eran los besos húmedos y fogosos de Maverick; su aliento sobre mi piel, sus caricias tortuosas y el vaivén de sus caderas entre mis piernas; los ruegos, las exigencias y un orgasmo brutal que se expandió por todo mi ser, dejándome noqueada durante varios minutos. Vale, sí, no había quién me entendiera, ni yo misma lo hacía, así que... Le pedía que se alejara de mí, le juraba que él y yo nunca volveríamos a enrollarnos y luego, a las primeras de cambio, me abalanzaba sobre él y lo besaba con un anhelo desconocido para mí; y eso empezaba a asustarme. Sí, me asustaba no poder contenerme, tener esa necesidad de sentirlo cada vez que estábamos cerca el uno del otro; pero, sobre todo, me asustaba empezar a comprender que ese hombre me gustaba más de lo que admitía y que eso podía convertirse en un serio problema a la hora de llevar a cabo los planes que me trajeron a Mountain Brooks. Unos planes que por momentos parecían olvidados y que achacaba la culpa a no poder hacer nada hasta que pasara un año. Bueno, en realidad ya sólo quedaban nueve meses, llevaba tres instalada aquí en el pueblo.

El tiempo volaba...

Miré al techo, alertada por los ruidos en el piso superior. Maverick y Sahale estaban desarmando el armazón de una cama que volverían a armar aquí abajo.

El colchón ya estaba contra la pared y tenía sábanas y mantas limpias en el sofá, junto a las almohadas. Los sofás, porque había dos, los habíamos corrido hasta encajarlos debajo de uno de los ventanales, donde también cabía la mesita central y el revistero de forja antigua; los dos butacones estaban en el otro extremo del salón, delante de la gran mesa de comedor, que no usaba.

La cama quedaría colocada justo en el centro, cerca de la chimenea de leña incrustada en la pared y frente al mueble del televisor. Demasiadas comodidades para esa bruja del demonio, estaba mejor en un catre en el establo, era lo que se merecía, por haberme echado de su bar y prohibirme la entrada en él. Sin embargo, no me lo llevaba el cuerpo, y tampoco la conciencia, para qué íbamos a engañarnos. Calculaba que esa mujer debía rondar la edad de mi madre, sesenta años si ésta estuviera viva, y acababan de operarla de una cadera; no, la conciencia no me dejaría dormir por las noches y seguro que el sheriff hubiera puesto el grito en el cielo de haberlo insinuado.

Sonreí, imaginando su cara de horror.

—¿A qué viene esa sonrisita?

Me sobresalté, poniéndome seria de repente.

—No quieras saberlo.

—Vamos, cuéntamelo, mujer.

Sahale nos miró de reojo y dejó el cabecero de la cama apoyado en uno de los sofás.

—No, es mejor que no lo sepas.

—Venga ya, suéltalo de una vez.

—Ahora yo también siento curiosidad.

Pasé los ojos de uno a otro.

—Está bien, pensaba en la cara de horror que pondrías si te dijera que prefería instalar a Anne en el establo, junto a Caballero, Dama y el pequeño Príncipe, ¿vale?

Así había bautizado Lizzy al potrillo, que ya contaba con quince días. Era precioso, de pelaje color champán, como su madre, y las crines y la cola negras, como su padre. Todo un ejemplar que tenía a la chiquilla obnubilada y deseosa de poder montarlo.

Sahale meneó la cabeza y salió del salón, dejándonos solos. Este hombre me intrigaba muchísimo. Apenas hablaba y, cuando lo hacía, era seco, directo y acojonaba un poco.

—Oye..., aún estás a tiempo de echarte atrás, Arizona, ya te dije en su día que lo entendería. Puede que no eligiera bien el momento para sacar a relucir la situación de Anne tras la caída.

Me crucé de brazos y lo observé por entre las pestañas.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que no estaba en condiciones de tomar una decisión de este tipo?

Río con picardía.

—Bueno, ambos sabemos que estabas medio dormida y que tu mente no daba para más.

—Eres un engreído, Maverick Jackson.

Dio un par de pasos en mi dirección.

—¿Acaso estoy mintiendo? Porque yo recuerdo a la perfección esa madrugada, hecho polvo tras pasar la noche en vela en el hospital, y el beso que me diste desencadenando todo lo demás.

—No vi que te quejaras mucho.

—Y no lo hago—me tomó las manos, acariciándolas—. No tienes por qué hacer esto, te lo he dicho varias veces desde entonces.

Suspiré.

—Lo sé, pero me sabe fatal que haya que ingresarla en una residencia de ancianos hasta que se recupere, porque no tenga dónde ir ni quién se ocupe de ella. Aquí hay suficiente espacio y seguirá estando en el pueblo.

—Sabes que será un coñazo, ¿verdad? No le caes precisamente bien.

—Ella tampoco es santo de mi devoción. Tendrá que aguantarse o ya sabe lo que le queda, esa residencia de Kingston. Por cierto, ¿ya lo sabe?

—Sí, claro, se lo dije hace un par de días.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Gritó un poco, luego bufó, bufó un poco más y por último claudicó porque no le quedaba otra.

Me reí al saber que a ella tampoco le satisfacía la situación.

—Espero que no acabemos tirándonos de los pelos la una a la otra.

—Menos mal que tenéis al sheriff cerca, que si no...

—Otra cosa, tus visitas nocturnas a mi cuarto tendrán que terminar cuando ella esté aquí.

—¿Cómo? Ni de coña, mujer, seré sigiloso y ni se enterará de que vengo a darte las buenas

noches, palabra.

—Pero, Maverick...

Me silenció con un beso torturador, de esos que quitaban el aliento y te dejaban con ganas de más y las piernas temblorosas.

—Veo que aún no se lo has dicho.

Ambos giramos la cabeza, hacia Sahale.

Él sí que era sigiloso, aparecía siempre como por arte de magia y cuando menos lo esperabas.

Sus ojos, que juraría que no se perdían detalle de nada, parecieron brillar ¿divertidos?

Maverick carraspeó, taladrando a su ayudante con la mirada.

—¿Decirme qué?

Se llevó la mano a la nuca, señal de que estaba nervioso.

Mal asunto.

—Verás... —volvió a carraspear—, joder, no sé cómo decírtelo.

—Estás consiguiendo ponerme de los nervios, te lo advierto.

—Esto..., a ver... —inhaló y exhaló con fuerza—. Parte de la gente del pueblo se preguntaba si sería posible que mañana pudieran hacer una especie de fiesta de recibimiento para Anne aquí en la granja—soltó de carrerilla.

Me quedé pasmada.

«¿¿Qué?!»

—Tú no tendrías que hacer nada, ellos se encargarán de traer la comida y la bebida.

Abrí la boca sin poder emitir palabra alguna.

«¿¿Qué?!»

—Vamos, Sahale, échame un cable, ¿quieres?

—Paso. No es mi problema, amigo.

—Eres un puto cortarrollos, ¿lo sabías?

—Tenías que decírselo tarde o temprano, ¿no?

—Pero no así de sopetón, hombre, ¿no ves que se ha quedado muda?

Cerré los ojos y estuve a punto de taparme los oídos.

—¡Cerrad el pico! —grité.

Guardaron silencio ipso facto.

Me masajé el puente de la nariz y las sienas.

—Sahale, ¿nos puede dejar solos un momento? —pedí.

—Claro, sin problema. Grita si me necesitas—le dijo a Maverick con recochineo, sorprendiéndome.

—Ja, muy gracioso.

Una vez solos clavé la vista en él.

—¿Por qué? —fue lo primero que me salió.

—Arizona, cielo...

—Ni se te ocurra dorarme la píldora y hacerme la pelota, y menos con palabras de ese estilo, que no me van.

—Vale, usted perdone.

—Sin gilipolleces, Maverick, dispara de una puta vez.

Sí, estaba furiosa.

—Lo siento—se disculpó—. Mira, Arizona, aunque no lo creas aquí en Mountain Brooks somos todos una familia, cuidamos los unos de los otros, ¿entiendes? Y cuando alguien sufre algún percance, nos unimos como una piña. Todo el mundo aprecia a Anne y...



—Todo el mundo no—interrumpí.

—Vale, menos tú y aun así, estás dispuesta a acogerla aquí en la granja una temporada. El caso es que, debido a los trabajos, muchos de los vecinos no han podido acercarse a ver a Anne al hospital en estos quince días y es lógico que quieran darle un buen recibimiento, lo creas o no es algo que solemos hacer.

—O sea que tú lo sabías..., sabías que pasaría esto y no me lo advertiste.

—Para serte sincero, no estaba seguro.

—Pero lo sabías—no pregunté.

—Sí, ya te digo que es algo que se suele hacer en el pueblo.

—Pues lo siento, pero me niego. No quiero a toda esa gente pululando por mi casa, cuando ni siquiera se han dignado a darme los buenos días.

—Lo dices como si tú fueras la más educada del lugar—exclamó con desdén.

—Yo no pretendo colarme en sus casas para hacer una fiestecita.

—Deberías de saber que también es una manera de agradecerte que hagas esto por Anne.

—Ni quiero ni necesito que me den las gracias. Mi respuesta es no.

—Joder, cuando te pones así de cabezota me dan ganas de estrangularte.

—Inténtalo si te atreves.

—¡No me tientes, joder!

Nos retamos durante una eternidad con la mirada, hasta que él cerró los ojos y suspiró.

—¿Podrías al menos pensártelo?

—No.

—¡Maldita sea! —giró sobre sus talones y me dejó aquí plantada.

—¿Adónde te crees que vas? —vociferé.

—Me largo, apáñatelas tú sola con el jodido armazón de la cama y todo lo demás.

—¡Pues lo haré, no te necesito!

No obtuve respuesta y corrí hacia la puerta, con ganas de bronca. Maverick salía zumbando de la granja en su camioneta bajo esa impasible mirada de Sahale y que ahora dirigía hacia mi persona.

—¿Tienes algo que decir? —le increpé.

—Dios me libre.

—Ya me lo parecía.

Se acercó a mí.

—El sheriff es un buen hombre.

—Lo sé—musité.

Empezaba a sentirme como una idiota.

—Sólo quiere lo mejor para el pueblo y sus habitantes.

—No lo dudo.

—Le gustas. Le has puesto entre la espada y la pared.

—¿Cómo dices?

—Él está en el medio. ¿Crees que se lo merece?

Sabía lo que me quería decir, lo entendía. Maverick era tan buena persona que no quería decepcionar a nadie y, por mi culpa, se encontraba en la tesitura de tener que hacerlo. Eran ellos o yo y, darme cuenta de eso, me dolió; pero no porque me hiciera daño a mí, sino por hacérselo yo a él.

—No, no se lo merece—reconocí.

—Entonces transige.

—¿Y permitir que toda esa gente venga aquí?

—Hazlo por él. Si es que te importa, claro.

¿Me importaba ese hombre hasta el punto de tirar por tierra mi propósito de no querer confraternizar con el enemigo, como le había dicho en un principio a mi amiga Janeth? Sí, me importaba. ¿Significaba eso que estaba comenzando a ablandarme? No, significaba que Maverick Jackson empezaba a calar en mi interior más hondo que nadie hasta la fecha y eso era preocupante. ¿Qué demonios iba a hacer al respecto?

—¿Te apetece una cerveza? —le dije a Sahale.

He aquí otro dato preocupante más que sumar a la lista. Hacía semanas que en la cesta de la compra añadía cerveza para él.

—Claro.

Maverick regresó una hora después y nos encontró a su ayudante y a mí terminando de montar el armazón de la cama, que nos había costado lo suyo. Sin decir nada se puso a echarnos una mano. Cuando ya teníamos la cama lista, con su colchón, las almohadas, las sábanas y el edredón, me situé a su lado, hombro con hombro, contemplando cómo había quedado la estancia.

Suspiré y dije:

—Siento lo de antes, puedes decirles que no tengo ningún problema en que hagan aquí el recibimiento para Anne.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Gracias.

No me pasó desapercibido el guiño que le dedicó Sahale y sonreí para mis adentros. Debía tener cuidado con él, hablaba poco y, sin embargo, decía mucho con sus pocas palabras. Al menos conmigo habían dado en la diana.

## CAPÍTULO 27



### *Maverick*

Me cercioré de que Lizzy dormía como una bendita, salí de casa y, tranquilamente, crucé el prado. No temía que se despertara durante la noche, era rara la ocasión en la que lo hacía, por eso iba tan tranquilo. Además, tampoco iba a estar fuera hasta la madrugada, un par de horas como mucho.

No era la primera vez que lo hacía, me refería a cruzar el prado pasada la medianoche, para colarme en la casa grande y meterme en la cama de Arizona. A veces hacíamos el amor en cuanto nos rozábamos; otras, en cambio, compartíamos conversación acompañados de un buen vino y alguna cerveza. Pasar tiempo con ella empezaba a convertirse en una adicción, pero aún más en una necesidad. Me gustaba mucho esa condenada mujer y disfrutaba de su compañía, incluidas nuestras discusiones.

Nuestras conversaciones eran variadas, hablábamos de casi todo; creo que no había tema que no hubiéramos tocado. Bueno, sí, evitábamos sacar a relucir el motivo de su estancia aquí, porque eso siempre nos llevaba por senderos diferentes y a intercambios de palabras desagradables.

Intentaba ponerme en su pellejo, de verdad que sí, y aunque entendía que había tenido una vida complicada, con una madre tan vanidosa y materialista, no llegaba a comprender del todo su afán de venganza. Algo no me cuadraba en esta ecuación, seguía sin creerme que el viejo hubiera hecho algo así, pero bueno, en realidad, ¿yo qué sabía? Si hurgaba un poco en el tema podría llegar a descubrir algo que me decepcionara y prefería dejar que las cosas siguieran su curso, era lo mejor.

Salté la valla y seguí caminando, con las manos metidas en los bolsillos y el cuello de la cazadora bien alzado.

Estábamos teniendo un mes de mayo bastante caluroso, como siempre; no obstante, por las noches se notaban demasiado el descenso de las temperaturas, que podían pasar de veintiocho grados de máxima a siete de mínima sin problema.

Miré hacia arriba antes de subir los peldaños de las escaleras y sonreí al ver la luz encendida en la habitación de Arizona; eso era buena señal, sobre todo tras nuestra discusión de hoy por el tema de la fiestecita de bienvenida que querían hacerle a Anne mañana sábado.

Cuando se cerraba en banda de esa manera me daban ganas de estranglarla o de tirarme por un peñasco, me sacaba de quicio, joder. Era cabezota como ella sola y, que me mataran si era capaz de hacerla recapacitar cuando la bronca estaba en pleno auge. Siempre terminaba marchándome y dejándole su espacio para que se calmara, era eso o cometer un delito. En esta ocasión había sido Sahale el encargado de que las aguas volvieran a su cauce y debía agradecersele.

Abrí la puerta, entré y volví a cerrarla. Crucé el pasillo en penumbras y subí las escaleras. La imagen que encontré al llegar arriba y asomarme a su habitación, me dejó sin aliento. Arizona estaba sobre la cama, cubierta con una camisa de franela, con varios botones desabrochados; sus piernas desnudas, dobladas, y el portátil apoyado en ellas; sus preciosos pies, envueltos en unos gruesos calcetines de lana, con dibujos de mariposas multicolores; el pelo suelto y alborotado,

cayendo en cascada sobre su espalda; concentrada, mordiéndose el labio inferior; preciosa, sexy, apetecible. Me apoyé en el quicio de la puerta, embobado, con la boca reseca y el corazón bailándome en el pecho.

—Hola... —murmuró con el ceño fruncido al verme—, no te esperaba.

—¿Ah, no?

Sonreí, acercándome a la cama.

—No, pensé que seguirías cabreado después de lo de esta tarde, te marchaste sin despedirte.

—Lo siento, en ese momento seguía molesto, pero no cabreado. ¿Ocupada?

—Estaba repasando un par de contratos para firmarlos y enviarlos.

—¿Seguro que no me esperabas? Porque estás increíblemente sexy.

Sonrió.

—Pura casualidad.

—Pues me encanta... —casi gruñí.

Me incliné, apoyando la rodilla en el colchón, acercando mi nariz a su cuello.

Inhalé hondo y gemí sobre su piel.

—Yo también siento lo de esta tarde, sobre todo haberme marchado sin decir nada, cuando lo que en realidad quería era agradecerte de mil maneras diferentes el que hayas claudicado y permitas que la gente del pueblo venga mañana.

Me quité la cazadora y la dejé en el suelo, a los pies de la cama.

—¿Te queda mucho? —indagué.

—Un par de páginas.

Asentí.

—¿Vino o cerveza?

—Vino.

Bajé a la cocina y, como si estuviera en mi propia casa, serví una copa de vino y cogí del frigorífico una cerveza. De nuevo en la habitación de Arizona, deposité sobre la mesita de noche ambas cosas y me puse cómodo.

—Ya casi he terminado.

—Tranquila, tengo unas vistas espectaculares desde aquí.

Y era cierto, me estaba poniendo cardíaco al percibir sus pezones rozándose con la tela de la camisa.

Apoyé la espalda en el cabecero de la cama y seguí repasando todo su cuerpo con la mirada.

Suspiré hondo.

—Tu escrutinio me está poniendo nerviosa.

—Y a mí tu pose sexy me pone cachondo, qué le vamos a hacer.

Cerró el portátil y lo dejó sobre la cómoda.

—Ven aquí—susurré, palmeando mis piernas.

Se sentó a horcajadas sobre mí, sonriendo.

—¿Estás muy cachondo? —preguntó con picardía.

—Contigo cerca siempre lo estoy.

—Exagerado...

—Incluso cuando quiero estrangularte se me pone dura.

Se le escapó la risa.

—¿Cómo fue el resto de la tarde? Lizzy estuvo aquí un rato, parecía agobiada por los exámenes.

—Lo está, siempre le pasa lo mismo y luego sus calificaciones son excelentes. ¿Qué has hecho

tú?

Se encogió de hombros.

—Cocinar.

—¿Cocinar?

—Sí, hice tres quiches de verduras, como mañana vendrá toda esa gente...

—Pero ya te dije que tú no tendrías nada que hacer, Arizona.

—Lo hice por aburrimiento. Oye..., Sahale es un tío muy raro, ¿no?

—¿De verdad quieres que hablemos de Sahale? Porque yo tengo otra cosa en mente... —moví las cejas, sugerente.

—¿Ah, sí? —balanceó las caderas, adelante y atrás.

—Oh, sí, sigue moviéndote así y lo averiguarás enseguida.

—Moviéndome cómo, ¿así? —rotó las caderas, cortándome el aliento.

—Joder... —siseé—, me vuelves loco.

Sus manos ascendieron por mi estómago con parsimonia, desabrochándose los botones de la camisa. Me erguí en la cama, imitándola, deslizando por sus hombros la prenda que ya me estorbaba y lamiendo el hueco de su clavícula.

—Dios, hueles y sabes de maravilla—ronroneé.

Dibujé con la lengua un sendero hasta sus labios, que también lamí y saqué a capricho.

Embriagándome con su dulzor, con su aliento caliente y húmedo, al mismo tiempo que acariciaba su pechos turgentes y llenos; con esos pezones tan oscurecidos y duros, que clamaban a gritos que les prestara más atención. Los cogí con ambas manos, observándolos antes de llevarlos a la boca y deleitarme con su tacto, rugoso y suave a la vez.

Succioné, chupé y mordí, primero uno y luego el otro, con los dedos de Arizona enredados en mi pelo, tirando con fuerza.

—¡Dios... Maverick...! —jadeó con la voz ronca.

Sonreí.

—Ese soy yo, sí.

Invertí las posiciones, dejándola con la espalda apoyada en el colchón y la cabeza echada hacia atrás, con los ojos entrecerrados.

Antes de seguir degustando su piel, me desvestí del todo, necesitado de sentir el calor de su cuerpo sobre el mío.

Reseguí sus costados con la punta de los dedos, hasta las caderas; le quité las braguitas y separé sus muslos, dispuesto a darme un festín entre ellos. El olor salado y picante de su sexo me nubló la razón y engullí con deleite ese botón que la hacía temblar y retorcerse con cada pasada de mi lengua.

Lamí con gula y mordí con ansias, llevándola casi hasta el borde del precipicio. Casi. Uní mis dedos a la fiesta, colando dos en su interior, moviéndolos dentro y fuera; rotándolos, curvándolos, hasta llegar a ese punto que la obligaba a alzar las caderas y presionar mi cara contra su hendidura.

—¡Maverick...! —gritó, desesperada.

—Lo sé, estás a punto.

—Joder, sí...

Arizona rara vez decía palabrotas, hacía tiempo que lo había notado; sin embargo, durante el sexo, se soltaba de tal manera que parecía un puto camionero, y eso me ponía muchísimo y me hacía sentir poderoso.

—Vamos, dime qué quieres—exigí, con las entrañas ardiendo.

—Que me folles de una jodida vez, necesito correrme.

—Hecho.

Me puse un preservativo, de los que guardaba en el cajón de su mesita, y me posicioné dispuesto a entrar en ella. Lo hice despacio, poco a poco, conteniendo la respiración.

La sensación al penetrarla era tan increíblemente alucinante, que me veía obligado a contenerme, de lo contrario... Moví las caderas adelante y atrás, con los ojos clavados en su mirada nublada de deseo; sus piernas rodeaban mis caderas y sus uñas se clavaban en mi espalda, urgiéndome a acelerar.

Estaba tan húmeda..., tan resbaladiza... Apreté los dientes al notarla estrecharse alrededor de mi pene, clavado hasta el fondo en ella. Embestí un par de veces con fuerza, contundente, rozando las paredes de su útero.

Gritó. Gruñí. Jadeó, mordiéndose el labio inferior. Y convulsionó debajo de mí, con un orgasmo tan bestial, tan sentido, que no pude contenerme más; azucé mis caderas poseído por ese latigazo que me cruzaba las pelotas y que poco después explotó en mi interior, corriéndome con un alarido de euforia, dejándome semiinconsciente.

—¡Virgen Santa! —resolló contra la almohada.

Los ojos le brillaban y sonreía satisfecha, exhausta.

—Ha sido alucinante, ¿verdad? —dije a media voz.

—Siempre lo es.

Me retiré despacio, haciéndola sonreír.

—Voy al baño a quitarme esto, no te duermas.

—No te prometo nada.

Me quité el preservativo, anudándolo y tirándolo en la pequeña papelera. Me lavé, me miré al espejo y sonreí como un pardillo, reconociendo para mí mismo que estaba loco por esta mujer; que no había nada de ella que no me gustara. Me había enamorado una sola vez en la vida y, aunque quise mucho a la madre de Lizzy, jamás me sentí con ella como me sentía con Arizona.

Suspiré.

«No te enamores, Maverick...»

Una advertencia que, por lo visto, llegaba un poco tarde.

Salí del baño con ganas de decirle cómo me sentía cuando estaba con ella; cómo me faltaba el aliento cuando la veía cada mañana; cómo me temblaban las rodillas cuando me sonreía de aquella manera tan suya.

Aun así, no lo hice, guardé silencio y me lo quedé para mí. Sí, temía su reacción, para qué mentir. Prefería guardar el secreto a verme echado de su vida sin contemplaciones. Lo pasaría mal una temporada cuando se fuera, pero lo superaría, igual que superé el abandono de Lindsay.

Me acurruqué a su lado y la abracé.

—¿Duermes?

—Casi—musitó.

—Entonces será mejor que me vaya, así descansarás.

—No, quédate un poquito más.

Pasó su pierna por encima de la mía y apoyó su cabeza en mi pecho.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte de Mountain Brooks?—pregunté sin poder evitarlo.

Se puso tensa.

—La cláusula del contrato de la subasta me obliga a vivir aquí durante seis meses, así que me quedan tres. ¿Por qué?

—Curiosidad, nada más.

—¿Seguro que sólo es por eso?

—Sí.

—¿Qué se supone que voy a hacer mañana con toda esa gente pululando por aquí?

—Espero que no meterte en líos... Podrías disfrutar, para variar.

—¿Y hacer amigos? —dijo con retintín.

—No estaría mal.

—Eso no lo verán tus ojos.

—Torres más altas han caído, ¿no?

—O las han tirado a la fuerza... —masculló somnolienta.

¿Eran imaginaciones mías o estaba insinuando algo?

Albergar la esperanza de que ella desistiera de su venganza era una soberana gilipollez, y más que lo hiciera por mí. ¿O no? Que ya no era la misma mujer que llegara tres meses antes al pueblo era más que evidente.

El cambio en su actitud y su forma de ser era notorio, ¿verdad? Había sido lento, pero progresivo.

No obstante, era mejor no tentar la suerte y dejar que pasara lo que tuviera que pasar, por mucho que me costara mantenerme al margen y no presionarla tratando de tirar ese muro que la rodeaba confesándole mis sentimientos. Puede que eso no saliera tan bien como deseaba y me llevara un chasco.

Agaché la mirada y la observé dormir.

«Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias...»

## CAPÍTULO 28



### *Arizona*

Maverick tenía razón, los habitantes de Mountain Brooks se encargaron de realizar todo lo necesario para la fiesta de bienvenida de Anne, esa bruja que me había mirado con hostilidad al llegar y que sus primeras palabras hacia mí habían sido: «no creas que porque permites que me instale aquí una temporada ya me caes bien. Sigo pensando lo mismo de ti».

Mi respuesta pudo ser perfectamente un corte de manga, o enseñarle el dedo corazón, ganas no me faltaron; aun así, sonreí mostrando todos los dientes, sabiendo que eso le fastidiaría mucho más. Los que sí se mostraron amables fueron el resto de los habitantes del pueblo, al menos los que estaban aquí preparando las barbacoas y demás, demostrando su cariño hacia la vieja cascarrabias. Jamás en mi vida me habían abrazado y dado tanto las gracias; fue como si de repente, mis meteduras de pata desde el principio nunca hubieran existido y, aunque me costara reconocerlo, agradecí en silencio que no me hicieran sentir fuera de lugar en mi propia casa.

Sin embargo, aquí estaba, parapetada en la cocina, atisbando por la ventana de vez en cuando, sin ningunas ganas de salir ahí fuera y departir con toda esa gente, como si fuéramos la mar de amigos o simplemente buenos vecinos.

Lizzy traspasó el umbral de la puerta a la carrera.

—Papá dice que si quieres una hamburguesa salgas a buscarla.

«¿Salir ahí? ¡Ja, ni muerta!»

—Dile a tu padre que es muy amable, pero que no tengo hambre.

Frunció el ceño.

—¿Habéis vuelto a discutir?

—No.

—Pues yo creo que sí. ¿Sabes que dice el abuelo? Que los amores reñidos son los más queridos. Y que los que se pelean se desean—dijo toda ufana ante mi estupefacción.

Sólo me faltaría que el abuelo que no era abuelo y sí mi padre biológico, se dedicara a prestar atención a las charadas de una niña de catorce años que veía unicornios y corazones rosas por todas partes.

Sí, últimamente se empeñaba en decirme, cada dos por tres, que su padre y yo hacíamos buena pareja y que parecíamos destinados a estar juntos, como si fuera una gran entendida en eso que llamaban amor.

—¿Y por qué iba a decirte tu abuelo eso, Lizzy? ¿Acaso le hablas de lo activa que tienes la imaginación?



Sonrió de medio lado, recordándome a su padre.

—Le hablo de lo que veo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que ves, si puede saberse?

Ahora puso los ojos en blanco.

—Que mi padre sonríe como un bobo cuando está contigo y tú te quedas lela observándolo cuando crees que nadie te ve. Y que os enfadáis muy a menudo.

«¿En serio?»

Eso era ridículo.

—Eso no es cierto—enfaticé.

—Sí que lo es, mi amiga Caroline también se dio cuenta el fin de semana pasado. Me preguntó si salíais juntos y le dije que sí.

Apreté los dientes y mentalmente conté hasta cien.

—Tu padre y yo no salimos juntos, Lizzy, sólo somos amigos.

—Si tú lo dices...

—Es la verdad.

—Claro, claro, y por eso pasáis tanto tiempo juntos y viene a verte por las noches.

Me quedé pasmada, notando que las mejillas me ardían.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Obvio, Arizona, no soy tonta. Hay señales por todas partes, ¿vale?

No, maldita fuera, estaba claro que no tenía ni pizca de tonta.

Al contrario, con catorce años era demasiado perspicaz y, al parecer, la muy puñetera se fijaba en todo.

«¿Había señales por todas partes? ¡Ay, Dios mío!»

—¿Qué os pasa?

«El que faltaba...»

Maverick nos contemplaba a una y otra con los brazos cruzados, curioso.

—Arizona trata de convencerme de que tú y ella no sois novios.

Alzó una ceja y se mordió el labio inferior. Luego sonrió ladinamente, erizándome el vello de la nuca.

—¿No lo somos? Porque yo creo que sí, que algo hay—soltó, dejándome con la boca abierta.

La resabiada de su hija se posicionó a su lado con aires de suficiencia e imitó su gesto.

—¿Lo ves? La única que no parece enterarse eres tú, Arizona.

Podría matarlos a los dos, descuartizarlos y asarlos en la barbacoa, pero estaban tan monos, ahí plantados, en mi cocina, con esa sonrisa que...

—Lizzy, Caroline acaba de llegar, ve a saludarla.

—¡Guay! —aplaudió emocionada—. ¡No discutáis! —gritó saliendo por la puerta.

Taladré a Maverick con la mirada, enfadada.

—Lo que has dicho no me ayuda, sheriff, tú y yo no tenemos ninguna relación.

—No he dicho ninguna mentira, Arizona. ¿Acaso no hay algo entre nosotros? ¿No compartimos la mayor parte de nuestro tiempo? ¿No hablamos de nuestras cosas? —con cada palabra fue arrinconándome, dejándome entre su cuerpo y la isla de la cocina—. ¿No me cuelo en tu cama cada noche para hacerte el amor? —susurró sobre mis labios, cortándome la respiración—. Dime..., ¿cómo llamarías tú a eso?

Como decía su hija, me quedé lela, perdida en esa mirada ardiente, con la que parecía querer devorarme y que incendiaba todo mi ser. Incliné la cabeza y yo me puse de puntillas, rodeando su cuello con los brazos.

El beso llegó a cámara lenta; primero, noté su aliento rozándome la comisura de los labios; luego, sentí la suavidad de éstos presionando con delicadeza; por último, su lengua traspasó la frontera de mi boca, uniéndose a la mía, debilitándome de pies a cabeza.

—¡Puaj, qué asco!

Sí, era Lizzy y acababa de pillarnos de pleno.

Escondí la cara en el pecho de Maverick muerta de vergüenza, deseando desaparecer de la faz de la tierra. En cambio, él estaba muerto de risa, como si la situación, en lugar de ser bochornosa, fuera muy divertida. ¿Quién iba a decirle ahora a esta niña, después de ver esto, que no era lo que parecía?

—Cuando seas un poco más mayor, eso que están haciendo no te parecerá tan asqueroso, créeme. Te lo dice alguien que pensaba lo mismo a tu edad.

Alcé la cabeza, no podía ser...

«¿Janeth?»

Empujé a Maverick, sorprendiéndolo, haciéndolo trastabillar.

—¡Jane! —grité.

—¡Sorpresa!

—¿Qué haces aquí?

—Pillar a mi amiga in fraganti dándose el lote con el hombre más guapo del pueblo—dijo con rechineo.

—Es mi padre.

—Entonces tú debes de ser Lizzy. Yo soy Janeth, la mejor amiga de Arizona.

Se estrecharon las manos, dándome tiempo a recobrar a mi yo de siempre, que se había desmayado y yacía descompuesto en el suelo.

—Encantada, Janeth.

—Lo mismo digo, puedes llamarme Jane.

—Gracias. Mi amiga Caroline va a flipar cuando le diga que vi a mi padre morrearse con Arizona.

—Pues no pierdas el tiempo y corre a decírselo—la animó la muy...

—¡Janeth! —protesté.

—¿Qué?

—¿Cómo se te ocurre?

—¿A mí? Ni que la culpa fuera mía... ¿Qué tal sheriff, cómo tiene mi amiga la garganta?

Maverick soltó una carcajada y estrechó su mano.

—Bastante bien, aunque, como ya sabes, no llegué a terminar el reconocimiento.

Ella chasqueó la lengua.

—No veas la pena que me das.

—¿Te apetece una cerveza, Jane?

—Claro, ¿por qué no?

—¡Oye! —vociferé al verlos salir por la puerta, dejándome sola.

—¿Tú no vienes?

—Arizona prefiere esconderse dentro de casa, es una cobarde.

Yo no era ninguna cobarde. Nunca lo había sido y no lo sería jamás. Sin embargo, me quedé aquí en la cocina, sin decidirme a salir ahí fuera, donde todo el mundo parecía pasárselo bien; incluida Jane, que acababa de llegar y ya se había mezclado con todos ellos como si los conociera de toda la vida.

Subí a la planta de arriba y me encerré en el baño, donde me refresqué, hacía demasiado calor.

Me trencé de nuevo el pelo y me miré al espejo. ¿Qué estaba haciendo con mi vida? ¿Qué había sido de toda esa rabia, acumulada durante dieciocho meses, que me había traído aquí? Porque parecía haberse evaporado por arte de magia. De hecho, apenas pensaba en esa venganza que tanto tiempo me llevó planear y que estaba dispuesta a llevar a cabo con uñas y dientes cuando llegué a Mountain Brooks.

¿Por qué? Seguí observando mi rostro con atención, por si la respuesta estuviera ahí, en el reflejo del espejo. Y así era. Tres meses en este lugar y ya no parecía la misma. Mis ojos estaban más vivos, más despiertos, brillaban; mi piel había cogido color, estaba tersa y parecía resplandecer como nunca.

Cerré los ojos, escrutando mi interior, escuchándolo. Respiré profundo. Mi corazón latía pausado, sosegado; mi respiración era tranquila, acorde con los latidos del corazón; no había ira, ni inquina y tampoco parecía quedar el rencor.

¿Qué me había pasado? La imagen de Maverick apareció en mi mente: rubio, alto, fuerte, sexy... Dios, era un hombre increíble en todos los aspectos habidos y por haber que me estaba convirtiendo en una blandengue.

Suspiré y abrí los ojos. ¿Me estaba enamorando por primera vez en mi vida? Eso parecía... Para mi sorpresa, no me puse histérica, pero sí que me asusté. Me asusté, porque todo lo que estaba sintiendo era nuevo para mí.

—Arizona, ¿estás ahí?

Su voz, la del hombre que había roto todos mis esquemas, firme, ronca y algo preocupada, llegó con claridad a mis oídos. Abrí la puerta, topándome con sus impresionantes ojos azules.

Sonrió, cauto.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Oye..., deberías..., ya sabes—se rascó la nuca, nervioso.

—Sí, ya sé.

—¿En serio?

—Vamos, anda.

Sin decir nada, me siguió por las escaleras, el pasillo y la cocina, quedándose parado al verme cruzar la puerta de ésta y bajar las escaleras del porche.

Me di la vuelta.

—¿Qué? —farfullé.

Sus labios se curvaron hacia arriba.

—Sí que lo sabías.

Me encogí de hombros.

—Ya te lo dije.

Janeth también sonrió cuando vio que me mezclaba entre el gentío esparcido por el inmenso prado. Acababa de dejarlos a los dos asombrados no, lo siguiente.

Y así, sin más, me descubrí disfrutando del resto de la tarde; comiendo deliciosa carne a la parrilla y bebiéndome alguna cerveza; escuchando anécdotas y riendo; intercambiando recetas de cocina y prestando oído a algunos cotilleos; jugando a los disparates con Lizzy, Caroline y más niños.

Comenzaba a oscurecer cuando alguien sacó una armónica y una guitarra, inundando de notas musicales el aire. Yo conseguí escabullirme, pero Jane bailó con medio pueblo, incluido Maverick.

Pasadas las ocho de la tarde, y a pesar de refunfuñar como una condenada, ayudé a Anne a

acostarse y le llevé un vaso de leche caliente para que se tomara la medicación.

—A mí no me engañas, no eres trigo limpio—me dijo con desdén.

—Cierre el pico y tómese eso, ¿quiere?

—Eres una maleducada.

—Y usted una desagradecida.

—Estoy aquí por obligación.

—¿Acaso cree que yo lo permití de buena gana?

Nos escudriñamos ambas, desafiantes.

—¿Siempre tienes respuesta para todo? —inquirió.

—¿Y usted nunca se cansa de hacer preguntas?

—Cierra la puerta al salir.

—¿Con candado o sin candado? —me burlé.

—¡Grosera!

Apreté los dientes.

—No más que usted.

Una vez en el pasillo me reí a mi pesar, esta mujer lograría que se me llenara la cabeza de canas, tiempo al tiempo.

Recogí un poco la cocina, hice café y me senté en el balancín a tomarme una buena taza. Apenas quedaban unas veinte personas aquí fuera, divididas en grupos pequeños, hablando en voz baja para no molestar a la vieja arpía.

—¿Hay uno de esos para mí? —preguntó Jane, acercándose.

—Claro, sírvete tú misma.

No tardó ni cinco minutos en sentarse a mi lado con otra taza de café en las manos.

—¿Cómo es que has venido? No te esperaba.

Me miró de soslayo.

—Tenemos un problemilla de nada, Arizona.

Me envaré.

—¿Qué ocurre?

—Mañana te lo explicaré, ahora mismo estoy babeando.

—¿Babeando?

—Sí. ¿Quién es ese pedazo de hombre que está hablando con el sheriff?

Seguí su mirada y entonces la entendí.

—Es Sahale, su ayudante.

—Pues el tío está que cruje, joder.

—¿Ya no crees que el sheriff es el hombre más guapo del lugar?

—¿Estás de broma? Dios, mírale, su belleza es salvaje. ¿Está casado? ¿Tiene novia?

—No tengo ni idea.

—Menuda amiga de pacotilla estás hecha, chica.

—¿Por qué no vas y se lo preguntas tú misma? Te sorprenderá lo mucho que le gusta hablar...

—Buena idea.

Decidida, se encaminó hacia ellos, mientras yo me reclinaba en el asiento, dispuesta a disfrutar viéndola sudar la gota gorda, tratando de sonsacarle las palabras a ese hombre.

## CAPÍTULO 29



### *Arizona*

Mi casa empezaba a parecer un hostel. Había pasado de estar completamente sola a tener dos compañeras y un montón de gente pululando por ahí. Aparte de Anne, la arpía, mi amiga Janeth también se había instalado aquí en la granja.

¿Que por qué? Pues porque ese pequeño problemilla que la trajo hacía una semana, no era tan pequeño y tenía que ver con nuestro trabajo. Resultaba que el Owen Bradley Park había cancelado nuestra reserva, hecha casi dos meses atrás, alegando que para la fecha indicada, una de las ferias más importantes de la ciudad ocuparía el recinto.

Nos habían devuelto el dinero, claro, pero dejándonos con el culo al aire. Y, por otro lado, Cinthia Rose, la novia, estaba embarazada de dos meses y querían adelantar la boda, prefería que no se le notase el embarazo, el vestido no le sentaría bien y los medios de comunicación pondrían el grito en el cielo y comenzarían las habladurías.

Al parecer, evitar esas habladurías era primordial para la famosa pareja, algo ridículo, pero ¿quién era yo para decir nada? Total que, cuando Jane me soltó todo esto, la que puso el grito en el cielo fui yo, no los medios de comunicación. ¿Cómo se les ocurría a los encargados del puñetero parque hacernos algo así? ¿Y cómo, por el amor de Dios, pretendían Cinthia y Christopher, que tuviera lista la ceremonia en tres putas semanas? ¡Era imposible! Decir que despotriqué y bajaron todos los santos del cielo era quedarse corta, porque podría jurar que no me quedó ninguno por nombrar, me acordé de todos ellos y puede que del resto de sus familias.

Y para colmo, no podíamos echarnos atrás, una crítica negativa hacia la empresa, por parte de esta pareja, y todo el esfuerzo de años y todos los galardones y reconocimientos se irían al puñetero traste.

Estaba a punto de darme de cabezazos contra las paredes de la cocina cuando entró Maverick.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan enfadada?

En lugar de contestar, lo fulminé con la mirada, como si el pobre tuviera la culpa de algo.

Mientras yo dejaba la huella de los pies fosilizada en el suelo, de tanto cruzarlo de un lado a otro, desesperada, fue Jane quien lo puso al corriente de la situación.

—¿Y cuál es el problema?

Frené en seco, escandalizada.

—¿Qué cuál es el problema?! —grité, como una energúmena—. ¿Tú has escuchado algo de lo que ha dicho Janeth?

—Relájate, mujer, lo he escuchado a la perfección.

¿Que me relajara? No tenía ni idea de lo que estaba diciendo. ¿Cómo iba a relajarme con el marrón que teníamos encima?

—Sheriff, en estos momentos Arizona está muy cabreada, yo que tú me andaría con pies de plomo.

—A ver si lo tengo claro... Tenéis tres semanas para organizar una boda para ciento cincuenta invitados en un lugar al aire libre, ¿no es así?

—Así es—susurró Jane.

—Pues repito, ¿cuál es el jodido problema?

En aquel momento estuve a punto de abalanzarme sobre él, rodear su cuello con las manos y apretar hasta asfixiarlo. No lo hice, evidentemente.

—¡El problema es que con tan poco tiempo no vamos a encontrar un lugar adecuado para la ceremonia! —vociferé con rabia—. Y no sólo es eso, están las flores, el cáterin, la música..., ¡todo! —enumeré con énfasis.

—¡Para! —ordenó sujetándome por los hombros.

Traté de apartarlo, removiéndome cual culebra, no me dejó.

—Respira hondo, cálmate y mira afuera.

Me giró, dejándome frente al gran ventanal de la cocina, masajeándome los hombros.

—¿Qué ves? —murmuró.

Lo miré por encima del hombro, con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás vacilando?

Resopló, lanzándome su cálido aliento a la mejilla.

—Ayer hubo aquí fuera una fiesta que se organizó en cuestión de veinticuatro horas, Arizona, acudieron casi cien personas y todo salió a la perfección. ¿Ves a dónde quiero ir a parar?

—Pues no, la verdad.

—Tienes delante de ti el lugar perfecto para esa boda, cielo, es rural, apartado, amplio y precioso.

De repente lo vi claro, podía hacerlo allí sin problemas, aunque...

—Es una buena idea, pero no nos sirve.

—¿Por qué?

—Porque en Mountain Brooks no hay un sitio que pueda alojar a tanta gente, es imposible.

—Podemos reservar algún hotel en Kingston y alquilar autobuses para que los traigan y los lleven. Así no tendrán problemas a la hora de consumir alcohol—dijo Jane animada—. En cuanto a la comida, ¿qué te parecería poner unas cuantas barbacoas y darles unos buenos chuletones y montones de costillas? También podríamos poner unas mesas alargadas, como las de ayer, y atiborrarlas de productos locales. Las flores no serían necesarias, ya que aquí las hay por todas partes, mira los árboles, están plagados. Y la música...

—Correría a cargo de alguna banda country, tipo la Tracy Riley Band.

Los miré a ambos, alucinada con tanto entusiasmo.

—Podemos hacerlo—musité, sonriendo.

—¡Pues claro que podemos! —exclamó Jane, tajante.

—Y lo haréis de puta madre, va a ser la hostia.

Sonreí de oreja a oreja y cogiéndolo por la nuca dije:

—¡Gracias, Maverick, eres un genio! —y le di un beso de película.

Y aquí estaba ahora, con un montón de papeles desperdigados por la isla de la cocina, supervisando los pedidos de la carne, las bebidas y todo lo demás.

Los novios no pusieron impedimento alguno cuando les expuse el cambio de planes, al

contrario, estuvieron de acuerdo en todo. Juraría que incluso les gustaba más esta nueva idea que la anterior. Y para mi más absoluta sorpresa, me encontré con que varias mujeres del pueblo, al enterarse del acontecimiento, se habían ofrecido voluntarias para echar una mano.

Mujeres con las que no había cruzado una palabra en tres meses y que ahora pasaban las tardes aquí en la granja, para disgusto de Anne, que no veía con buenos ojos el acercamiento entre éstas y una servidora.

Anne...

La convivencia con esta mujer era un suplicio todos los puñeteros días. Se quejaba por todo, me lanzaba pullas mordaces constantemente, obligándome a ponerla en su sitio; sus indirectas sobre mi madre y Brooks hacían que deseara hacerle preguntas, porque estaba claro que sabía algo de la historia, pero me contenía.

Me volvía loca y me sacaba de quicio, aun así, me sentía en la obligación de atenderla; me preocupaba por que tomara la medicación a su hora, que comiera bien y estuviera cómoda; la ayudaba a asearse, vestirse y calzarse. Por las tardes, Jane y yo la acompañábamos a dar un pequeño paseo y luego, cuando llegaban las mujeres del pueblo, nos sentábamos en el porche y nos enfrascábamos en los preparativos de la boda de Cinthia y Christopher.

Sobraba decir que conmigo no cruzaba una palabra, a no ser que fuera para soltar alguna impertinencia o meterse conmigo. Yo le contestaba como se merecía, claro, nunca me achanté con mi madre no iba a empezar a hacerlo con ella.

A veces me daba la sensación de que nuestras broncas le daban vidilla, la había descubierto sonriendo, tras alguna de mis respuestas, alguna vez; sonrisas fugaces, pero sonrisas al fin y al cabo.

Y todo el tiempo controlaba a Maverick: cuándo venía, cuánto tiempo se quedaba, a qué hora se iba... Si me besaba, si me abrazaba, si pasaba demasiado tiempo conmigo... ¡Ni que fuera su madre y él un adolescente!

Echaba tanto de menos a mi hombre genio...

Sí, había dicho mi hombre, ¿algún problema?

Que me estaba enamorando de él era algo que tenía más claro que el agua, no obstante, hacérselo saber sería un gran error. No estaba segura de que él sintiera lo mismo por mí, y tampoco es que estuviera dispuesta a dar mucho más de lo que ahora teníamos.

El tiempo pasaba volando y yo no iba a quedarme aquí para siempre, volvería a mi vida en cuestión de tres meses; a lo sumo alguno más, si determinaba quedarme hasta cumplir el año.

Decidir que sería mío hasta que llegara ese momento me había costado lo suyo, pero pasábamos tanto tiempo juntos y me encontraba tan a gusto con él que..., ¿por qué no? Los dos éramos adultos y sabíamos que nuestra relación tenía fecha de caducidad, sin embargo, aquí estábamos, dejándonos llevar; aunque tener a Anne y a Jane aquí en la casa, complicaba bastante la tarea, la verdad.

Ahora era yo la que cruzaba el prado por las noches, no todas, para colarme en su cama.

El sexo con él era increíble, maravilloso, alucinante. Hacía que me sintiera la mujer más deseada del planeta; daba y exigía a partes iguales, era cariñoso, apasionado y fogoso. Los orgasmos eran bestiales siempre, catárticos y a veces explosivos.

Con él, había descubierto que mi cuerpo tenía zonas erógenas que ni sabía que existían; sus caricias me hacían vibrar, sus besos me enloquecían y su cuerpo me embriagaba de necesidad y placer, por no hablar de las palabras... Palabras susurradas a media voz, cargadas de erotismo o ternura, dependiendo del momento; palabras que me erizaban el vello de la nuca, me cosquilleaban en las entrañas y me traspasaban el corazón. ¿Cómo demonios hacía una para no

enamorar de un hombre como él, que lo tenía todo?

Suspiré, ensimismada.

—¿Pensando en el sheriff?

Me sobresalté al escuchar a Jane detrás de mí.

—Me has asustado.

—Si no estuvieras en la inopia... ¿Qué es esto? —preguntó, tendiéndome uno de los papeles.

—Un dibujo que hice esta mañana. Se me ocurrió que quedaría bonito un arco de madera cubierto de flores que hiciera de altar. Podríamos rodear la parte de arriba con enredaderas y rosas de color melocotón, y colocar tul beis sujeto a los postes con un lazo grande y bonito.

—Está chulo, me gusta la idea.

—¿Y qué te parece que en lugar de sillas utilicemos balas de heno cubiertas con tela arpillera en tono crudo?

—Es original, también me gusta.

—Perfecto. ¿Te ha contestado el vocalista de la Tracy Riley Band?

—Aún no. Veo que ya tienes casi listo el tema de la comida.

—Sí, eso está todo controlado, sólo falta el pastel de boda, que creo que se encargará Holly de hacerlo. Al parecer fue repostera en una pastelería que había aquí en el pueblo, ¿te lo puedes creer?

—¿Tú no?

—Sí, por supuesto, pero se me hace raro. Ahora apenas hay ¿cuántos? ¿Cinco negocios en total?

—Seis si contáis la carpintería de Jack.

—Hola, Anne—saludé, sin obtener respuesta.

—Este pueblo ya no es lo que era... —dejó el bastón apoyado en la isla de la cocina y se sentó en una silla—. Antes teníamos de todo, o casi, al menos no necesitábamos ir a la ciudad tan a menudo. Las calles estaban pobladas de gente, se llegaron a censar en Mountain Brooks unas seiscientas personas, pero eso fue hace muchos años.

—¿Qué pasó? —indagué, curiosa.

—Lo que tenía que pasar, supongo. Vivíamos del ganado y el cultivo, como ahora, y nadie se quejaba. Pero empezaron a llegar rumores de que al sureste del Estado buscaban gente para extraer cobre y carbón en las minas y que pagarían bien. Eso llamó la atención de muchos y emigraron en busca de una vida mejor. Algunos lo consiguieron y otros se quedaron por el camino.

—Lo siento—musité.

—Lo dices como si la historia de Mountain Brooks te importara de verdad. No eres más que una...

—¿Me ayudas a hacer la cena, Jane? —la interrumpí, no tenía ganas de perder el tiempo discutiendo con ella.

—No, no pienso ayudarte, aún sigo enfadada por lo del otro día.

—¿Por lo de Sahale? —me reí.

Achinó los ojos y se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Sí, por eso mismo.

—¿No conseguiste la información que buscabas?

—¿Estás de broma? ¡A ese hombre hay que sacarle las palabras con sacacorchos, y no me lo advertiste!

Me encogí de hombros y puse una mueca burlona.

—Pensé que sería más divertido que lo descubrieras por ti misma.



—Eres una arpía y muy mala persona—dramatizó.

—Eso mismo digo yo.

—Yo pienso lo mismo de ti, Anne, así que cierra el pico.

—¡Lo haré si me da la gana!

Miré al techo pidiendo paciencia e inhalé hondo.

—Tu amiga me gusta, tú no.

—Pues hale, ya podéis iros las dos a tomar viento fresco. Venga, saliendo de mi cocina.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente, Janeth.

—Pero yo estaba bromeando...

—Pues yo no. ¡Largo, las dos!

Las oí cuchichear mientras salían de la cocina y ahogué una carcajada.

Vaya par...

## CAPÍTULO 30



### *Maverick*

Eran pasadas las tres de la madrugada cuando Arizona cruzó el prado dirección a su casa. Siempre la acompañaba hasta la cerca que dividía su terreno del mío y allí volvíamos a besarnos como si no fuéramos a vernos en cuestión de unas pocas horas.

Cada noche me costaba más dejarla marchar, empezaba a desear y anhelar que se quedara a dormir conmigo y despertara a la mañana siguiente, en mi cama, acurrucada entre mis brazos, envolviéndome con su olor y derritiéndome con su calor.

Últimamente pasábamos mucho tiempo juntos, no sólo por las noches, sino también durante el día. En cuanto tenía un rato libre, me acercaba a la granja y trataba de echar una mano en la organización de esa boda que la traía de cabeza.

Por no mencionar que Lizzy ya casi vivía más con ella que conmigo. Ahora también se quedaba en su casa a dormir los fines de semana; alegaba que como estaba Janeth y todas eran mujeres, podían hacer fiestas de pijama y hablar de cosas de chicas. ¿Desde cuándo le importaba tanto a mi hija tener conversaciones de chicas? Dios, estaba creciendo demasiado rápido.

Di media vuelta, cuando ella me dijo adiós desde la puerta de la cocina, y regresé a casa. Me quedé dormido en cuanto puse la cabeza sobre la almohada. Tres horas después, estaba realizando el mismo recorrido de nuevo, para ocuparme de los caballos.

Ella se asomó al porche nada más verme.

Sonreí, acercándome.

—Deberías estar en la cama recuperando las horas de sueño—ronroneé, atrayéndola hacia mí por la cintura.

—Imposible, por lo visto, me he acostumbrado a estar pegada a este cristal hasta verte aparecer.

—No puedo decir que eso me disguste.

Acerqué los labios a su boca y la saboreé.

—¿Café? —preguntó.

—¿Por qué no?

Cerré la puerta tras de mí y la abracé con ansias.

—No te vengas arriba, vaquerucho, Anne tiene los oídos siempre atentos.

Gruñí en protesta cuando se alejó un poco.

—Jack tiene listo el marco que le encargaste el otro día, me dijo que te lo traería a lo largo de la mañana.

—¿Lo has visto? —me tendió la taza de humeante café.

—¿A quién, a Jack?

Puso los ojos en blanco.

—No, tonto, el marco.

—Ah, sí, claro, es exactamente igual al que dibujaste, sólo le faltan los adornos.

—¡Genial! Estoy deseando ponerme con ellos. Por cierto, ¿te importaría que esta tarde Lizzy se viniera conmigo a Kingston a buscar las telas?

Bebí un sorbo de café y lo paladeé.

—Si no trae demasiadas tareas del instituto sin problema. Está emocionadísima con esto de ser tu ayudante en la boda de Christopher Williams.

—Lo sé, casi me deja sorda del grito que dio cuando se lo propuse. ¿Quieres un trozo de tarta? Holly la trajo ayer como prueba, ya sabes que es la encargada del pastel de boda, ¿verdad?

—Sí, me lo dijiste.

Era increíble la rapidez con la que la mayoría de las mujeres del pueblo se habían unido a esta causa.

Sonreí sin darme cuenta, complacido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes?

—Pensaba en lo rápida que has sido camelándote al gremio femenino de Mountain Brooks.

—Yo no he hecho nada. Creo que me miran de forma diferente porque dejé que Anne se quedara aquí y estoy cuidando de ella.

—No es sólo por eso, Arizona.

—¿Ah, no?

Negué con la cabeza y rodeé su cintura con un brazo.

—Te las has ganado porque ya no eres la misma mujer que llegó al pueblo hace tres meses y medio—busqué el hueco de su clavícula e inhalé hondo—. En realidad, creo que nunca lo has sido. Ladras, pero no muerdes.

Me dio un manotazo en el hombro y protestó.

—Sí que soy la misma.

Alcé la cabeza y la miré directamente a los ojos.

—Ambos sabemos que no.

—Solo porque me esté acostando contigo no significa que no sea la misma persona, Maverick. Me encogí de hombros y torcí el gesto.

—Engáñate todo lo que quieras, mujer, tarde o temprano te darás cuenta de tu error.

Me bebí el resto del café de un sorbo y dejé la taza en el fregadero.

—¿Quieres que te eche una mano con los caballos?

—¿No prefieres volver a la cama a seguir durmiendo?

—No.

—Pues vamos, hay mucho por hacer.

Trabajamos en silencio, codo con codo. El silencio de dos personas que se sienten a gusto la una con la otra y que no necesitan hablar para saber que están bien. Ella se ocupó de cepillar y desenredar las colas de Caballero, Dama y Príncipe, mientras yo me encargué de limpiar los cubículos, ponerles heno fresco y llenar los bebederos con agua.

—¿Vas a sacarlos a dar un paseo?

—No, ahora no puedo, lo haré por la tarde.

—¿Mañana ajetreada?

—Bastante. ¿Recuerdas que te hablé de los cazadores furtivos? —asintió, prestándome atención—. Pues al parecer Sahale ha dado con un refugio río arriba que recientemente ha estado ocupado.

—¿Por ellos?

—No lo sabemos aún, por eso subiremos a comprobarlo. Puede que demos con alguna pista que nos lleve a ellos.

—¿Por ejemplo?

—No sé, botes de bebida, colillas, restos de comida..., cualquier cosa nos servirá para hacernos una idea.

Cerré la puerta del establo tras de mí y la seguí hasta el porche.

—Ten cuidado, ¿vale? —musitó a media voz.

—Siempre.

La abracé durante unos segundos y me despedí con un beso dulce y tierno, que me supo a gloria bendita.

Una vez en casa, me di una ducha, me cambié de ropa y bajé a la cocina a hacer el desayuno; no sin antes pararme frente a la puerta de la habitación de mi hija, llamar con los nudillos y gritar:

—¡Hora de levantarse, Lizzy!

Mientras hacía unos huevos revueltos y untaba las tostadas con mantequilla y mermelada de moras, pensé en los cambios producidos en Arizona desde su llegada a Mountain Brooks. Ya no era esa mujer arrogante y prepotente que te miraba por encima del hombro, ni soltaba lo primero que se le venía a la boca para humillarte.

Tampoco parecía sentir esa rabia hacia todo aquel que perteneciéramos al pueblo, al contrario. Joder, que Anne, la mujer que peor la había tratado desde su llegada, estuviera viviendo con ella, eso sí que era sorprendente e increíble; de hecho, cuando se ofreció a darle alojamiento y cuidar de ella, me dejó tan pasmado, que durante un buen rato no fui capaz a pronunciar palabra. Cojones, sólo había bastado con eso para que comenzara a integrarse en la vida del pueblo y se relacionara con sus habitantes.

Bueno, eso y la puñetera boda de marras, que los traía a todos la mar de contentos, para qué mentir. A veces me preguntaba si una persona podía, en cuestión de unos pocos meses, ser tan diferente como la noche del día.

Puede que, como dije anteriormente, en realidad, ella nunca hubiera sido así, me refería a la Arizona de antes, no a la de ahora, claro. Se la veía tan relajada, con esa sonrisa tan preciosa adornando sus labios y tan dispuesta a todo que, era imposible que estuviera fingiendo, ¿verdad? Aunque, que no hablara de esa puta venganza, ni para bien ni para mal, me preocupaba.

Y que el viejo no diera señales de vida al respecto, también; porque hablar sí que hablaba, al menos con mi hija, pero no de eso, evidentemente.

Lizzy entró en la cocina con cara de sueño.

—Papá, necesito tu ayuda para realizar un trabajo del insti.

—¿Sobre qué?

Puse la taza de cola cao frente a ella y me senté.

—Sobre las inmigraciones. La profesora quiere que hagamos una redacción sobre alguien que conozcamos que haya emigrado y he decidido hacerla sobre ti.

—Pero yo sólo tenía cinco años cuando tus abuelos me trajeron aquí, Lizzy, poco te puedo contar sobre el tema.

—¿Cómo te sentiste?

Me llevé el tenedor a la boca y mastiqué, concentrado.

—Terriblemente mal, no quería alejarme de los abuelos ni abandonar Alabama.

—¿Y por qué Tennessee?

—Porque tu abuelo recibió una oferta de trabajo que no pudo rechazar.

—O sea que emigrasteis por trabajo...

—Como todo el mundo en aquella época, Lizzy.

Volví a llenarme la taza de café.

—Tomas demasiado café, papá.

—No empieces, por favor.

—Entonces—continuó—, los abuelos y tú vinisteis directamente aquí, ¿no es eso?

—Sí, señorita. Come y deja de hablar.

—Necesito saber qué os trajo aquí para poder explicarlo bien, papá.

—Te he contado esa historia como un millón de veces, Lizzy—rezongué.

—Lo sé. Pero hay cosas de las que no me acuerdo.

—¿Por ejemplo?

—Sé que el abuelo, tu padre, vino a trabajar para el abuelo Brooks—dijo con la boca llena—, ¿en qué consistía ese trabajo? Creo que nunca me lo has dicho. ¿Criaban caballos? ¿Cultivaban tabaco? ¿Maíz? ¿Qué?

—Se nos hace tarde, espabila.

—¡Jo, papá!

—Te lo contaré de camino al pueblo o perderás el autobús.

—Está bien.

Salimos de casa con el tiempo pegado al culo, como la mayoría de las veces.

—¿Y bien? —insistió.

—El viejo le ofreció al abuelo hacerse cargo de un proyecto importante en la granja. Contrató a la abuela como cocinera y yo iba a la escuela del pueblo, Lizzy.

—¿Qué proyecto?

—Pues si te digo la verdad, ni lo recuerdo. Tenía que ver algo con la construcción, porque mi padre era a lo que se dedicaba en Alabama. A hacer reformas y construcciones nuevas.

Al ver que el autobús estaba a punto de arrancar, sin mi hija dentro, hice sonar el claxon repetidamente.

—Seguiremos hablando cuando vuelvas—le dije antes de darle un beso en la mejilla a toda prisa.

Una hora después, Sahale y yo estábamos inspeccionando el refugio que había río arriba, al nordeste. Encontramos envoltorios de unas conocidas chokolatinas, latas de cerveza vacías y olía a marihuana. De hecho, en el interior de una de las latas había colillas de porros.

—Chavales—musité.

—Eso parece.

—¿Crees que son los mismos que pusieron las trampas?

—Puede ser. No me extrañaría.

Miré la bolsa en la que había recogido la basura.

—Mandaré analizar el ADN de esto y, cuando tenga los resultados, hablaremos con ellos.

—Han sido bastante descuidados.

—Ya lo creo, está prohibido el consumo de marihuana y, sabiéndolo, han dejado todas estas pruebas, menudos gilipollas.

—Estarían borrachos y fumados.

—Más peligrosos todavía si son ellos lo que se dedican a andar por aquí escopeta en mano, ¿no crees?

—Desde luego.

—Estoy deseando saber quiénes son—exclamé con los dientes apretados.

Me enfurecía que unos niños anduvieran haciendo el mamón en mis bosques, y para más inri, colocados de marihuana mezclada con alcohol. Menuda bomba, joder.

—Tranquilo. Ya casi los tenemos.

Cerramos la puerta del refugio tras nosotros y nos dirigimos a los caballos.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse esa mujer?

Lo miré sin comprender.

—¿De qué mujer hablas, Sahale?

—La pelirroja.

—Se llama Janeth, ya te lo dijo el otro día cuando se te presentó. Supongo que se irá cuando pase todo esto de la boda. ¿Por qué? ¿Te gusta?

Me taladró con la mirada.

—No. Me pone nervioso. Habla demasiado.

Esbocé una sonrisa guasona.

—¿Demasiado intensa para ti?

—No me gusta que me interroguen.

Me reí abiertamente.

—Vamos, hombre, la chica sólo sentía curiosidad. Es lo que suele pasar cuando se conoce a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Sí, callado, reservado, misterioso... Eso llama la atención de las mujeres, amigo mío.

Me subí al caballo y sujeté las riendas.

—Pues no me gusta.

No volvió a abrir la boca.

Nos despedimos en la bifurcación que hacía el río, más abajo.

Fui directo a la oficina.

Estaba etiquetando las pruebas, para enviarlas al laboratorio cuando, de pronto, tuve un recuerdo de la infancia:

*Mi padre, garabateando en un papel, mientras contemplaba absorto un dibujo, un plano; yo lo imitaba sentado a su lado y de vez en cuando sonreía. Por aquel entonces me estaban enseñando a leer en la escuela.*

—¿Qué dice aquí, hijo?

—Pro..., pro...

—Vamos, campeón, puedes hacerlo.

—Pro-yec-to de Elai-ne.

El estómago me dio un vuelco.

¡Me cago en la puta, ese era el nombre de la madre de Arizona! ¡Por eso me había sonado familiar cuando me lo dijo! ¡El viejo le había encargado a mi padre ese proyecto!

¿Qué significaba aquello?

¿Qué sentido tenía, si como Arizona decía, el viejo había abandonado a su madre con una mano delante y otra detrás, embarazada? No tenía ni zorra idea, pero tenía que averiguarlo.

Y sabía por dónde empezar.

## CAPÍTULO 31



### *Arizona*

Estábamos a dos días de la boda de Christopher y Cinthia, aún faltaban muchas cosas por hacer y, por primera vez en bastantes años, me sentía nerviosa. No era porque me faltara confianza, sabía lo buena que era en mi trabajo, sin embargo, al haber cambiado con tan poco tiempo de antelación todo lo pautado anteriormente, hacía que dudara un poco.

No era necesario decir que este evento era muy importante para mí y para la empresa y necesitaba que todo saliera a la perfección. La granja, de la noche a la mañana, se convirtió en el cuartel general de esta causa y siempre estaba atestada de gente. Ahora mismo, en mi cocina, había cinco mujeres dispuestas a pelar, cortar, lavar y cocinar.

Cinco mujeres con las que así, de repente, había congeniado la mar de bien y con las que me llevaba estupendamente. Cinco mujeres que eran las encargadas de que los ciento cincuenta invitados a la boda quedaran satisfechos con sus succulentos platos. Incluso Anne, para mi más absoluta sorpresa, estaba arrimando el hombro.

—¿Cómo vais? —les pregunté—. ¿Necesitáis algo?

—Todo controlado.

Me respondió Alice, la esposa de Jo. Troceaba la col con una rapidez y una eficacia asombrosa. Al parecer, venía de una familia numerosa y estaba acostumbrada a cocinar en grandes cantidades. Ella y su marido tenían cinco hijos, tres chicos y dos chicas, en edades comprendidas entre los veinticinco, la menor, y cuarenta el mayor. Excepto uno, todos estaban independizados.

—Menuda agilidad tienes con el cuchillo, Alice—exclamé asombrada.

Sonrió.

—Es lo que tiene pasarse la mayor parte de tu vida metida en la cocina tratando de alimentar a cinco bocas hambrientas a todas horas—dijo sonriendo.

—¿En qué puedo ayudaros? —ofrecí.

—¿No tienes nada que hacer ahí fuera? —rezongó Anne, por lo bajo.

—De momento no. ¿Dónde está Janeth?

—Fue al pueblo con el sheriff, creo que dijeron que iban a buscar unos tablones a la carpintería de mi hijo.

Annabel era la madre de Jack, una mujer de poco más de sesenta años, alta, atractiva y encantadora. Llegó a Mountain Brooks veinte años atrás con su esposo, convirtiéndose en ganaderos. Su otra hija, no recordaba cómo se llamaba, estaba felizmente casada y vivía en Kentucky.

—Ah, sí, es verdad que Jane me lo dijo.

Esos tabloncillos eran los que se colocarían sobre los caballetes de metal que Maverick había traído de Kingston la semana pasada.

Cubriéndolos con la tela de arpillera que yo había comprado, quedarían perfectos. En mi mente ya los veía repletos de exquisitos platos.

Cogí un cuchillo y me senté enfrente de Anne a pelar patatas.

—¿No había otro lugar donde ponerte? —protestó ésta.

La miré por entre las pestañas, burlona.

—¿Te molesto?

—Pues lo cierto es que sí.

—Pues te aguantas.

—Si no tengo más remedio...

—No, no lo tienes.

—Deja de meterte con la muchacha, Anne, pareces una vieja gruñona.

Le sonreí a Alice.

—No lo parece, lo es—aseguré.

—Y tú eres una insolente.

—Con arpías como tú, siempre.

—¿Veis cómo me trata?

—Te trata como una reina, tú misma se lo dijiste a Betsy el otro día, ¿no lo recuerdas?

Anne fulminó a Annabel con la mirada.

—Nunca dije tal cosa.

—Sí que lo dijiste, Anne.

Betsy dejó de batir los huevos, buscando el contacto visual con ella.

—Mentira, lo único que dije fue que no estaba tan a disgusto como pensé en un principio.

Reí.

—Entonces tendré que esforzarme más en cambiar eso, no vaya a ser que te acostumbres a vivir aquí—dije con guasa.

—Eso no pasará nunca, ¿me oyes? —masculló, señalándome con el cuchillo.

—Por Dios, eso espero.

—Arizona, ¿crees que la boda de este famoso jugador será beneficioso para el pueblo? Porque nos encantaría que Mountain Brooks volviera a ser como era en otros tiempos—murmuró Alice—. ¿Os lo imagináis? Sería maravilloso, ¿verdad?

Me quedé callada, con los ojos de Anne clavados en mí.

—¿No vas a responder? —inquirió, irónica.

Llevaba pensando en ello unos días. Posiblemente la boda de Christopher Williams tuviera mucha repercusión a nivel nacional, consiguiendo centrar la atención en este pueblo olvidado de la mano de Dios. Estaba segura de que atraería a la gente, que los periódicos y las revistas sensacionalistas y del mundo del deporte se harían eco de este lugar y querrían conocerlo y darlo a conocer.

Sin ninguna duda, sí, la boda de un jugador de la NFL sería muy beneficiosa para Mountain Brooks, pero no para mí. No obstante, para ser sincera conmigo misma, la idea no me disgustaba del todo, al contrario. Comenzaba a darme cuenta de que mi venganza perdía fuelle con cada día que pasaba y no sabía cómo sentirme al respecto.

Me molestaba tener la sensación de que me estaba traicionando a mí misma al permitir que este rincón tan pintoresco del estado de Tennessee, su gente, y sobre todo Maverick y su hija, me



estuvieran conquistando sin que hiciera nada por evitarlo, desviándome del propósito inicial que me trajo aquí.

Debía meditar con calma en todo lo que me estaba pasando y tomar una decisión definitiva: seguir adelante con la venganza y destruir el pueblo, o ayudar a devolverle todo su esplendor.

«¿Acaso no estás ayudando ya con esto último?»

Sacudí la cabeza.

—¿Te has quedado muda, chica? —insistió Betsy.

¿Por qué necesitaban que les confirmara algo que caía de cajón? Porque no me conocían realmente y tenían miedo. Miedo a lo que yo pudiera llegar a hacer.

Miedo a perderlo todo por mi culpa. Darles una respuesta afirmativa las tranquilizaría y las ayudaría a saber a qué atenerse de aquí en adelante.

Se me atenazó la garganta.

No podía hacerlo.

Aún no.

—¿Cómo era Mountain Brooks en otros tiempos? —pregunté en lugar de responder.

Una táctica de evasión que esperaba que funcionara.

Y lo hizo.

Anne, Alice y Annabel, las más antiguas del pueblo, enseguida se vinieron arriba compartiendo sus recuerdos con Betsy, Charlotte y conmigo, que éramos las más recientes de por aquí. Nos contaron que todos los meses había un festival en el pueblo; los más populares, el de primavera, la cosecha y Navidad; también había ferias de ganado, ferias artesanales y ferias culinarias. Los habitantes participaban de buen grado en todas ellas. Las callejuelas se llenaban de algarabía con la música y la gente.

Los niños correteaban de aquí para allá, revolviendo los puestos ambulantes. Comían, bebían, cantaban y bailaban. Lo contaban con tanta precisión, tanta pasión y tanto anhelo, que no me costaba nada imaginármelo. Me reí un montón con algunas de las anécdotas y me emocioné con otras. Incluso me sorprendí deseando haber formado parte de esa época tan bonita y diferente a la de ahora.

Mi vida habría sido tan distinta si Anthony Brooks no hubiera renegado de su paternidad y me hubiera criado aquí...

—¿Recuerdas el día que Elaine...?

Me erguí en la silla al oír el nombre de mi madre.

—Cierra el pico, Alice—la interrumpió Anne.

—¿Quién era Elaine? —preguntó Betsy.

Mis ojos volaron a los de Anne.

—¡Elaine no era nadie! —gruñó.

—Era la hija de los primeros dueños de esta granja y...

—¡He dicho que cierres el pico, Alice!

—Han pasado muchos años, Anne, y fue nuestra amiga.

—No, nunca lo fue, no después de lo que hizo, ya lo sabes.

—Aún le guardas rencor, ¿verdad?

—Lo haré hasta el día que me muera.

Había tanta inquina y tanto dolor en las palabras de Anne que un escalofrío me cruzó la espina dorsal.

—¿Qué...? ¿Qué te hizo? —balbucí.

Fue Alice la que respondió.

—Se comprometió con Anthony Brooks cuando éste ya estaba prometido con Anne.

«¿Qué?!»

Me puse en pie alterada.

—Eso es mentira, mi madre nunca... —guardé silencio al darme cuenta del error que acababa de cometer.

—¿Qué has dicho? —Alice me miraba boquiabierta—. ¿Eres hija de Elaine? ¿De la Elaine de los Turner?

Anne resopló, exasperada.

—¿Conoces alguna otra, Alice?

—Dios santo, Anne... Entonces ella es..., eso significa que... ¡Virgen Santa! ¿Tu padre...? Ay, señor, ya decía yo que me recordabas a alguien, eres igual que él.

Inhalé hondo y exhalé con fuerza.

—Sí, Alice, soy hija de Elaine, y sí, también de Anthony Brooks. Y lo siento, Anne, no sé qué pasó entre mi madre y tú, pero te puedo asegurar que ella nunca estuvo prometida con ese señor que la dejó embarazada y luego se desentendió.

—No tienes ni idea... —musitó ella.

—Claro que sí, mi madre me contó toda la historia en su lecho de muerte y...

—¿Elaine ha muerto? ¿Cuándo?

—Hace casi dos años, Alice.

—Que Dios la tenga en su gloria.

—Lo dudo mucho—rezongó Anne.

Tensé la mandíbula.

—Un poco de respeto no estaría mal, señora—remarqué esta última palabra con los dientes apretados.

—Si ella no me respetó en vida tampoco yo lo haré en su muerte.

—Anthony Brooks jamás le pidió a mi madre matrimonio, compró esta granja para mortificar a mis abuelos y los esclavizó hasta que no pudieron más—me fui poniendo furiosa, como una energúmena—. Ella tuvo que abandonar su pueblo porque aquí nadie la quería, era una apestada y la tachaban de ser una cualquiera. Ese hombre no tuvo misericordia con ella y destruyó su vida.

—¡Jesús bendito! Pero ¿qué estás diciendo, muchacha? —gritó Alice.

Tanto ella como Anne estaban pálidas.

La primera se toqueteaba el cuello, nerviosa, me miraba incrédula.

La segunda respiraba con dificultad, con la mano en el pecho.

Me apresuré a ponerme a su lado.

—¿Anne, qué te pasa? ¡Anne! ¡Ayudadme, se ha desmayado!

El corazón me golpeó las costillas con fuerza. Cogí su mano inerte, asustada.

—¡Joder, llamad a un médico! —chillé.

Qué gilipollez acababa de pedir, en este puñetero pueblo no había médicos.

—¿Se puede saber qué demonios pasa?

Maverick irrumpió en la cocina como una exhalación, seguido de Janeth. Nunca me había alegrado tanto de verlos a los dos.

—Es Anne, se ha desmayado y... ¡Por favor, ayúdala!

Si le pasaba algo me sentiría culpable el resto de mis días.

Maverick la alzó en brazos y la trasladó a su habitación. Betsy iba tras él dando órdenes y haciéndose con la situación.

Con el susto tan grande que tenía ahora mismo había olvidado que era enfermera y que ella

podría ayudar a Anne.

¡Madre mía! ¿Cómo había dado este giro tan grande el día? Con lo bien que estábamos hacía un momento..., ahí en la cocina, charlando y riendo..., y ahora...

Me froté la cara con las manos, angustiada.

—Arizona...

Me abracé a Jane con lágrimas en los ojos.

—Ha sido culpa mía—sollocé—, estaba gritándole y no..., no me di cuenta de que..., de que...

—Vamos, nena, tranquilízate, se pondrá bien. Seguro que solo ha sido un desmayo. ¿Por qué discutíais?

Maverick se unió a nosotras, curioso y preocupado.

Entrelazó sus dedos con los míos, presionándolos con delicadeza.

Como pude, porque el llanto no me dejaba hablar con claridad, les conté cómo habían sido las cosas.

—Me enfureció oír que decían eso de mi madre y no pude contenerme, exploté sin pararme a pensar en nada que no fuera defender su memoria.

Las caricias de Maverick en la espalda me fueron tranquilizando, dejé de llorar.

—Alice... —murmuré—, lo siento.

—Son cosas que pasan, cielo, somos mayores y las fuertes impresiones hacen mella en nosotras—me miró con ternura.

—Pero es que eso que dijiste..., lo de que mi madre estuvo prometida con Anthony Brooks...

—Es cierto, Arizona, yo no soy quién para contarte la historia, pero debes saber que tu madre te mintió. Se fue del pueblo de la noche a la mañana, dejando mucha tristeza y dolor detrás de ella.

—Eso es imposible, no me lo creo.

¿Por qué iba mi madre a contarme algo así si no fuera cierto? No tenía sentido, ¿verdad?

Entonces recordé las palabras de Anthony Brooks aquella tarde que fui a su casa, para regodearme y burlarme de él, porque su preciado pueblo por fin estaba en mis manos:

*«Arizona..., la historia que te contó tu madre tiene dos versiones. Debiste escuchar ambas antes de juzgar y sentenciar».*

## CAPÍTULO 32



### *Maverick*

Me quedé allí hasta que Betsy nos dijo que el desmayo de Anne fue provocado por una subida de tensión y que se pondría bien; necesitaba descansar y estar tranquila. Alice y Annabel fueron las únicas que entraron a verla. Salieron pocos minutos después, confirmando las palabras de Betsy.

Era ya noche cerrada cuando todas abandonaron la granja para dirigirse a sus hogares; lo hicieron compungidas y preocupadas. Arizona había ya bastante rato que estaba encerrada en su habitación y no quería hablar con nadie, ni siquiera con Jane, su amiga del alma. Si lo que las mujeres decían sobre su madre era cierto, entonces, acababa de llevarse otro varapalo más.

Entendía que se negara a creer nada de lo dicho por las ancianas, debía de ser muy duro darte cuenta de que de nuevo te habían mentado con tan mala intención. Porque si de algo estaba seguro, era de que esa mujer, Elaine, se fue de este mundo dejando una semilla de odio y dolor sembrada en el corazón de su hija. ¿Cómo podían existir personas así? ¿Con esa maldad y esa ruindad?

Me asomé a las escaleras y miré hacia arriba.

—Ni lo intentes, no querrá verte—dijo Jane detrás de mí—. ¿Te tomas una cerveza conmigo?

—Claro.

Cogió un par de cervezas del frigorífico y salimos al porche. Nos sentamos en el balancín y ambos bebimos en silencio. Yo cerré los ojos y ella suspiró.

—Me preocupa Arizona, sheriff, mucho.

—Es normal, yo también estoy preocupado. Lleva horas encerrada ahí arriba sin querer hablar con nadie. ¿Qué piensas de lo que dijeron de su madre?

—Que no me extrañaría nada que fuera verdad. Esa mujer no era buena persona, tenía demasiado odio en su interior. Un odio que no dudó en verter sobre mi amiga. Si yo te contara...

—Sé algunas cosas, Arizona me habló de ella.

—¿Lo hizo? —preguntó sorprendida.

—Sí, lo hablamos hace tiempo.

—¿Qué te contó?

Bebí de la botella y me encogí de hombros.

—Ya sabes, que nunca la quiso, las humillaciones a las que la sometía, el menosprecio...

—Por mucho que te haya contado no puedes ni imaginarte lo horrible que era con ella. A mí me tocó presenciar muchas de esas cosas y la odiaba por ello. También admiraba la fortaleza de Arizona, jamás la dejó entrever que le hacía tanto daño, al contrario.

Aunque por dentro se consumiera, mostraba una fortaleza y una determinación increíbles. Mi amiga es una gran persona, nunca permitió que la manipulara.

—Pero sí que lo hizo, ¿no?

—Eso parece, y lo hizo tan a conciencia que al fin logró envenenarla. Hasta hace dos años Arizona era una persona alegre, divertida, nada rencorosa y siempre estaba de buen humor. Todo eso cambió al morir su madre. Al principio achiqué ese cambio a la pena por la pérdida, por muy mal que la tratara no dejaba de ser su madre y era lógico que estuviera triste y alicaída. De repente empezó a obsesionarse con Anthony Brooks y con adquirir en esa subasta este pueblo.

—¿Y eso no te extrañó?

—Joder, muchísimo, pero de aquella ella estaba intratable. La conozco desde hace un montón de años y jamás la había visto así, tan borde, tan arisca, con ese odio hacia alguien que ni siquiera conocía. Me quedé alucinada cuando me dijo que ese hombre era su padre y que, hacerse con Mountain Brooks, sería su venganza. Traté de disuadirla, de hacerla recapacitar, pero estaba tan ciega y tenía tantas ganas del ojo por ojo y diente por diente, que aquí nos plantamos.

—Sí, aquí os plantasteis dispuestas a hacernos pagar a todos nosotros los errores de otra persona. Errores que, visto lo visto, no existen.

—En realidad, yo sólo vine con la misión de refrenarla un poco, ya sabes cómo puede llegar a ser.

Fruncí el gesto.

—Lo sé, lo sé, recuerda que lidio con ella a diario y que no dudó en darme una paliza.

Ahogó una carcajada y asintió.

—Pero estar aquí la ha cambiado, empezaba a ser la Arizona de siempre, la amiga que siempre tuve y que tanto extrañaba.

—¿Tú crees?

—Totalmente. Lo noté la última vez que fue a Nashville, estaba más tranquila, parecía feliz de nuevo. Le gusta esto, la granja, el pueblo, tu hija y, evidentemente, tú.

Sentí que el corazón me latía fuerte.

—¿Eso te lo dijo ella?

—Vamos, sheriff, eso se ve a leguas. La química entre vosotros es bastante evidente.

—Me refería a eso de que le gusta el pueblo.

Me dio un empujoncito con el hombro.

—Sí, claro, como si yo fuera tonta y me chupara el dedo.

—¿De verdad te parece que ha cambiado?

—¿A ti no?

—Bueno, siempre me da una de cal y otra de arena, nunca sé por dónde me va a salir. Sin embargo, su reacción de hoy al desmayarse Anne me sorprendió. Se llevan como el perro y el gato, siempre están tirándose pullas y, cuando la vi llorar así por ella, sin consuelo..., en fin..., parecía que lo sentía de verdad.

Sonreí como un idiota sin darme cuenta.

No estaba pensando en ella y en Anne, sino en ella y en mí. En lo diferentes que éramos los dos cuando estábamos juntos; en lo bien que congeniábamos y en los momentos compartidos, sobre todo los íntimos, esos que nos elevaban hasta el cielo, haciéndonos sentir completos, al menos a mí. Sus miradas y sus sonrisas pasaron por mi mente a cámara lenta, erizándome la piel; su olor, su tacto, su boca...

Inspiré y espiré.

Jane rio quedamente a mi lado.

—A ti también te gusta mucho, ¿verdad?

¿Gustarme? Joder, estaba loco por ella.

—Sí, me gusta mucho. Y sí, ha cambiado desde que llegó aquí, aunque no me atrevo a decírselo

por si eso la hace recular.

—Lo que me da miedo que la haga recular es lo que pasó hoy, por eso estoy tan preocupada. ¿Cuidarás de ella cuando me vaya?

—No lo dudes.

Bebimos el resto de la cerveza en silencio.

Silencio que rompimos para despedirnos un buen rato después.

Lizzy dormía profundamente cuando entré en su habitación. Me di una ducha, me puse cómodo y me senté en el sofá con una taza de café en las manos. Repasé mentalmente todo lo acontecido en el día de hoy y me sentí mal por vislumbrar un resquicio de esperanza bailando en mi interior.

Si todo lo que sabía Arizona sobre el viejo y la relación que tuvo con su madre era mentira, no tenía sentido que ella siguiera adelante con esa venganza que la trajo aquí, ¿verdad? Ya no tendría que preocuparme por que dentro de unos meses empezaran a deambular por el pueblo empresarios ávidos de una porción de tierra donde implantar sus grandes empresas.

Ya no tendría que preocuparme por las reacciones de la mayoría de los habitantes de Mountain Brooks, porque podrían seguir con sus vidas como hasta ahora.

Ya no tendría que preocuparme que mi mundo se tambaleara, porque seguiría igual que siempre. ¿Estaba mal que esa esperanza creciera a pasos agigantados al ver la luz al final del túnel? ¿Que lo que para Arizona era sin duda otro golpe más, para mí fuera una liberación? Podría ser, pero era imposible evitarlo.

Lo dije infinidad de veces, este pueblo lo era todo para mí y me moriría si tuviera que ver partir a los que durante tantos años formaron parte de mi vida sin haber hecho nada para evitarlo, confiando sólo en la palabra del viejo.

Y al final iba a resultar que había sido Alice, sin querer, y por hablar más de la cuenta, la que nos había salvado a todos del caos. Sí, vale, estaba siendo egoísta y tenía remordimientos por ello, pero ¿qué podía hacer? Prefería mil veces sentirme así a tener que odiar a Arizona por vender el pueblo al mejor postor, sin importarle nada ni nadie.

Porque lo haría, la odiaría con toda mi alma, por muy loco que estuviera por ella y por mucho que la quisiera; al fin y al cabo, a ella sólo la conocía desde hacía cuatro meses, todo lo demás formaba parte de mí desde que tenía uso de razón.

Por mucho que me pesara, no tenía ninguna duda hacia donde se inclinaría la balanza si eso hubiera llegado a pasar. Afortunadamente, ya no sería así, gracias a Dios, y a Alice, era cuestión de tiempo que todo se resolviera a nuestro favor, quitándome un gran peso de encima.

Inhalé hondo y expulsé el aire poco a poco.

Destensé los hombros, rotándolos en círculos y moví el cuello de un lado a otro. Me levanté y busqué en el hueco de la escalera la caja que guardaba allí de mi padre. Dentro estaba el plano del proyecto que el viejo le había encargado hacía tantos años. Volví al salón, lo desenrollé sobre la mesa y lo contemplé, sonriendo.

Ningún hombre convertiría una granja como aquella en lo que ahora llamarían un resort, si no estuviera enamorado. Y al parecer el viejo lo estaba, porque eso fue lo que pretendió hacer en aquel tiempo. Y que el proyecto tuviera el nombre de la madre de Arizona..., bueno, lo dejaba bastante claro, ¿no? Una prueba más de que esa mujer le había mentido descaradamente a su hija. ¿Con qué fin? No lo sabía a ciencia cierta, pero imaginaba que por el simple placer de hacer más daño del que ya había hecho.

—Pareces muy concentrado—me sobresalté al escuchar la voz de Arizona a mi lado—. Lo siento, no pretendía asustarte, la puerta estaba abierta y...

Se me cayó el alma a los pies al ver su rostro compungido y demacrado.

Me giré del todo, rodeando su cuerpo con los brazos, pegándola a mí.

—¿Cómo estás?

Se encogió de hombros, llevando las manos a mi cintura.

—Confusa, perdida..., no sé, no acabo de creer lo que dijo Alice, se me hace imposible. Sé que mi madre no se portó bien conmigo y todo eso, pero ¿qué sentido tendría confesar algo tan importante contando sólo mentiras? Me parece surrealista y demasiado rocambolesco para ella.

—Alice y Anne parecen tenerlo muy claro.

—En realidad, Anne no admitió ni desmintió nada, así que...

—¿No te gustaría saber la verdad?

—No—dijo tajante.

Me quedé pasmado.

—¿Puedo saber por qué?

Su mirada triste rozó la mía.

—Descubrir que mi padre biológico era Anthony Brooks, desestabilizó mi vida hasta el punto de sentirme a la deriva. Me costó muchos meses superar esa noticia. Maquinar la venganza en mi mente me ayudó, o eso creo. Si ahora descubriera que todo es mentira, que mi madre me utilizó para hacerle daño a ese hombre, porque estaba loca de remate, me destrozaría ¿sabes? Le dije a ese hombre cosas horribles, me burlé de él... La verdad me dejaría en un lugar lamentable, tocada y hundida.

—¿Y vas a seguir adelante con tus planes a pesar de todo? ¿Teniendo dudas?

—Maverick, vine a ti buscando un poco de consuelo, un abrazo, un beso..., cualquier cosa menos esto. Ponte en mi lugar por un momento y no me atosigues con preguntas para las que no tengo respuesta, por favor.

Apreté los dientes y mascullé.

—El caso es que, si yo estuviera en tu lugar lo tendría claro.

Se rio sin ganas.

—Está bien, sigue con lo que estabas haciendo, me vuelvo a casa.

—Arizona... —rodeé su muñeca con los dedos, deteniéndola—, hay algo que quiero enseñarte, ven—. Me miró dubitativa—. El día aquel del partido que te fuiste hecha una furia del Anny's y terminamos hablando en el porche, nombraste a tu madre y te dije que su nombre me resultaba familiar, ¿lo recuerdas?

—Vagamente, ¿por qué?

La acompañé frente a la mesa y me situé a su lado, señalándole el plano, que estaba al revés. Le di la vuelta, no sin antes haberme fijado en algo en lo que no había reparado hasta ahora.

—¿Qué coño es esto? —exclamó turbada, pasando la vista del papel a mí, intermitentemente. Carraspeé.

—Este es el proyecto por el que el viejo contrató a mi padre.

—¿Proyecto de Elaine? ¿Te burlas de mí?

—Te juro que no.

—¡Joder!

—Hay una cosa más y de la que acabo de darme cuenta hace apenas unos minutos.

—Dispara, ya puestos, ¿qué más da una más? —inquirió en tono despectivo.

—El nombre de la granja.

—Eniale.

Giré el plano, dejándolo del revés.

—¿Lo ves? —susurré.

—Esto no significa nada.

Solté una carcajada, sardónica.

—¿Que la granja y el proyecto del viejo lleven el nombre de tu madre no significa nada? ¿Nada? Porque a mí me parece que lo significa todo, Arizona.

Se giró furiosa, encarándome.

—Y lo que a mí me parece es que todos os habéis puesto de acuerdo en hacerme creer que mi madre mentía porque es lo que os interesa. Alice dice lo del compromiso entre ellos y ¡zas!, convenientemente aparecen estas cosas. Por eso tu insistencia en querer saber si voy a seguir adelante con mis planes, ¿no? ¡Dios, soy una estúpida!

—¡No digas gilipolleces! —bramé.

La seguí hasta la puerta, que abrió de par en par con rabia.

—Pues mi respuesta es sí, voy a seguir adelante con mis planes pese a quien le pese, ¿me oyes? ¡Pese a quien le pese!

La puerta se cerró de golpe, dejándome con un palmo de narices.

Me froté la cara frustrado.

Joder, pero ¿qué cojones acababa de pasar?



## CAPÍTULO 33



### *Arizona*

No pegué ojo en toda la noche. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo dormir a pierna suelta con lo que tenía encima? Me remordía la conciencia. Me remordía mucho.

Demasiado, como para cerrar los ojos y poder descansar. No me constaba que las palabras de Alice y las pruebas que me enseñó Maverick fueran verdad, sin embargo, no era necesario.

Algo en mi fuero interno parpadeaba diciéndome que estaban en lo cierto y que yo me había dejado manipular por Elaine Graham como una gilipollas y sin dudar de sus palabras.

¿Cómo iba siquiera a pensar que todo era un invento de su maquiavélica imaginación? ¡Por Dios, que se estaba muriendo!

¿No se suponía que ese era el momento concreto en el que se pedía perdón, arrepintiéndose uno de sus pecados para su redención? Pues al parecer mi madre debía de estar muy calentita en el infierno, si es que allí había un sitio para ella, que lo dudaba, francamente.

¡Maldita fuera, a su lado Satanás era un tierno corderillo!

Inspiré hondo para insuflar aire a mis pulmones, que parecían negados a expandirse y hacer su función desde ayer.

Cerré los ojos y me concentré, por milésima vez, en recordar de nuevo la confesión de mi madre aquel día, por si se me hubiera escapado algo por el impacto de recibirla; pero no, aunque habían pasado ya casi dos años, todo seguía bastante claro en mi mente:

—*Arizona, hija, hay algo que debo contarte antes de partir de este mundo para siempre—* había dicho con una voz demasiado dulce y melosa.

Debí sospechar de ella en el momento en que me llamó hija, pero no lo hice, claro.

*Acerqué un poco más la silla a la cama y recuerdo que me sobresalté cuando tanteó mi mano por encima de las mantas buscando una caricia, dejándome muy sorprendida con el gesto.*

—*Hace muchos años, me enamoré perdidamente de un hombre del pueblo. Éramos muy jóvenes y comenzamos a vernos a escondidas. Según él, era más romántico así. Me convenció para tener relaciones sexuales con él. Al principio yo me negaba, era una muchacha decente y aquello no debía hacerse si uno no estaba casado ante los ojos de Dios. No obstante, nuestra pasión era tal, que claudiqué ante sus ruegos y nos acostamos, varias veces—aquellos ruidos que hacía al respirar me angustiaban—. A los pocos meses, descubrí que estaba embarazada y se lo dije. Montó en cólera y dudó de que el bebé fuera suyo. Me insultó de la peor manera, ya te lo puedes imaginar, y me abandonó sin contemplaciones—se me encogió el corazón al ver sus ojos anegados de lágrimas, era la primera vez en mi vida que la veía así—. Le rogué y le*

*supliqué que no me dejara, que íbamos a ser padres, no me escuchó. No tuvo escrúpulos, fue cruel conmigo y me partió el corazón. Mis padres pusieron el grito en el cielo cuando se enteraron. También me trataron mal, me dieron la espalda, todo el mundo lo hizo. Me llamaban ramera, golfa y perdida. Una noche, harta de murmuraciones, de insultos y malos tratos, decidí que lo mejor era irme de allí.*

Recuerdo haber apretado su mano, tratando de consolarla, dándome cuenta por primera vez de que a mi madre la vida no la había tratado bien. Aquel fue el momento en que fui capaz de justificar algunos de sus actos.

—¿Qué pasó después de irte?

*Le costó retomar la historia, como si no se acordara, lo achaqué a la medicación.*

—Conocí a Colton en Nashville y se apiadó de mí. Nos enamoramos con el tiempo y nos casamos.

—¿Y el bebé?

*No sé por qué hice esa pregunta si ya intuía la respuesta. Antes de que me lo dijera ya había sido lo suficientemente inteligente para atar cabos.*

—Ese bebé eres tú, tesoro.

Otro calificativo cariñoso del que debí sospechar, tampoco lo hice, estaba demasiado absorta en la truculenta historia que había inventado.

El nombre de Anthony Brooks cayó sobre mí como un cubo de agua helada, dejándome sin respiración y sin palabras. De pronto ella pareció recobrar fuerzas y de su boca empezaron a salir cosas horribles sobre ese hombre; cosas que me dolieron y llegaron a lo más hondo de mí, envenenando cada partícula de mi ser, y lo odié.

Lo odié por todo ese daño causado, por cada insulto, por su desprecio... Sentí lástima de mi madre y de mí misma, pero más de ella. Hasta el punto de querer vengarme de él por todo.

Y ahora, al parecer, y exceptuando el hecho de que Anthony Brooks sí era mi padre, éramos como dos gotas de agua, el resto de la historia había sido producto de la taimada imaginación de mi madre.

¿Qué había pasado en realidad? ¿Cómo habían sucedido las cosas?

Di un respingo al sentir el calor de una mano en el brazo.

Era Janeth.

—Me has asustado... —musité.

—No era mi intención, ¿cómo te sientes?

¿Que cómo me sentía? Pues no lo sabía..., ¿confundida? ¿Traicionada? ¿Dolida? ¿Perdida?

¿Liberada? ¿Todas ellas tal vez?

Suspiré.

—No sé cómo sentirme, Jane, todo es demasiado raro, confuso.

—Te entiendo. ¿Has desayunado?

—Que va, tengo el estómago cerrado.

—Y por tus ojeras tampoco has dormido, ¿verdad?

—Verdad.

Se preparó el desayuno y se sentó a mi lado.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Volví a suspirar.

—Algo que me traje ayer, sin querer, de casa de Maverick.

—¿Sin querer? ¿Cómo se hace eso?

Tardé sólo diez minutos en contarle lo que había pasado anoche en casa del sheriff.

Masticó. Masticó. Y siguió masticando un poco más, con excesiva lentitud, poniéndome de los nervios.

—La he cagado, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? —dijo cuando finalmente tragó.

—Soy patética, no sé ni por qué solté esa tontería de que todos estaban compinchados para hacerme creer que mi madre mentía, cuando fui yo la que provoqué la conversación en la que salió todo eso a relucir. Que Maverick me enseñara el plano y se diera cuenta del nombre de la granja sólo han sido coincidencias, nada más.

—Así es. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿En cuanto a qué?

—En cuanto a todo, Arizona.

—No lo sé, Jane, ahora mismo tengo la cabeza como un bombo y no tengo ni idea hacia dónde tirar.

—Puedes empezar pidiéndole disculpas al sheriff por esa cagada del compincheo, él y su sexy ayudante están fuera colocando las balas de heno en el prado.

Sonreí sin ganas.

—¿Por eso te has maquillado? ¿Porque Sahale está fuera?

Me miró ofendida.

—Yo no necesito maquillarme para que se fijen en mí, bonita, salto a la vista, ¿vale? Me he arreglado porque tengo que ir a Kingston, al hotel donde hicimos las reservas para los invitados de la boda. Mi deber como tu socia, es asegurarme de que todo se hace correctamente.

—Cierto.

Me levanté de la silla y me acerqué al fregadero a enjuagar una taza que había allí.

—No vas a salir a disculparte—no era una pregunta.

Negué con la cabeza.

—La he cagado tantas veces con ese hombre a lo largo de estos cuatro meses, que creo que mis disculpas ya no tienen valor.

—¿Avergonzada?

Me ruboricé.

—Mucho. Le dije que iba a seguir adelante con mis planes a pesar de todo Jane, ¿cómo va a perdonarme?

—Pero no vas a hacerlo, no vas a seguir adelante con esa chorrada de vender parte del pueblo, ¿verdad?

—Mi venganza ya había perdido fuelle antes de saber nada—confesé.

—¿En serio?

—Sí. Es lo que tiene enamorarse de un lugar como este...

—Y del sheriff.

Mis labios se curvaron en una sonrisa lenta.

—Pues sí.

Se atragantó con el café, escupiéndome en la cara.

—¡Ja, lo sabía! ¡Sabía que estabas enamorada de él! Sal ahora mismo ahí fuera y habla, díselo—gritó.

—Joder, qué asco, me has puesto perdida—me quejé, limpiándome con un trapo de cocina—. Y baja la maldita voz, ¿quieres? No voy a hablar con nadie hasta que sepa qué diablos voy a hacer con mi vida.

—Yo te diré lo que vas a hacer con tu vida: quedarte aquí definitivamente y ser feliz con el

sheriff macizorro, su hija y puede que algún retoño más.

Resoplé, poniendo los ojos en blanco.

—No digas tonterías, por favor.

—¿Tonterías? ¿Tonterías?

Me puse nerviosa al escuchar el tac, tac, del bastón de Anne contra la madera del suelo.

—Chss, cierra el pico, viene Anne.

La mujer apareció poco después en el umbral de la puerta, algo pálida y con semblante serio, para no variar.

Me apresuré a cogerla por el brazo, ayudándola a sentarse.

—Buenos días, Anne, ¿cómo te encuentras? —me interesé.

—Algo mareada, pero bien.

—Lo siento muchísimo, Anne, te juro que en ningún momento pretendí que...

—Lo sé, muchacha, tranquila, son cosas que pasan—me interrumpió—. La edad ya no perdona.

—¿Qué te apetece desayunar? ¿Tostadas? ¿Unos huevos revueltos? ¿Fruta?

—Como no dejes de mirarme con esa cara de cordero degollado me vuelvo a la cama, deja de sentirte culpable. Y siéntate, tenemos que hablar.

El corazón me subió a la garganta, trabándose allí.

—¿Ahora? —vacilé.

—Ahora es el mejor momento, más tarde esto estará repleto de gente y tú demasiado ocupada.

—Vale, pero primero el desayuno.

—Señor, qué cruz contigo, siempre tienes que salirte con la tuya —rezongó por lo bajo.

—Ya te acostumbrarás—murmuró Jane—, yo me voy ya, que tengo muchas cosas que hacer— me guiñó un ojo y puso los pulgares hacia arriba—. Me alegro de que estés mejor Anne, luego nos vemos.

Salió escopetada de la cocina dejándonos solas.

Preparé el desayuno de Anne con las manos temblorosas y la respiración contenida, segura de que esta conversación iba a dejarme más tocada y hundida, si cabía. Luego, cuando ya lo tuve todo dispuesto en la mesa, me senté frente a ella, nerviosa.

—Tú dirás—balbucí.

Asintió.

—Seré breve, pero concisa. No quiero interrupciones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Tu padre y yo nos prometimos muy jóvenes, era lo que nuestras familias deseaban y nosotros también. Poco después, él se marchó al norte del Estado a trabajar en una mina de cobre. La suerte le sonrió y le fue bien. Regresó tres años más tarde, con dinero y muchas ideas en la cabeza para el pueblo. A pesar de habernos visto unas pocas veces en todo ese tiempo, el compromiso siguió adelante y pusimos fecha a la boda. Un mes antes del enlace, vino a verme, cabizbajo y afligido. Se había enamorado de mi amiga Elaine, estaba embarazada y quería casarse con ella, no conmigo. Yo amaba a tu padre con toda mi alma, bebía los vientos por él, así que, te puedes imaginar el sufrimiento que ambos me provocaron, no entraré en detalles. No llegaron a casarse, Elaine, de la noche a la mañana, se marchó del pueblo, sin más, dejando a tu padre hundido. Años más tarde, él, tuvo el valor de pedirme perdón y retomar nuestra relación. Me negué a ambas cosas. El edificio de dos plantas donde está el Anny's, me lo regaló él como muestra de arrepentimiento y lo acepté. Fin de la historia.

¡Madre mía, no daba crédito!

Acababa de quedarme tan estupefacta que no sabía ni qué decirle a esta mujer. Con razón me

odiaba. Mi gestación había provocado la ruptura de su compromiso con Brooks... Ni siquiera me atrevía a mirarla a la cara, ¡por Dios!

—No fue culpa tuya—afirmó.

—¿Cómo sabes qué...?

—Lo veo en tu cara, eres como un libro abierto.

—No sé qué decir, Anne, es horrible lo que te hicieron.

Sonrió con tristeza.

—Lo fue, sí.

—Y a pesar de todo te quedaste en el pueblo..., ¿por qué?

—Porque mi vida estaba aquí. Destrozada, sí, pero mía, y no era yo la que debía agachar la cabeza y esconderme, al contrario.

—Lo siento tanto... Ahora entiendo tu animadversión por mí.

Dio vueltas a unas migas de pan con los dedos y me miró.

—La primera vez que entraste en el bar, con esa arrogancia y mirándonos a todos con superioridad, pensé que eras igual que ella.

—No lo soy.

—Lo sé, me equivoqué contigo.

—No te creas, Anne, mis intenciones al comprar el pueblo no fueron buenas. Pretendía convertirlo en un polígono industrial.

Su sonora carcajada me sorprendió.

—Dudo mucho de que tu padre lo permitiera, ama demasiado Mountain Brooks.

—¿Y por qué vive en Brentwood y no aquí?

—Eso tendrás que preguntárselo a él, aunque es muy fácil suponer que tú tienes mucho que ver. Ahora la que me reí fui yo.

—¡Eso es imposible! No creo que...

—No creas nada, ve y habla con él. Dale la oportunidad de que te cuente su verdad que, como ya te puedes imaginar, difiere mucho de la de tu madre.

Tenía toda la razón del mundo, si quería saber la versión de Anthony Brooks, no me quedaba más remedio que agachar las orejas e ir a verlo.

Y cuanto antes lo hiciera, antes sabría qué dirección tomar.

## CAPÍTULO 34



### *Arizona*

Los invitados al enlace de Christopher Williams y Cinthia Rose comenzaron a llegar poco antes del mediodía. La novia esperaba en una de las habitaciones que había dispuesto para ella; hacía rato que estaba vestida y lista. Yo estaba dándome los últimos retoques al maquillaje, bastante discreto, al igual que mi atuendo: traje de falda y chaqueta, color negro, blusa sin mangas, de color cereza y de seda; zapatos planos, por eso de no quedarme clavada en el césped, y el pelo recogido en un discreto moño bajo y elegante. Bajé a la cocina, donde Annabel, Alice, Betsy y Holly, con la ayuda de Anne, se afanaban emplatando los deliciosos manjares que habían preparado.

La tarta nupcial descansaba en una de las encimeras de la cocina; tenía cinco pisos de riquísimo mousse de chocolate negro y frambuesas y estaba recubierta por una capa de chocolate blanco; una rama de caramelo, con flores hechas con obleas de pan de ángel, cruzaba los cinco pisos; coronando la cima, unos novios muy rurales montando a caballo. Original como ninguna vista antes.

—¿Estás nerviosa?

Anne removía con brío una fuente de típica ensalada americana: col, zanahoria, manzana, cebolleta...

—No—respondí con una sonrisa—, sé que todo saldrá a la perfección, no puede ser de otra manera.

—¿Por qué estás tan segura? Porque a mí me tiemblan las manos y las piernas—replicó Alice.

—Pues entonces mantente alejada de los cuchillos, se me olvidó el botiquín en casa.

—Aquí hay botiquín, Betsy, no tan profesional como el tuyo, pero seguro que servirá en el caso de que haya algún accidente. No obstante, Alice, ella tiene razón, nada de cuchillos y cosas afiladas—advertí.

—Era una forma de hablar, muchachas, a mis años, y con lo que llevo acarreado a la espalda, una boda no supone ningún desafío, por muy famosos que sean los contrayentes.

Me acerqué a Anne, que estaba sentada en una de las sillas, y me incliné para hablarle al oído.

—¿Cómo estás tú? ¿Has dormido bien? ¿Sigues mareada?

Me fulminó con la mirada.

—Me encuentro perfectamente, no me atosigues.

—No seas tan cascarrabias, mujer, la chica se preocupa por ti—rezongó Alice.

—Y le estoy diciendo que me encuentro bien, ¿acaso no lo has escuchado?

Cubrí su mano con la mía.

—¿Me avisarás si eso cambia? —susurré.

Resopló.

—Tienes demasiadas cosas de las que ocuparte, no necesito que estés pendiente de mí—  
arguyó.

—Por favor, Anne, me quedaría más tranquila si...

—Eres muy cansina, Arizona Graham, ¿o debería decir Brooks? —su retintín me hizo gracia.

—Dejémoslo en Arizona sólo, ¿de acuerdo?

Desde nuestra conversación, de la que todas las mujeres aquí presentes ya se habían hecho eco, era inevitable que estuviera pendiente de ella. Me preocupaba que los últimos acontecimientos repercutieran en su salud y, además, seguía sintiendo cierta culpabilidad en mi interior. Culpabilidad de la que ella me exoneraba, sin embargo, imaginaba que tendría que pasar un tiempo hasta que dejara de sentirla. Todo estaba demasiado reciente.

El pinganillo que llevaba en la oreja chisporroteó, sobresaltándome.

—Christopher acaba de llegar—anunció Jane—, ya sabes lo que toca.

Miré el reloj que colgaba en la pared, en media hora debía subir a buscar a la novia.

Lizzy entró como una exhalación en la cocina.

—¡Williams ya está aquí! ¡Ya está aquí! —gritó emocionada.

Reí al ver su cara.

—Niña, como no te tranquilices te va a dar algo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Anne, soy forofa de los Tennessee Titans desde que tengo uso de razón y uno de sus jugadores está aquí, en mi territorio, ¿cómo quieres que me sienta? Creo que estoy a punto de desmayarme y todo.

—Ni se te ocurra, tu padre es capaz de encerrarme en ese cochambroso calabozo que tiene—  
mascullé.

—Bueno, así podríais aprovechar para hacer las paces, ¿no?

No me pasaron desapercibidas las risas ahogadas de las allí presentes. Las ignoré.

—Lizzy...

—Ya, ya, ahora vas a decirme que son cosas de mayores y que no me meta, pero es que lleváis dos días sin hablaros y eso es mucho tiempo, papá está insoportable, igual que tú.

—¿Llevas conectado el aparato que te di? —pregunté, desviando la conversación.

—Sí.

—¿Y nos escuchas bien a Jane y a mí por el pinganillo?

—Alto y claro.

—Muy bien, pues a tu puesto, señorita.

En lugar de hacerme caso y salir por la puerta, corrió hacia mí y me abrazó por la cintura.

—Te quiero mucho, Arizona, gracias por ofrecerme ser tu ayudante, no te defraudaré, lo prometo.

Sus palabras me emocionaron, llenándome los ojos de lágrimas. Me agaché, poniéndome a su altura, y acaricié su cara con ternura.

—Yo también te quiero mucho, cielo, y sé que lo harás estupendamente.

Su beso, como todos los que me había dado hasta ahora, fue inesperado.

—Nos vemos en un rato—murmuró con cara de felicidad.

Asentí.

Mis ojos no la perdieron de vista hasta que desapareció por la puerta.

Suspiré, conmovida por este momento tan...

—¡Qué! —repliqué al ver cuatro miradas sobre mí.

Todas, a la vez, movieron la cabeza de lado a lado.

—Nada, nada—dijeron.

—Pues dejad de mirarme como si me hubiera salido un alien del cuerpo.

—Es que esa escena ha sido muy tierna, esa niña te adora.

—Y ella adora a la niña.

—Y a su padre.

Me puse las manos en las caderas y bufé, entrecerrando los ojos.

—Annabel, Holly y Betsy—pronuncié con los dientes apretados—, ¡chitón y a trabajar!

Prorrumpieron en carcajadas y gritaron al unísono.

—¡A la orden!

Salí de la cocina sintiéndome rara. Rara porque, por primera vez en mi vida, tenía la sensación de haber encontrado mi lugar en el mundo. Un lugar que desconocía y al que no le había prestado la atención adecuada, ni a él ni a sus gentes. Imperdonable mi actitud, lo sabía y me arrepentía de haber sido tan prepotente y estúpida a mi llegada a Mountain Brooks, no obstante, estaba dispuesta a cambiar las cosas y redimirme.

Nunca era tarde, decían... La lección que me habían dado los habitantes del pueblo al arrimar el hombro y ayudarme sin poner ninguna traba con lo que nos traíamos entre manos, me había abierto los ojos y estaba dispuesta a devolverles el favor si estaba en mi mano. Tras hablar con Anne, no me quedaban dudas de que mi madre me había mentado vilmente; aun así, seguía teniendo una conversación pendiente con una persona.

Conversación que sería la clave para que yo terminara por decidir qué haría con mi vida a partir de ahora. Pensar en hablar con Anthony Brooks me alteraba y el estómago se me encogía, pero se lo debía a él y a mí misma. Me había equivocado de cabo a rabo y era hora de que, para bien o para mal, se arreglaran las cosas.

Me asomé al quicio de la puerta de la entrada y atisé el exterior. Infinidad de personas, vestidas con sus mejores galas, eran dirigidas a la parte de atrás, donde se oficiaría la boda. Janeth trabajaba con la eficacia de siempre, atenta a todo; como Sahale, que apostado cerca del establo, se mantenía ojo avizor.

Jo, Jack, Billy y varios hombres más, estaban desperdigados entre los árboles, controlando que nadie se colara y de que no hubiera ningún paparazzi cerca.

Maverick, a pesar de saber que nadie tenía noción de que hoy era el enlace de Christopher y Cinthia, porque ellos se habían preocupado de mantenerlo en secreto para que fuera una boda lo más íntima posible, se había empeñado en rodear la granja, dándonos la seguridad que, según él, merecía tal evento.

—Está en la parte de atrás—escuché que decía la voz de Jane por el pinganillo.

—¿Quién? —pregunté.

—Tu hombre.

—No lo buscaba a él.

Río.

—Sí, claro. ¿Te das cuenta de que no has negado que fuera tu hombre?

—Porque lo es—enfaticé.

—Pues habla con él.

—Todavía no.

—Arizona...



—Asegúrate de cerrar bien la puerta, voy a buscar a la novia.

Su resoplido casi me dejó sorda.

—¡Cabezota! —gruñó.

Di media vuelta, subí las escaleras y me dirigí a la habitación donde Cinthia aguardaba.

Llamé un par de veces con los nudillos antes de entrar.

—Es el momento—dije.

Dios, estaba realmente preciosa.

Llevaba un vestido de novia de una firma exclusiva, sencillo y elegante, en color blanco roto. Nada de volantes, organdí y esas cosas, era liso y ceñido, nadie diría que estuviera embarazada, aún no se le notaba nada de nada.

Un cinturón ancho, de pedrería, rodeaba su esbelta cintura; era el único adorno que llevaba, ese y los diminutos botones, forrados de raso, que cerraban el vestido en la espalda.

—¿Nerviosa? —indagué.

—Más bien ansiosa.

—El padrino de la novia ya espera al pie de las escaleras.

—Gracias, Lizzy—hablé al pinganillo.

—¿Mi padre es tu hombre? —me atraganté con mi propia saliva.

¡Mierda, me había olvidado de que ella también nos escuchaba!

Menuda metedura de pata.

La risa queda de Janeth no tardó en llegar.

—Te han pillado, jefa.

—¡Cierra el pico! —ordené.

—Pero ¿lo es? —insistió la niña.

—¿Hay algún problema? —inquirió Cinthia.

—Ninguno—la tranquilicé—. Lizzy, cariño, lo que se escucha por el pinganillo no puede divulgarse, es una norma de la empresa, ¿de acuerdo?

—Vale, pero no has respondido a mi pregunta.

Cerré los ojos unos segundos e inhalé hondo.

—¿Te importaría si lo fuera? —balbuceé

Le hice un gesto con la cabeza a Cinthia para que me adelantara.

—¿Estás de coña? ¡Eso sería fantástico! —chilló la condenada.

—¿Puedo pedirte un favor?

La novia se giró y me miró.

—¿Me hablas a mí?

Negué con la cabeza.

—Tranquila, Arizona, tu secreto está a salvo conmigo, de momento.

Ese «de momento» no me tranquilizaba mucho, pero bueno, algo era algo.

—Estamos a punto de salir, Lizzy.

—Vale.

Me hice a un lado, dejando que padrino y novia, padre e hija, se saludaran y se emocionaran con un poco de intimidad. Los primeros acordes de la marcha nupcial, fueron la señal que estaba esperando para interrumpirlos.

—¿Listos?

A partir de aquí, todo se desarrolló según lo planeado: el enlace, el banquete y el posterior baile.

Si tuviera que elegir entre todo lo vivido en el día de hoy, que fue mucho, me quedaría con tres

cosas.

La primera, la cara de felicidad, en todo momento, de Lizzy; sobre todo, cuando el equipo al completo de los Tennessee Titans la rodeó para firmar la camiseta que se ponía para ver todos los partidos.

La segunda, el regocijo y la satisfacción de Annabel, Alice, Betsy, Holly y Anne, al ver que sus platos eran devorados y alabados por todo el mundo.

Y la tercera, y no menos importante por ello, al contrario, la imagen de Maverick vestido con un traje de tres piezas en color azul, los brazos cruzados sobre su escultural pecho y esa postura de perdonavidas que quitaba el aliento.

Si con vaqueros y camisa de cuadros estaba para comérselo y chuparse los dedos hasta borrar las huellas dactilares, con ese traje..., ¡oh, Dios, mío! Esa imagen quedaría grabada en mi retina por los siglos de los siglos, amén.

No, no habíamos hablado, ni siquiera habíamos estado cerca el uno del otro, pero las miradas... Las miradas expresaban perfectamente cómo nos sentíamos los dos, aunque no lo dijéramos.

Sin embargo, ninguno dio su brazo a torcer para acortar la distancia y limar asperezas. Me senté en el balancín e inspiré hondo, intentando evaporar la sensación de ahogo que me producía saber que, mañana, a esta misma hora, cerca de la una de la madrugada, ya habría mantenido la conversación pendiente con Anthony Brooks. Mañana, a esta misma hora, ya sabría toda la verdad, lo que me había ocultado mi madre y qué la había llevado a actuar así.

Decir que estaba nerviosa y muerta de miedo era quedarse corta, pero no me quedaba otra que coger el toro por los cuernos y afrontar la situación.

Fuera la que fuese.

## CAPÍTULO 35



### *Maverick*

Abrí los ojos poco a poco, bostezando. Maldita la gana que tenía de levantarme y ponerme a funcionar. El día de ayer había sido tan intenso y ajetreado, que estaba muerto de cansancio; pero los animales y el trabajo no perdonaban, así que... Me desperecé y tiré las mantas hacia atrás, sentándome en el borde de la cama. Los labios se me curvaron hacia arriba al pensar en lo contenta que estaba Lizzy tras pasar uno de los mejores días de su vida, rodeada de los jugadores del Tennessee Titans; quién la vería alardear de ello esta semana en el instituto.

Me froté la cara y seguí sonriendo cuando la mente se fue por otros derroteros: Arizona... Arizona y su eficiencia, su concentración y su minuciosidad a la hora de realizar su trabajo; Arizona y su ceño fruncido cuando estaba concentrada, su sonrisa cuando se relajaba y el brillo de sus ojos cuando me miraba; Arizona y sus labios haciendo una mueca divertida, sus manos azotando el aire con agilidad y la ternura con la que trataba a mi hija.

Definitivamente estaba enamorado de esa condenada mujer que me traía por la calle de la puñetera amargura. No es que me diera cuenta de ello de la noche a la mañana, en realidad ya lo sabía, pero costaba asimilarlo, entenderlo y aceptarlo.

¿Por qué? Pues porque me haría daño si vendía parte del pueblo y me partiría el corazón.

No podía ni quería estar con una mujer que a pesar de saber que su venganza estaba basada en una vil mentira, prefería seguir adelante con ella antes que recular y afrontar la puta realidad: que ya no tenía ningún fundamento para vengarse de Anthony Brooks.

Me froté la cara con las manos.

Ayer estaba tan guapa... Qué digo guapa, estaba preciosa, cautivadora, sexy y, para no variar, apetecible de pies a cabeza; comestible toda ella, joder.

Sus miradas, incluso en la distancia, tenían el poder de hacer que me latiera el corazón a mil por hora y me temblaran las jodidas piernas; por no hablar de la infinidad de veces que me tenía que obligar a respirar porque me dejaba sin aliento. La deseaba.

La deseaba todo el maldito tiempo, y que me mataran si ella no sentía lo mismo que yo. Debía hablar con ella, sólo hacía tres días que no lo hacíamos y la echaba tanto de menos... Echaba de menos nuestras conversaciones, nuestros cómodos silencios, sus caricias, su sabor..., todo.

¡Maldita fuera, lo echaba de menos todo! Y ya que era tan jodidamente cabezota para no reconocer sus errores y todo lo demás, tendría que ser yo el que diera el paso y acabara de una puta vez con esta situación, de lo contrario, acabaría volviéndome tarumba de seguir así.

Resoplé, levantándome, se me estaba haciendo tarde divagando.

Metí las piernas en los vaqueros que descansaban en el respaldo de la silla y busqué una camisa vieja en el armario. Fui al baño, hice mis cosas y me lavé las manos y la cara, peinándome

después con los dedos. Lizzy dormía como una bendita, la pobre debía estar derrengada.

Bajé las escaleras y fui directo a la cocina a por mi primera dosis de cafeína, que me tomé en cinco minutos. Me coloqué el sombrero, salí y miré al cielo despejado, hoy sería otro día de calor.

Cerré la puerta tras de mí y comencé a cruzar el prado en dirección al establo. Iba pensando en cuál sería la mejor manera de acercarme a Arizona y romper el hielo cuando, al acercarme a la casa, lo noté.

Una sensación rara en la boca del estómago, como un vacío. No sé cómo, pero en cuanto alcé la mirada clavándola en la puerta de la cocina, supe que por primera vez en semanas ella no estaba detrás de ésta, esperando verme aparecer.

El corazón me dio un vuelco y un sudor frío me recorrió la espalda. Me quedé parado a escasos metros del porche. ¿Qué significaba aquello?

¿Que ya no estaba interesada en mí? ¡Imposible! Joder, si ayer me comía con los ojos... Miré hacia arriba, esperando ver algún tipo de movimiento en su habitación.

Nada. Mierda, de hoy no iba a pasar sin que habláramos, estaba harto de esta situación.

Pasé más de dos horas encerrado en el establo con los caballos. Cepillándolos, asegurándome de que sus herraduras estuvieran bien; limpiando sus cubículos, cambiando el heno y el agua; colocando bien las bridas y las sillas en los clavos de la pared; haciendo una lista de cosas que necesitaba comprar para ellos... Vale, sí, lo reconocía, estaba haciendo tiempo y entreteniéndome más de la cuenta porque, de repente, verla, se había convertido en algo tan esencial en mi vida como respirar.

Al parecer, empezar el día compartiendo con ella un café, un puñado de besos húmedos y deliciosos, y unos cuantos arrumacos, se había convertido, sin que reparara en ello, en una costumbre. Una costumbre que no estaba dispuesto a perder porque, sencillamente, me hacía feliz. Guardé la lista en el bolsillo de los pantalones y, antes de encaminarme a la casa, esperando encontrarla despierta, eché un último vistazo a los animales.

Subí las escaleras con lentitud, respiré hondo y empujé la puerta de la cocina, colándome en su interior. No era Arizona la que trasteaba en ésta, sino Janeth, algo que me extrañó muchísimo.

—Buenos días—saludé carraspeando.

—¡Sheriff, me has asustado! Estaba preparando café, ¿quieres?

Me rasqué la nuca con la mano, nervioso.

—Me gustaría hablar con Arizona, ¿puedes avisarla?

Me miró por encima del hombro, mientras echaba agua en la cafetera.

—Lo siento, no está. ¿Habías quedado con ella?

—¿No está?

—No, se fue esta madrugada a Nashville.

Algo se removió en mi interior. Algo que no me gustó un pelo.

—¿A Nashville? ¿Por qué demonios se fue a Nashville si tú estás aquí?

—Hoy tenía una reunión ineludible y crucial.

Ese algo se acrecentó invadiéndome todo el cuerpo, poniéndome el vello de la nuca de punta.

—¿Con quién? —espeté de malos modos.

La vi morderse el labio inferior, dudando.

—Con un empresario bastante importante, creo.

Qué casualidad, ¿no? Cuatro meses sin ir a ninguna reunión en la capital y, ahora, de pronto, acudía a una, ineludible y crucial, con un empresario importante. ¿Por qué? ¿Tanta prisa tenía por vender parte de Mountain Brooks?

—¿Qué tipo de reunión? —exclamé con los dientes apretados.

Sus ojos esquivaron mi mirada, sospechosamente.

—Lo siento, sheriff, pero no puedo decírtelo.

Un escalofrío me cruzó la espalda de lado a lado.

—¿Por qué? —repliqué.

Colocó delante de mis narices una humeante taza de café y sonrió tímida.

—Porque no me está permitido hablar de ello.

—Respóndeme sólo a una cosa... ¿Esa reunión tiene algo que ver con lo ocurrido estos días, con su venganza?

Se quedó pensativa unos minutos, sacándome de quicio.

—¡Por el amor de Dios, Janeth, contesta!

—Sí, sheriff, tiene que ver con todo lo que traje a Arizona aquí. Ojalá pudiera contarte más, pero le prometí que no lo haría.

¡Claro! ¿Cómo cojones iba a querer que me lo contara? ¿Y quitarle la satisfacción de hacerlo ella misma? Yo, babeando por esa mujer, buscando la mejor forma de solucionar las cosas, y ella apurándose por terminar de joderlas.

«¡Maldición!»

—Gracias por el café, Jane, pero no puedo quedarme, tengo prisa.

—Sheriff...

Salí dando un portazo tras de mí, sin percatarme de la cara compungida y de preocupación de Janeth.

No me lo podía creer. Tres días, tres putos días y ella ya había movido ficha. Por lo visto estaba más que decidida a seguir adelante con toda esta mierda de la venganza. Estaba ansiosa, joder. Menuda decepción de mujer.

Menuda puñalada más traperera acababa de asestarme sin sentir ni un mísero remordimiento, sin pensar en todo el jodido daño que iba a causar.

¿Cómo podía ser tan estúpido de haber creído que, si le confesaba lo que sentía por ella, la haría cambiar de opinión? ¿Acaso esta mujer no tenía sentimientos? ¿Tan podrida estaba por dentro que sólo pensaba en sí misma? Solté un gruñido de rabia al aire y me doblé sobre las rodillas, boqueando, ahogándome con toda la ira que se iba acumulando a pasos agigantados en mi interior, empujando porque la liberara.

Cerré los ojos e inspiré y espiré, varias veces.

«Joder, cálmate..., cálmate».

No lo hice.

Entré en casa, tirando el sombrero en un rincón, y subí las escaleras de dos en dos. Me duché con movimientos rápidos y bruscos. Me vestí de igual manera, sin ser capaz de controlarme. Preparé el desayuno para Lizzy y para mí sin reparar en lo que hacía, dando golpes secos con las cosas; tenso, furioso y, por qué no decirlo, con el corazón hecho trizas.

—Vaya..., alguien se ha levantado hoy con el pie izquierdo.

Mi hija, apoyada en el quicio de la puerta, me observaba burlona.

—No estoy para chorradas, Lizzy—ladré.

Cogió los platos con los huevos revueltos y los colocó en la mesa, sentándose.

—Ya lo veo...

Apoyé las manos en la encimera de madera y la taladré con la mirada.

—Escúchame bien—mascullé—, tienes terminantemente prohibido acercarte a la casa grande y tener cualquier tipo de relación con Arizona Graham, ¿me oyes?

Bufó con los ojos abiertos como platos.

—Pero ¿por qué? —protestó.

—Porque lo digo yo y punto, joder.

Se irguió en la silla, devolviéndome la mirada.

—¿Ah, sí? Pues que sepas que no me parece bien que tú discutas con ella y que sea yo la que tenga que ser castigada. ¡Es muy injusto, papá!

—Injusto o no es una orden y, a partir de hoy, la acatarás sin rechistar, ¿entendido?

Sus labios formaron una línea recta y obstinada.

—¡No lo haré, me niego!

—Elisabeth Jackson, soy tu padre y...

—Y estás pagando conmigo lo que sea que te haya hecho Arizona—me interrumpió—, como si yo tuviera la culpa de algo.

Se levantó, saliendo disparada de la cocina.

—¡Vuelve aquí y siéntate a desayunar! —grité.

—¡No tengo hambre!

¡Mierda! ¿Qué cojones estaba haciendo? ¿De verdad acababa de gritarle así a mi hija, perdiendo los papeles por completo?

«Pues sí, idiota, lo has hecho».

No hubo conversación divertida entre nosotros en el trayecto al pueblo, y eso que lo intenté, pero me ignoró. Tampoco hubo beso de despedida, ni vi resplandecer su preciosa sonrisa antes de subir al autobús. Estaba cabreada conmigo y con razón.

«¡Capullo!»

Pasé parte de la mañana sintiéndome como una mierda cada vez que pensaba en el tono de voz empleado con Lizzy, jamás le había hablado así. Sabía que no tenía justificación para mi comportamiento, no obstante, creía que mantenerla alejada de esa mujer, desde hoy, sería lo mejor para ella.

Sólo trataba de mitigar un poco el dolor que iba a sentir cuando supiera que, no tardando mucho, Arizona vendería parte del pueblo que la vio crecer, obligando a muchas de las personas a las que quería a buscarse la vida en otra parte. De todos modos, debía pedirle perdón por perder las formas así con ella.

Antes de salir a comer, llegaron los resultados de ADN de las pruebas que Sahale y yo recogimos en el refugio.

El nombre de Tucker Jones, el hijo pequeño de los Jones, unos granjeros que vivían a las afueras del pueblo, y que estaba fichado por posesión de marihuana y otros delitos menores, era el primero que se reflejaba en el informe.

Me sabía mal por su familia, porque eran buena gente, pero el deber era el deber. Cerré con llave la oficina, me subí a la camioneta y salí del pueblo. Llegué a la granja de los Jones poco después. No hizo falta que llamara a la puerta, Jeremiah Jones salió en cuanto me vio.

—¿Qué se le ofrece, sheriff?

—¿Está Tucker en casa?

—¿Qué ha hecho ese desgraciado esta vez?

Le expliqué la investigación que estábamos llevando a cabo Sahale y yo desde hacía unos meses y lo que habíamos encontrado en el refugio.

—¡Diablos, ese muchacho va a acabar con la salud de su madre! Se fue hace unos días a casa de sus abuelos, pero en cuanto regrese, yo mismo se lo llevaré a la oficina, sheriff.

Asentí.

—Te lo agradezco, Jeremiah, sólo quiero hablar con él.

—Despreocúpese, yo me encargo. Que tenga buen día, sheriff.

—Lo mismo digo.

El resto del día lo pasé entre cabreado y decaído, enfrascado en el trabajo para no pensar.

Por la noche, ya tarde, después de disculparme con mi hija, y claudicar a su chantaje emocional, prometiéndole que le compraría esos libros que tanto quería, me acosté en la cama y cerré los ojos haciéndome una pregunta.

«¿Cómo demonios iba a hacer para olvidar a esa mujer y seguir con mi vida como si nada?»

No encontré una respuesta.

## CAPÍTULO 36



### *Arizona*

Conduje hasta Brentwood sin detenerme ni una sola vez. Eran pasadas las nueve de la mañana cuando llegué frente al edificio donde vivía Anthony Brooks. Estacioné cerca de la entrada y cogí aire por la boca para luego expulsarlo por la nariz. Estaba nerviosa, tanto que mi estómago parecía la cabeza de un alfiler de lo encogido que lo tenía. Retorcí los dedos en el regazo y miré por la ventanilla, hacia el parque que tenía a mi izquierda.

Mi yo de ahora no tenía nada que ver con el que estuvo aquí la vez anterior. No, absolutamente nada que ver. Aquel, aunque nervioso, tenía la seguridad de que iba a asestarle un golpe a ese hombre donde más le dolía; el de ahora, tenía la certeza que el golpe iba a ser devuelto dejándolo KO. Volví a inspirar y a espirar.

Era demasiado temprano para presentarme en casa de alguien exigiendo que se me contara una historia que antaño no me interesó conocer, ¿verdad? Moví la cabeza con lentitud, centrando la mirada en la puerta acristalada del edificio, sin saber qué hacer. Me pasé la lengua por el labio inferior y tragué.

Dios, tenía la boca y la garganta tan secas que parecía que me había comido un bocadillo de arena de playa. Maldije para mis adentros al comprobar que el botellín de agua que guardaba en la guantera estaba vacío.

Necesitaba mojar los labios con desesperación, de lo contrario no sería capaz de pronunciar palabra alguna. Suspiré y cogí el bolso del asiento del copiloto.

Bajé del coche, lo cerré y caminé hasta encontrar una cafetería, donde me tomé una infusión con hielo. ¿Por qué parecía haberse detenido el maldito tiempo? ¿O era mi reloj que se había vuelto perezoso?

—Disculpe—le dije a la camarera—, ¿puede decirme la hora que es?

—Las nueve y veinte.

—Gracias.

Pues no, mi reloj, al parecer, iba bien. Suponía que eran mis ansias de acabar con todo esto de una vez las que hacían que el tiempo pasara mortalmente despacio.

Saqué el teléfono del bolso y marqué a Jane, necesitada de oír una voz amiga que me calmara un poco esta sensación tan espantosa de inquietud y desazón.

—¿Ya has llegado? —preguntó, sin darme tiempo a darle los buenos días.

—Sí, hace diez minutos.

—¿Qué tal el viaje?



—Bien.

—¿Qué te pasa? Pareces..., no sé, ¿abatida?

—Estoy muerta de miedo, Janeth, me tiemblan hasta las rodillas.

—Es normal, Arizona, lo que vas a escuchar no es plato de buen gusto, ya sabes. No irás a echarte atrás, ¿verdad?

—No, de eso nada.

—Así me gusta. Oye...

—Dime.

—El sheriff ha estado aquí—dijo con voz apagada.

Me erguí en la silla.

—¿Cuándo?

—Hace un buen rato.

—¿Fue a ver a Anne?

—No, venía a verte a ti, quería hablar contigo.

¿A mí? ¿Por qué me extrañaba tanto si era la rutina que teníamos desde hacía semanas? De repente eché de menos esos momentos con él antes de que saliera el sol; eché de menos las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos cuando me sonreía, antes de darme el primer beso del día; eché de menos esos labios dulces, suaves y lo que me provocaba el roce de éstos en la piel y el alma; eché de menos sus manos, su olor, su sabor...

Carraspeé.

—¿Qué le dijiste?

—Lo que me pediste en el caso de que alguien preguntara por ti.

—Bien.

Resopló.

—Nada de bien, Arizona, se marchó enfadado.

—¿Enfadado?

—Joder, sí, enfadado, cabreado, furioso.

—Ya lo pillo, Jane. Pero ¿por qué?

—¿Tú qué crees? Piensa que has ido a Nashville a reunirte con algún interesado en adquirir parcelas de tierra en Mountain Brooks. Y me siento fatal por no haber podido sacarlo de su error. Tenías que haber visto su cara...

Se me encogió el pecho y sentí otra clase de miedo. Uno que no había sentido en la vida porque, nunca, hasta ahora, había estado enamorada.

Suspiré.

—Siento haberte puesto en esa tesitura. Hablaré con él en cuanto llegue a la granja, ¿de acuerdo?

—¿Le dirás que es el amor de tu vida y todo eso?

Sonreí.

—Sí, le diré todo eso.

—Vale, pues deja de perder el tiempo y ve a hablar con ese hombre de una puñetera vez, ¿quieres? Cuanto antes lo hagas, antes regresarás y antes se solucionará todo.

Suspiré.

—Sí, tienes razón. Oye, ¿cómo está Anne?

—Bien, aunque juraría que algo nerviosa. Ya se ha tomado la medicación y ahora está en el salón viendo no sé qué programa de reformas de casas.

—Vale, dale un beso de mi parte—soltó una carcajada—. ¿De qué te ríes?

—De nada, sólo me hace gracia ver cómo han cambiado las cosas entre vosotras dos.

—Anda, deja de guasearte. Os veré en unas cuantas horas, ¿de acuerdo?

—No estás sola, Arizona, recuérdalo.

—Lo sé, amiga. Te quiero.

—Y yo a ti.

Me tragué la congoja, guardé el teléfono y pagué la consumición.

El corazón me bombeaba con tanta fuerza, cuando traspasé la puerta del edificio, que me costaba respirar. Me llevé la mano al pecho y respiré hondo, dándome valor.

Subí en el ascensor hasta el ático, diciéndome que esto era lo que debía hacer, por muy desagradable que resultara saber que mi madre siempre fue una arpía. Me planté delante de la puerta y, cogiendo una última bocanada de aire, llamé al timbre.

Abrió la misma mujer de la vez anterior y, por el gesto de su cara, supe que estaba más que sorprendida de verme allí.

—¿En qué puedo ayudarla? —indagó con voz átona.

—¿El señor Brooks está en casa? —vacilé.

—¿Tenía una cita con él?

—No.

—Pues entonces me temo que el señor no pueda recibirla.

—Por favor—supliqué—, dígame que Arizona Graham quiere verlo. Necesito hablar con él urgentemente.

—Señorita...

—Por favor... —volví a suplicar.

—Está bien, pase.

La seguí hasta un salón inmenso, lleno de luz y amueblado con un gusto exquisito, donde esperé una eternidad a saber si sería atendida.

—Señorita Graham—me sobresalté y la miré—, el señor Brooks vendrá enseguida.

Si antes de subir me parecía que el corazón me latía fuerte, ahora iba tan disparado que temía que me saliera por la boca en cuanto la abriera. ¡Madre mía, me sudaban las palmas de las manos y todo! Debí de contar hasta mil, antes de escuchar el renqueante sonido de un bastón contra el suelo.

Para cuando ese hombre entró en el salón, yo ya tenía la camisa pegada a los costados y el pulso más desbocado que nunca.

—Arizona.

—Señor Brooks... —balbucí.

Extendió su mano hacia mí y la tomé sin dudar, aun sabiendo que la mía estaría húmeda y eso no daría buena impresión.

—Me sorprende tu visita, no la esperaba.

—Lo sé. Gracias por recibirme.

Apoyó las dos manos en el bastón y me observó sin ningún disimulo.

—Y bien..., ¿qué puedo hacer por ti?

Tragué saliva, ruborizándome.

—Verá, señor Brooks, necesito que me cuente..., que me cuente... —Dios, no me salían las palabras.

Enarcó una ceja, ¿divertido? Sí, seguro que le divertía muchísimo verme aquí, suplicando porque me recibiera y tartamudeando como una niña asustada

—¿Sí? —me instó a continuar.

Carraspeé, perdiendo la cuenta de las veces que ya lo había hecho en lo que llevaba de mañana. Me di una bofetada mental, por mostrarme así, y obligué a mi vena orgullosa a salir de su escondite.

—Quiero que me cuente su versión de la relación que mantuvo con mi madre hace cuarenta años—dije de carrerilla y sin atascarme ni una sola vez.

—No parecía interesarte saber mi parte de la historia hace unos meses, ¿qué ha cambiado?

¿Que qué había cambiado? ¡Pues todo! Mi vida ya no era la misma desde que vivía en Mountain Brooks. Y para ser sincera, yo tampoco.

—Lo necesito—musité.

—¿Por qué ahora?

Lo miré a los ojos sin pestañear.

—Porque Anne y Maverick han despertado mi curiosidad y me encuentro perdida, sin rumbo—confesé.

—Así que Anne ha hablado contigo, ¿eh? —asentí—. ¿Nos ponemos cómodos?

Me hizo un gesto para que lo siguiera a los sofás, donde nos sentamos uno frente al otro.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Café? ¿Té?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Qué te contó Anne?

Le hice un pequeño resumen de mi conversación con Anne, cómo había salido ésta a relucir y lo que provocó en ambas.

—¿Ella se encuentra bien? —se preocupó.

—Sí.

—¿Creíste lo que te contó?

—Claro, ¿por qué iba a mentirme con algo tan delicado?

—Bueno..., tu madre lo hizo, ¿no?

—Eso parece—admití.

Suspiró y se quedó pensativo unos minutos, poniéndome de los nervios.

Finalmente, y tras lo que me pareció otra eternidad, comenzó a hablar.

—Anne y yo nos conocemos desde niños. Nuestras familias eran de las más humildes del pueblo y nos criamos juntos...

Me sorprendí enganchándome a sus palabras, a su relato, tan exacto al que me había dado Anne hacía unos días.

—... Yo la quería, pero no estaba enamorado de ella. Lo supe en cuanto tu madre puso los ojos en mí. Elaine me cautivó con el primer aleteo de pestañas y caí en sus redes como un idiota.

—¿Por qué dice eso? Ella también se enamoró de usted, ¿no?—exclamé con desdén.

—No, nunca estuvo enamorada de mí, sino del dinero que gané jugándome la vida en una mina, pero no me importó porque yo sí la amaba. Como ya sabes, le fui desleal a Anne con ella y se quedó embarazada. Cuando le pedí matrimonio, fue cuando me dijo que sus padres habían recibido la orden de embargo de la granja. La compré sin dudar, pensando en regalársela el día de nuestra boda.

—Entonces era cierto..., me refiero a lo del embargo.

—Sí, al parecer a tu abuelo no le iban bien las cosas y había dejado de pagar el préstamo hipotecario hacía meses. Tu madre quería hacer de la granja una especie de hotel rural que ofreciera rutas a caballo, senderismo, relajación y todas esas cosas para disfrutar en familia. Por aquel entonces había mucho turismo en el pueblo, sobre todo en la época de los festivales, me pareció buena idea y me puse a ello.

—El proyecto de Elaine.

—Así es, supongo que Maverick te lo habrá enseñado.

—Sí.

—Convencí a su padre para que dejara Alabama y se hiciera cargo del proyecto, ofreciéndole un contrato que no pudiera rechazar. Ojalá hubiera sabido lo que pasaría después.

Su semblante se tornó triste, decaído. Y yo sentí tantas ganas de darle consuelo, que me asusté. Después de saber la versión de Anne, de la que no dudaba ni un ápice, no me sorprendía para nada todo lo que me estaba contando este hombre, que por lo visto amaba tanto a mi madre que estaba dispuesto a satisfacer cualquier capricho que tuviera.

—¿Qué fue lo que pasó? —me atreví a preguntar, sabiendo que la respuesta me iba a doler.

—Tu madre me abandonó..., bueno, nos abandonó a todos los que la queríamos, dejando una carta como despedida. En ella decía que había conocido a otro hombre en el último festival del pueblo y que la vida de Mountain Brooks no era para ella. Ese hombre resultó ser Colton Graham, tenía una empresa petrolera y había estado allí investigando para abrir un nuevo pozo. Era rico y poderoso, los dos datos suficientes que tu madre necesitó para marcharse con él.

—Pero..., pero estaba embarazada y...

—En la carta también decía que había perdido el bebé que esperaba y que ya no tenía sentido seguir conmigo, que no me quería y que lo mejor era dejarlo así. Su partida me hizo mucho daño, me partió el corazón. A mí y a sus padres, que no daban crédito a lo que estaba ocurriendo. Pero lo que me hundió de verdad, lo que me mató en vida, fue saber que tú ya no vendrías a este mundo.

Abrí los ojos de par en par, alucinada.

—¿La creíste?

—Al principio sí, pero seguí sus pasos y tú naciste seis meses después, justo en la fecha que nos dijo el doctor. Una tarde la intercepté en la calle y la encaré. Dijo que jamás había estado embarazada de mí, sino de Colton. Entonces soborné a una de las criadas que trabajaban para ellos y me trajo la tetilla de uno de tus biberones y el cepillo con el que acababan de peinarte. Soy tu padre, Arizona, la sangre que corre por tus venas es la misma que corre por las mías.

Ahugué un sollozó.

¡Virgen Santa! Mi madre había sido la mujer más cruel, y más manipuladora del mundo. Cuánta maldad había albergado ese corazón suyo. Cuánto daño había causado a su alrededor sin mostrar ni una pizca de arrepentimiento por ello, ni siquiera en su lecho de muerte, donde asestó su golpe de gracia, asegurándose de que yo odiara tanto a este hombre que tenía frente a mí, que no quisiera ni verlo en pintura.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas sin que pudiera hacer ya nada por evitarlo.

## CAPÍTULO 37



### *Arizona*

El llanto fue remitiendo y entonces fue cuando me di cuenta de que estaba sola en el salón; que Anthony Brooks, para mi más absoluta sorpresa, me había dejado a solas con el impacto de lo que me acababa de contar y con mis lágrimas, dándome la privacidad necesaria para que no me sintiera peor de lo que ya lo hacía. Busqué un pañuelo de papel en el bolso, me limpié la cara y me soné.

Estaba tan..., ¿cómo describirlo? No encontraba las palabras justas que expresaran el dolor que todo esto me causaba, la verdad. ¿Cómo había resistido este hombre así todos estos años? ¿Por qué no lo denunció o hizo algo? Lo que fuera, en lugar de quedarse de brazos cruzados esperando, ¿no? ¿Qué habría hecho yo en su lugar? Puede que lo mismo que él. O puede que luchar, quién sabía.

Era una soberana tontería pensar en eso ahora, no tenía sentido. Me pasé el dorso de las manos por debajo de los ojos y cogí aire con lentitud, calmándome.

—¿Mejor?

Su voz apagada me sobresaltó.

Llevaba una caja de madera, no muy grande, en las manos, la puso a su lado en el sofá. Sus ojos me decían lo que aún no había sido capaz de expresar con palabras; no era necesario, se veía a leguas el sufrimiento de este hombre. El había querido ser mi padre y no lo dejaron. Qué diferente podría haber sido mi vida..., y la suya.

—Sí, lo siento, llevaba demasiado tiempo conteniéndome. Necesitaba echarlo fuera.

—Sé cómo te sientes y lo entiendo. Acabo de descubrirte que tu madre no era quien decía ser y que su vida era una mentira.

—Igual que la mía—murmuré.

—No. La única mentira que hay en la tuya es el nombre de Colton Graham en tu partida de nacimiento, nada más.

—¿Por qué nunca se lo dijo a él?

—Lo hice, pero evidentemente no me creyó. Pensó que estaba despechado por el abandono de tu madre.

—Pero yo nací sólo seis meses después de que ellos se casaran, ¿no vio lo obvio?

Se encogió de hombros.

—No hay más ciego que el que no quiere ver.

—¿Y ya está?

—Soy de los que piensa que el tiempo quita y da razones, como así fue...

—Yo no supe la verdad hasta hace un par de años.

—Él lo supo mucho antes, por eso dejó a tu madre y se fue a California. Vino a verme, ¿sabes?

—¿Quién? ¿Mi padre? Quiero decir..., ¿Colton? —corregí al ver su entrecejo fruncido.

—Sí. Al parecer, había descubierto en el desván de su casa una caja de tu madre donde guardaba las primeras valoraciones médicas de su embarazo. Informes en los que mi nombre aparecía como progenitor. También estaban las cartas que yo lo envié a Elaine, suplicándole que me dejara formar parte de tu vida, y que ella nunca respondió—suspiró—. En todos estos años, sólo una vez se puso en contacto conmigo, fue poco después de que él se fuera. Una vez más, sólo le interesaba mi dinero, que con los años se había multiplicado desorbitadamente—chasqueó la lengua—. Me ofreció una reunión contigo, podría decirte la verdad a cambio de una buena suma de dinero.

¡Joder con Elaine Graham! Cuando creía que ya no habría nada más de ella que me sorprendiera, ¡zas! ¿Es que no había hecho nada bueno esta mujer en su puñetera vida?

La sirvienta eligió ese momento para entrar en el salón con una bandeja en las manos repleta de cosas, que depositó en la mesita central, en silencio.

—Gracias, Rose—la señora volvió a dejarnos solos—. ¿Café o Té?

—Prefiero café, gracias. Mi madre sí tenía dinero, señor Brooks, yo lo heredé tras su muerte.

—Lo que tú recibiste tras su muerte, fue el fideicomiso de tus abuelos. Tendría que habértelo dado cuando cumpliste los veinticinco años.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Supongo que eso ya no lo sabremos.

Cogí la taza de café y soplé antes de darle un sorbo.

—Entonces, ¿qué pasó cuando se negó a su chantaje emocional? —indagué.

—Insistió, por supuesto. Dijo que era la única oportunidad que iba a tener de acercarme a ti, que si me negaba y la desaprovechaba, haría que me arrepintiera el resto de mis días. Imagino que su venganza fue verter sobre ti todo el odio que me tenía, de ahí que te contara todas esas mentiras antes de morir.

Sí, tenía su lógica. Y sí, yo también pensaba que mi madre era mala a conciencia, su veneno nos había alcanzado a todos. Sus padres...

—¿Y qué fue de mis abuelos? Porque, visto lo visto, supongo que tampoco es cierto que los esclavizaras en la granja, haciéndolos trabajar de sol a sol como ella me contó.

Se rio con fuerza, sorprendiéndome.

—¿Eso fue lo que te dijo? —meneó la cabeza—. Tus abuelos quedaron hundidos cuando ella se fue, abatidos y me atrevería a decir que avergonzados. De hecho, pensaron en marcharse del pueblo, pero, finalmente, y tras hablar con ellos, siguieron viviendo en la granja, pero no como esclavos. Contraté a la madre de Maverick y ella se encargó de que nunca les faltara de nada. A pesar de todo, tuvieron una buena vejez. Elaine nunca volvió a ponerse en contacto con ellos y no dejó que te conocieran. Puede que pensara que yo también seguía en la granja, cuando lo cierto era que iba y venía de vez en cuando. Pasaba más tiempo en la ciudad que allí, era la única manera de verte, aunque fuera de lejos.

—¿Por eso se instaló en Brentwood? ¿Por mí?

—Así es.

Vaya..., Anne no se había equivocado al suponer que, el que viviera en la ciudad y no en el pueblo, tenía mucho que ver conmigo.

Carraspeó, pasando la mano por encima de la caja de madera, de la que me había olvidado por

completo.

—Aquí dentro hay montones de fotografías tuyas, Arizona. Fotografías que fui haciendo todos estos años. Algunas de lejos y otras de cerca. En el parque, en el colegio, el instituto, la universidad... También guardo recortes de los periódicos donde fuiste noticia por tu excelente trabajo. Aunque no lo creas, todos estos años traté de mantenerme cerca de ti para perderme lo menos posible de tu vida—sus ojos adquirieron el brillo de las lágrimas—. Eres una mujer brillante y me siento muy orgulloso de ti.

Sus palabras me emocionaron tanto, que tuve que ahogar un sollozo que amenazaba con brotar de mi garganta. Yo, pensando que era el hombre más insensible del mundo, el más manipulador y desconsiderado, y resultaba que era todo lo contrario. Qué equivocada había estado todo este tiempo...

Tardé varios minutos en poder articular palabra alguna.

—Por eso supiste lo que yo tramaba después de la muerte de mi madre, ¿verdad? Porque siempre estabas pendiente de mí. Le pagaste al detective para que sus informes dijeran lo que yo quería y amañaste la subasta, poniéndomelo fácil, ¿no es así?

—Lo cierto es que yo estaba más interesado que tú en que Mountain Brooks cayera en tus manos. Al fin y al cabo, tarde o temprano sería tuyo, eres mi única heredera, y decidí precipitar un poco las cosas y darte un empujoncito. Tenía la esperanza de que, una vez que estuvieras viviendo allí, te descubrieras a ti misma, que te desintoxicaras de la manipulación de Elaine. Estaba convencido de que, vivir en el pueblo, te haría ver las cosas de otra manera, con otra perspectiva. Y no me equivoqué, ¿o sí?.

No, no se había equivocado en absoluto. Antes siquiera de venir aquí y mantener esta conversación con él, ya no le veía sentido al motivo que me llevó a Mountain Brooks, porque yo era otra persona. Había cambiado. Ya no me movían el rencor y la sed de venganza. No sabía cuándo había sucedido eso, imaginaba que el día a día y mi relación con Maverick y su hija se habían encargado de que hiciera a un lado todo lo malo y diera prioridad a otras cosas; como disfrutar de la vida sin remordimientos de conciencia, por ejemplo.

En lugar de responder, dije:

—Fue muy arriesgado por tu parte poner en mis manos tu tesoro máspreciado.

Sonrió con tristeza.

—Mi tesoro máspreciado eres tú, Arizona, y no arriesgué nada porque, aunque quisieras seguir adelante y vender parte del pueblo, que no lo vas a hacer, no hubieras podido.

—¿Un as bajo la manga?

Volvió a sonreír.

—Exacto. Cuando compré el pueblo, lo hice para que ningún desalmado como Colton Graham pudiera explotar la tierra y extraer sus minerales. Por desgracia, sabía a ciencia cierta lo que eso provocaría: agua contaminada, gases tóxicos... Cuando firmé el contrato de compra con el Estado, me aseguré de que nadie pudiera poner sus zarpas en mis tierras, jamás, bajo ningún concepto. Puedes vender las tierras, incluso regalarlas si te apetece, pero no a empresarios, ni explotadores mineros, ni ingenieros petroleros...

«¡Vaya...!»

—¿Cómo...? ¿Cómo lo conseguiste?

Esta vez su sonrisa fue lenta.

—No puedo decírtelo, eso es algo que quedará para siempre entre un gobernador, del que no te daré su nombre, y un servidor.

Por algo decían que el dinero movía montañas, ¿no?

En lugar de sentirme traicionada o manipulada, admiré su audacia para salvar el pueblo que tanto amaba de los interesados en sacar lo mejor de sus tierras y después largarse con viento fresco, olvidándose de lo que dejaban tras ellos. Yo nunca hubiera vendido las tierras a empresas petrolíferas o mineras, la verdad; ni siquiera se me había pasado por la cabeza tal cosa.

Respiré hondo.

—Y bien..., ¿cómo te sientes ahora que sabes mi parte de esta truculenta historia? —exclamó, mirándome con atención.

Busqué en mi interior y me encontré con que, finalmente y gracias a Dios, me había quitado un gran peso de encima. Por extraño que pudiera parecer, no estaba enfadada, ni dolida, ni confusa. Sin embargo, sí había una profunda tristeza, cierta lástima por lo que pudo ser y no fue; me refería a este hombre, que me había abierto su corazón, y a mí. Ambos fuimos los peones en el juego sucio de Elaine Graham, a la que ni siquiera tenía ganas de odiar. ¿Para qué, si ya no estaba entre los vivos?

—¿No vas a responder? —insistió.

—Liberada. Así es cómo me siento. Liberada de una gran carga. Liberada del rencor que nunca debí sentir. Liberada de las ansias de venganza... Y libre. Libre de buscar mi felicidad, sin creer que le estoy fallando a la memoria de mi madre.

Asintió complacido con mi respuesta.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Vender el pueblo al mejor postor no—aseguré.

—¿Puedo sugerirte algo?

—Adelante.

—El pueblo necesita que le den vidilla y tú eres una mujer brillante e inteligente. Podrías hacer grandes cosas en él, devolverle todo su esplendor. Apuesto a que Maverick estaría más que dispuesto a echarle una mano...

Mis labios se curvaron hacia arriba sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—¿Piensas que ese proyecto de hace años aún es factible? —pregunté.

—Sí. Sobre todo después de las portadas de la mayoría de los periódicos del país. ¿No las has visto? —negué con la cabeza—. Hablan de la preciosa boda rural, entre un jugador de la NFL y una modelo, en un pequeño y desconocido pueblo del Estado de Tennessee.

Parecía buena idea, ¿verdad? Quedarme a vivir en el pueblo, instaurar de nuevo los festivales, las ferias... Ser feliz con el sheriff macizorro y su perspicaz hija...

Sí, la idea me atraía cada vez más.

Las horas transcurrieron sin que me diera cuenta, haciéndose de noche. Pasar todo el día con este hombre, que me habló de tantas cosas, también fue una magnífica idea. No sabía si algún día podría llamarle papá, si seríamos capaces de llevarnos bien y recuperar parte del tiempo perdido; no obstante, si algo tenía claro, era que ya no lo odiaba y que quería seguir manteniendo el contacto con él.

Se merecía una oportunidad.

Ambos la merecíamos.



## CAPÍTULO 38



### *Maverick*

Como no iba a quedarme de brazos cruzados, viendo cómo Arizona Graham desmantelaba el pueblo a su antojo, sin hacer nada, me puse manos a la obra. Lo primero que tenía que saber era cuántos de los vecinos eran propietarios de sus terrenos y cuántos estaban de alquiler; Anne era propietaria, y yo también, el resto lo desconocía.

Afortunadamente, tenía en la oficina los archivos con toda la documentación. El viejo me los había dado por si en algún momento los llegara a necesitar en caso de que surgieran problemas. Dejé a Lizzy en casa de Caroline, donde iba a pasar el día, y luego me dirigí al pueblo. Crucé un par de palabras con Maggie en el Anny's, preparó mi desayuno para llevar y me despedí de ella después de pagar, no había tiempo que perder.

Una vez en la oficina, desenvolví el bollo relleno de mermelada de arándanos y le di un mordisco, trabajar con el estómago vacío no estaba permitido, no señor. Bebí el café, quemándome la lengua, por ansioso.

Por último, saqué del armario el archivador y comencé la ardua tarea de repasar el censo y todas esas cosas de las que debería ocuparse un ayuntamiento o algo así, pero como aquí no teníamos, pues..., era lo que había.

Fui anotando en una libreta los datos que me parecieron más relevantes y también los nombres de los que éramos dueños de nuestras tierras; hasta el momento sólo diez, de casi trescientos.

El tiempo voló mientras estaba enfrascado en los papeles, cuando quise darme cuenta, era la hora de comer.

Sahale entró en ese momento:

—¿Ocupado?

—Más o menos—respondí.

—Ayer hablé con Tucker Jones.

—¿Su padre lo trajo?

—Así es. Dijo no saber nada de las trampas. Mentía.

Busqué el informe del que me hablaba en el ordenador y lo repasé en cuestión de segundos.

—No niega haber estado en el refugio, y tampoco lo del alcohol y la marihuana. Acaba de cumplir diecisiete años y el camino que lleva es preocupante. Sus padres son buena gente, y sus hermanos también.

—¿La oveja descarriada?

—Dicen que hay una en toda familia, ¿no? ¿Qué le dijiste?

—Poca cosa.

Su mirada y su gesto llamaron mi atención.

—¿Qué hiciste, Sahale? No le habrás puesto la mano encima, ¿verdad?

Su perezosa sonrisa apareció, inquietándome.

—No le pegué, si eso es lo que te preocupa. Sólo lo acojoné un poco.

—¿Cómo?

—Apretando su cuello. El chico tiene agallas. Será un buen marine.

—¿Marine?

—Su padre lo ha alistado.

—¡Por Dios, solo tiene diecisiete años recién cumplidos!

Se encogió de hombros.

—Le vendrá bien un poco de disciplina.

—¿Disciplina? Joder, Sahale, no me gustaría nada estar en su pellejo.

—El caso es que las trampas ya no están. ¿Coincidencia?

—No lo creo—suspiré—. Una cosa menos de la que preocuparse.

—¿Qué es todo eso? —señaló los papeles que tenía esparcidos por la mesa.

—El censo del pueblo, propietarios y arrendatarios—alzó una ceja—.

Arizona se ha reunido ayer en Nashville con un empresario interesado en nuestras tierras.

—Sus tierras. Le pertenecen a ella.

Lo fulminé con la mirada.

—¿De qué jodida parte estás?

—De la mía, siempre.

Bufé.

—Sahale...

—Está en su derecho, sheriff.

—Pues yo no pienso permitirlo, no al menos sin luchar. Te hice caso, mantuve cerca al enemigo y todo para nada.

—¿Seguro?

—Va a vender, ¿no?

—Te gustaba y te gusta. Dije que te mantuvieras cerca de ella por ese motivo. Ningún otro.

—Para lo que me ha servido....

—No venderá.

—Pareces muy seguro de ello.

No respondió, se caló su sombrero y se despidió desde la puerta.

Maldición, mantener una conversación con este hombre era extenuante y poco gratificante, joder.

Archivé el caso de Tucker Jones y seguí a lo mío. Llamé a un bufete de abogados de Kingston, el que llevaba algunos casos de la fiscalía del condado de Nox, y hablé con uno de los asociados.

Le comenté el tema que me traía entre manos, necesitaba que me orientara un poco. No dijo gran cosa, al igual que Sahale, también pensaba que ella estaba en todo su derecho de hacer y deshacer a su antojo.

Desesperado, porque estaba dando palos de ciego, traté de hablar con el viejo. No hubo suerte, el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Al parecer, sólo estaba disponible para mi hija, el muy cabrón. Sí, el cabreo que llevaba desde el día anterior era monumental, maldita fuera. Aunque sabía que esto podía pasar, era inevitable que me sintiera traicionado.

Vale, ella nunca había dicho que se olvidaría del tema y ya; no, no lo dijo, aun así... ¿Era un estúpido por haber visto esa luz al final del túnel? Evidentemente sí, joder, lo era.

Cogí las llaves y cerré la puerta tras de mí.

En lugar de quedarme a comer en el Anny's, como hacía la mayoría de los días, me fui a la granja y ensillé a Caballero.

Poco después, estaba galopando sobre sus lomos, rumbo a alguna parte donde pudiera dar rienda suelta a mi rabia, sin que nadie me viera.

Puede que la galopada con mi querido caballo ayudara a mitigar un poco esa sensación de desasosiego que había en mi interior.

¿Cómo podía hacerme esto? ¿Cómo podía mirarme con esos ojos, haciéndome desfallecer, y luego actuar así? ¿Cómo podía tener las dos caras de una misma moneda? Joder, pensé que sentía algo por mí, que nuestra relación no era un puñetero rollo de adolescentes, que significaba algo más que todo eso.

«Iluso...»

Llegué hasta una de las bifurcaciones que hacía el río y tiré de las riendas, frenando a Caballero. Desmonté, cogí una piedra y la tiré con fuerza al agua. Me daban ganas de... Inspiré hondo, tratando de tranquilizarme. Me froté la cara, frustrado, desesperado. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a ser de mí cuando ella se fuera sin mirar atrás? ¿Qué iba a hacer sin ella tocándome los cojones todo el tiempo? Eso era lo que más me dolía, la sensación de pérdida, lo vacío que me quedaría sin esa condenada mujer.

La angustia de saber que no la volvería a ver; que no volvería a erizárseme el vello de la nuca al sentir el roce de su piel; que ya no me hormigearían los dedos al tocarla y que sus besos tampoco me harían temblar; que no me quedaría sin respiración cuando la viera desnuda y me hundiera en ella... ¿Cómo pude siquiera llegar a pensar, que no me importaría lo que hiciera con su vida, pasados los seis meses? Porque me importaba, joder. Me importaba mucho. Demasiado.

«Sé fuerte, lo superarás».

Sí, lo superaría al igual que había superado todas las demás desgracias de mi vida: dejar a mis abuelos en Alabama, la muerte de mis padres y el abandono de Lindsay.

Por supuesto que lo haría, pero ¿cuánto tiempo tendría que pasar hasta que eso sucediera? ¿Días, semanas, meses, años...? El que fuera, daba igual.

Como que me llamaba Maverick Jackson y era el sheriff de este pueblo, que conseguiría olvidarme de ella hasta el punto de creer que nunca había existido y que no me había enamorado como un jodido idiota.

Regresé a la granja cuando estuve lo suficientemente seguro de que no cometería ninguna estupidez, desensillé a Caballero y les dediqué a los tres algo de tiempo. Príncipe me olisqueó la ropa y relinchó, buscando una golosina en el bolsillo de mis vaqueros.

Sonreí.

—Aquí no hay nada para ti, chico, deja de olisquearme.

Besé el hueco entre sus orejas, divertido por el empujón que me dio con la cabeza.

—¡Oye, no te pases!

Volvió a golpearme, esta vez un poco más fuerte.

—Pero ¿qué te pasa?

Miró hacia fuera y lo entendí.

—Quieres salir, ¿eh, bribón? —Abrí la puerta del establo—. Pues hale, a la calle.

Llevé a los tres al picadero de la parte de atrás y me quedé contemplándolos durante unos minutos, embobado. Esta era la vida que me gustaba: los animales, la naturaleza, la tranquilidad... Que todo esto se fuera a la mierda me mataba, joder. Entré de nuevo en el establo y me entretuve haciendo cosas, tonterías para matar el tiempo. Sobre las cinco de la tarde, más o menos, fui a

recoger a Lizzy a casa de Caroline, que vivía a diez kilómetros del pueblo, en una granja espectacular.

Jason, su padre, se dedicaba a criar caballos, empezaba a darse a conocer en el mundo ecuestre y le iba bien. Tomé un café con él, ambos sentados en las mecedoras del porche, mientras mi hija terminaba un trabajo de clase.

—¿Cómo va todo, sheriff?

—Bien, gracias. ¿Y a ti, Jason?

—No puedo quejarme, la suerte parece estar sonriéndonos.

—Te lo has currado y te lo mereces.

—Gracias, hombre, la verdad que no esperaba que los del Derby de Kentucky se pusieran en contacto conmigo y estuvieran interesados en mis caballos.

—¿En serio? ¡Felicidades, eso es genial! —palmeé su espalda con ímpetu, riendo—. Me alegro, joder.

—Gracias.

Charlamos sobre el tema, el hombre estaba muy emocionado y yo me alegraba por ellos de todo corazón. Eran una buena familia y les tenía mucho cariño.

—Estoy lista, papá.

Asentí poniéndome en pie.

—Bueno, Jason, nos vamos, saluda a Priscila de mi parte. Y gracias por el café y soportar a la pesada de mi hija.

—¡No soy ninguna pesada! —protestó ésta ofendida.

—Anda, despídete, vamos.

Hicimos el trayecto acompañados por el parloteo incesante de mi hija sobre la búsqueda de no sé qué tema de biología y la situación de algunos ríos del estado.

Al parecer, la profesora de geografía e historia les había mandado que hicieran una investigación sobre esto último y estaba alucinada por lo que había descubierto.

El estómago me dio un vuelco al acercarnos a la granja y ver la camioneta de Arizona allí fuera estacionada.

—¿No vamos a parar? —preguntó Lizzy.

—No.

—Jo, papá, pero yo quiero verla.

—Ya lo harás—zanjé, apretando los dientes.

Ella puso los ojos en blanco, como siempre.

—No soporto cuando te pones así, a ver si hacéis las paces de una vez.

La ignoré.

Aparqué delante de casa y me bajé de la camioneta dando un sonoro portazo, cabreado otra vez. Subí las escaleras, pero me quedé clavado en el quicio de la puerta. Y en lugar de entrar en casa, como tenía pensado hacer en un principio, giré sobre los talones y crucé el prado, bajo la atenta mirada de Lizzy.

No había nadie en la cocina, pero sí que escuché las voces amortiguadas de las tres.

—¡Arizona! —bramé.

Su cabeza apareció por el hueco de la puerta, con el ceño fruncido y el teléfono pegado a la oreja. Me hizo una señal con los dedos, dándome a entender que le diera dos minutos. Deambulé por la estancia, de un lado a otro, notándome cada vez más alterado. Entonces reparé en el ordenador portátil que había abierto sobre la isla de la cocina y me acerqué, curioso.

Leí pasmado el archivo que ella tenía abierto. Eran empresas, sobre todo de construcción. De

repente sentí como si me dieran una patada en los cojones y apreté los puños. No había que ser muy inteligente para saber de qué iba aquello.

La fulminé con la mirada en cuanto entró, toda sonriente.

Eso aún me dolió más, su cara de felicidad.

El brillo de sus ojos.

Y la odié.

La odié con todas mis fuerzas.

## CAPÍTULO 39



### *Arizona*

Tras terminar de hablar con Anderson, mi abogado, entré sonriendo en la cocina, más feliz que una perdiz, por todo lo que tenía que contarle al hombre que me había robado el corazón y por el que estaba más que dispuesta a trasladarme aquí para siempre.

Sin embargo, al ver el rictus de su cara, que parecía querer saltarme a la yugular y devorarme, y no precisamente en el sentido en que una espera que la devoren, me quedé parada a escasos centímetros de él, desconcertada y con un algo en el estómago que me retorció hasta las entrañas.

Sus ojos refulgían de furia y tenía los nudillos blancos, de lo fuerte que apretaba los puños. Instintivamente di un paso atrás y clavé la mirada en esos ojos que parecían lanzarme puñales.

Suponía que aún estaba cabreado por todo lo acontecido en los días anteriores y mi marcha a Nashville.

Se iba a quedar pasmado en cuanto supiera con quién había tenido la reunión, eso seguro.

—¿Qué pasa? ¿A quién he matado para que me mires así? —traté de bromear.

Su risa sardónica y despectiva me puso la piel de gallina.

—Estarás contenta, ¿no?

¿Era una pregunta trampa?

Crucé los brazos y entrecerré los ojos.

—¿No debería de estarlo? —inquirí, en lugar de responder.

Lo cierto es que no me atrevía, tenía la sensación de que, dijera lo que dijese, no iba a ser bien recibido por su parte.

—Al final te has salido con la tuya—replicó mordaz.

—¿Con la mía?

Chasquéo la lengua, señalando con la cabeza la pantalla del ordenador.

—Vamos..., no te hagas la tonta, no te pega. Poco has tardado en ponerte manos a la obra, ¿eh?

Comencé a ponerme nerviosa.

—Maverick..., te juro que no sé de qué me estás hablando.

—Y encima me tomas por estúpido... —su sarcasmo me heló la sangre.

Esto no pintaba bien. Al parecer había hecho algo y no tenía ni idea de qué.

—Lo digo en serio, Maverick, no sé...

—¡Maldita sea, joder, no me vaciles! —vociferó, sobresaltándose.

Me puse a la defensiva.

—No me grites—exclamé, con los dientes apretados.

Le dio un manotazo al portátil, girándolo de cara a mí.

—Aun sabiendo que tu madre te mintió, llenándote la cabeza de mierda, sólo has tardado tres putos días en hacer una lista de empresas y reunirte con un comprador. ¡Tres putos días, Arizona! ¿Qué clase de persona eres tú, eh? ¿Qué cojones te late a ti en el pecho? ¿No tienes sentimientos?

¡Madre mía! ¿Estaba así de furioso porque pensaba que iba a vender el pueblo? ¡Debía sacarlo de su error, pero ya!

Inspiré hondo, decidida.

—Escucha Maverick, no...

—Eres una persona horrible y despreciable, pagada de sí misma, a la que le importa una puñetera mierda todo lo demás.

A pesar del daño que me estaban haciendo sus palabras, traté de volver a explicarme, de hacer que me escuchara, ignorando todo lo que acababa de decirme.

—Por favor, déjame hablar, deja que te explique...

Soltó una carcajada, fría como el hielo.

—¿Explicar? ¡No necesito que me expliques nada, joder, todo está bien claro! —me miró con tanta rabia que se me cortó la respiración—. Por lo visto, unirme al enemigo y estar cerca de él no sirvió para nada, sólo para perder el tiempo.

El impacto de esto último, que acababa de insinuar, hizo que echara la cabeza hacia atrás, con el corazón en un puño.

—¿Qué has dicho? —conseguí verbalizar.

Compuso una mueca arrogante y altiva.

—He dicho que, unirme al enemigo, o sea a ti, no ha servido de nada, que he perdido mi tiempo contigo—repitió cada palabra con dureza, con regocijo.

Si me hubiera dado una bofetada habría dolido menos.

No podía creerle, me negaba. Él no se habría acercado a mí sólo para hacerme cambiar de opinión. No se habría acostado conmigo sólo para camelarme y llevarme a su terreno. Él no era tan ruin como para fingir que estaba interesado en mí y que le gustaba estar conmigo. Él no...

Busqué su mirada, sintiendo que el suelo se abría bajo mis pies, incapaz de articular palabra alguna.

—¿Qué estás insinuando? —balbucí, sabiendo la respuesta.

Su sonora carcajada me perforó los tímpanos.

—¿Insinuar? ¿De verdad creías que me habías enredado? ¿Que estoy loco por ti? ¿Enamorado tal vez? —volvió a reír, haciéndome añicos—. Ni de coña, joder, mírate—me señaló con desdén.

Se me partió el alma, haciéndome sentir tan sumamente insignificante, menospreciada y desmerecida, que quise morirme y desaparecer de este mundo para siempre. Se habían metido con mi físico infinidad de veces, nunca me importó, hasta ahora. Jamás hubiera esperado este ataque viniendo de él.

Me pasé la lengua por los labios resecaos.

—Márchate—musité, con la voz quebrada.

—¿Qué pasa? ¿He herido los sentimientos de su majestad? ¡Imposible, porque no tienes!

—He dicho que te marches... —repetí, tragando el nudo que se me había formado en la garganta.

—Por supuesto que voy a marcharme, malditas las ganas que tengo de seguir viendo tu cara, joder. Vende lo más rápido que puedas y desaparece de nuestras vidas de una jodida vez. Hasta entonces, no quiero que vuelvas a acercarte a mi hija, ni a mí, ¿te queda claro?

Contuve las lágrimas con un esfuerzo titánico.

—Sí, entendido.

—Y si alguna vez...

No lo soportaba más, me estaba matando en vida.

—Por favor..., vete—rogué.

Por un momento, puede que sólo una milésima de segundo, me pareció vislumbrar en sus ojos una pizca de arrepentimiento.

O quizá sólo lo imaginé, porque desapareció de mi vista sin más, perdiéndose entre los borrones que se formaron a través de las lágrimas.

Me resquebrajé en cuanto me quedé sola, notando que me faltaba el aire, que no podía respirar, me ahogaba. Así que era esto lo que se sentía cuando te partían el corazón, un dolor tan profundo y desgarrador que te iba consumiendo a pasos agigantados, hundiéndote en la misma miseria. Unas manos se posaron en mi espalda, tratando de darme consuelo. Un consuelo que no iba a llegar a no ser que estuviera dormida y, todo esto, sólo se tratara de una pesadilla. Pero estaba despierta, no soñando, era real.

Demasiado real para sentir consuelo alguno.

—Arizona... —susurró Janeth detrás de mí.

Sollocé, sorbiendo por la nariz.

—¿Lo has...? ¿Lo has oído? —tartamudeé, atenazada por la angustia.

—Cada palabra, no pudimos evitarlo, lo siento. No lo dijo de verdad, Ari, él no...

Salí disparada de la cocina, cruzándome en el pasillo con una Anne compungida.

—Muchacha...

Subí las escaleras y me encerré en la habitación. Necesitaba estar sola con mi dolor. Necesitaba poder liberarlo a sus anchas, llorarlo y desahogarme, sin que nadie fuera testigo de ello. De lo contrario, tratarían de convencerme de que Maverick no había sentido lo que dijo, de justificarlo.

Pero sí que lo había dicho, alto y claro, sin temblarle la voz, asestándome la mayor puñalada de mi vida. Incrustando su golpe de gracia tan adentro, que sería imposible olvidarme de él, por mucho que lo intentara.

No sabía el tiempo que pasé encogida sobre el colchón, empapando la almohada de lágrimas; notando unas garras afiladas en la garganta, el pecho y todo mi ser. Unas garras afiladas como cuchillas, que estrujaban, arañaban y dolían como el demonio. No respondí ninguna de las veces que Jane intentó hablar conmigo; ni abrí la puerta, que había cerrado a cal y canto, cuando empujó queriendo entrar.

Tampoco fui consciente de que el día se convirtió en noche ahí fuera, ni de nada de lo que me rodeaba. Podía derrumbarse la casa sobre mi cabeza, ocultándome bajo sus escombros, que no podría importarme menos.

Qué ilusa había sido al creer que Maverick Jackson, el sheriff apuesto, sexy, que me había conquistado con su maravillosa forma de ser, sentía realmente algo por mí. No, no me arrepentía de haberme dejado llevar y dar rienda suelta a todos esos sentimientos que fue despertando en mí; no obstante, lamentaba haber sido tan confiada al recordar lo que dijo cuando le confesé por qué estaba en Mountain Brooks:

—Arizona..., *este lugar es mi vida y los habitantes de Mountain Brooks son mi familia, la única que tengo aparte de mi hija y el viejo. Pelearé con uñas y dientes si hace falta, pero no permitiré que te salgas con la tuya. Este es nuestro hogar, el de todos nosotros, y así seguirá siendo.*

Y lo había cumplido.



«Si no puedes con el enemigo únete a él», decían... Y eso hizo, porque en su fuero interno siempre me vio como a una enemiga; una rival de la que deshacerse como fuera, con tal de que no me saliera con la mía. No tuvo escrúpulos a la hora de acostarse conmigo, de enredarme con piropos lisonjeros, visto lo visto.

Parecía tan sincero cuando me decía que era preciosa... Me sentí morir de abatimiento y de vergüenza al saber ahora que, nuestros encuentros, todas las veces que hicimos el amor, para él no habían significado nada y que todo había sido mentira. ¿Cómo pude estar tan condenadamente ciega? ¿Cómo pude...? ¿De qué servía reprocharme nada ahora? Lo hecho, hecho estaba. Ya no había vuelta atrás, ya no se podía borrar nada, ni cambiarlo...

Suspiré hondo, dándome cuenta de que por fin había dejado de llorar, al menos de momento.

«¿Y ahora qué?»

No podía quedarme aquí, tampoco quería. Cruzarme con él, cada dos por tres, no me beneficiaría en nada. Verlo me recordaría lo idiota que había sido al despreteger mi corazón y entregárselo en una bandeja de plata.

Y también estaba Lizzy, esa niña de tan sólo catorce años, que a veces parecía demasiado madura para su edad y, en cambio, en otras, sólo era eso, una niña que me había ganado con su dicharachera forma de ser.

No, qué va, no podía permanecer aquí de ninguna manera. Que Maverick Jackson se quedara con su estúpido pueblo y que fuera feliz en él, sin tener que ver mi cara ni un segundo más.

Por eso, haciendo de tripas corazón, salí de la cama y comencé a recoger mis cosas. Cuanto antes me fuera, antes podría empezar el proceso de duelo y superarlo.

Solo era cuestión de tiempo que volviera a ser la Arizona Graham de siempre, o eso quería creer. Si mi madre no había podido conmigo, esto tampoco lo haría.

Por mucho que doliera.

Por muy destrozada que estuviera.

Algún día volvería a ser yo.

## CAPÍTULO 40



### *Maverick*

Deambulé por la habitación como un león enjaulado. Llevaba así toda la noche, sin poder pegar ojo. ¿Qué cojones había hecho? ¿Cómo pude ser tan ruin, tan cruel? ¿Cómo pude atreverme a insinuar que jamás me sentiría atraído por ella por culpa de su físico? Joder, si era mentira. Precisamente su físico, con lo que su madre la había atacado al respecto.

Eso había sido una bajeza por mi parte y me sentía como una auténtica mierda. Arrepentido y mortificado. No sé qué me pasó por la cabeza para hacer algo así. Supongo que quise que sintiera en todo su ser el dolor que yo estaba sufriendo al ver que seguía adelante con la venganza.

Una venganza ya sin sentido. Algo tan fuerte bullía en mi fuero interno en aquel momento, que no pude evitar dejarlo salir. Me daba igual lo que ello provocara, sólo quería asestar tantos golpes como los que yo me había llevado.

Cuanto más daño, mejor. Sin embargo, ahora, después de rumiar una y otra vez lo acontecido durante horas, después de calmarme, me daba cuenta de que no debí dejarme llevar y ser tan mezquino. Yo no era así, no era un hombre vengativo, no hacía daño a nadie, y mucho menos a las personas que amaba.

Me crucé de brazos frente a la ventana, con la vista clavada en un punto en concreto: la habitación de Arizona. Había visto su luz encendida y algo de movimiento sobre la una de la madrugada, luego nada, igual que ahora.

Seguro que estaba cagándose en todos mis muertos, y con razón. Me partía el alma cerrar los ojos y ver la expresión de su rostro cuando le dije lo que le dije; la forma en la que sus labios se curvaron hacia abajo, en aquella mueca desoladora mientras temblaban; el esfuerzo que hizo por contener las lágrimas, que finalmente rodaron por sus mejillas antes de que me fuera.

En ese momento estuve a punto de abrazarla, decirle que lo sentía y que nos olvidáramos de todo. No lo hice, pudo más la ira que el arrepentimiento. Me fui dejándola en aquella cocina, desolada, lo que significaba que probablemente me hubiera equivocado.

Y debía ponerle remedio.

Al menos disculparme por las barbaridades que le hice creer, y hablar. Hablar de todo lo que nos estaba pasando, y tal vez sincerarme; abrirle mi corazón de una vez por todas y dejar que viera lo que había en su interior, el amor que sentía por ella.

Lo que debí hacer en un principio, en lugar de ser tan condenadamente imbécil. Lo más seguro era que ya no sirviera de nada, que ni siquiera quisiera escucharme; no obstante, lo intentaría, quemaría el último cartucho y que fuera lo que Dios quisiera.

Me vestí a prisa, me lavé la cara y ni me molesté en peinarme. Antes de salir de casa me puse el sombrero y suspiré. Al cruzar el prado, volví a sentir ese vacío en mi interior. Pasé de largo el porche, dirigiéndome al establo.

Despaché a los caballos en un tiempo récord, tenía demasiada prisa y estaba ansioso por verla y pedirle perdón; mi conciencia ya no podía más y yo tampoco, joder.

Llamé a la puerta de la cocina con los nudillos y esperé.

No abrió Arizona, sino Janeth, que me taladró con la mirada sin cortarse un pelo.

Carraspeé, llevando la mano a la nuca, nervioso.

—Buenos días, Jane, que...

—¿Qué haces aquí, sheriff? —espetó, interrumpiéndome.

Esquivé esa mirada asesina y la paseé por la estancia, buscándola.

—¿Arizona sigue dormida?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Acaso se te olvidó decir algo ayer y vienes a rematar la faena?

—Nada de eso, sólo vengo a disculparme.

—¿Ah, sí?

Asentí, avergonzado.

—¿Puedo pasar?

Se hizo a un lado y entré.

—Si vienes a disculparte llegas tarde.

—¿Tarde? Apenas son la siete de la mañana...

—Arizona no está.

—¿Cómo que no está?

—Se ha ido, ha dejado Mountain Brooks para siempre.

—Venga ya..., eso no te lo crees ni tú.

Cogió una hoja de papel, que estaba sobre la encimera, y me la estampó en el pecho.

El estómago me dio un vuelco.

*Janeth,*

*he decidido marcharme, ya no tiene sentido que me quede aquí. Olvida lo que hablamos ayer, ¿vale? Le he dejado a Brooks un mensaje en el contestador rechazando su propuesta. Lo entenderá, igual que espero que tú también lo hagas.*

*Necesito alejarme, pensar y asimilar todo lo ocurrido. Dejo sobre la cama el proyecto y todo lo referente a la adquisición del pueblo en la subasta, he renunciado a ello por escrito. Despideme de Anne y Lizzy, diles que me ha surgido algo, que las quiero y que siempre ocuparán un lugar especial en mi corazón, igual que el resto de los habitantes del pueblo. Ocupate de cerrar la casa y esas cosas. Y por favor, no te preocupes por mí, estaré bien, sólo serán unos días, lo prometo. Te veré en casa.*

*Te quiero.*

El pecho se me encogió, estrujándome las costillas.

Clavé los ojos en Janeth, que parecía querer arrancarme la cabeza, y con razón.

—¿Qué significa...? ¿Qué quiere de...? —joder, no podía ni hablar.

—La reunión que tuvo hace un par de días no fue con un comprador, sino con Anthony Brooks. Fue a verlo porque quería y necesitaba saber qué había pasado realmente con su madre.

«¡Mierda, joder!»

—Maldita sea, Jane, ¿y por qué no me lo dijiste cuando te pregunté?

—Porque quería contártelo ella, imbécil. Le hacía ilusión.

—¿Ilusión?

Joder, no entendía nada.

—Sí, ilusión porque había decidido trasladarse definitivamente aquí y hacerse cargo, junto con Brooks, del proyecto de su madre. Convertir la granja en un resort y devolverle al pueblo el esplendor de antaño, con sus festivales y ferias.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso?

Resopló, clavando el dedo índice en mi pecho, con fuerza.

—Iba a hacerlo porque está enamorada de ti, y ahora lo has estropeado todo, gilipollas. Se ha largado, a saber dónde, porque le has hecho daño. Le has partido el corazón a mi amiga, pedazo de mendrugo. Le has dicho cosas horribles, que ella no se merecía. La has hundido, cabronazo, y juro por Dios que si...

¿Estaba enamorada de mí? Arizona Graham..., ¿me quería?

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

—¡Para! —grité, sujetando su muñeca—. ¡Para, joder! No puedes culparme por haber creído que seguía en sus trece de vender el pueblo. Demonios, todo indicaba que así era... —me froté la cara frustrado—. Sí, soy un pedazo de mierda, lo admito, no debí tratarla así ni decirle todas esas mentiras. Pero estaba furioso, dolido y..., ¡joder! ¿Qué he hecho? Dios, si estoy loco por ella, es la mujer de mi vida, la que me completa en todos los sentidos... Yo..., yo...

—La amas.

Suspiré, a punto de echarme a llorar.

—Como un condenado, Jane. Por eso me dolió tanto creer que no le importábamos lo suficiente como para plantarse y olvidar su ridícula venganza. En lo único en lo que podía pensar era en qué iba a ser de mi vida sin ella, sin... —limpié una lágrima traicionera de un manotazo.

—Ven aquí, anda...

Y me abrazó, dejándome llorar sobre su hombro, como si fuera un niño pequeño.

Un niño perdido y sin rumbo.

—¿Qué voy a hacer ahora? —dije después de un rato, limpiándome la cara en la manga de la camisa.

—¿Pues qué vas a hacer, muchacho? —ambos miramos a Anne, que al parecer había entrado en la cocina sin que reparáramos en ella—. Si es verdad que la amas, ve a buscarla y trae a esa arpía de regreso a casa, de lo contrario, tendrás que vértelas conmigo, ¿entendido?

Asentí, decidido, y no porque le tuviera miedo a Anne, sino porque tenía que encontrarla y decirle cuánto la amaba.

—¿Dónde crees que ha ido? —le pregunté a Jane.

Se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tiene el teléfono desconectado y, conociéndola, así seguirá estando hasta que pasen unos días. Puede estar encerrada en su casa, en Nashville, o haberse ido a un hotel a cualquier otro lugar. Por el momento creo que lo mejor es esperar a que pueda contactar con ella.

—Pero no puedo esperar tanto tiempo.

—Tampoco puedes ir por ahí dando palos de ciego.

—Tienes razón—admití apesadumbrado.

—Y ve pensando qué vas a decirle para que te perdone y te dé una oportunidad, merluzo. Hombre tenías que ser, mira que sois cuadrículados, joder, tergiversáis las cosas de una manera que...

—Nada de esto hubiera pasado si no jugarais a las ambigüedades. Por cómo me contaste que se había ido a una reunión a Nashville, y al decirme que tenía que ver con la puñetera venganza, di por sentado que sería con un comprador. Y luego estaba esa lista de empresas constructoras en su ordenador...

—Maverick Jackson, viste lo querías ver y entendiste lo que querías entender porque no confiabas en ella, ahora no me vengas con gilipolleces, ¿estamos?

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo con eso.

Nos retamos con la mirada hasta que Anne empezó a dar golpes con el bastón en el suelo,

llamando nuestra atención.

—Desde mi punto de vista, la de una vieja que tiene mucha más vida que los dos, os puedo asegurar que ambos tenéis la razón y que nada vais a conseguir comportándoos como dos chiquillos cabezotas. Lo importante aquí es que Arizona vuelva, y eso depende de los dos. Tú—señaló a Jane—, llámala hasta que consigas hablar con ella. Y tú—el bastón se movió en el aire hacia mí—, en cuanto sepas donde está, a por ella. Ahora quiero desayunar, estoy muerta de hambre.

Volví a casa sintiéndome el peor ser sobre la faz de la tierra. Janeth tenía razón, aunque no se lo dije, claro está. Era yo el que no había olvidado ni por un segundo lo que había traído aquí a Arizona; era yo el que no había confiado suficientemente en ella; y era yo el que la había cagado con mi actitud y mi inseguridad.

Ahora me correspondía arreglar las cosas y conseguir su perdón, costara lo que me costase.

Lizzy irrumpió en la cocina como un vendaval, sobresaltándome.

—Escúchame, papá, no debería de decirte esto porque se supone que es secreto profesional, pero tienes que saber que el día de la boda, Arizona le dijo a Jane que tú eras su hombre. Lo escuché alto y claro por el pinganillo y ella me lo confirmó cuando le pregunté si era verdad, así que tienes que hacer las paces con ella porque te quiere y tú la quieres a ella.

Sonreí al verla coger aire por la boca.

—¿Así que soy su hombre?

—Ajá.

—¿Y era un secreto?

—Ajá.

—¿Y yo la quiero a ella?

—Ajá.

—¿Y a ti te parece bien?

Puso los ojos en blanco.

—Pues claro, papá, Caroline y yo creemos que hacéis una pareja genial y que estáis hechos el uno para el otro. Arizona es guay y tú eres guay, así que..., ya sabes.

Joder, ojalá los adultos fuéramos como los niños a la hora de ver las cosas y tenerlas claras. Lo que facilitaría eso nuestra existencia.

—Conseguiré que vuelva.

Mi hija me miró.

Mierda, ¿había dicho eso en voz alta?

—¿Que vuelva? ¿Quién y de dónde?

Pues sí, lo había dicho.

Carraspeé, incómodo.

—Verás..., tengo que contarte algo.

Y lo hice, le expliqué que la noche anterior su padre había sido un completo capullo y que había dicho cosas muy feas a Arizona, haciéndole mucho daño, y las consecuencias de ello.

—Ay, papá, has metido la pata hasta el fondo.

Como si no lo supiera...

El día se me hizo eterno, llamando cada dos por tres a Jane, para saber si había alguna noticia de ella y su paradero.

Hasta el momento, nada de nada. Me notaba ansioso, preocupado.

Esperar no era lo mío y agotaba mi paciencia, que siempre presumí de que era infinita.

Al volver con Caballero a la granja, tras una buena galopada que necesitaba para sentirme algo

mejor, y sin conseguirlo, me quedé alucinado al ver al viejo descender de la parte de atrás de su coche apoyado en el bastón que le habíamos regalado Lizzy y yo hacía varias Navidades.

No, no me sorprendía verlo con el bastón, joder, lo que me sorprendía era verlo aquí, en Mountain Brooks. Hacía años que el viejo no pisaba la granja para nada y, al reparar en eso, el pulso se me aceleró.

—¿Le había pasado algo a Arizona?

Me apeé del caballo de un salto y me acerqué.

—¿Qué haces aquí?

—Pero bueno, ¿qué modales son esos, muchacho? ¿Acaso no te alegras de verme?

Le di un abrazo y palmeé su espalda con cariño.

—Lo siento, ha sido la sorpresa de verte, supongo. ¿Cómo estás?

—Con los achaques de la edad, pero bien.

—¿Ha sucedido algo?

—Espero que no. Vengo a ver a Arizona, quiero que me explique qué ha pasado para que de la noche a la mañana me haya dado esquinazo, cuando hace tres días parecía muy entusiasmada con nuestros planes.

Me rasqué la nuca, abatido.

—Ha sido por mi culpa—confesé.

Su mirada me encogió las pelotas.

—¿Qué diantres has hecho? —inquirió.

—Será mejor que entremos.

Lo seguí hasta el interior de la casa, acojonado.

En cuanto supiera lo que había hecho, seguro que partiría ese bastón, que tanto nos había costado encontrar a mi hija y a mí, sobre mi cabeza.

## CAPÍTULO 41



### *Arizona*

Tras pasar una semana encerrada en casa, sin ver ni hablar con nadie, decidí que lo mejor era volver al trabajo y retomar mi rutina habitual; la que había dejado atrás hacía unos meses para involucrarme en la locura de instalarme en Mountain Brooks y todo eso que ya se sabía.

Durante estos días de reclusión voluntaria, y tan necesaria para poner mi cabeza un poco en orden, confirmé lo diferente que era ahora, lo mucho que echaba de menos ese condenado pueblo y a mis vecinos.

Extrañaba a todo el mundo, pero sobre todo, a Lizzy y al sheriff. Sí, en apenas unos meses, mi vida y yo ya no éramos las mismas y ya no disfrutábamos de las cosas de antes y, aunque volver a todo eso iba a costarme un triunfo, lo haría.

Debía hacerlo, por mi bien y el de mi cordura, eso lo tenía claro. No, no me encontraba mejor, para nada. Mi corazón seguía hecho trizas y mi mente volvía una y otra vez a revivir aquel momento, dejándome hecha polvo.

Dolía.

Dolía demasiado.

De poco había servido ponerme en la piel de Maverick y tratar de verlo todo desde su perspectiva. Llegué a entender que estuviera furioso porque creyera que vendería el pueblo, que todo parecía indicar que así era y que, incluso yo, con mis ganas de querer darle una sorpresa, había contribuido a ese malentendido; sin embargo, lo que nunca, jamás, llegaría a comprender, era ese ataque tan dañino hacia mi persona; el desprecio en sus palabras al asegurar que ni de coña podría sentirse atraído por mí, que me mirara.

Eso había sido cruel y mezquino por su parte, lo que me había hundido por completo, lo que me ahogaba y me carcomía las entrañas.

No, eso no sería nada fácil de olvidar.

Debía seguir con mi vida, mirar hacia adelante y hacer lo que siempre hice desde que tenía uso de razón: capear el temporal y continuar. Para empezar, volver al trabajo y mantenerme ocupada era la mejor opción.

Me centraría en los proyectos más inminentes y buscaría nuevos retos, siempre dando lo mejor de mí, como hasta ahora. Respiré hondo y encendí el teléfono, que llevaba todos estos días apagado.

En cuanto el aparato cobró vida, empezaron a llegar las notificaciones de mensajes y llamadas perdidas. Me extrañó ver el nombre de Maverick entre ellas, varias veces. Borré todo lo que

tuviera que ver con él sin mirar y sin una pizca de remordimiento.

No me interesaba nada de lo que quisiera decirme.

Absolutamente nada.

Leí los mensajes de mi amiga:

Jane: «¿Cómo se te ocurre irte sin decirme nada? Eso no se le hace a una amiga, joder».

Jane: «Arizona, por favor, necesito hablar contigo, estoy preocupada».

Jane: «Ari, el sheriff ha estado aquí, vino a disculparse. Está muy arrepentido, joder tía, llámame».

¿Maverick había ido a disculparse? ¿Estaba arrepentido? Me costaba creerlo, la verdad. Seguro que sólo me lo decía para que me pusiera en contacto con ella.

Jane: «Este hombre me va a volver loca, bonita, me ha llamado quince veces en lo que va de mañana. Llámame».

Jane: «¿Dónde coño estás? ¿En tu casa? ¿Un hotel?»

Jane: «Estoy empezando a cabrearme contigo, capulla, llama de una puta vez».

Jane: «Por favor, Arizona, te juro que ya no me quedan uñas. Dime al menos que estás bien».

Jane: «Mira que eres cabezota, joder. ¿Te gusta verme sufrir por ti? Pues a la mierda, paso de insistir. Ahora estoy muy furiosa contigo, mamona. Y te odio. No, es mentira, te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?»

Por supuesto que lo sabía. Ella era la única que me había querido incondicionalmente; la que había estado a mi lado siempre, para lo bueno y lo malo; la que me había mostrado su apoyo en todo momento.

Inspiré hondo y marqué su número.

—¡Ya era hora, joder! —aparté el teléfono con una mueca por su bramido—. ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien? No vuelvas a hacerme esto en tu puñetera vida, Arizona Graham, ¿me oyes? Nos has tenido a todos con el alma en vilo, maldita sea. ¿Hola? ¿Has colgado?

Sonreí a mi pesar.

—Sigo aquí, Jane, no quería interrumpir tu perorata. Continúa, por favor, delítame con tu vulgar vocabulario y haz que mis oídos piten.

—Mira que eres cabrona... ¿Te parece divertido? Una semana, Arizona, llevas una puta semana perdida por sabe Dios dónde.

—No estoy perdida, sino en mi casa. Y no, no estoy bien, pero sí algo más tranquila. Ya sabes, la cosa viene y va por momentos. Mañana te veré en la oficina y ya podremos hablar con más calma, ¿de acuerdo?

Escuché ruido de fondo, algunas voces, entre ellas la de él, que insistía en hablar conmigo.

Me erguí en la cama y apreté con fuerza el móvil.

—Lo siento—se disculpó mi amiga—, sigo en la casa de la pradera y...

—Ni se te ocurra pasarle el teléfono, Janeth, dile que no quiero hablar con él y mucho menos escuchar lo que tenga que decirme—exclamé tajante.

—Ari...

—¿Por qué sigues ahí? ¿Me lo puedes explicar?

—Joder, sigo aquí porque me has dejado con un marrón de cagarse, nena. Anne me amenaza cada hora, cree que tengo el poder de la adivinación o algo así. Lizzy lloriquea todo el tiempo detrás de mí, porque quiere que su amiga vuelva. Tu padre, me refiero a Brooks, lleva instalado una semana en tu habitación, asegura que no se marchará hasta que regreses y des la cara. Alice, Annabel y Betsy, se pasan todas las tardes a ver si hay novedades.

»Y tu novio, el sheriff, me está volviendo tarumba, joder. No sé cómo lo has hecho, porque eres



una borde y una arpía, pero por aquí todo el mundo parece apreciarte bastante y te echan de menos. Así que, por lo que más quieras, ten compasión de mí y vuelve.

La garganta se me atenazó y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—No..., no voy a volver—balbucí, con la voz quebrada—. Eso se terminó para mí. Mountain Brooks ya es agua pasada.

—Por favor, Arizona...

—No insistas, la decisión está tomada.

Corté la llamada sin darle opción a réplica y lloré.

Lloré al darme cuenta de todo lo que significaban para mí aquellas personas, sin proponérmelo. Lloré por el cariño que les había cogido en cuestión de semanas. Lloré porque había encontrado lo que nunca busqué: una familia. Y lloré por lo que pudo haber sido y ya no sería; por lo sola que me encontraba, lo vacía que me sentía.

El despertador sonó a las cinco y media de la madrugada. Me levanté como un autómatas, sin pizca de ganas y la moral por los suelos. Jamás en mi vida me había sentido tan deprimida.

Hasta pensar en meterme en la ducha me suponía un esfuerzo titánico. Por no hablar del simple hecho de respirar. Llamar a Janeth había sido un error. Uno muy grande que me había sumido de nuevo en la desesperanza más absoluta.

Arrastré los pies hasta la ventana, me pesaban una tonelada, y subí la persiana. Llovía con fuerza. Me apoyé en la pared y atisé el exterior, recordando todas las veces que había hecho esto mismo en la granja para verlo a él cruzar el prado en dirección al establo. La angustia se apoderó de mi pecho, estrujándolo.

Si estuviera allí, las piernas me temblarían esperando su beso de buenos días y el roce de su nariz en mi cuello, haciéndome cosquillas; su sonrisa perezosa me cortaría el aliento y su lengua despertaría todos mis sentidos en el mismo...

Me erguí con el corazón acelerado.

¿Esa camioneta que estaba aparcada allí abajo no era la de Maverick? Meneé la cabeza incrédula y abrí y cerré los ojos. Era imposible que estuviera ahí fuera, ¿verdad? Mis ojos me estaban jugando una mala pasada, seguro. Los froté, volviendo a clavarlos en ese punto exacto.

¿Me estaba volviendo loca o qué narices me pasaba? Esa camioneta era igual a la suya, pero eso no significaba que fuera la de él. Me di una bofetada mental y, cabreada conmigo misma, me aparté de la ventana y me metí en el baño.

Me preparé a conciencia, buscando con mi atuendo sentirme algo mejor, sin conseguirlo. Lo mío no lo curaba un traje espectacular ni ninguna capa de pintura, por muy bien aplicada que estuviera ésta. Desayuné con parsimonia, dedicándole tiempo a mi tableta y a los correos recibidos en estos días. Esforzándome por no pensar en nada que no tuviera que ver con el trabajo.

Ignoré los timbrazos del portero automático, ¿quién iba a venir a visitarme a estas horas, si Jane estaba en ese maldito pueblo? Recogí la cocina. Me calcé, cogí un paraguas del armario de la entrada, y respiré hondo antes de salir por la puerta.

Bajé en el ascensor repitiéndome, una y otra vez, que podía con esto y con más. Dándome ánimos para enfrentar el despacible día que tenía por delante.

Volví a respirar hondo antes de salir a la calle. Y cuando lo hice, cuando abrí la puerta y puse un pie en el exterior... Casi me caí de culo por la impresión de ver a Maverick apostado allí, con su cazadora forrada de borreguillo y su Stetson, calado hasta los huesos, impidiéndome el paso.

Guapo a rabiar, aun con el agua chorreando del ala de su sombrero por su cara y su semblante triste y compungido. Su sonrisa ladeada provocó que el corazón me subiera a la garganta y el

pulso me latiera en las sienas.

¡Santa madre de Dios, este hombre iba a conseguir que me diera un infarto!

—Apártate—gruñí.

—No.

—He dicho que te apartes—repetí, con los dientes apretados.

—No, al menos hasta que me escuches.

Lo fulminé con la mirada.

—Tengo una empresa que dirigir, vaquerucho, así que lárgate y regresa a tu adorado pueblo. Aquí no se te ha perdido nada—dije con desdén.

Para mi desgracia sonrió, haciendo que me cosquilleara el estómago.

—Te equivocas, tú estás aquí, lo que significa que sí se me ha perdido algo. Y no pienso marcharme hasta recuperarlo.

Presioné el botón del paraguas delante de su cara, obligándolo a echarse atrás, momento que aproveché para escabullirme y salir pitando. Tardó menos de dos segundos en parapetarse debajo de éste y pegarse a mí.

—Por favor, Arizona, escúchame.

Aligeré el paso, ignorándolo.

—Lo que te dije no era verdad, no lo sentía. Estaba dolido contigo y quería hacerte daño de igual manera que tú me lo estabas haciendo a mí. Pero mentí, porque no sentir nada por ti es imposible. Y lamento, en lo más profundo de mi alma, haberte herido, haber sido tan cruel y despreciable, porque no te lo merecías.

Tragué saliva, empujando el nudo alojado en mi garganta, y crucé la calle a la carrera, sin poder librarme de él, su cercanía y sus palabras.

—Por favor, Arizona, tienes que perdonarme.

Frené de golpe y lo encaré.

—Desconfiaste de mí, Maverick, ni siquiera me diste el beneficio de la duda. Distes por sentado que era tan sumamente fría y egoísta que sería capaz de seguir adelante con la puñetera venganza sin importarme nada más—cogí aire por la boca—. Pero eso no fue lo que realmente me dolió, sino que no me dejaras explicarme y todo lo que vino detrás. Se acabó, márchate.

—Pero le dijiste a Lizzy que era tu hombre y...

—Lo eras antes de que me hicieras pedazos usando la misma arma que antaño utilizó mi madre. Lo que sentía por ti se volatilizó de la misma manera que hizo mi corazón.

Con paso airado, crucé la puerta de cristal que Bill me abrió.

—¡Seguiré aquí cuando bajes! ¡Y mañana! ¡Y pasado mañana! ¡Seguiré aquí todos los putos días que haga falta hasta que consiga que me perdones y me des una oportunidad, Arizona Graham!—gritó.

Subí al ascensor y sonreí.

Sonreí de verdad por primera vez en todos estos días.

Ya tenía mi perdón por el simple hecho de estar aquí.

Pero no pasaba nada por hacerlo sufrir un poco.

## CAPÍTULO 42



### *Arizona*

Una vez en mi despacho, apenas fui capaz de concentrarme sabiendo que él estaba abajo, que llovía a cántaros y que no se movería de la puerta por miedo a que yo aprovechara ese momento para desaparecer. No iba a hacerlo, por supuesto.

Quería a ese hombre, lo amaba con todo mi ser, y si él había perdonado todas y cada una de las locuras que yo había cometido en los últimos cuatro meses, ¿cómo no iba a hacer yo lo mismo? Además, entendía a la perfección su reacción ante lo que parecía tan evidente y, aunque me seguía doliendo que utilizara los mismos argumentos que mi progenitora para hacerme daño, sin ninguna duda el amor podía mucho más que todos los malentendidos y las trifulcas.

Noté que la carga emocional disminuía casi hasta desaparecer. Por fin iba a terminarse esta pesadilla, podría relajarme y dedicarme a ser feliz en la casa de la pradera, como la llamaba Janeth.

Suspiré, ya más relajada, y llamé a los abogados.

Mientras esperaba a que llegara Anderson, mantuve una conversación con mi asesor de finanzas, una reunión por videoconferencia, y firmé un par de presupuestos interesantes y de bastante envergadura.

Todo ello con la mente puesta en el hombre que había logrado que me despojara de toda mi amargura y recuperara lo bueno que había en mí.

El intercomunicador chisporroteó.

—Señorita Graham, Anderson acaba de llegar.

—Hazle pasar.

Me puse en pie, estiré la chaqueta y compuse una sonrisa.

—Buenos días, Anderson—saludé al abogado—, bienvenido.

Extendí la mano, estrechando la suya. Le indiqué que tomara asiento e hice lo mismo.

—Vaya, Arizona, está radiante, el aire del campo le ha sentado bien.

—Gracias, eso parece, sí.

—¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarla?

—Verá, en estos cuatro meses viviendo en Mountain Brooks han cambiado muchas cosas, entre ellas mi interés en vender el pueblo, algo que no podría haber hecho de todos modos. Por lo visto, Anthony Brooks guardaba un as bajo la manga, que impedía cualquier transacción con esas tierras. Aunque no fue eso realmente lo que me hizo cambiar de opinión al respecto.

—Me parece bien. ¿Qué quiere que haga con esto? —señaló la carpeta que llevaba en las manos.

—¿Es la documentación de la subasta y la investigación a Brooks?

—Sí.

—¿Hay alguna copia aparte de la original?

—Sólo la que usted tiene en su poder.

Asentí.

—Démela.

Cogí la carpeta y, con decisión, activé la trituradora de papel, donde fui metiendo uno a uno, todos los papeles que había en su interior, incluidas las fotos.

Satisfecha volví a sentarme.

—¿Algo más? —indagó.

—Sí. Voy a trasladarme definitivamente al campo, donde fundaré junto con Brooks una nueva empresa. Eso no significa que Graham Social Events vaya a desaparecer, sino que será Janeth Harris la que se haga cargo de ella. Yo seguiré participando de los proyectos y trabajando desde allí como socia fundadora, por supuesto. No obstante, como no podré venir muy a menudo, supongo que necesitará usted un poder notarial que lo autorice a hacer cualquier tipo de consulta en mi nombre, ¿me equivoco?

—Así es, no podré hacer nada si usted no me autoriza antes, evidentemente.

—Bien, pues entonces encárguese de que ese poder esté listo hoy mismo, para que pueda firmarlo antes de que me vaya.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

Carraspeó, nervioso.

—¿A qué se debe este cambio? ¿Brooks la ha intimidado de alguna forma que yo debiera saber?

Negué con la cabeza.

—Anderson, Anthony Brooks es mi padre—dije sin que me sintiera mal por ello, al contrario—, y yo soy una mujer diferente, o mejor dicho, la mujer que era antes de que mi madre falleciera. Juntos, él y yo, hemos llegado a un acuerdo y vamos a ponerlo en práctica, a ver qué tal nos va.

El asombro de su cara casi me hizo reír. Imaginaba lo que debía de estar pensando en este momento.

—Vaya..., esto sí que no me lo esperaba—manifestó tras varios minutos en silencio—. ¿Y cómo...?

—Esa es una larga historia que, como usted comprenderá, no pienso contarle—lo interrumpí.

—Lo siento, disculpe mi atrevimiento.

—Disculpado. Llámeme cuando tenga listo el poder notarial, ¿de acuerdo?

—¿Se marcha hoy mismo?

—No lo creo, pero tampoco lo descarto.

—Vale, pues nos mantendremos en contacto. Un placer trabajar con usted, Arizona, es una mujer fascinante.

—Gracias, Anderson, es muy amable.

Lo acompañé a la puerta y allí mismo nos despedimos.

«Bueno, una cosa menos de qué preocuparse...»

Y ahora venía lo mejor: hacer las paces con Maverick Jackson. Ese vaquerucho que me traía por la calle de la amargura y que había irrumpido en mi vida, o más bien yo en la suya, con la fuerza de un huracán.

Comprobé mi aspecto en el baño: mejillas sonrosadas, ojos brillantes, respiración ligeramente agitada...

¡Jesús, pues sí que estaba radiante!

Con la sonrisa más bobalicona del mundo, bajé en el ascensor hasta el vestíbulo, desde donde lo observé sin que se diera cuenta: cabizbajo, absorto y chorreando.

Mi corazón aleteó con brío.

—No se ha movido de ahí en toda la mañana, señorita Graham, ni un segundo—susurró Bill antes de abrirme la puerta—. Invítelo a un café, al menos.

Sonreí.

—Haré algo más que eso—le guiñé el ojo y salí.

Maverick se irguió en cuanto me vio.

Su mirada era aún más triste que la de hacía unas horas.

—Ni se te ocurra decirme que me vaya—musitó con voz desesperada—. Te quiero, Arizona, te quiero como no he querido nunca a nadie. Me volviste loco desde el primer día en que te vi y la única cura para eso eres tú. Esta última semana sin ti, sin saber si volvería a verte, te juro que ha sido un putito infierno. Me sentía culpable, arrepentido e impotente. Siento en el alma haberte dicho todas esas cosas horribles, yo... —inspiró hondo—. Dame una oportunidad, te lo ruego, deja que te ame como te mereces...

—Vale—murmuré.

—... Y por si sirve de algo, Lizzy no me habla desde entonces, el viejo... ¡Un momento! ¿Has dicho vale? ¿He oído bien?

Reí.

—Sí, Maverick, he dicho vale.

Su cara se iluminó y sus labios se curvaron con esa preciosa sonrisa suya que me cortaba el aliento y hacía temblar mis rodillas.

—Pero..., lo has dicho de verdad, ¿no? No sólo para que me calle y esas cosas.

—Lo he dicho de verdad, idiota.

Me cogió de las manos y me aproximó a él.

—Repítelo.

Volví a reír.

—¿El qué, lo de idiota?

—No, lo otro.

—Vale, Maverick Jackson, te daré una oportunidad, pero sólo porque yo también estoy enamorada de ti y te quiero con locura. Esta semana, lejos de ti, también ha sido un infierno para mí.

Y que conste que antes de que sucediera todo esto, antes de que Alice sacara a la luz el secreto de Anne, mucho antes, ya me había dado cuenta de que mi venganza no tenía sentido, si con ella te hacía daño a ti y a las demás personas.

Clavó sus ojos esperanzados en los míos.

—¿De verdad me quieres?

—Con toda mi alma.

—Ven aquí...

Tiró de mis manos y devoró mi boca con ansia. Un beso fogoso que nada tenía de tierno, al contrario. Su lengua se enredaba con la mía, frenética y danzarina. El beso más anhelado del mundo, con el que sellábamos el comienzo de nuestra vida juntos, bajo una lluvia copiosa y fría.

—¿Cuándo podré llevarte de vuelta a casa? —susurró sobre mis labios.

—En cuanto solucione un par de cositas.

—Sabes que eres la mujer más increíble del mundo, ¿verdad?

—Sí, pero sólo porque tú formas parte de él y haces que todo lo que nos rodea sea mejor. ¿Nos

vamos a mi casa a terminar de hacer las paces?

Sus cejas se alzaron, inquisitivas.

—¿Estás insinuando lo que creo?

—¿Acaso lo dudas?

Me abrazó con tanta fuerza que casi me dejó sin respiración.

—Joder, no sabes cuánto te he echado de menos, chica de ciudad.

—Supongo que tanto como yo a ti, vaquerucho de tres al cuarto.

Su sonora carcajada me contagió y nos reímos como dos adolescentes, ávidos por tenerse el uno al otro.

Deshacernos de la ropa empapada fue una odisea, la llevábamos tan pegada a la piel, y estábamos tan ansiosos por sentirnos, que estar completamente desnudos nos costó un triunfo.

Sus manos no tardaron en dibujar senderos ardientes sobre mi piel, calentándola y erizándola, como sólo él tenía el poder de hacer. Su lengua trazó círculos en cada recoveco de mi cuerpo, dejando regueros de humedad a su paso, haciendo que deseara más. Mucho más. Gemí y me retorcí, cuando sus dedos se colaron entre mis piernas, rozando, acariciando y presionando entre los pliegues de mi sexo. Rogué que no dejara de tocarme nunca, que inclinara la cabeza y se llevara a la boca los rosados pezones, duros y doloridos, que ansiaban ser calmados por su experta pericia.

—No puedo más, Maverick, necesito tenerte dentro de una puñetera vez.

Su sonrisa sesgada me erizó la piel.

—Arizona Graham, ¿has dicho puñetera?

—No te burlas y continúa con lo que estás haciendo.

—¿Te gusta esto?

Di un pequeño brinco sobre el colchón al contacto de su lengua con mi clítoris y jadeé.

—¿Que si me gusta? —otro más—. ¡Oh, Dios...! —y otro más—. ¿Que si me gusta? —balbucí continuamente, cogiendo aire por la nariz y expulsándolo por la boca—. ¡Virgen Santa! —gruñí enredando los dedos en su pelo—. ¡Estoy a punto!

—Aún no, princesa.

Rasgó con los dientes el envoltorio de un preservativo y se lo colocó en un santiamén. Lo siguiente que sentí fue su potente embestida, cortándome el aliento.

Boqueé como un pez fuera del agua y enrosqué las piernas en su cintura, siguiendo el ritmo cadencioso de sus caderas. Los movimientos eran lentos, suaves y deliciosos. Cada vez que empujaba, que se deslizaba en mi interior, se me estremecía hasta la raíz del cabello. Dentro y fuera. Dentro y fuera. Así estuvimos varios minutos, hasta que no pude más y clavé los ojos en su mirada ardiente y supliqué con un quejido ronco y apremiante:

—Por favor...

No hizo falta más.

Sus embestidas se tornaron potentes, rudas, rápidas y enérgicas. Sus gruñidos desesperados hicieron que mi torrente sanguíneo se disparara, y quise gritar por el intenso orgasmo que ya bullía en mi interior, a punto de arrasar con todo. Los dedos de mis pies se curvaron, el vientre se me tensó, y al fin lo hice, grité con una liberación tan alucinante, que la mejor soprano del mundo no podría igualarlo jamás. Pero lo más increíble no fue eso, que también, sino la mirada de adoración de Maverick cuando se desplomó sobre mí, con la respiración agitada y la frente perlada en sudor.

—Te has convertido en mi puto mundo, Arizona.

Sonreí.

—Y tú en el eje del mío, Maverick.

Más tarde, bastante más, seguíamos desplomados en la cama cuando llegó un mensajero del bufete de abogados con el poder notarial. Lo firmé, se lo devolví y regresé a la cama junto a él, acomodándome a su lado, mirándolo de frente.

—Ahora ya puedes llevarme a casa cuando gustes.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? Porque a Lizzy y a mí no nos importaría mudarnos.

Que estuviera dispuesto a eso, a dejar su vida en Mountain Brooks por mí..., ¿qué podía decir? Emocionarse era quedarse corta.

—Es lo que quiero, Maverick—aseguré.

—Te quiero—murmuró, con la barbilla apoyada en mi pecho.

—Y yo a ti.

El timbre del siguiente asalto sonó alto y claro.

Y no tuvimos más remedio que saltar al ring.

## EPÍLOGO



Seis meses después  
*Maverick*



Contemplé a la mujer que dormía plácidamente a mi lado y sonreí con satisfacción. Arizona tenía la respiración acompasada y, por su boca ligeramente abierta, salían unos ruiditos que me enternecían. No había hecho falta pedirle que viviéramos juntos, era algo que caía de cajón. Se había instalado conmigo y con Lizzy el mismo día que regresamos de Nashville, haciendo que mi hija brincara de alegría.

Cada mañana daba gracias a Dios porque hubiera puesto en mi camino a esta condenada mujer, volviéndome loco en todos los sentidos. Era testaruda, tenía un genio de mil demonios y me encantaba que me sacara de mis casillas. Las reconciliaciones eran de órdago.

La adoraba, besaba el puto suelo que pisaba y me había prometido a mí mismo, y a ella, amarla hasta el fin de mis días, con todo mi corazón y con toda mi alma. Sin testigos. Salvo Caballero y Dama, que eran los únicos que estaban presentes cuando sellé mis palabras con un beso apasionado que nos dejó a ambos sin aliento.

Hundí la nariz en su cuello e inspiré hondo, haciéndole cosquillas.

—Vamos, perezosa, es hora de levantarse.

Su protesta, y el manotazo que me dio sin mirar, no hicieron que desistiera de mi propósito; que no era otro que poder disfrutar de su cuerpo antes de que mi hija pululara por aquí sin darnos tregua.

—Hoy es un día importante—susurré en su oído—. Tu padre inaugura con un discurso el primer festival de la cerveza en Mountain Brooks y no querrás perdértelo, ¿verdad?

Suspiró lanzándome su aliento a la cara.

—Anthony se las apañará perfectamente sin mí, estoy agotada.

—Cariño, pero si has dormido toda la noche del tirón.

—Es por culpa de las obras de esa puñetera casa, no me dan un respiro y no puedo con el alma.

—Últimamente dices muchas palabrotas.

—Jane asegura que es por tu culpa.



—¡Venga ya! Eso no es verdad. Por cierto, ¿no iba a venir a pasar el fin de semana?

Resopló, frotándose los ojos, ya despierta del todo.

—Sí, supongo que estará al caer.

Rocé sus labios con los míos, tentándola.

—Pues razón de más para aprovechar el tiempo antes de que...

—¡Puaj, qué asco!

Mi hija, que al parecer no tenía modales, nos miraba con gesto agrio desde el hueco de la puerta.

—¡Lizzy! ¿No sabes llamar?

—Lo he hecho, pero claro, no os habéis enterado. Caroline dice que sus padres no se toquetean tanto, sois unos empalagosos.

Arizona escondió la cara debajo de la almohada ahogando una carcajada.

—Decididamente hay que poner un pestillo en esa jodida puerta—mascullé.

—Arizona, el abuelo ha llamado, no sabe dónde puso el discurso y necesita que vayas cuanto antes.

«Adiós al polvo mañanero...»

—Nena, sal de ahí—la zarandé—, tu padre te necesita.

—Que el abuelo sea tu padre es guay, ¿eh?

—Sí, muy guay. Anda, llámale y dile que lo que busca está en el cajón de la mesa de su despacho, que yo iré en cuanto me dé una ducha y desayune algo.

—Vale.

En cuanto mi hija nos dejó solos, me lancé a sus labios.

—Joder, nos sabes las ganas que te tengo.

—Pues lo siento, machote, pero tendrás que esperar un poco.

—Vamos..., uno rapidito.

Su risa reverberó por toda la habitación.

—Pero ¿tú no decías que no eras de los de aquí te pillo aquí te mato?

—Maldita la hora en que te confesé eso...

—Anda, vaquero, ven aquí, pero no te hagas ilusiones.

Nuestras bocas se unieron tiernas y provocadoras a la vez.

—Buenos días... —ronroneó, dibujando el contorno de mis labios con la lengua.

Bufé necesitado.

—Esto no ayuda, Arizona, mira cómo me estás poniendo, joder.

—Eso ya estaba así de duro antes de que yo hiciera nada.

Tiró las mantas hacia atrás y se levantó.

—¿Adónde coño vas, mujer? No puedes dejarme así.

—Pues ve a darte una ducha, a poder ser de agua fría, el día acaba de empezar y será largo—se burló.

—¡Bruja!

Cuando bajé, quince minutos después, ambas estaban sentadas a la mesa cuchicheando sobre libros. Me serví un café y ocupé mi sitio sin interrumpirlas.

—¿No molaría que hicieran una película de esos libros como hicieron con Crepúsculo?

—No sé, Lizzy, no me gustan mucho las películas basadas en libros, nunca consiguen transmitir lo mismo. Y suelen dejarse muchas cosas importantes en el tintero.

—Pues la serie de Cazadores de sombras está guay, a mí me gusta.

—Ya sabes, para gustos...

En este momento, aquí, viendo y escuchando a las dos mujeres más importantes de mi vida enfrascadas en una conversación, con esa unión que habían ido afianzando con el transcurso de los meses, y esa complicidad, me sentí el hombre más afortunado del universo.

Lo tenía todo.

Todo lo que un hombre como yo pudiera desear.

Y era feliz.

Muy feliz.

## Arizona



Escuché emocionada todas y cada una de las palabras que formaban el discurso que Anthony estaba dando en la plaza del pueblo, subido a una tarima y con la gente aplaudiendo entusiasmada. Palabras que prometían un mejor futuro para todos y que yo había ayudado a plasmar en un papel, convencida de que cumpliríamos todas y cada una de ellas.

Nadie se había sorprendido de que ese hombre de ahí arriba fuera mi padre; por lo visto, la relación que nos unía era un secreto a voces que nadie había querido divulgar y que no habían cuestionado, al contrario. Me habían acogido como a una más y me sentía completamente integrada en sus vidas. Con mi traslado definitivo aquí y todos los proyectos sobre la mesa, no sólo estaban ilusionados, sino también agradecidos. Agradecidos de que el viejo, como todos lo llamaban, hubiera vuelto al pueblo que lo vio crecer para devolverle todo su esplendor.

No era la única que estaba emocionada. A mi izquierda, Anne se limpiaba las lágrimas con un pañuelo de papel. Ella y Anthony habían limado asperezas en estos seis meses y parecían llevarse bien. Se gruñían de vez en cuando sin que la sangre llegara al río, gracias a Dios. Maverick decía que esas pequeñas trifulcas se debían a la convivencia y a que pasaban demasiado tiempo juntos. Sí, ambos compartían espacio en la granja y se habían instalado en ésta definitivamente.

Él, porque era el lugar que le correspondía y quería controlar todas las obras que estábamos realizando allí; y ella, porque había decidido jubilarse y disfrutar de su vejez en un sitio tranquilo. «Además, podré echarte una mano en la cocina cuando te veas desbordada de trabajo», había dicho.

No me negué, habíamos empezado con mal pie, pero ahora nos aguantábamos bastante bien; aunque de tanto en tanto ella me llamara arpía y yo le respondiera con algún borderío de los míos.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

—Por supuesto que estoy bien, muchacha, se me ha metido algo en el ojo.

—¿En los dos?

—¡No me atosigues! Será posible con esta condenada, que no puede dejarme en paz ni un momento.

Maverick presionó mis dedos, que estaban entrelazados con los suyos, y lo miré.

—No seas mala...

—Sólo me estaba preocupando por ella, ¿qué hay de malo en eso?

—Que la haces sentir vulnerable y débil, cielo.

Resoplé.

—¿Dónde está Lizzy?

—Ahí detrás, con Janeth, Caroline y esa niña nueva, no recuerdo cómo se llama, la nieta de Holly.

Puse los ojos en blanco.

—Ruby. Pobre niña, perder a su padre debió de ser horrible.

—Sí, es una pena, la verdad. Él era un gran tipo.

Miré por encima del hombro y las localicé a unos metros de nosotros. Jane me guiñó el ojo y

levantó uno de sus pulgares.

Asentí.

En cuanto Anthony concluyó con el discurso y dio por inaugurado el primer festival de cerveza de Mountain Brooks, la gente se dispersó y comenzó la fiesta. La plaza estaba adornada con banderines y serpentinas de vivos colores.

Había un montón de puestos, donde los fabricantes artesanales nos ofrecían degustar la bebida antes de comprarla. Las mesas estaban repletas de exquisitos manjares, que las mujeres del pueblo habían cocinado; nosotros, por nuestra parte, colaboraríamos en el festival con una gran barbacoa a última hora de la tarde, en la granja. Todo el mundo sería bien recibido, sin excepción alguna. También habría música y baile. Un par de grupos country amenizarían la jornada, que seguro se alargaría hasta altas horas de la madrugada. Lo habitantes del pueblo tenían gana de fiesta, y fiesta iban a tener.

Nos sentamos a una mesa y bostecé.

Las obras de la granja estaban acabando conmigo. No es que en la casa se estuvieran haciendo grandes cosas, para nada, más o menos se quedaría como estaba; era la construcción de las cinco cabañas lo que me tenía así; demasiada gente, demasiado ruido, demasiada suciedad.

Una veintena de personas, unas locales y otras de fuera, trabajaban de lunes a viernes allí; Anne y yo dábamos de comer a todos; según ella, practicábamos para cuando el resort se llenara de turistas.

Algunos se alojarían en la casa grande y otros en las cabañas nuevas; cabañas que dispondrían de lo básico: dos habitaciones y baño. La página web del resort ya casi estaba lista. En ella ofrecíamos varias actividades al aire libre: rutas a caballo, rafting, senderismo... Pero, sobre todo, ofrecíamos tranquilidad, buen ambiente y calidad.

Volví a llevarme la mano a la boca, ahogando un bostezo.

—¿Seguro que no estás incubando nada? Porque no es normal que tengas sueño a todas horas, cariño.

La preocupación de Maverick me enternecía, era un hombre increíble y maravilloso, que siempre estaba pendiente de mí.

Le di una palmada en la pierna.

—Estoy bien, mi amor, sólo es cansancio acumulado.

—Si tú lo dices... Mira, ahí viene tu padre todo sonriente.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó Anthony resplandeciente.

—Has estado genial—aseguré.

—Sí, muy bien—corroboró Maverick.

—Podías haberlo hecho mejor—exclamó Anne, guaseándose.

—Ah, vieja rencorosa, tú nunca estás conforme con nada de lo que hago. A todo le encuentras pegos.

—Por algo será, ¿no crees? No eres perfecto, carcamal.

Se retaron con la mirada y luego se sonrieron.

«Vaya dos...»

—Maverick, muchacho, acompáñame a por unas bebidas, estas mujeres deben de tener sed.

—Claro, viejo, vamos—me dio un beso en la comisura de los labios—. Ahora vuelvo.

Los contemplé alejarse y luego escudriñé a mi alrededor.

Alice y Jo, junto a dos de sus hijos, ocupaban una mesa cercana y parecían enfrascados en una conversación agradable; Annabel, su hijo Jack, y Betsy, reían por algo que éste les estaba contando; Maggie, ahora dueña del Anny's, bailaba con Rob y parecía embobada; Holly y su

nuera, que había regresado recientemente al pueblo, tras quedarse viuda, se alejaban entre la gente; Jason y Priscila, los padres de la mejor amiga de Lizzy, departían con otro grupo a lo lejos; las niñas estaban sentadas cerca del lugar donde dentro de nada empezaría a tocar la Trace Riley Band, y Jane parecía absorta en alguien en concreto: Sahale.

Suspiré.

Ahora entendía lo que Maverick me había dicho respecto a este lugar y a la gente que habitaba en él: el pueblo era su mundo y ellos su familia. Y yo me sentía la mujer más afortunada del mundo al pertenecer a ambos.

Atrás habían quedado todos los malos rollos, todo el rencor y las malas vibraciones. Ahora era feliz. Feliz de verdad y como no lo había sido jamás en mi vida anterior. Sin proponérmelo, había encontrado la familia que tanto anhelé; la que me quisiera y aceptara tal cual era, sin más.

Sonreí, llena de dicha.

—Me encanta esa sonrisa—ronroneó Maverick, sentándose a mi lado de nuevo con un par de bebidas—, ilumina tus ojos y pareces feliz.

—Lo soy.

—Yo también.

Nos dimos un beso con sabor a plenitud.

—Tu padre me ha contado que los anuncios que pusisteis en el periódico, para cubrir los puestos de médico y demás, empiezan a recibir respuesta.

—Sí, así es. Todo parece indicar que pronto tendremos un doctor en el pueblo, por lo que tendremos que ir pensando en una farmacia, entre otras cosas.

De repente, y sin saber por qué, me acordé de mi madre y fruncí el ceño.

Maverick apartó un mechón de pelo de mi cara, colocándomelo detrás de la oreja con ternura.

—¿En qué estás pensando?

—En mi madre—cogí su mano y entrelacé mis dedos con los suyos—. ¿Sabes? Siempre supe que era una mujer difícil y que trató de hacerme la vida imposible. Pero, lo que nunca imaginé, y supongo que ella tampoco, fue que su maldad, su odio y su rencor, después de todo—lo miré a los ojos—, me llevarían a la felicidad.

Y justo al terminar de pronunciar esas palabras, la perdoné.

Perdoné a Elaine Graham por ser la causante de todo lo bueno que ahora tenía en mi vida y le dije adiós para siempre.

FIN



## AGRADECIMIENTOS



Siempre y en primer lugar a Dios, por su respaldo en esta andadura escrituril y su fuerza para seguir adelante.

A mi familia, en especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida: el amor, el respeto y la lealtad. Por estar siempre ahí. A mis hermanos, mis mosqueteros, por su apoyo incondicional y por quererme como me quieren. ¡Siempre juntos, hasta el infinito y más allá!

A mi marido y mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. El motor que me empuja a seguir adelante. Mi razón de vivir. Mi todo. ¡Os quiero con locura!

A mis chicas: Mari, Sheila, Vane y Sonia, por vuestra implicación en todo lo que propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes..., por todo. ¡Gracias por estar ahí y soportar estoicamente mis locuras!

A todos esos grupos de Facebook y Twitter que me permiten promocionar mis historias en sus muros. Hacéis una labor muy bonita al ayudarnos a los autores independientes desinteresadamente. ¡Millones de gracias!

Y por último y no menos importante, a ti, sí, a ti, que estás leyendo estas letras y que has decidido arriesgarte y dar una oportunidad a mis historias. Por cada mensaje vuestro, cada reseña y las ganas de saber más de mis personajes. Siempre lo digo, pero es la verdad, los lectores sois lo más importante, sin vosotros lo que hago no sería posible. ¡Se os quiere!

**¡¡GRACIAS DE CORAZÓN!!**

## SOBRE LA AUTORA



Nació en 1977 en Oviedo, Asturias, donde reside desde los catorce años. Hasta esa edad creció en un pueblo a las afueras de Oviedo donde, ella misma confiesa, vivió una de las etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida y amante de la novela romántica en todos sus subgéneros. Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta el año 2015 que decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su cabeza y darles vida, consiguiendo con ello realizar uno de sus sueños al autopublicar su primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio del mismo año.

Su mayor debilidad, su familia.

## OTROS LIBROS DE LA AUTORA



No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015).

Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Un adiós inesperado (septiembre 2017)

Un sueño por cumplir (noviembre 2017)

Aposté por mí (mayo 2018)

Adrien (diciembre 2018)

Arthur (mayo 2019)

Luis (diciembre 2019)

Créditos de portada, maquetación: Ediciones K.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya